1° de la Serie Head

Hot Head (2011)

Cabeza Caliente

DAMON SUEDE

INDICE

ARGUMENTO
SOBRE EL AUTOR
CORRECCIÓN
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
NOTAS

DAMON SUEDE

Cabeza Caliente

1° de la Serie Head

Hot Head (2011)

ARGUMENTO:

Por el humo se sabe dónde está el fuego…

Desde el 11-S el bombero de Brooklyn Griff Muir lucha contra lo que siente por su mejor amigo y compañero de trabajo en la Escala 181, Dante Anastagio. Desgraciadamente, a Dante sólo le interesan las mujeres, y el cuerpo de bomberos de Nueva York no es precisamente un colectivo que vea a los gays con buenos ojos. Griff lleva diez años escondiendo su corazón en una vida mediocre repleta de heroicidades públicas y de angustia personal.

La prudencia de Griff y la chulería de Dante les convierten en un equipo inmejorable. Para proteger a su compañero, Griff haría lo que fuera… hasta que un día, ante la quiebra económica total, Dante le propone la peor solución posible: cabezacaliente.com, una página web porno para gays en la que tíos buenos con uniforme se tocan y hacen guarradas. Y Dante quiere que ellos aparezcan allí, juntos. Griff tendrá que proteger su corazón y vivir sus fantasías más oscuras ante la cámara. ¿Será capaz de rescatar al hombre que ama sin echar por tierra sus carreras, sus familias, o su amistad?.

SOBRE EL AUTOR:

Damon Suede se crio orgulloso justo en el centro del culo de la América de derechas y escapó de allí tan pronto como le fue permitido hacerlo. Ha vivido en un montón de sitios (Houston, Nueva York, Londres, Praga), y se ha ganado la vida trabajando de modelo, de mensajero, de promotor, de programador, escultor, cantante, stripper, contable, camarero, aficionado a la tecnología, profesor, director… pero escribir ha sido siempre el pan de cada día para él. Lleva felizmente emparejado desde hace una década con el hombre más encantador, más guapo, más divertido y más noble que haya pisado jamás este planeta.

Aunque es la primera vez que publica algo de romance homosexual, Damon lleva veinte años dedicándose a ser escritor a tiempo completo con obras de teatro y otras para la pequeña pantalla. Ha ganado algunos premios, pero entre sus bendiciones él suele destacar las siguientes: sus maravillosos amigos, su loca familia, su maravilloso esposo, sus leales fans, y su Musa, tonta, severa y seductora que continúa susurrándole al oído año tras año.

CORRECCIÓN

Estimado lector,

En relación con la corrección realizada en este libro, nos complace informarle que ha sido llevada a cabo sin ningún ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es asegurar la calidad y precisión del texto, brindando así una experiencia de lectura satisfactoria.

Si disfrutaste de esta obra y deseas apoyar al autor, te animamos a adquirir una copia del libro en sus páginas oficiales. De

esta manera, estarás respaldando su talento y permitiendo que continúe creando historias maravillosas para tu disfrute.

Agradecemos tu comprensión y apoyo hacia el autor y su obra.

¡Que disfrutes de la lectura!

Atentamente,

Luis Olivares.

@bibliotecainfinita

A todos los héroes del 11 de septiembre de 2001 que ayudaron cuando no había nada y mantuvieron la esperanza cuando no la había.

Os recordamos.

CAPÍTULO I

Griff vio toda la pelea desde antes de que cayera el primer puñetazo.

—¡Maricón! —, se oyó un grito procedente de la fiesta.

Odiaba esa maldita palabra.

¿Aquí dentro? Poco probable.

Griff tomó la Guinness y se acercó a sus compañeros. Estaba de pie en el Stone Bone y llevaba puesto el kilt, la falda escocesa, porque Dante y los demás chicos del parque de bomberos le habían traído a la fuerza. Él no había querido salir.

Normalmente el Bone abría sus puertas los domingos, y como esta noche era 11 de septiembre, no estaba de servicio. Una gran noche para un montón de bares de Brooklyn. Todos los años desde

que cayeron las Torres Gemelas, los locales del barrio dejaban que los bomberos bebieran gratis esa noche. Por eso había venido todo el grupo del Camión 333/Escala 181; a comprobar qué tal andaba el bar de género femenino.

El mejor amigo de Griff estaba sentado en la barra cantando al son de la máquina de discos, y utilizaba su jarra como si fuera el micrófono; su sonrisa resplandecía al contraste con las luces de neón de las estanterías donde se apilaban los licores. Dante tenía la típica mandíbula cincelada y una suave voz de barítono que les encantaba a las mujeres. En ese momento cantaba suavemente un dueto con Dean Martin:

«The world... still is the same... you'll never change it.»

Así era como Dante se aseguraba de que ninguno de sus amigos se encontrara solo
esta noche; haciendo el papel de gondolero italiano como si fuera una Noche Chicas. Más o menos lo era.

«As sure... as the stars... shine abooove.»

Con la música del Rat Pack, Dante hacía para sus amigos de gancho y anzuelo en el mar de la fiesta, y era el cebo fundamental para atraer chicas.

«You're no-body till some-body looooves...»

Griff echó una ojeada, y efectivamente, un grupo de conejitas se dirigía hacia su mejor amigo, ricas y calientes.

«You're nooo-body till some-body cares...»

Un altercado y otro grito enfadado procedente de la parte de atrás junto a los baños.

—¡Puto maricón!

No era broma. Esta vez Griff se giró para mirar por encima de las cabezas.

Otra pareja de chicos del parque de bomberos estaban cantando con Dante. No habían oído cómo se gestaba la bronca, pero si las cosas se ponían chungas, el bar perdería dinero. Griff no quería problemas. Sólo ejercía de gorila cuando estaba fuera de servicio, por dinero, pero el Bone era un gran antro del Brooklyn, de la vieja escuela, en un barrio que se estaba llenando de Starbucks hasta arriba.

Con su metro noventa y cinco, Griff era bastante más alto que todo el mundo. Pero, por muy grande que fuera, había sido precavido toda su vida. Tenía su gracia que un bombero que salvaba vidas fuera además un gorila que se dedicaba a ahorrar una fortuna a su jefe en reparaciones y multas.

Bajó la cerveza. Esos gritos de «maricón» habían venido de la parte de atrás, cerca de las máquinas recreativas, y Griff necesitó diez largos segundos para recorrer con la vista la sudorosa y ruidosa multitud congregada, y descubrir la fuente.

Allí .

Un portorriqueño con cresta había arrastrado a su chica detrás de él y estaba fulminando con la mirada a un tipo mayor que él con la cabeza rapada. Griff entrecerró los ojos tratando de entender la escena por encima del gentío de la noche de domingo. La chica era guapa, birracial, y parecía orgullosa de su enfadado ligue.

Vamos, tío. Esta noche no.

Griff puso su pinta encima de la barra y echó una mirada a la puerta. Los vigilantes de la puerta estaban atareados pidiendo carnets a varios adolescentes borrachos. De ningún modo podrían

recorrer todo el camino para poner orden en cualquier cosa que estallara dentro. El camarero estaba sirviendo cervezas en el otro lado de la barra, y la clientela borracha que se agolpaba alrededor del conflicto tenía otros peces por pescar el 11 de septiembre.

El Bone estaba repleto de trabajadores sociales de fiesta: técnicos en emergencias sanitarias, policías y bomberos. El aniversario de los ataques al World Trade Center siempre hacía que el cuerpo de bomberos de Nueva York y sus fans salieran en manada, para bien o para mal. Pero esta noche se celebraban los diez años desde que cayeron las Torres. La gente no estaba tan sombría como cuando las heridas estaban frescas.

Griff observó más detenidamente a los dos hombres tan diferentes entre sí. ¿Uno podría ser traficante de drogas? ¿Prestamista? Era calvo y llevaba un traje, de esos caros, y parecía de Manhattan; mayor, más alto, pero llevaba las de perder en cualquier lucha que el tipo pequeño pudiera empezar. Mierda.

El calvo sonreía mientras hablaba pausadamente al tío más joven. El latino agarraba su cerveza con fuerza, listo para rompérsela a alguien en la cabeza, y amenazaba con los ojos a todo el mundo que estuviera cerca. Quería ir a la cárcel por estar en estado de embriaguez y alterar el orden público, estaba claro.

Griff se alejó de la barra, irguiendo sus musculosos hombros para abrirse paso a través del gentío. Una rubia con el pelo rizado le silbó al pasar. Por el rabillo del ojo vio cómo la oscura cabeza de Dante se volvía mientras dejaba de cantar con el resto.

—¡Eh, G! ¿Dónde está el fuego?—Dante se rio.

Pero Griff negó con la cabeza. Solo contaba con un par de segundos para cruzar la sala. Al pasar, una pareja de tíos le

llamaron por su nombre y le dieron unas palmadas en sus hombros de acero, y él les saludó con la cabeza sin retirar los ojos de la pelea que estaba a punto de empezar.

Ahora podía oírles, el suave acento del calvo, mientras trataba de calmar al chico… ¿Polaco? No, ruso.

Tal vez el señor Don Limpio era el ex de la chica, o algo así. ¿Un jugador que trataba de quitársela? ¿Un proxeneta? Pero, ¿por qué llamarle «maricón»? ¿Quizás había sobado al novio casualmente ó a propósito? El lenguaje corporal no suele equivocarse, con los rusos nunca se sabe.

Por fin, el pequeño portorriqueño saltó. El Rapadovich se dio cuenta de lo que le venía encima, pero no tenía escapatoria posible; estaban rodeados de gente por todas partes. Griff se movió más rápido, empujó a los clientes fuera de su camino. El latino levantó la botella que tenía en la mano, y Griff vio como toda la noche se iba a la mierda en dos segundos: se iba a pasar el 11 de septiembre hablando con policías hasta las tres de la mañana.

Antes de que esa botella empezara a moverse, Griff ya tenía la muñeca del chico sujeta con su fuerte mano, le retorció el brazo hasta hacer que se hincara las rodillas y cayera en el suelo de hormigón. Los ojos de su novia estaban llenos de pánico bajo el denso maquillaje. La multitud que les rodeaba se retiró, y alguno que otro estiraba el cuello para fisgonear.

—¡Maricón! —Su brazo delgado y moreno se retorcía como una culebra tratando de liberarse de la mano de Griff que le agarraba fuertemente.

Griff apretó más.

—Suelta la botella.

—Está bien. Lo siento. —El ruso sacudió su cabeza afeitada tratando de dejar que el chico saliera del atolladero, y siendo educado. ¿Qué le habría hecho a este gilipollas?

—He dicho que sueltes la botella.

Clinc. Griff sintió cómo el líquido se derramaba en su tobillo y retorció el brazo del portorriqueño entre sus omoplatos, haciendo que éste casi besara el suelo.

—Ya basta.

El cabrón, delgado pero fibroso, se retorció en el suelo bajo la rodilla de Griff y refunfuñó algo desagradable en español.

—Sí, que te jodan a ti también. —Griff trató de hacer señas a los chicos de la puerta o al camarero, pero había demasiada gente. Los fines de semana de otoño eran los peores con los borrachos. Y esta noche era de locos.

El chico latino vibró con ira debajo de él.

—¡Llevas una puta falda! Otro maricón que viene al rescate. —Empezó a forcejear, impotente en el suelo, muriéndose de la vergüenza delante de su chica. El amor era lo peor.

—Es un kilt, imbécil. —Griff suspiró y miró hacia abajo, a los pliegues que cubrían sus carnosos muslos. Estaba a punto de retirarse y dejar a esos estúpidos solos—. Sería una falda si llevara debajo ropa interior.

—No lo ha dicho en serio. —El hombre mayor inclinó su cabeza afeitada hacia Griff y le sonrió dándole las gracias, como en la peli El señor Don Limpio se va a Moscú—. Ha sido un malentendido.

—Ya vale de mierdas. Esta noche no. ¿Vale? —Griff señaló al suelo y a la avergonzada novia—. Vosotros dos ya podéis ir saliendo

ahora mismo de este bar.

Ella asintió con la cabeza.

De repente el latino, histérico, echó casi a correr empujando a la chica hacia la salida. Ella se tropezó, pero estaba demasiado muerta de la vergüenza como para pararse. Cuando el novio pasó a su lado, sujetó fuertemente el hombro del ruso, le hizo un gancho en el tobillo, y le tiró con su traje y su corbata al suelo. Casi sin parar, el chico se abrió camino a través de la multitud detrás de su novia, empujando a la gente y derramando bebidas, dejando tras él una estela de maldiciones y ceños fruncidos.

Griff ni se molestó en seguirles. Ayudó al calvo a que se pusiera de pie y le dio la mano, estrechándola.

—Griffin Muir.

—Alek. La chica no me conocía. Y no toda la culpa ha sido de él. —Miraba casi pidiendo disculpas con sus ojos azules, grandes y acuosos.

—Nunca lo es. Hace diez años solía pelearme en los bares.

—Gracias, ¿sí? Él hizo un trabajo para mí e intentó ocultárselo a ella. Y ella…

—Quería ver una pelea. Ya. Estuve casado con una chica como esa. Ese chico tiene un gusto pésimo para las mujeres. Al final pierdes el gusto.

Dean martin dejó de sonar. El coro de bomberos había conseguido reunir una gran cantidad de grupis.

Cuando Griff volvió donde tenía su bebida, Dante se la había robado y le saludó con fingidos aplausos. Pelo negro, ojos negros, sonrisa de pirata.

—Mi puto héroe. —Dante le sonrió, vaciando la jarra.

—Mi puta resaca. ¿Está buena? —Griff le dio un golpecito cariñoso en la cabeza y pidió un taburete.

—Sabe a carne. —Dante se relamió los labios. Volvió a relamerse y eructó como un niño de ocho años.

—¡Qué asco! —Aparentemente el grupo de bombones que estaban al lado habían echado el ojo al firme culo de Dante y a su negra melena ondulada. Las chicas no parecían de aquí. Iban mejor vestidas. Como universitarias de los suburbios. Tal vez eran de Manhattan.

Por alguna razón, Dante ignoraba a sus admiradoras. Retiró la brillante maraña de pelo de su cara.

—Tengo hambre, G. ¿Quieres algo? Además, tengo que hablar contigo de algo.

—¿Estás bien?

—Sí. No. No mucho. Tengo que pedirte una cosa.

—Claro. Ya me he divertido bastante… —Griff miró al resto de la pandilla para decirles adiós. Desde el principio no había querido salir esta noche. La cena con Dante sonaba mucho mejor.

Su mejor amigo le guiñó el ojo y dejó de hablar cuando una mano delgada vino desde detrás enroscándose en las brillantes greñas cobrizas de Griff.

—¿Tu pelo es así de rojo por todas partes? —Una chica india curvilínea se había deslizado del club de fans de Dante para pasar a apretujarse contra la cadera de Griff y mirar sus piernas—. Bonita tela.

Llevar un kilt en Cobble Hill siempre era sinónimo de ir buscando algo. A veces el «algo» era una pelea, y otras veces, una mamada. Con otros escoceses, garantizaba un par de rondas a

cuenta de otro que se sintiera patriótico. Con los italianos significaba que alguien te iba a acusar de andar mirando a su chica. Los niños se reían y las ancianas siempre intentaban mirar por debajo con disimulo.

La boca de Dante se apretó mientras esperaba que Griff le diera a la chica una excusa.

¿De qué tendría que hablarle?

Por una vez, Griff deseó haberse puesto unos vaqueros. Intentó captar la mirada de Dante y sacudió la cabeza.

—Vaya culo tienes. —La chica india se inclinó hasta apretar su cadera. Llenaba completamente el pequeño vestido—. ¡Vaya, es enorme! ¡Uf! ¿Eres un pura sangre escocés?

Griff se puso rojo, sintió cómo el calor se extendía por sus mejillas y su cuello. La mano de ella seguía en su pelo.

—Los pelirrojos son los que tienen el culo más redondo —dijo Dante, volviendo a guiñarle el ojo a Griff—, y lo tiene duro como el acero. Griff es un hombre de más de 100 kilos, puro músculo.

La polla de Griff se movió bajo la falda plisada mientras Dante hablaba de él como si fuera un toro en venta. Trató de tragar saliva, pero su boca se había convertido en el Gran Desierto.

Jesús.

Griff se sentía fatal y no le interesaba nada de lo que estaba ocurriendo. Estaba cansado y seguía nervioso del conato de pelea. Sin ninguna razón aparente, quería llevarse a su amigo y deshacerse de toda esa multitud, pero sabía que no era correcto. Se suponía que debía querer quedarse. Se suponía que tenía que emborracharse y pescar alguna nena. Esta noche las mujeres que

estaban en la ciudad buscaban bomberos de Nueva York. El 11 de septiembre era lo peor.

Pilla un bombero, cualquier bombero.

Griff sonrió como disculpándose.

—Lo siento. Justo nos estábamos marchando para ir a comer una pizza.

—Bah. Olvídalo, G. —Dante se mostraba comedido; sacudió la cabeza y dejó que una amplia sonrisa asomara demasiado rápido como para ser creíble—. Bah, vamos a quedarnos. Nos quedamos. Estoy bien.

—Venga, tío, que estoy hecho polvo. —Griff miró a su mejor amigo, que negaba con la cabeza, insistiendo. Por un segundo quiso decir sonriendo a su admiradora llena de curvas, «gracias, pero no, gracias», pasar un brazo alrededor del cuello de Dante y llevárselo a por unas porciones de pizza. Pero para cuando se quiso dar cuenta, las amigas de la chica se habían agolpado alrededor de Dante, empujándose las unas a las otras.

Diez segundos antes y podríamos habernos marchado.

La chica india les miraba mientras continuaba dando palmaditas al culo redondo de Griff. Pum pum. Como si él fuera un San Bernardo a dos patas.

—Tu culo es tan... mmm... viril… —Agarró la cadera de Griff a través del kilt, presionando los pliegues contra su piel sudada. Se relamió el labio inferior y arqueó las cejas—. Dios mío, ¡de verdad vas en comando ahí abajo!

A unos pocos pasos, a Dante se le salía la cerveza por la nariz de la risa. Las otras chicas aullaban y gruñían, y se secaban los labios con las servilletas de papel.

Griff miró a la atractiva cara de Dante con el ceño fruncido. Volvió a inclinar la cabeza hacia la puerta sugiriendo en silencio: *vámonos.*

En medio de las chicas, Dante le guiñaba el ojo, con sus ojos sonrientes y tan oscuros, mientras negaba con la cabeza.

—No importa. Estoy bien. —Se volvió para susurrarle algo a una morena esbelta que le hizo reír y ponerse colorada.

Mierda.

Griff se giró e intentó oír lo que decía la chica india. Algo acerca de un concierto que habían visto en el BAM. Él asintió como si estuviera escuchando. Por encima de su hombro veía cómo Dante extendía sus brazos por detrás de dos de sus amiguitas, mostrándose encantador. Su mano izquierda tenía un corte bastante feo a la altura de los nudillos.

Eso necesita una venda.

Griff siempre había tenido muchas chicas, incluso cuando no las buscaba. Siempre había sido ancho de hombros y de pecho. Brazos macizos, piernas como árboles. Su nariz, grande y rota, era una bendición en su cara de niño. Y para burla de Dante, la pálida piel de Griff y su pelo canela destacaban en los bares donde la mayoría de la clientela era italiana y latina. Cuando todos tus vecinos están morenos todo el año, la piel lechosa resulta exótica. A las mujeres les encantaba marcar su blanca piel, y su carne, gorda y sonrosada no pesaba en contra de sus posibilidades. Dante le solía llamar el Follador Ballena.

La chica india estaba decidida y era bastante guapa… si tan solo él pudiera meterse la idea en la cabeza.

—¿Quieres?... —preguntó ella.

No, no quiero. Pero debería.

Griff sonrió de manera mecánica a su curvilínea admiradora. Ella le devolvió la sonrisa. Sus labios estaban pintados con un rojo intenso, que debería haberle parecido sexy. Su espeso cabello tenía casi el mismo brillo de medianoche que el de su mejor amigo.

Dante les estaba mirando de nuevo, mordiéndose el labio y transmitiéndole ánimo. Sus ojos negros resplandecían.

La polla de Griff dio una sacudida, y tuvo que mantenerla pegada contra su muslo mientras la chica le arrastraba a los baños.

Recuerda: esto es lo que quieres.

Para un bombero de Nueva York el 11 de septiembre solo estaba bien para echar un polvo sin más y para beber gratis. ¡A pasarlo bien! La chica le ofrecía sexo agradable en el bar. Griff Muir no tenía valor para resistirse.

El baño de los empleados estaba abierto y Griff tenía su llave, pero cuando los dos cerraron la puerta todo el plan de sexo en el bar se fue a la porra.

Ella empezó a trepar por él como si estuviera en los columpios y su boca le provocaba buenas sensaciones, pero su corazón no estaba en ello. Su larga cabellera era sedosa, pero quedaba falsa al contraste con la piel de Griff. Él estaba apuntalado contra el lavabo y seguía pensando en los indescifrables ojos de Dante.

¿Qué le preocupará?

Tal vez si pudiera acabar con esto en un par de minutos, todavía podrían marcharse a tomar esa pizza. Griff puso su cara bajo la cortina negra como el azabache del cabello de la chica y chupó su suave garganta morena mientras ella buscaba a tientas su paquete bajo el kilt. Sin embargo, él no se excitaba.

Nada.

Ella tomó nota de su desgana y dejó de intentarlo, besó su cuello. La boca le olía a mentol. Sus enormes ojos exóticos interrogaban a los suyos.

Él hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Lo siento. Hoy es un día duro para mí. Eres preciosa, pero…

—Eres un bombero de Nueva York —dijo ella con compasión. Una sonrisa dulce iluminaba su rostro moreno. Griff asintió, sintiéndose como un estúpido—; estuviste allí cuando las Torres…

Él tragó saliva mirando al suelo.

—Lo entiendo. Mi punto débil son los bomberos. Es como una manía. —Se bajó de su regazo.

—Perdona… Me encanta que seamos tu punto débil. —Quería ser amable con ella, pero también quería irse. Su voz sonó con eco contra los azulejos mugrientos y el techo lleno de moho.

Ella le apretó a través del kilt.

—Eres tan duro. ¿Estás seguro de que no quieres intentarlo?

Griff se sentó en la tapa del inodoro, juntando sus pulgares.

—No. Debería irme a casa.

—Tal vez otra noche. Eres tan guapo. Con ese pelo como el carbón ardiendo. —Ella acarició su cabeza y frunció ligeramente el ceño—. Tengo que encontrar a mis amigas.

—Bueno... no creo que mi amigo las haya dejado escapar. ¿Tienes cómo ir a casa?

—Sí. Vivo en las colinas. Estoy casada. — Abrió la polvera y se miró la cara.

—Bien.

Griff estaba empezando a no entender el matrimonio. Hacía que las mujeres se echarán a perder y que los hombres se convirtieran en matones. La muerte de su madre había destrozado a su padre. Y solo Dios sabía cómo Griff había jodido su propio matrimonio.

—¿Cómo sabías que era bombero? —preguntó él, mirando a la mujer en el oscuro cuarto de baño.

Ella se rio tontamente.

—Os reconocería en cualquier sitio. Con o sin los pantalones de trabajo. Por cierto, no voy a… decir nada sobre… —Ella hablaba de haber perdido la oportunidad de… — Bueno, les mentiré a mis amigas y les diré que lo hemos hecho dos veces.

—¿Y qué tal te he parecido? —Él se rio y se puso rojo hasta que sus orejas le empezaron a arder.

Ella se pasó la lengua por el labio superior y abrió sus enormes ojos de par en par.

—¡Alucinante!

—Gracias. —Griff se dio cuenta de que se iba a convertir en una historia que ella iba a contar: el gigante pelirrojo de la fiesta del 11-S con su falda escocesa. Muy bien; convertirse en una anécdota sucia era un buen plan.

Bueno, era casi todo verdad. Casi la podía ver contando la historia a sus amigas mientras tomaban un café o una ensalada, fanfarroneando y exagerándolo todo un poquito más cada vez, hasta que él se convirtiera en un tío de más de dos metros que le enviaba cartas de amor. Deseó que realmente pudiera ser el semental en el que ella le convertiría, haciendo que el fracasado del baño pareciera más sexy, más guay, más atrevido.

Soy un gilipollas.

Ella se pintó de nuevo los labios y pasó la mano por su brillante cabello.

—Simplemente cumplo con mis obligaciones como ciudadana. —Le guiñó un ojo, se contoneó para ponerse derecha la falda y salió por la puerta.

Griff se puso de pie y se giró hacia el grifo. Se mojó la cara y se quedó mirando fijamente en el espejo sus llorosos ojos grises.

Un perdedor. Un idiota. Mierda.

Los chicos estarían horrorizados si le hubieran visto rechazar a una tía tan buena. Estarían todavía más horrorizados si supieran por qué. Bajo el kilt, seguía teniendo una gruesa erección que le presionaba en los pliegues de la falda, pero no era por la chica. Ahora tenía un gran problema. Si salía ahí afuera así, todo el mundo lo vería. Apretó su miembro hinchado a través de la lana y jadeó.

Cerró la puerta con pestillo y buscó bajo los pliegues de la falda. Encontró su pene tieso y lo envolvió con su mano.

Tardó dos minutos, máximo.

Griff se volvió a sentar en la taza, cerró los ojos y dejó de luchar contra sus propias fantasías.

Unos minutos más tarde, Griff se sintió como si acabara de desayunar y darse una ducha. Bueno… un sándwich de huevo y un enjabonado rápido. Nada complicado.

Para cuando salió del baño, sus huevos por fin habían dejado de pegársele a las ingles y colgaban hacia abajo. Se había limpiado con una toallita de papel, pero podía sentir un poco de semen secándose en la parte interna de sus muslos.

El Bone se había llenado aún más. Habían llegado otros bomberos que llevaban puestas camisetas del cuerpo de bomberos como cebo para las chicas. Sus mujeres estaban lejos, muy lejos. Todos a una levantaron los codos y los vasos mientras el camarero, pequeño y cubano, limpiaba con un trapo grisáceo la vieja superficie con inscripciones del tipo: el gran follador y Shasta quiere a Ronnie y un juego de tres en raya.

—¡343! ¡343! —Al fondo de la barra, un grupo de bomberos de Brooklyn gritaban un brindis, con las cervezas en alto. Los civiles aplaudían y elevaban sus vasos alrededor suyo. En 2001, 343 miembros de los bomberos de Nueva York habían dado sus vidas en el Nivel Cero y Nueva York seguía estándoles agradecida. Eso estaba bien. Era lo correcto, que la ciudad recordase diez años más tarde, incluso después de que el Agujero hubiera sido pavimentado y las Torres Gemelas no fueran ya más que otra estatua hortera que los turistas se llevaban a casa a Pennsyltucky.

Griff condujo su enorme cuerpo hasta la barra. Con la cabeza y los hombros por encima de la multitud, se acercó a la camarera tetuda, y gritó por encima de los Doors.

—¿Has visto a Anastagio?

La camarera se encogió de hombros y paseó sus ojos por el local lleno de gente. Griff se rio y le dio las gracias con una sonrisa. ¿Adónde se había ido Dante? Griff suspiró, y de repente sintió hambre de verdad. La idea de Dante de ir a comer una pizza sonaba aún mejor ahora. Su estómago rugió mostrándose de acuerdo.

Entonces, como si su mente le hubiera mandado llamar, apareció su mejor amigo, con su pelo negro todo sudado y

enmarañado alrededor del cuello, y posó la mano en el hombro de Griff.

—¡Aquí está mi hombre! ¡El gran G! —Dante se quedó de pie apachurrado contra la barra, haciendo estallar un chicle con esa sonrisa de pirata que seguía dibujada en su cara.

—Eh, enano. —Griff se acercó más a él y respiró el profundo olor penetrante tan particular de Dante: dulce y duro, anticuado, como de vestuario limpio. Griff sonrió; reconocería ese aroma en cualquier sitio.

—¡Eh! Que un metro ochenta es normal. Lo que pasa es que tú eres un mutante. —Dante estaba despegando la etiqueta de su cuarta cerveza, las otras tres estaban apiladas enfrente suyo en la barra. No se había afeitado desde hacía un par de días, y la sombra de la barba incipiente en su perfil de romano cincelado le hacía parecer un matón de dibujos animados. Dio otro trago largo a la botella dejando al descubierto cómo trabajaban los músculos de su larga garganta.

—¿Salimos de aquí?— Griff sacudió la cabeza hacia la puerta.

—Te lo estás pasando bien. Y parece que todos hemos encontrado compañía. —Dante sonaba un poco borracho. Escudriñó la fiesta donde el resto de los chicos chapoteaban en grupos de fans femeninas.

—Venga, vamos a movernos. Me muero de hambre. Y tú querías hablar… —Griff buscó los ojos de Dante tratando de leer en ellos el asunto en cuestión. Él casi nunca pedía nada a nadie.

Dante chasqueó los dedos como si él no hubiera querido pedir nada.

—Pizza para llevar. ¿Por qué no volvemos a mi casa y te quedas a dormir? —Siempre le invitaba y Griff siempre decía que no.

Mala idea.

Griff negó con la cabeza disculpándose.

—Tengo que levantarme temprano. Debería irme a casa.

—¿Y mis relojes no funcionan? —Dante puso la cara de tonto de pueblo, poniéndose bizco y sacando la lengua hacia los lados.

—No quepo en ninguna de tus camas. Pero la pizza, vale. Podemos charlar de camino, si estás listo… —Griff se quedó de pie a su lado como los vagabundos que se acurrucan junto a las fogatas de los contenedores de basura e intentó captar sus ojos grisáceos.

Dante le miró un instante. Después examinó el suelo, donde las enormes pantorrillas de Griff se elevaban por encima de las medias y las botas.

Griff las flexionó de manera involuntaria.

—¿Estás seguro? —Dante se balanceó sobre sus pies y le miró de reojo con los ojos entrecerrados.

—Sí, D. —Empezó a girar hacia la puerta—. ¿De qué coño tienes que hablar?

—Aquí no.

—Vale. Vale. —Griff se rió—. Podríamos ir a Lucali’s. Si no te importa coger el metro.

—Uy. No tengo suelto. —Algo oscuro se movió en los ojos de Dante. Griff no dudó en ofrecerle dinero a su amigo.

—Yo invito. Venga.

¿Es el dinero lo que le tiene tan preocupado?

Dante sacudió la cabeza señalando la puerta. Estaba casi vibrando.

—Verás, este es el problema…

Griff dio un paso atrás y le dio un codazo.

—Anastagio, puedo echarte un cable. ¿Necesitas un préstamo hasta que cobremos? Puedo cubrirte en lo que necesites.

Podía arreglarlo. Además de hacer de gorila en este antro, Griff también trabajaba para un contratista local que siempre estaba a la búsqueda de manos hábiles. Todos los chicos trabajaban en otras cosas aparte de en el cuerpo. Los bomberos de Nueva York se caracterizaban por pagar unos salarios de mierda a los idiotas chiflados que se metían en edificios en llamas mientras todos los demás se escapaban de ellos.

Dante sacudió los hombros y le dio un suave codazo a Griff empujándole hacia la salida. El Bone estaba tan abarrotado ahora que moverse significaba deslizarse entre los cuerpos de todo el mundo, en un contacto total. Dante estaba prácticamente pegado a su espalda, sus músculos abdominales contra el culo de Griff. Gracias a Dios él era bastante más bajo, así que no había peligro de que se alinearan cosas peligrosas.

Griff se giró cuando alguien le tocó el hombro.

—Señor Muir. —Alek levantó su vaso a modo de despedida. Al parecer, el hábil ruso se había hecho un hueco entre la multitud de bomberos, y se le veía un poco fuera de sitio con su traje, gesticulando como un vendedor de coches mientras charlaba con un par de trabajadores de emergencias sanitarias de Queens.

Griff le saludó con la cabeza pero sin dejar de avanzar hacia la salida. Solo quería salir de esta muchedumbre y dejar atrás el ruido y descubrir qué pasaba. Venir aquí esta noche había sido una idea

horrorosa. ¿No habían muerto 343 bomberos? ¿Por qué quería la gente celebrar una tragedia?

Ya casi estaban en la puerta cuando Griff sintió que Dante dejaba de moverse detrás de él.

¿Qué pasaba ahora?

—Mierda —refunfuñó Dante. Griff se volvió para mirar por encima de las cabezas que no paraban de cotorrear.

—¡Anastagio! ¿Estás intentando escaparte? —Una morena llamativa que estaba junto a la barra le dio un golpecito a Dante en el pecho (probablemente sería el Plan B de esta noche): falda ajustada, tetas suaves bajo el vestido, gran furgón de cola, boca abierta tras haber besado a alguien, probablemente a él.

Dante soltó una risa breve y entrecerró los ojos, como si estuviera tratando de recordar su nombre.

—Uy, no... este es mi amigo Griff.

Ella ni siquiera le miró.

—Dante, he estado intentando dar contigo desde hace como dos años. Teníamos algo… y ahora quieres dejarme plantada.

—No, nena —Dante habló suavemente y se inclinó hacia delante.

De repente Griff ya no sentía tanto calor.

Dante se desplazó a la esquina de la barra hasta ponerse al lado de la chica y puso una mano sobre la ajada madera. Murmuró una excusa.

—Tenemos que levantarnos muy pronto. Y Griff no ha cenado. Tengo que darle de comer.

Incluso en un bar de Brooklyn lleno de gente hasta los topes, se podía ver cómo sus ojos de Dalila se deslizaban entre ellos,

enfadados por el intento de escaqueo. Le puso mala cara.

—¿Vivís juntos?

—No. —Griff se acercó aún más a la barra, simplemente para salir del tumulto.

—Bueno, prácticamente. Es como mi hermano. —Dante se retiró el pelo de la cara—. Y tiene que levantarse dentro de un par de horas. —Dante le acarició la pierna justo por debajo de la falda —. Podemos retomar esto más tarde. Vamos. Tengo que cuidar de él.

—¿Y qué pasa conmigo? —Ella se conocía este número de memoria.

Griff se dio cuenta de que la cabeza pelada de Alek se movía cerca de ellos, y de que estaba escuchando las sandeces que decía Dante con su sonrisa torcida. En la máquina de discos los Rolling Stones se lamentaban de bestias y de cargas mientras la gente cantaba desafinando entre 343 fantasmas.

La chica pegó un chillido. Por la expresión de su cara y por la posición de Dante, Griff estaba casi seguro de que él tenía un par de dedos dentro de ella, justo ahí.

Jesús. Dante siempre les pedía a las tías que hicieran locuras con él, cosas semi ilegales, a poder ser en público, y preferentemente delante de Griff para que se pusiera rojo. Griff se pondría a sudar y farfullaría algo mientras se quedaba mirando fijamente al suelo, y Dante siempre iba demasiado lejos. Y lo raro del tema era que las mujeres por lo general le daban las gracias a Dante después, le acosaban sexualmente y le mandaban mensajitos durante meses.

Griff resopló y le lanzó una mirada a su mejor amigo. A Dante le encantaba hacerle pasar vergüenza, le encantaba verle ponerse rojo. Dios, Griffin podía sentir cómo el rubor se extendía por cada centímetro de su cuerpo ante la mirada de chulo de su amigo. Seguramente hasta sus piernas estarían poniéndose coloradas bajo el kilt. Estuvo a punto de mirar abajo para comprobarlo, pero logró mantener su mirada fija en el abarrotado bar.

Contra la madera húmeda, el corte que atravesaba los nudillos de Dante se veía alargado y salvaje. Probablemente necesitará puntos y no una venda.

—¿Qué te ha pasado en la mano, D?

—Nada de tu incumbencia. —La sonrisa de Dante se hizo más amplia, pero sus ojos parecían apagados mientras miraba fijamente a Griff como si quisiese estar en otro sitio. Los músculos de su bronceado antebrazo se tensaron ante la mirada de Griff. La chica gimió por algo que estaba haciendo la mano oculta de Dante.

—No, me refería a… No importa.

Griff se frotó la barba, deseando que los dos estuvieran en otro lugar. Quería un trozo de pizza de pepperoni picante, quería cualquier cosa menos un bar de Brooklyn petado de gente diez años después del 11S. De repente ser una anécdota inventada calificada X por una mujer casada, le parecía más real que lo que sentía. Como si él fuera el fantasma número 344. Algo se extendía dentro de su amplio pecho y no le dejaba espacio para respirar, aplastándole desde dentro.

—¿Griffin? —preguntó Dante suavemente cuando paró y se alejó un poco de la chica. Su mano callosa se posó en el fornido antebrazo de Griff y le hizo cobrar de nuevo consciencia del local.

Griff se estremeció y recorrió con su mirada gris los cientos de kilómetros que le separaban de los ojos de Dante, hasta que se encontraron.

—Tengo que irme.

—Tenemos que irnos —dijo Dante a la chica, cortando su protesta con un breve beso en la boca—; a menos que quieras venirte con nosotros, nena. Juntos, quiero decir. Griff también es bombero…

¡Joder!

La música sonaba a tope y la gente se agolpaba, los unos contra los otros, y Griffin seguía ahí de pie, solo dentro de una burbuja asfixiante llena de ruido blanco, mirando el aire mientras contaba hasta cero. ¿Por qué estaba así? Resopló y miró a todas partes menos al rostro preocupado y tan atractivo de su mejor amigo.

Ella miró a los dos hombres, sus músculos, sus cuerpos, e hizo la suma: una cama redonda con dos bomberos el 11 de septiembre.

Griff podía ver cómo la chica iba cambiando de marcha mientras se mordía el labio, entrecerrando los ojos para calcular las posibilidades geométricas.

A ella le encantaba la idea. A él no.

—No me apetece, Dante. Necesito comer algo e irme a la cama.

—De eso se trata, G. Tú y yo no nos hemos ido de fiesta juntos desde hace un montón de tiempo.

Griff sabía exactamente lo que estaba sugiriendo su mejor amigo; él simplemente no confiaba en sí mismo lo suficiente como

para decir sí. Sabía que Dante quería ayudarle, pero negó con la cabeza. No.

Dante tiró de Griff hacia abajo. Sus labios casi rozaban la oreja de Griff y susurró,

—Dame... —Griff se estremeció y asintió con la cabeza antes incluso de que hablara su mejor amigo. Estaba sudando y el semen que tenía pegado a las ingles volvía a estar pegajoso— ¿Puedes darme un segundo? Te veo a la salida. —Una disculpa resonó en las palabras de Dante.

Griff volvió a asentir y continuó dirigiéndose hacia la puerta, deslizándose a través de la multitud bulliciosa.

Cuando llegó la abrió, pero no salió afuera sino que se detuvo justo en el umbral de aquel sitio donde no quería estar. La fiesta continuaba en plena ebullición.

No vio la suave mano color oliva de Dante quitándole de encima a todos los pesados para que pudieran escapar. No vio la fuerte espalda de Dante ni sus robustas piernas abriéndose paso entre el gentío y dirigiéndose hacia él como si llevara un machete en alto. No vio cómo la cuadrada mandíbula de Dante y su pelo negro captaban la luz cuando llegó a la entrada sonriendo con alivio y le guiñó un ojo.

No vio nada de eso.

CAPÍTULO II

Siempre habían sido amigos.

No, eso era mentira.

Griff conocía a Dante desde secundaria, pero fue a través de Paulie como se hicieron amigos. Paulie era el hermano mayor de Dante, y como Griff, Paulie era uno de los mejores jugadores del equipo local de fútbol. De hecho, Paulie y Griff habían jugado juntos todo el año de cadetes y un mes en juveniles antes de que Dante fuera algo más que el hermano gilipollas de su amigo, algo que ahora parecía una locura.

¿Y qué no parecía ahora una locura?

Paulie Anastagio era uno de los seis hijos de una familia italiana de chalados que vivían en una casa de Cobble Hill, que compró el abuelo del señor Anastagio antes de la crisis. La casa estaba en la veta situada entre la mierda que era Brooklyn y donde Brooklyn acumulaba su mierda. Griff vivía con su padre a dos manzanas de ellos en el mismo distrito de mierda.

Griff y Paulie se habían conocido en un campamento de béisbol al final de un verano y habían pasado juntos todo el año siguiente gracias al fútbol. Nada demasiado duro: alguna cita doble de parejas, algún porro compartido, alguna escapada chunga a Jersey en el coche de alguna novia.

El padre de Griff pensaba que el fútbol era una pérdida de tiempo y que el colegio solo era una oportunidad para hacerse una paja por cuenta de la ciudad. ¿Para qué servía el colegio si sabías que ibas a terminar siendo policía o bombero? Hasta que conoció a Paulie, Griff estaba más o menos de acuerdo. Había probado esa teoría de sobra en el instituto, al fondo de la clase.

Paulie era uno de esos chicos que era exactamente lo que parecía ser en todo momento: honesto, simple y directo. Era así por

naturaleza. Rozando el metro ochenta y los 100 kilos, Paulie era un tren de carga dentro y fuera del campo.

En el primer partido de fútbol, Griff había escuchado cómo todo el clan de los Anastagio gritaba animando a su amigo. ¡Venga Skyhawks! Esta gran *famiglia* de morenos que gritaban y aplaudían en las gradas; ojos negros y sentido del humor negro.

Los hermanos Anastagio se daban puñetazos y se metían los unos con los otros hasta que la señora Anastagio repartía una bofetada a alguno de ellos.

Cuando los Skyhawks ganaron, mientras el equipo se daba palmaditas en los hombros y el público gritaba, Griff se sintió tan celoso de su amigo y de su familia que apenas podía mirar a Paulie a los ojos.

Pero no importaba. Después de ducharse y cambiarse, Paulie le agarró del cuello y Griff terminó metido a presión en la parte de atrás de un Lincoln con Loretta Anastagio encima de sus piernas, riendo todo el trayecto que recorrieron para ir a comprar pizzas y Coca-Cola. Hacia el final de la noche, era como si toda la familia le hubiera digerido, como una ameba bulliciosa y feliz… y eso era todo.

Casi enseguida, Griff comía siempre en casa de los Anastagio, ayudaba al señor A. con las alcantarillas, compartiendo coche con los hermanos para ir a fiestas o a la playa, y comiendo la comida de esa nevera repleta hasta los topes. Al final ya no necesitaba tener una familia imaginaria como siempre había querido: ésta le había secuestrado.

Al padre de Griff no parecía importarle gran cosa. Como jefe de bomberos, salía a investigar a cualquier hora y dejaba bastantes

veces que Griff se alimentara a base de sándwiches de mortadela y sobres de Tang. La madre de Griff había fallecido cuando él tenía nueve años, así que los hombres Muir tuvieron que arreglárselas como pudieron.

Los Anastagio organizaban fiestas de cumpleaños para él. El verano anterior, antes de empezar el instituto, le llevaron durante una semana al Lago George para celebrar lo que ellos llamaban la Excursión anual de la no-pesca. Y cuando Griff se rompió el brazo jugando al baloncesto una noche, fue la señora Anastagio la que le llevó al hospital. Él y Paulie cuidaban de los más pequeños y soportaban sus tonterías. Griff aprendió a ser un hombre del señor A., y no de su propio padre.

En todas las fotos del último año del instituto Griff aparece sonriente con su espesa mata de pelo rojo, los hombros como un armario, de pie, enorme, pálido y tímido, rodeado de hermanos sicilianos semiadoptados de oscuros rasgos y grandes carcajadas. Cada una de las fotos era como en Barrio Sésamo: una de estas cosas es diferente a las demás.

Justo antes de la graduación, Paulie dejó embarazada a Verónica Núñez. La feliz pareja (más el pequeño polizón) se casaron en junio y se mudaron a Staten Island en el mes de agosto. En lugar de hacer las pruebas de bomberos como había planeado, Paulie empezó a trabajar de contratista.

Como si hubiera sido de mutuo acuerdo, el siguiente hermano subió un nivel y se convirtió en el hermano mayor junto con Griff: era Dante, el más loco de todos los Anastagio y que además estaba orgulloso de serlo. Problemas y más problemas, eso era Dante. Más alto y más delgado, y más gallo que Paulie.

Griff al principio le odiaba. No odiar, odiar. Pero una noche le pegó a Dante un puñetazo en la mandíbula cuando llegó todo chulo a un club de striptease al que había ido con un par de chicos. Dante estuvo molestando a una de las bailarinas, una chica que habían conocido en el colegio, y no la dejaba en paz. Griff le golpeó, Dante cayó al suelo, y mientras se tambaleaba con esa sonrisa de pirata y con sangre en su labio, plantó un gran y húmedo beso en la mejilla de Griff.

—Está bien, tío. Está bien.

Y clic. Ya eran muy buenos amigos. Tan fácil como encender una lámpara. Descubrieron que los dos tenían planeado hacer las pruebas para ser bomberos, algo casi inevitable. Trabajaban juntos, se iban juntos de fiesta, se ligaban juntos a las chicas, vomitaban juntos. Como hermanos.

Aprobaron el examen, Griff a la primera y Dante a la tercera. Hicieron las prácticas en Randall Island a la vez. Después, Dante se trasladó a Queens, cedido a un parque de bomberos miserable que siempre estaba a punto de cerrar por recortes presupuestarios. Griff tuvo más suerte, probablemente gracias a su padre, y consiguió un puesto en el Camión 333/Escala 181 en Red Hook. Los «Hot Hookers» («Putas calientes») se llamaban a sí mismos; y sí, lo eran.

Hasta que Griff se casó, él y Dante siguieron saliendo los fines de semana: bebían, iban como motos, hasta compartieron un par de chicas. Dante siempre estaba haciendo malabarismos con tres o cuatro, o más mujeres.

Un montón de los chicos del parque de bomberos lo hacían. Todo el mundo sabía que los bomberos jóvenes no podían tenerla guardada en los pantalones. Era por el trabajo: guardias de

veinticuatro horas, ejercicio constante, testosterona, esperar en el parque cocinando y sacudiendo la sardina, y lavar el camión. Las chicas se daban cuenta de ello y siempre estaban dispuestas a mostrarles su gratitud. Y el horario hacía que fuera fácil buscar excusas rápidas. «Lo siento, nena, tenía que hacer una sustitución». Sí, seguro: una sustitución para un colega, en una cama de agua redonda, en un hotel para el sexo en Jersey. «Estaré en casa el martes, cariño».

Todos los bomberos lo hacían, pero lo de Dante era legendario: comer, follar, divertirse… en cualquier orden, cualquier combinación. Cuando llevaba dos años en el cuerpo, Dante tenía una prometida que se llamaba Shelly, una novia llamada Maxine, y un par de amigas a las que se beneficiaba en caso de emergencia eréctil. Y de algún modo, jugaba con todas ellas con mucho arte, reemplazándolas cuando ellas se aburrían del tema. A veces casi parecía que a las chicas no les importaba compartirlo, siempre y cuando él continuara fingiendo que cada una de ellas era la única mientras follaban. Fuera lo que fuera lo que Dante les hacía a estas chicas, ellas nunca se cansaban de ello.

Griff siempre pensó que sería el padrino de boda de Dante, pero los amores de su amigo nunca duraban lo suficiente como para llegar a poner a alguien un anillo en la mano. Shelly dejó paso a Lauren… después vino Bethany… más tarde, Krysta. Las novias salían por la escotilla, pero la boda no llegaba jamás.

Aunque su novia odiara a ese «arrogante cabrón», Dante fue el padrino en la boda de Griff con Leslie Kiernan. El padrino se pasó la boda entera practicando el sexo oral con la dama de honor en el

aparcamiento, y más concretamente, en el jeep de su novio. Los chicos son juguetes.

Dante salía impune de todo. Y de alguna manera todas le querían incluso después de romper con él. En parte, llevaba a cabo fantasías para todos sus amigotes. Los incendios y las mujeres se apagaban como por arte de magia en manos de Dante. Así era él.

Y entonces llegó el 11-S y cayeron las Torres.

—Se ha transmitido un 10-60 para el World Trade Center, 10-60 para el World Trade Center.

Tan pronto como se produjeron los impactos de los aviones, todos los efectivos de bomberos de Nueva York salieron hacia las Torres Gemelas. Los camiones llegaban en avalancha al bajo Manhattan, abriéndose paso entre la locura de las calles. Había humo por todas partes. Caía la ceniza. La gente saltaba a través de las ventanas. Una carnicería. Calles envueltas con trizas de papeles, trozos de carne. Gente que vagaba aturdida, todos cubiertos de polvo, tropezándose a cada paso en una espesa ventisca gris. Ejércitos de esclavos asalariados que arrastraban los pies tratando de regresar a casa, de encontrar un teléfono, de salir de la puta isla antes de que se hundiera.

Para poder contar con los ocho coches de bomberos y los cinco camiones que se necesitaban para una emergencia seria, se había llamado a las unidades de Brooklyn y Queens. El coche de Griff había sido uno de los primeros en llegar al lugar de los hechos porque su parque se encontraba justo al lado del río. Incluso después de que se estrellara el segundo avión, las patrullas estaban dándolo todo intentando sacar a la gente con el máximo cuidado, tratando de aguantar la situación. Veinticinco coches de bomberos,

dieciséis camiones, probablemente seis batallones. Nadie esperaba que las Torres se vinieran abajo realmente; un montón de chicos habían entrado a todo correr dentro tratando de sacar civiles de allí.

Entonces, *¡mierda puta!* , la Torre 2 se derrumbó y entonces todo fue peor que cualquier cosa que ninguno de ellos hubiera visto antes.

Griff estaba en la calle, metiendo la manguera en el número 90 de Church Street, cuando oyó un estruendo y un extraño rugido. A continuación esta nube negra invadió las calles, persiguiéndoles. Escombros y papeles se agitaban a su alrededor. Intentó correr para dejar atrás la oscuridad, pero esta le alcanzó lanzándole a través de un escaparate de cristal, por lo que tuvo que arrastrarse hasta el camión a ciegas en medio de la ardiente niebla. Visibilidad cero en una mañana soleada.

La Gran Manzana enloqueció.

Ya no había órdenes. Cientos de hombres desaparecidos. Griff ayudaba a buscar y recuperar a gente con su dotación en el metro de Cortlandt Street, cuando escuchó el nombre de Dante en la radio, en una llamada de emergencia desde el emplazamiento de la Torre Norte antes de que esta también cayera.

Sin pensarlo, Griff llamó a los Anastagio, o lo intentó; dos horas después de los impactos todavía no había servicio de telefonía móvil y las líneas telefónicas estaban colapsadas con personas que querían respuestas y gente que llamaba a su familia para decir adiós desde dentro de las ruinas. Ningún recuento aun de las víctimas mortales y de los heridos. Y, ¿para qué? Intentó llamar a su mujer, lo mismo. Estaban en una especie de pompa ahí abajo.

Dante podría haber estado en cualquier sitio. Al parecer, dentro todavía se escuchaba a las víctimas atrapadas entre los escombros suplicando ayuda. Las cadenas de noticias lo calificaban como la Tercera Guerra Mundial. Nadie sabía aún nada. El recuento de los cuerpos podría ascender hasta los 20.000; toda la ciudad escarbaba tratando de obtener una respuesta directa.

Griff simplemente dejó que sus pies se movieran solos y trató de salvar a unas cuantas personas, limpiando con colirio sus ojos llenos de hollín una y otra vez para poder seguir buscando. Oyó que habían caído otros aviones en Washington, pero que no se sabía bien y que los datos escaseaban. Algún monstruo había hecho un agujero en Nueva York, y esperaba desaguar por él a la ciudad en el río. Aquí estaba él tratando de encontrar una persona en el meollo del asunto, sintiéndose tan ciego y tan sordo, y tan inútil como cualquier otro. Un puto héroe.

Griff se acercó todo lo que pudo al agujero para mantenerse alerta. El World Trade Center 7 se derrumbó al caer la noche. Rezando por volver a escuchar el nombre de Dante de los labios de alguien que estuviera ahí abajo, trabajó con las patrullas toda la noche como un zombi, con la cara gris bajo las cenizas. Todo el mundo se ahogaba por el olor de antorchas de acetileno y cosas peores. Él buscaba a su mejor amigo y de paso ayudaba a unas pocas almas perdidas. Miles de personas buscando familiares y compañeros de trabajo que habían desaparecido literalmente esfumándose en el aire.

Griff sacó a gente atrapada en sus coches y trasladó a otros a las ambulancias. Rescató a un Labrador con una pata rota que se moría de hambre, que estaba atrapado en una charcutería lamiendo

leche del suelo. Encontró una pasante embarazada que arrastraba los pies descalzos en el hormigón lleno de polvo, sin zapatos y con ojos perdidos; le señaló hacia el Puente para que pudiera ir andando a casa con sus hijos.

Nadie había visto a Dante desde la llamada de la segunda torre, pero Griff seguía preguntando y buscando, y tratando de escuchar ese nombre, día y noche. Treinta y siete horas seguidas sin dormir. Griff se rajó la mano cuando intentaba levantar un buzón que estaba encima de un cadáver que llevaba un traje de 1.600 dólares. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba sangrando hasta que uno de los paramédicos se puso delante de él y empezó a gritarle.

En shock. Estaba en estado de shock.

Le metieron en una ambulancia y le llevaron a una de las tiendas de campaña de emergencia que habían florecido como por arte de magia en la Zona Cero. La gente gemía y lloraba, y se ahogaba en el polvo. No podía sentir nada. Un médico residente le cosió la mano y le dijo que se fuera a casa; sin embargo, él siguió buscando a Dante en el Infierno.

Le llevó cinco horas y casi toda su cordura encontrarlo.

—¿Son ustedes familia?— La enfermera de la Reserva observó su pálida piel y su pelo brillante. Sus ojos hicieron un rápido escáner. Dio la vuelta a una página llena de garabatos.

Iban caminando por los amplios pasillos del hospital Bellevue que resonaban con eco y donde parecía que había acres de pacientes en camillas, que gemían como si alguien hubiera levantado una roca y la luz dolorosa les hubiera dado de lleno a un montón de gusanos. Grupos de familias que lloraban desconsoladas

y que pensaban que el fin del mundo podría llegar en cualquier momento, desesperados solo por despedirse y decir «te quiero».

—Hermanos. —Griff sabía que parecía un loco. La mano herida le escocía.

Ella dio unas palmaditas en sus notas.

—Estaba atrapado en el hueco de la escalera, pero consiguió salir a tiempo llevándose consigo a un compañero por un respiradero. Una locura, vamos.

—No se hace usted idea.

Giraron la esquina y de repente todo parecía estar en orden.

Dante estaba tumbado de costado, encogido, con su pelo negro lleno de polvo. La mitad superior de su rostro estaba lívida, llena de moratones y pequeños cortes. El personal médico le había cortado la ropa y la bata de hospital estaba enroscada sobre su cadera cubierta de hollín. Los ojos y las manos de Dante se movían nerviosamente. Estaba soñando. Sus labios curvados parecían demasiado rojos y demasiado oscuros, como un tatuaje en la boca. Tosió en sueños y de alguna manera fue como si la voz de Dante tosiera por toda la sala.

Griff la habría reconocido en cualquier sitio y casi se mea en los pantalones del alivio, conteniendo el aliento mientras se acercaba a su amigo.

Pi-pi-pi. El busca de la enfermera sonó y enseguida regresó al mar de camillas que se quejaban en el enorme vestíbulo; ni siquiera volvió a mirar a Griff, y él tampoco se habría dado cuenta si lo hubiera hecho. Las fuertes piernas de Griff de repente le fallaron y cayó al suelo de rodillas junto a la cama.

Gracias, Dios mío. Gracias, Dios mío.

Deseaba que Dante emitiera otro sonido, cualquier sonido. Se inclinó sobre aquella cara cansada solo para escuchar cómo respiraba, la música exacta de la respiración de Dante. Arrodillándose tan cerca de él porque quería colocar su oreja llena de polvo sobre el pecho de su amigo para escuchar el milagroso pum-pum del corazón de Dante que le decía que seguía vivo.

Gilipollas. Tenías que ser un puto héroe…

Los embotados dedos de Griff buscaron torpemente la muñeca de Dante y asieron su áspera mano. De repente supo que Nueva York se recuperaría. Sobrevivirían. Dante se movió un poco y emitió uno de esos gruñidos tan agradables con la parte de atrás de su garganta. Como si alguien le hubiera hecho una broma en sueños y fuera a empezar a reírse.

El intenso pelo rojo de Griff estaba en punta y su corazón de pronto era demasiado grande y estaba demasiado caliente para poder contenerlo en el pecho. Latía desenfrenadamente contra su caja torácica.

Algo húmedo cayó sobre sus nudillos enlazados haciendo que la ceniza y la arenilla gotearan y Griff se dio cuenta de que estaba llorando y de que no podía dejar de hacerlo. Le sentaba tan bien dejar que las lágrimas afloraran libres y limpias… el ácido abandonaba su cabeza para que ya no le quemara más. Su boca abierta lloraba porque se había abierto un agujero dentro de él. Tomaba grandes bocanadas de aire limpio. Su rodilla derecha temblaba. No podía ponerse en pie.

Levantó la otra mano para acariciar el enmarañado pelo mugriento de Dante para poder verle y después se quedó inmóvil, porque a saber qué heridas podría tener. Era incapaz de moverse.

Su pálida mano cosida rozó la frente olivácea de Dante, por encima de las negras pestañas, y suavemente por la mejilla.

Griff miró cómo su mano rota se retiraba lentamente, como si perteneciera a un extraño. ¿Le dejarían quedarse? Estaba en estado de shock, ¿no? Tenía derecho a estar en el hospital. Si los médicos querían que se marchara, podían irse a tomar por el culo. Se puso tenso como un perro asilvestrado que estuviera guardando sus cachorros.

Dante volvió a apretar los dedos sin darse cuenta, como en un sueño.

El alivio fue tan fuerte que le hizo jadear.

La nariz le goteaba, y Griff utilizó su mano libre para pescar el móvil y llamar a los Anastagio para que pudieran llorar y gritar y pasarse el teléfono los unos a los otros aliviados; entonces recordó que no había señal, que solo estaban ellos, solos pero juntos, y que no podía ponerse en contacto con nadie en ninguna parte. Así que se puso a hablar con Dios.

Las pesadillas comenzaron una semana más tarde.

Griff no era el único. Les ocurrió a un montón de ellos después de lo del World Trade. Los chicos que habían escapado. Los hombres que habían visto a sus amigos, a sus familias, quemados y destrozados junto a ellos en la Zona Cero. Los bomberos de Nueva York siguen siendo un cuerpo que se vanagloria de ser hereditario, por lo que muchos hermanos habían muerto juntos, padres con yernos, tíos y primos.

El Agujero había hecho pedazos a montones de gente. Estaciones enteras se vieron incapacitadas, cientos de corazones rotos en cada manzana. La mitad de los camiones funcionaban a

base de antidepresivos y fármacos contra la ansiedad. De repente había 343 vacantes y todos los días se retiraba alguien del servicio. Todos ellos se habían asomado al abismo y parecía lícito mirar hacia atrás, como en un escaparate de perdición.

La realidad estaba matando a los bomberos de Nueva York que habían sobrevivido a la catástrofe, pero la fantasía del bombero se había prendido en todo el país. Eran los héroes relucientes del momento. Las estrellas de cine y los cantantes de rap llevaban cosas de bomberos puestas. Las esposas de los bomberos se separaban, y a quién le importaba, porque de repente todas las mujeres del área de los tres estados querían comerles la polla para darles las gracias. Estos locos encantadores habían caminado por el infierno con un abrigo de gasolina.

Dante se recuperó muy rápido, sin cicatrices y con pocos recuerdos firmes de aquella semana, por no hablar de ese día. Pero algo pequeño había cambiado en él. Seguía siendo un bala perdida, pero se mantenía más alejado de las multitudes y cada vez más aferrado a sus amigos y a la familia; ese año solicitó el traslado al camión de Griff en Red Hook, dijo que por estar más cerca de casa. Dio la entrega del pago inicial de una casa vieja que estaba a menos de un kilómetro de su gente.

La mujer de Griff, Leslie, se largó a los siete meses, y ¿quién podía culparle? Ella jamás había entendido su amor al trabajo. Ahora Griff no podía quedarse quieto más de diez minutos; no habían dormido juntos desde los ataques. Noche de bodas de los Muertos Vivientes. Él se mostró de acuerdo en firmar un divorcio amistoso y ella regresó a casa de sus padres en Yonkers.

Griff no podía sentir nada, por no hablar de lo triste que estaba. Trató de echarla de menos, pero estaba orgulloso de ella porque había salvado su propia vida. Tantos de los chicos se habían divorciado, que era algo prácticamente previsible. Incluso se decía a sí mismo que no era para tanto. Volvía a estar soltero. Sí. Aunque sabía que era un error, se trasladó de nuevo a su solitaria habitación del sótano en casa de su padre y comenzó a trabajar de gorila en el Stone Bone para poder pagar el alquiler.

Como Dante, Griff también había cambiado aunque no podría decir en qué. Casi no dormía, ni siquiera con pastillas y bourbon. Y empezó a temer por la seguridad de los Anastagio, especialmente por la de Dante. Se iba hasta su casa en coche muchas veces a las tres de la mañana, solo para comprobar que todo iba bien. A veces se quedaba a dormir en el coche delante de la casa y se marchaba cuando salía el sol, vigilando y volviendo a vigilar para asegurarse de que no habían desaparecido. De que no habían planeado desaparecer. De que todo el mundo seguía ahí.

Cuando visitaba a alguno de los Anastagio, decía que iba al baño y aprovechaba para comprobar las ventanas y las cerraduras, los fusibles y las alarmas contra incendios. Era como tener arena en las sábanas, el miedo persistente a que podría pasar por alto un detalle y su familia adoptiva podría morir dejándole encerrado en el sótano de la casa vacía de su padre.

Griff sabía que se le estaba yendo la pinza, pero no parecía pensar que valiera la pena preocuparse por su estado mental.

No podía pasarle nada a Dante.

Irascible, un tío raro, con muy mal genio, un irresponsable, Dante Anastagio se convirtió en la roca en la que se apoyaban todas

las estaciones de bomberos de Brooklyn. Quizás era por los años en los que había vivido como un lobo solitario, pero nada perturbaba a Dante: vómitos, lágrimas, alucinaciones... nada. Empezó a arreglar esa casa unifamiliar enorme y cutre de Cobble Hill cerca de sus amigos y, algo típico en Dante, decidió abrir las puertas a la gente que lo había pasado mal en la vida. Prestó dinero que no tenía. Dio barbacoas y putas y de todo a todo el mundo que conocía y a un montón de gente que no conocía, pero nadie era tan agradecido como Griff.

Dante le salvó.

—¡Eh, Goliat! ¿Te pasa algo? —La cara de Dante se ponía encima de la suya en cualquier bar de policías de Staten Island. Griff negaría con la cabeza y se lo quitaría de encima, recordando que Dante estaba allí oliendo a whisky a su lado y que no tenía a nadie por quien lamentarse. Todavía.

—Coño, come algo atontado. —Dante hacía kilos de pollo al parmesano para todo el parque de bomberos, ponía un plato entero frente a Griff y no se movía hasta que este se metía un buen bocado a la boca. Dante contaba chistes y le daba palmaditas en la espalda mientras Griff comía como un robot.

—Toda tuya, tío. Ella quiere una rebanada de Gorila de vainilla. — Dante consiguió que se lo hiciera con una camarera regordeta en el aniversario de bodas de Paulie cuando lo único que hacía Griff era ir a funerales y a ceremonias de recuerdo y a la misa del gallo para poder llorar en público y no sentirse como un puto cobarde. Dante aparecía en la iglesia con un traje sin ropa interior, daba a Griff un golpecito en las costillas y señalaba a las tías buenas que sobresalían en medio de las cenizas de su vida de mierda.

Fue a mejor. Dante continuó obligándole a enfrentarse a la vida normal hasta que la vida volvió a ser normal, y él le estaba agradecido hasta llegar al punto de la obsesión.

Había conseguido acorralar a Griff. Aún no podría decir exactamente cuándo había ocurrido, solo cuándo se había dado cuenta. Dante era el mejor amigo que había tenido en toda su vida. Se habían criado juntos, sí. Y eran de la familia, claro. Pero Dante se había convertido en su eje, en un órgano vital necesario para su supervivencia. Podían pasar días enteros sin verse, pero dos horas con Dante bastaban para hacerle sentir que era un ser humano.

El mundo era ese estéril vertedero radiactivo en el que tenía que sobrevivir entre las idas y venidas de Dante. Aunque fueran dos tíos, la idea de perderle era como la de una amputación en la que se utilizara un tenedor y sin anestesia.

Griff tenía ataques de pánico. Imaginaba atracos y naufragios y enfermedades que podría sufrir Dante, aunque no fuera verdad. Fantaseaba con venganzas y rescates, y con curas que nunca tenían lugar. Sabía que era raro. Y en cierta forma, Dante intuía su pánico y jamás decía nada. Lo sabía y se quedaba a su lado y Griff se sentía agradecido. Agradecido como un chaval al que acabaran de sacar de una escuela en llamas.

Desaparecieron el humo y el olor, y la Gran Manzana volvió a ser lo que había sido. A modo de agradecimiento el cabrón del alcalde decidió cerrar un montón de estaciones de bomberos y jubilar a los veteranos para equilibrar su presupuesto de mierda. Pero poco a poco, los hombres del cuerpo de bomberos de Nueva York volvieron a resurgir de sus cenizas.

Hasta Griff. Incluso aunque sabía que Dante lo había hecho todo por él mientras él no era más que un zombi. Aunque sintiera todos esos sentimientos espantosos que no podía controlar por su amigo, por un hombre. En su mundo, dos tíos juntos eran algo imposible.

¿Dos tíos? Mala idea.

—Qué lástima que tú y yo no seamos maricones —dijo Dante una noche en el Stone Bone y le plantó un beso en toda la mejilla de Griff, con barba de un par de días, juntando a continuación sus frentes. Griff casi se atraganta con su Guinness Extra Cold—. Piensa en todo el dinero que nos ahorraríamos en bebida y rosas.

Entonces Dante se marchó con un par de hermanas que le mantuvieron atado casi todo ese fin de semana. Literalmente. Nudos franceses con sus medias. Él no sabía que había dejado a Griff atado a sus propios nudos, preocupado por lo fácil que sería cagarla con la amistad que les unía, perder a la única persona que estaba a su lado. Dos torres, solas aunque juntas.

Qué lástima.

CAPÍTULO III

La mañana siguiente a la fiesta, Griff se despertó con ronquidos de barítono y con la cara pegada a su piel barbuda. Era todavía muy temprano y afuera la oscuridad era total. Tan oscuro que él debería haber estado en su propia cama. Griff se quedó paralizado.

Mierda puta .

Con todo el cuidado del mundo, Griff levantó su alborotada cabeza pelirroja y miró la habitación con los ojos entrecerrados. La habitación de Dante.

Jesús, María y José . ¿Cómo habían terminado durmiendo juntos en la misma cama? Nunca dormía en casa de Dante porque no sabía si podía confiar en sí mismo tarde por la noche, con demasiado alcohol en el cuerpo nublándole el juicio. Lo sabía muy bien. Griff recordaba haber estado bailando en un club. No. Recordaba haberse peleado en una fiesta en algún sitio. ¿En Staten Island? No, en el Stone Bone. El aniversario del World Trade, diez años. Uf.

Por favor, Dios, por favor, no permitas que haya hecho ninguna estupidez.

Entreabrió un ojo para cuantificar los daños. Uf. Estaba desnudo; parecía que Dante llevaba puesto algo ahí abajo, pero no se iba a arriesgar a comprobarlo. Griff sintió cómo su pálida piel se ponía roja, roja, roja por todas partes.

Griff tenía la boca amarga y seca. Podía oler el sudor de alcohol en las sábanas. El gran bíceps de Dante rodeaba su cuello. El negro vello de su pecho, los pezones como moneditas en contraste con su bronceado. El estómago vacío rugió un segundo, subiendo y bajando, hacia arriba y hacia abajo ante sus ojos mientras Griff se disponía a moverse.

Soy un merluzo. ¿Qué coño hicimos anoche?

Espera… Recordaba haber salido del Stone Bone para escaparse de los idiotas del 11 de septiembre. Se acordaba de cómo Dante había despachado a su morena y el casi trío. Gracias a Dios. Habían ido a cenar algo… ¿Pizza? Pero había bebido tequila,

obviamente, y un montón además. ¿Volvió para ayudar a Dante con algo? No, no era eso. Dante no permitiría que Griff le ayudara, pero habían compartido la cama. ¿Y cómo se desnudaría? *Jesús* . La boca le sabía como un cenicero de una casa de putas.

Era el 11 de septiembre. Había salido con los chicos. ¿Y después…?

¡Uf! Sentía como si su cabeza estuviera llena de escarabajos que intentaban excavar un túnel en la cuenca de su ojo izquierdo. El tequila siempre era la peor elección, y rezó porque no hubiera pillado gusanos. Debían de haber estado bebiendo hasta las tres de la madrugada mientras picaban algo. Dante estaba chiflado; Griff no podía evitar contagiarse de su locura cuando estaban juntos. Alguien debería buscar una vacuna.

El reloj marcaba las 5:17.

Sus tripas le decían: «Mueve tu culo».

La cálida piel de Dante le llamaba: «Vuelve a la cama».

¿Realmente… nosotros…? Qué va. *Imposible* . La ropa interior de Dante significaba que no había pasado nada, ¿verdad? Griff levantó su brazo a cámara lenta, observando la cara de Dante, por si este se moviera.

¡Lucali’s! Habían ido a la Pizzería Lucali’s y habían pedido una pizza de alcachofas, salchicha y pimientos. Pero no había mesas libres porque esa noche salía todo el mundo a la calle, a festejar no sé qué con fantasmas. Dante no había dicho ni media palabra sobre lo que fuera que le preocupaba, eludiendo la cuestión mientras esperaban que su pedido saliera del horno.

En un momento dado debían haber llevado la caja caliente a casa de Dante, pero Griff no podía recordar esta parte. Por lo visto

habrían comido. También habrían hablado. ¿De dinero? No podía acordarse; su cerebro parecía estar lleno de perros ladrando y cristales rompiéndose.

Dante debía haber conocido a una chica en el restaurante; siempre conocía alguna chica. *¡Mierda!* ¿Se habían llevado a la chica a casa? ¿Y si había alguien al otro lado de Dante ahora mismo que hubiera visto algo, que pudiera decir algo? Dante podría olvidarlo, pero era imposible que una tía no se diera cuenta de una tensión homosexual. Griff no podía haber mantenido nada oculto con ella en medio; tenía que salir de allí, volando.

Milímetro a milímetro, Griff fue girándose para alejarse de la piel brillante color aceituna de Dante, desplazándose hacia el borde de la cama. Era lunes y los dos entraban a trabajar a las seis de la tarde. Si pudiera escabullirse sin tener que hablar, si pudiera desaparecer, si pudiera llegar al baño antes de que su amigo se despertara, todo sería maravilloso.

Gracias a Dios Dante podía dormir aunque cayesen bombas a su alrededor.

Dante farfulló algo y se alejó un poco ocupando el espacio arrugado que Griff había estado calentando hasta hacía solo cuatro segundos, respirando profundamente contra la almohada de Griff, inhalando el aroma de este mientras soñaba.

Griff ahora estaba despierto, totalmente despierto. El otro lado de la cama estaba vacío: no había ninguna chica. Dante había pasado la noche abrazándole en sueños. Dante era un tío táctil. Se habían emborrachado. Pizza y tragos. Pero Griff no se había propasado con su mejor amigo. Crisis evitada.

Despacio, muy despacio, bajó del colchón y se puso en pie; su estómago le daba vueltas. «El tequila te mata», decía siempre el señor Anastagio.

Griff intentó no mirar a los músculos de su amigo bajo la sábana retorcida. La amplia espalda subía y bajaba. Hacia arriba y hacia abajo. Agitado.

Hijo de puta . Una gota de líquido preseminal y su prepucio se movió. ¿Qué le pasaba? Vio su kilt hecho un lío a los pies de la mesilla de noche, una bota sobresalía por debajo. Dante le había desnudado literalmente y había puesto su enorme culo en la cama.

Griff tragó saliva. Volvía a tener la cara roja.

Intentó centrarse en sus pálidos pies, en los pelos de sus dedos. Sus enormes pies. Intentó no fijarse en el bote gigante de vaselina de Dante en el que se veía la marca de los dedos que se podía ver debajo del somier. Volvió a tragar saliva. El corazón le retumbaba en los oídos mientras trataba de pensar en una ruta de huida. Su corazón latía a mil por minuto y tenía una erección matutina.

—¿Qué cojones haces, G? —Un sonido somnoliento se escuchó a su espalda.

—¡Dios! —Griff se estremeció quedándose paralizado.

Dante estaba apoyado en los codos con su pelo oscuro, muy atractivo. Su sonrisa era contagiosa, pero Griff no podía mirarle a los ojos. Dante sacudió confundido la cabeza.

—¿Necesitas ropa o algo?

—Voy a mear. Perdona. No quería despertarte. —Griff siguió andando, manteniendo su polla húmeda lejos de la vista de su amigo.

—¿Tienes resaca? —Dante se pasó la lengua por los labios, y Griff trató de asentir con la cabeza antes de cerrar la puerta del baño y dejar salir el aire que había estado conteniendo.

Diez segundos más y su erección le habría delatado. Se puso junto al lavabo y se concentró en no vomitar, suplicando a su polla hinchada que le diera un respiro. *No tienes posibilidades.* La apretó fuerte. *Oh* . Y por fin comenzó a encogerse.

Abrió el grifo. Se inclinó y tomó un trago de agua, se enjuagó los dientes y escupió en el lavabo. Evitó mirarse en el espejo; lo que fuera que le estuviera mirando no era algo que quisiese ver. Le sonaron las tripas inquietantemente. Se metió en la bañera con el propósito de abrir la ducha, pero antes de que pudiera sentir el agua se abrió la puerta.

Dante entró tambaleándose, con la mano dentro de sus calzoncillos anchos, y se detuvo frente al inodoro. Bostezó y se rascó los peludos huevos antes de sacarse la polla para mear.

—Intenté hacerte beber agua pero perdiste el sentido.

Deja de mirar y ponte unos pantalones, gilipollas.

Griff gruñó y se salió del baño, manteniendo los ojos en la pared de azulejos.

—Tengo que irme a casa. Los dos tenemos turno esta noche y tengo que hacer mil mierdas. —Detrás de él, el chorrito de Dante golpeaba contra el agua con fuerza. Griff se puso a buscar sus ropas desperdigadas por la habitación.

—G, ¿te acuerdas de lo que hablamos? —Dante de repente sonaba nervioso y tozudo. Se aclaró las manos en el lavabo, pero no se las secó.

—Sí. Claro. Bueno, en realidad no. —Griff recorrió el suelo con la vista. *Vamos,vamos* .

—¿Puedo pedirte un favor? —Su mejor amigo estaba de pie en la entrada del baño, con los brazos cruzados. Bajó un poco la mirada.

La otra bota de Griff estaba debajo de la silla y su camisa no estaba en ningún sitio.

—¿Griffin? —El cuerpo de Dante estaba casi desnudo, y el dulce y perfecto almizcle de su piel estaba por todas partes.

—Y claro, tío. Lo que necesites. —Griff se agachó para recoger un calcetín,

manteniéndose de espaldas, y superpendiente de su polla gorda, más visible de lo que debería.

—Todavía no te he dicho que voy a pedirte.

Griff levantó una ceja, completamente confundido.

—Y la respuesta sigue siendo sí, Anastagio. —¿Dónde cojones estaba la camisa? Probablemente se habría quedado abajo, en la sala de estar. Había hecho bastante calor la noche anterior. De eso se acordaba. Mierda. Había empezado a desvestirse en el piso de abajo. ¿Qué más habría hecho o dicho?

—Es solo que… —dijo Dante que parecía tan avergonzado como se sentía Griff, pero estaba claro que era por motivos diferentes—, ando un poco mal en estos momentos y la compañía del gas y de la luz me está tocando los cojones. Necesito otro trabajo.

—¡Claro, hombre! —Los pezones de Griff estaban a la vista, totalmente duros.

—Genial. —Solo que Dante no sonaba precisamente «genial»—. No estás loco, ¿verdad?

—¡No! No tengo dinero en metálico, pero puedo conseguirlo.— Griff se abrochó el kilt, dándole la espalda a su mejor amigo. Por lo menos su polla estaba tapada. Necesitaba vestirse y marcharse a casa. Cruzó los brazos, con lo que parecía que estaba enfadado o que mantenía una pose rara— ¿Cuánto necesitas?

Dante no dijo nada, solo se le quedó mirando mientras giraba en torno al desorden de la habitación.

Griff se puso los calcetines. Por último levantó la vista y se dio cuenta de las ojeras que tenía su mejor amigo, los brazos cruzados de manera tensa, la herida con costra en sus nudillos. Parecía que Dante se iba a derrumbar en cualquier momento.

—Deberías volver a la cama, D. —Se dio cuenta de que algo le pasaba a Dante de verdad— ¿Estás seguro de que eso es todo?

Dante se pasó la mano por la barba de tres días y se limpió la boca.

—Sí, eh, si no puedes…

—¡Eh, eh! En serio, hombre. Tendrás todo lo que necesites, D. —Metió los pies en las botas—. Paro en el cajero y te saco quinientos, ¿vale?

Dante le miró un momento con la frente fruncida, como si pudiera escuchar las locuras que Griff estaba pensando de él. Como si flipara con los pezones duros de Griff y su empalmada mañanera.

Griff se arrodilló para atar sus botas.

Dante va a decir algo. Seguro que se ha dado cuenta. Hice algo cuando estaba borracho.

—Guay. —Dante sonrió y asintió con la cabeza. La sonrisa no se reflejó en sus ojos y nada era guay.

Griff entrecerró un poco los ojos mirándole. ¿Qué pasa? Tendría que obtener algunas respuestas cuando los dos estuvieran vestidos.

—Gracias, G. ¿Me lo llevarás esta noche al parque?

Griff asintió y se quedó de pie, con cuidado de dejar espacio a Dante.

—Siento haberme quedado a dormir y haberte llenado de babas la almohada. Odio hacerlo.

—Las pizzas picantes necesitan bebidas. Es como una ley. Y solo me permito beber tequila cuando estoy contigo. Deberías cambiarte de ropa de todas formas. Es imposible que puedas meter todo eso en mis calzoncillos pequeñitos. —Dante hizo aspavientos señalando al descomunal «todo eso» de Griff.

—Me gusta estar en mi casa.

—Esta es tu casa, G. Venga. —Dante deambuló hacia la puerta y sus ojos se ensombrecieron—. Además, los chicos estaban todos pillando en el Bone y yo no tenía ganas.

—No quiero ser un estorbo todo el tiempo. —Griff necesitaba bajar las escaleras.

—¿Estás de broma? Soy italiano; me siento como un puto miserable si no tengo la casa llena de vagabundos hambrientos. —Se rió y abrazó a Griff, apretando sus grandes costillas—. No seas idiota. Me encanta tenerte aquí, tío.

—Vale —La palabra se escapó de la boca de Griff en un susurro. Se estremeció un poco, consciente de que el vello de su pecho estaba contra el torso desnudo de Dante, consciente de su

piel húmeda que se le pegaba. La suave barba de tres días arañaba el cuello de Griff. Le devolvió el abrazo un momento y dio a Dante una palmadita en su cálido cuello. Su polla volvió a moverse, balanceándose suelta bajo los pliegues. Sus preguntas tendrían que esperar.

—Gracias.

Griff retrocedió un paso y se escapó a encontrar su camisa antes de que hiciera algo todavía más estúpido que lo que ya había hecho.

Pero Dante no vino a por el dinero. Aunque estaba en el turno de la noche no se presentó en el parque de bomberos.

¿Qué demonios estaba pasando?

Griff no estaba preocupado y casi supuso que habría conseguido los 500 dólares en otro sitio, pero no conseguía que Dante le devolviera las llamadas. Al principio pensó que su mejor amigo habría perdido el móvil o que tendría una intoxicación alimentaria o que estaría follando con alguna chica. No. Las tripas de Griff le decían que algo pasaba, pero la resaca realmente le tenía atontado.

Y resultó ser una noche de mierda.

Griff había llegado al parque a las seis en punto sintiéndose todavía como si tuviera la cabeza metida en una piscina de pirañas. El camión estaba fuera y cuando subió las escaleras para ir a la sala de descanso, los accesorios para hacer pasta al horno estaban encima de los mostradores y en la larga mesa de la cocina. Briggs y Watson estaban discutiendo acerca de una olla de salsa de tomate, de una forma tan acalorada que ni siquiera se dieron cuenta de su llegada.

Watson removió la salsa, la probó con cuidado dándole la espalda a Briggs, que sujetaba en las manos una bandeja de metal para el horno con tanta fuerza que parecía que iba a destrozarla. Compartían turno y siempre peleaban por este tipo de chorradas; el Jefe decía que era simplemente su manera de canalizar la agresividad.

No gracias . El cerebro dolorido y deshidratado de Griff se revolvió y ladró.

En lugar de irse al frigorífico a por agua de Seltz, se dirigió a la cafetera y se sirvió una taza de café solo, bien cargado, obligando a su estómago a hacerse a la idea de que iba a verter este residuo tóxico dentro de su cuerpo.

—No deberías, Muir. —Siluski acababa de entrar justo detrás de él, secándose el cortísimo pelo rubio ceniza con una toalla con manchas de lejía. Se la echó por encima de los hombros. Estaba en camiseta interior y con los pantalones de servicio. Era el teniente más veterano de su unidad. Echó una mirada de disgusto a los cocineros que se estaban peleando—. Ese café es de esta mañana. Solo quedan los posos.

Griff miró la taza, vio los posos y la vació en la fregadera. El fuerte olor hizo que volvieran a revolvérsele las tripas.

—Gracias, hombre.

—Lo he hecho por mí, chaval. Hemos recibido un aviso y no quiero que vomites encima de mis botas. —Siluski le dejó ahí y situándose entre Briggs y Watson, llenando con agua del grifo un viejo vaso de plástico.

Volvió y se lo dio a Griff. El vaso tenía el logo de los New York Rangers.

—Bebe agua. El agua es lo mejor.

Griff dio un trago. Se merecía que le dieran una medalla por hacerlo estando de pie.

—¡Maricón!

Esa puta palabra .

Griff se puso tenso y se giró para ver quién lo había dicho. En la zona de la cocina, Briggs estaba metiendo cosas en la nevera tratando de provocar a Watson.

—Me lo pasé genial el jueves. Anastagio cuenta unas historias cojonudas. —Siluski había ido con Dante a ver el inicio de la Liga Nacional de Fútbol junto con unos quince chicos más de estaciones de la zona, al menos hasta el descanso. Siempre se marchaba pronto porque la canguro tenía que irse a casa. Su hijo mayor tenía ocho años y su mujer trabajaba de camarera entre semana, así que hacía tiempo que sus noches de juerga hasta tarde y las resacas habían quedado atrás—. Te meas de la risa con él, ¿verdad?

Griff asintió a las palabras de Siluski y la cara y el cuello se le pusieron rojos. Se preguntaba qué haría el teniente si supiera que, mientras el grupo estaba viendo el partido, Griff había tenido una erección oliendo a su mejor amigo; una bien grande. ¿Qué pensaría si le hubiera visto acurrucado con Dante esta mañana o que se le había puesto dura mirando su cuerpo inconsciente? El viejo le derribaría de un puñetazo en la mandíbula y le mearía encima. Griff sintió cómo le ardían las mejillas y para tratar de disimularlo dio otro sorbo asqueroso del agua caliente y con sabor a metal.

—Esta tarde he visto a tu padre trabajando. Parece estar bien. — Siluski estaba siendo amable.

Traducción: tu padre me ha saludado con la cabeza.

Como Jefe de bomberos que trabajaba en la Oficina de Investigación de Incendios, el padre de Griff era más o menos como un bombero pero con placa. Oficialmente, significaba que se dedicaba a investigar los incendios importantes, los provocados y el fraude. De forma extraoficial, significaba que llevaba pistola y tenía que arrestar a gente sin tener que tratar con los políticos del departamento de policía de Nueva York: licencia inmediata para ser un tipo duro. Era un viejo difícil pero cuidó de su hijo cuando tuvo que hacerlo. Y cuando Dante a los diecinueve años fue detenido en una redada por fumar hierba en el paseo de Coney Island, Griff había llamado a su padre y el viejo había conseguido que le soltaran en cuarenta y cinco minutos. Abracadabra. Por supuesto, desde ese momento no podía ni ver a Dante e ignoraba a la «otra» familia de su hijo.

Griff cerró los ojos.

—Espera. ¿Has tenido alguna salida hoy?

Siluski tiró los posos del filtro del café y rebuscó en los armarios.

—Terminaba el turno de nueve a seis, pero Anastagio me llamó para que cubriera su guardia. Qué cabrón. —Pero sonrió y empezó a preparar una cafetera para que los hombres pudieran funcionar bien por la noche.

Mierda y requetemierda . Griff estaba deseando que llegara el cambio de turno. Volvió a dar otro trago espantoso de agua.

—Pues lo vas a hacer tú, chupapollas. —Al otro lado de la estancia, Briggs fulminó con la mirada la cacerola de metal abollada que tenía en las manos y la tiró a la encimera. Al parecer Watson había ganado la batalla de la pasta y estaba probando su salsa.

Briggs se volvió al sofá y fingió que empezaba a ver un documental sobre medusas.

Los compañeros de Griff siempre eran así: novatos, en las peores horas, y con más gilipolleces. Aún así, era una casa tranquila: tenían porno y visitas escolares, bastante mejor que en otros barrios como Nuthouse o el Bronx, o cualquiera de los auténticos cuchitriles de barrios horripilantes. Griff lo prefería porque trabajaba con Dante. Casi siempre podían compartir el mismo horario de trabajo. De otro modo no podrían verse nunca.

Griff se dio cuenta de que Siluski le estaba hablando.

El teniente le estaba preguntando algo, con preocupación en su cara quemada por el viento. Frunció el ceño. A saber lo que era. Griff se sintió culpable por haber pasado de él.

—Maldito tequila. —Se justificó Griff. Trató de rellenar su vaso de agua en el fregadero de metal pero iba muy lento. Parecía que tenía guantes de beisbol en las manos y sentía los dedos como si fueran salchichas—. ¿Sabes por qué Dante no ha venido esta noche? ¿Está enfermo?

—Ni idea. —Siluski resopló y echó café de una bolsa de D’Amico’s en un filtro nuevo.

—Igual está de putas.

—Ah. —Griff sabía que no era eso. Su estómago le lanzó un aviso pero aguantó.

—Échate un sueñecito mientras puedas. —El teniente levantó la garrafa con manchas.

—El veneno fresco te estará esperando para cuando vuelvas al mundo de los vivos.

Griff encontró el camino a su litera prácticamente a tientas. El edificio era viejo, pero estaba bien equipado para alojar a tantos hombres. Incluso después del World Trade Center y de todos los discursos de los políticos, parecía que la ciudad nunca encontraba el presupuesto necesario para mejorar sus instalaciones. Sin embargo, Griff estaba contento en cierta forma. Al principio de su servicio, había ganado una apuesta a un veterano que se iba a jubilar, y había heredado un nicho diminuto en las literas del tamaño de un armario. Significaba que contaba con un poco de intimidad y que podía mantenerse al margen de algunas de las tragedias escolares que parecían perseguir a estos chicos.

Después de su divorcio, había dormido allí más que en ningún otro sitio, a pesar de que solo su capitán lo sabía. Aquello fue más o menos cuando Dante compró su maldita casa de ladrillos y seguía habiendo agujeros en el techo por los que se veía el cielo. Al final, Griff había abandonado el apartamento que había compartido con Leslie y se mudó de nuevo al sótano de los Muir, enterrado en vida en la habitación de su niñez. Pero siempre que se encontraba atrapado en su pequeño escondrijo, volvía a viajar a los meses horrorosos en los que todo parecía tiras de papel y alcohol para frotar y este era un lugar seguro en el que esconderse.

Griff se quitó las botas y las dejó donde estaba colgada su chaqueta. Se dejó caer en la pequeña cama y libró una batalla hacia un sueño intranquilo.

Esa noche solo recibieron dos alarmas: el incendio de una cocina en una vivienda de protección oficial de Red Hook y un accidente en la autopista Gowanus.

El incendio en la vivienda había sido prácticamente extinguido para cuando llegaron los bomberos dando codazos a familias adormiladas con los ojos muy abiertos, para darle un barrido al suelo. Vaya mierda de sitio para crecer. Los apartamentos, abarrotados y desordenados, le recordaban lo afortunado que era por tener un lugar donde vivir, aunque fuera con su padre. Mientras miraba a la multitud legañosa que estaba de pie en el asfalto, Griff se sintió culpable por tener tantas cosas. La fijación de Dante por su casa vieja que necesitaba reparaciones cobró más sentido.

La gente necesita espacio; las familias necesitan aire; el amor necesita luz. Como siempre decía la señora Anastagio, «Se necesita tener las habitaciones suficientes para amar a alguien debidamente».

El accidente en la Gowanus fue bastante peor. Sobre las tres de la mañana una camioneta de reparto de muebles había chocado a más de ciento diez kilómetros por hora contra un viejo coche de tres puertas: dos estudiantes de segundo curso volvían al campus de Hofstra después de una fiesta. Casi se despeñan por el puente.

Al impactar, el pequeño coche se había quedado clavado contra la barrera de

cemento, dejando dolorosamente inmovilizado a la joven conductora detrás del volante, mientras su novio sufría un ataque de pánico en el asiento del copiloto. El tío de la camioneta estaba bien, solo algunos rasguños y un montón de quejas en chino. Las puertas de la camioneta se habían abierto con el choque por lo que había sillas de madera rotas dispersas por los tres carriles. Lo primero, Watson y el nuevo pulverizaron la parte inferior del coche que estaba a la vista, aunque no había rastro de llamas ni de humo.

Tommy y el resto del personal de los servicios sanitarios de urgencias repasaron las opciones con Siluski.

La chica estaba tranquila dentro, aunque tuviera una herida en la cabeza, pero su chico estaba histérico y no paraba de gritar.

Dante podría haber calmado la situación en diez segundos con un guiño de ojos y un chiste guarro, pero estaba en otro sitio.

Céntrate, Griffin.

Sin su mejor amigo allí para ponerse encantador, Griff se pasó más de una hora en la autopista cortando la chapa del coche de los asustados estudiantes con el cortachapas.

El personal de emergencias sanitarias se había puesto a trabajar según llegaron, pero Tommy necesitó diez minutos para calmar al novio y hacer que saliera por una tabla para que Griff pudiera llegar hasta la chica de forma segura. Tommy era un pequeño cabrón superviviente que se había criado a unas pocas calles de donde vivían los Anastagio, y que empezó de voluntario en el servicio de emergencias nada más terminar el instituto, formándose primero como técnico en emergencias sanitarias y luego como paramédico en emergencias sanitarias. Un yonki de la adrenalina, pero muy bueno en situaciones graves. Desde luego conocía su trabajo, metiéndose cuando hacía falta, y Griff se lo agradecía. Mientras Griff y Siluski sacaban a la chica, el resto de los hombres reunieron los restos de las sillas en la carretera y colocaron conos para redirigir el tráfico. A veces barrer formaba parte del trabajo.

Este tipo de accidentes siempre era una situación en la que todos perdían: papeleo y puntos y pesadillas. Los tres civiles habían sido trasladados al hospital en ambulancia, prácticamente ilesos

pero cabreados con el mundo entero. Los policías habían aparecido para tomar declaraciones y redactar informes. Griff y Siluski y el resto de los chicos se sentaron a charlar un rato. El hermano pequeño de Dante, Flip, era policía, y uno de estos los chicos le conocía de nombre. Ese tipo de relación familiar siempre hacía que uno pareciera más cercano, hacía que el papeleo fuera más fluido.

A Griff le gustaban los policías. A decir verdad, salvaban más vidas, y hacían más «cosas buenas» los polis que los bomberos. El porcentaje de heroicidad caía a su favor claramente; se incendiaban muy pocos edificios y había muy pocos accidentes graves, pero en este mundo de mierda los cabronazos brotan por todas partes como los champiñones.

Los ataques del 11-S habían hecho que los bomberos entraran de pleno derecho en el nuevo milenio, pero en realidad un montón de las horas de trabajo de los bomberos de Nueva York se invertían estando sentados con tus colegas comiendo cosas grasientas y hablando de tías; especialmente el Camión 333/Escala 181. Así que Griff era amable con los policías y siempre se acordaba de los setenta y dos agentes que habían dado sus vidas en las Torres Gemelas con mucho menos bombo y platillo de todo el mundo.

En la escena del accidente, los chicos se partían el lomo para ganarle la partida a la hora punta. Los camiones remolque aparecieron para retirar las carcasas de metal. Antes de que el cielo se iluminara, habían logrado despejar del todo los dos carriles antes de volver al parque.

Sentado mirando hacia atrás en el camión, Griff sintió un bulto pesado en su regazo y se dio cuenta de que seguía llevando ese paquetito de quinientos dólares en billetes de veinte como un

proxeneta; el dinero que Dante no había reclamado estaba transpirando en su pierna como si fuera otro par de huevos.

¿Por qué no había aparecido? ¿En qué tipo de lío andaría metido?

CAPÍTULO IV

Cuatro días después, Griff se dio cuenta de que en realidad Dante estaba tratando conscientemente de evitarle, y no tenía ni idea de por qué.

De hecho, Griff no se dio cuenta de ello hasta el desayuno del tercer día tras el accidente de Gowanus, mientras comía unas tortitas en la cocina de su padre y miraba al fajo con los 500 dólares que estaba en la mesa junto al sirope de caramelo.

Dios. Había pasado media semana y seguía teniendo el fajo de billetes. Dante se había evaporado de la faz de la tierra sin dar ninguna explicación.

Griff se sentía como un gilipollas llevando tanto dinero encima, pero no quería volver a meterlo en el banco. Sabía que Dante lo necesitaba y todavía no sabía cómo hacérselo llegar. Fue a su casa y no había luz. Raro. Llamó a los Anastagio, pero ellos también estaban preocupados porque tampoco tenían noticias de su hijo. Dante no estaba en ninguno de los bares y no contestaba en el móvil.

No había nadie más a quien llamar. Griff trató de ser lógico. Tal vez Dante estuviera saliendo con alguien. ¿Y si estuviera exagerando? ¿Estaba siendo celoso o posesivo? Lo último que

quería hacer era involucrar a alguien más en sus propios sentimientos ridículos. Floreció el pánico y echó largas raíces en su pecho.

Once horas más tarde, Griff estaba desquiciado, muerto de la preocupación y recreando los escenarios más violentos: Dante estaba enfermo y no podía llamar por teléfono; Dante estaba inconsciente en una cuneta; Dante había huido del país; un marido celoso le había pegado un tiro; Dante se había visto sorprendido por una explosión cuando llevaba una chaqueta prestada y no habían podido identificarle.

Horroroso.

Por una vez, Griff comprendió en sus propios huesos cómo se sentían las esposas cuando los bomberos no llamaban para decir dónde estaban. Hacia las diez de esa mañana, Griff comenzó a llamar a otras estaciones de bomberos de Brooklyn. Todo el mundo pensaba haber visto a Anastagio, pero «no». «Creo que no». «Lo siento». «No desde el partido del pasado lunes». «¿Has probado en su casa?»

Griff hizo más llamadas y siguió la pista a cualquier habladuría. Utilizando el nombre y el rango de su padre, hizo una llamada a todas las comisarias y consiguió una pieza del puzle de manos de un operador supervisor. Llamó a Bedford-Stuyvesant y obtuvo una pista de un chico en pruebas de la Escala 111 que se suponía que no tenía que hablar acerca de dónde había estado Dante. Por algo el mote de la Escala 111/Camión 214 era el «Manicomio». El barrio en el que estaba era horrible: fuegos en casas donde se vende droga y enormes incendios provocados. Estos hombres se movían

todos los días en una locura de nivel de destrucción como el de los videojuegos.

El chico en pruebas le mandó a Griff donde un comandante de Staten Island que acababa de regresar de un fin de semana en el casino de Jersey.

Y también habló con el jefe de un edificio nuevo de oficinas que se estaba construyendo en la zona de los muelles. Miró en Ferdinando's por si Dante hubiera parado a comer allí en algún momento. Por último, Griff llamó a su propio parque de bomberos e hizo que uno de los tenientes comprobara la lista de turnos.

Ding-ding-ding.

Hace dos noches Dante había entrado media hora tarde, pero había hecho el turno de otro. Había ayudado a dar a luz a un bebé en el metro y había trabajado en el incendio de una pizzería en King Street antes de salir. Ah, y Tommy recordaba haber visto su coche aparcado un poco más arriba en la misma manzana.

Puto Dante. ¿Por qué no contestaba al teléfono?

Pedacito a pedacito, fue juntando los últimos días de Dante. Según lo que Griff había podido averiguar, su mejor amigo se había pasado media semana en Atlantic City, faltando a todos sus turnos. Había vuelto tarde y hecho una guardia larga no prevista, después seis horas de construcción en Columbia Street, y luego apareció en el 111 para participar en un tour para una película de acción espantosa de algún loco gilipollas en lo que debería haber sido su día libre. Y ahora, con aproximadamente tres horas de sueño a sus espaldas, estaba arrastrando su culo de regreso a casa para más inri.

Había estado trabajando sin parar durante más de 48 horas y solo lo sabía Griff.

Me cago en sus muertos. Le voy a matar .

En su camioneta, Griff conducía apretando tanto el volante que tenía los nudillos blancos. El fajo de billetes le abrasaba la pierna. Sabía que algo iba de puta pena, pero Dante seguía sin soltar prenda. Tenía que saber que Griff haría cualquier cosa para ayudarle. ¿Qué podría ser tan grave como para que no se atreviera a contárselo?

Dante era demasiado orgulloso como para pedir ayuda, pero esto ya pasaba de castaño a oscuro. Se suponía que no podían hacer tantos turnos seguidos. Era completamente y claramente suicida. Dante se estaba saltando a la torera todas las normas. ¿Pensaba que nadie se iba a dar cuenta?

Después del World Trade, todo el mundo había trabajado cuatro turnos de veinticuatro horas. Cuando no estaban de servicio los hombres se metían a hacer otro turno con otro grupo de otro camión. Nadie se iba a casa y sus familias lo entendían. Es más, las familias estaban trabajando de voluntarios en el Agujero o en los hospitales. Todos los hombres hacían un turno en sus estaciones, y luego se dirigían a Manhattan a ponerse a trabajar con un escuadrón en la zona, hacían un turno en el Agujero, y después se pasaban lo que les restaba de su día libre asistiendo a funerales. El cuarto día volvía de nuevo al parque. Y vuelta a empezar. Pero eso había sido una emergencia nacional.

Ahora, Dante se estaba poniendo a sí mismo y a todos los que le rodeaban en peligro por alguna estúpida razón. Griff pensaba en

lo que podía haberle ocurrido a su mejor amigo y le entraban ganas de vomitar.

Los chicos lo llamaban el síndrome del cajero automático. Cuando empiezas a pelearte por dinero para hacer frente a las facturas y te ves forzado a hacer trabajos semilegales para reunir dinero rápidamente. Veías las emergencias como un cajero automático sin límite: marcabas el código y volvías a marcarlo hasta que al final te devolvía la tarjeta y terminabas siendo un fiambre metido en una bolsa cerrada con cremallera en el depósito de cadáveres de la ciudad.

Griff dio un viraje brusco con la camioneta, distraído. Un taxi amarillo le tocó la bocina cuando giraba hacia Court Street. Iba muy rápido, pero tenía que llegar antes de que Dante saliera hacia su guardia.

¿Por qué Atlantic City? ¿Y el dinero?

Griff se estrujaba el cerebro mientras se colaba a través del tráfico hacia el parque de bomberos. ¿Cuáles eran las posibilidades? Juego, drogas, putas, chantaje. Ninguna de ellas le pegaba a Dante. Dante salía de fiesta, pero la mayor parte de su dinero iba a donde se suponía que tenía que ir: comida e hipoteca, cerveza e Internet. ¿Era posible que alguien le hubiera metido en un timo?

El corazón de Griff latía con una mezcla tóxica de ansiedad y enfado mientras iba a toda pastilla por las calles estrechas, tratando de no atropellar a nadie.

Cuando giró en la manzana en cuestión, ni siquiera se molestó en buscar una plaza de aparcamiento. Dejó la camioneta en un hueco que había frente a una boca de riego, con los neumáticos

pegando en el bordillo en un ángulo extraño. Apagó el motor y puso el freno de mano. Saltó del camión y cerró la puerta tan rápido que el cinturón se quedó pillado.

Que le pusieran una puta multa si les daba la gana.

A medio camino hacia el parque se dio cuenta de que se había dejado las llaves dentro. Ni siquiera se giró ni cambió el paso.

Dentro del parque, Griff pasó corriendo por el patio y se dirigió a las escaleras. Arriba, en la sala de las literas, encontró al maldito hijo de puta arrogante haciendo la puta cama.

—Lo sé. Lo sé. Estoy jodido… —Dante caminó entre las camas estrechas hacia él con las manos en alto como si llevara una bandera blanca… Culpable, la imagen de un prisionero que se rendía exhausto se reflejaba en su cara sin afeitar. Su ropa todavía olía a humo de la guardia anterior. Idiota.

Griff cruzó la habitación en cuatro zancadas.

—¿Después de trabajar un turno doble? ¿Y en el Manicomio? ¿Estás loco? —Se balanceó y su puño fue a parar de forma contundente contra la mandíbula cuadrada de Dante.

Dante cayó al suelo como un montón de ropa cubierta de hollín. Se quedó allí tirado, y subió un brazo como para defenderse.

—Jesús.

—¿Eres idiota? Podías estar muerto, Anastagio. —Griff agitó la mano, sintiéndose culpable y al mismo tiempo sintiendo que tenía razón—. Menudo héroe. ¿O es que te gustan tanto las gaitas que quieres asistir a tu propio funeral? ¿Has pensado en eso? ¿En tu puta familia? En la gente que…— Intentó tomar aire— ¡La gente se preocupa por ti, gilipollas!

El ruido había atraído a un público que había subido las escaleras. Tres chicos jóvenes arrastraban los pies en la entrada, no sabiendo muy bien si debían inmiscuirse. En realidad no tenían muchas ganas de intentar atacar a aquel gigante pelirrojo. Miraban sus hombros y sus fuertes puños con recelo.

Junto a su cama a medio hacer, Dante les hizo una seña con la mano indicándoles que se quedaran fuera.

Bien hecho.

—Por dinero. ¡Dinero! Los bomberos de Nueva York no son una puta hucha que puedes romper cuando lo necesites, D. —Griff farfulló con los dientes apretados.

Un chico en prácticas delgado y fibroso entró de un salto a la sala de literas.

—¿Estás bien, Anastagio? — Sus ojos se desplazaron rápidamente a Griff; levantó las manos tratando de tranquilizar la situación.

En el suelo, Dante escupió y asintió con la cabeza. Hizo señas a todo el mundo para que volvieran a sus literas. Los hombres se fueron arrastrando los pies, refunfuñando. Volvían a estar solos.

La boca de Dante estaba sangrando, e inmediatamente Griff comenzó a sentirse como un gilipollas. Bueno, por lo visto, era gilipollas.

—¿Tienes problemas con las drogas? ¿Con el juego? ¿Qué cojones has hecho? He tenido que mentir a tus padres. —Griff se esforzó para rebajar el tono de su voz. Bajó los puños—. Por favor. Sea lo que sea, seguro que puedo arreglarlo. Puedo ayudarte. Pero tienes que contármelo. Venga.

En el suelo, Dante se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Lo siento. —Griff quería ofrecerle la mano, pero sabía que todavía tenía demasiado miedo. Tenía miedo de que pudiera dar a su amigo un abrazo de alivio, así que se quedó de pie como un hipnotizador moviendo lentamente las manos en el aire: *te estás quedando dormidooooo.*

Griff se sintió que había entrado en el parque como un elefante en una cacharrería. *Mierda.* Todo el mundo odiaba cuando las esposas de los bomberos se dejaban caer para sorprender a alguno de los chicos con una escena de melodrama. Ya era bastante la locura que había aquí como para que encima se entrometiera el resto del mundo. Y además los bomberos cotilleaban más que las gallinas.

—Estaba intentando conseguir algo de dinero en los casinos. Atlantic City. Fui un imbécil y perdí. —Dante se frotó la mandíbula y se pasó la lengua por el labio sangriento—. Necesitaba un milagro, pero no se produjo.

—¡Pídemelo! Sea lo que sea. Pídemelo a mí, tío. Te conseguiré un milagro. Pero tienes que decirme lo que… Dímelo. —Griff buscó la cara exhausta de su mejor amigo, pidiéndole una explicación—. Estaba asustado. No sabía ni qué pensar. — *Verdad* .

—Lo siento. —Dante asintió con la cabeza. Los surcos bajo sus ojos eran casi morados—. Ya lo sé. Por favor… Lo siento, Griffin.

Jesús, está destrozado.

Griffin metió las manos en los bolsillos y empezó a jugar con las monedas en el interior.

—Pensábamos que te había pasado algo. Tu familia está desesperada. —Eso era mentira, y bastante además.

—Por eso no dije nada a nadie. Yo… —Dante guardó silencio. Arrastró una rodilla debajo de sí mismo e intentó levantarse. Se quedó en el suelo—. Ay.

—Habla conmigo, D. —Griff respiró lentamente en la sala de las literas, esperando a que Dante encontrara las palabras para lo que sea que fuera a decir.

—Me van a quitar mi casa. El banco se la queda.

La casa de Dante era una casa destartalada de cuatro pisos en la zona más empinada de Cobble Hill, justo pegando a Red Hook. La había comprado en un embargo y se notaba. Cuando llegó, faltaban paredes y suelos, e incluso techos. Las escaleras no llegaban hasta los dos pisos de arriba. El jardín de atrás era un vertedero de cenizas, y el sótano, lleno de humedad, estaba lleno de montones de catálogos y revistas de coches. Trabajando los días que tenía libres, Dante llevaba tres años restaurando la casa antes de poder ni siquiera mudarse a la planta baja. Todos los chicos le habían ayudado en la tarea; su hermano Paulie le dio materiales que le sobraban, pero la lista de cosas para hacer era lo suficientemente grande como para empapelar la sala. En cuanto la arregló, se le ocurrió la idea de alquilar un par de pisos como apartamentos, pero no había tenido mucho éxito. Sin embargo, desde el 11-S, Dante había vivido para esa casa, y Griff habría hecho cualquier cosa por ayudarle a mantenerla.

En el suelo, Dante se incorporó sobre una rodilla, mirando hacia arriba como un caballero desaliñado que tratara de pedir la mano a una dama.

—La segunda notificación, tío. No puedo seguir pagando con retraso.

—¿Desde cuándo? —Griff sacudió la cabeza y se agachó frente a él, sintiéndose como una bolsa de basura.

Dante levantó la vista y tomó la mano de Griff, poniéndose en pie. Hizo un gesto de dolor y se tambaleó sacudiendo el brazo.

—Un par de meses. Bueno, cinco. Sé que es una mierda de casa, pero es mi mierda de casa. Simplemente no estoy preparado para ser un puto fracasado, G. ¿Entiendes?

Griff lo entendía. Pensó en la rancia habitación del sótano de la casa de su padre en la que dormía. Pensó en todos los chicos que se habían quedado a dormir en casa de Dante y que nunca habían puesto un duro para la cena ni para las cervezas, todos los matrimonios rotos que Dante había ayudado a recomponer a su estúpida manera, aunque también sorprendente y generosa.

—Lo siento.

—Deberías. No soy idiota. Bueno, tal vez lo sea, pero no lo estoy siendo en este momento concreto, ¿vale? ¡Joder! Eres demasiado fuerte como para pegarme.

—Me preocupo por ti. —Griff miró a las hileras de camas estrechas y a los pósteres que cubrían las paredes.

Dante sonrió un poco.

—¡Yo también me preocupo por mí! Yo soy el guapo. ¿Qué van a hacer las titis si me jodes la cara? —Se frotó la mandíbula, abriendo su boca para comprobar si le dolía. Las ojeras hacían que pareciera que no había dormido en una semana. Tal vez no lo había hecho—. No pienso permitir que esos cabrones me quiten mi casa. No les dejaré.

—Me habías asustado.

—¿No te ha pasado que…? ¿No te has preocupado alguna vez tanto por algo, lo suficiente como para destrozarte por ello? —Los ojos de Dante perforaron los suyos como juzgándole, aunque no se diera cuenta de lo que había dicho.

¿No lo he hecho nunca?

Estaban frente a frente y Griff casi no podía resistirlo.

—Tienes un corazón enorme, Griff. —La áspera mano de Dante le buscó y agarró la parte de atrás de su cuello de manera que no pudiera mirar para otro lado.

Griff no lo intentó. Tragó saliva y cambió el apoyo de su cuerpo de manera incómoda, pero le mantuvo la mirada sin pestañear. Sabía que haría cualquier cosa, literalmente cualquier cosa, para ayudar a Dante. Sabía todo lo que se podía saber sobre destrozarse por algo que te importa.

—Y entonces, ¿vas a vender un riñón? ¿Vas a robar un banco?

—No. He pensado algo. Un tipo me ofreció una especie de trabajo. —Una sonrisa se dibujó en su labio partido, y de repente Dante estaba tan contento como un niño en Navidad—. La pasada noche en el Bone. Le conociste: el tío calvo del traje.

Griff trató de rescatar de sus recuerdos de la fiesta del 11-S la cara del hombre. Se acordaba de una cabeza afeitada, de un traje. Ah, sí, la pelea con el portorriqueño.

—¿El ruso?

—Sí. Alek algo. Tengo su tarjeta. Al parecer gestiona una especie de página web.

—Alek. —Griff sintió una fría sensación de intranquilidad en sus tripas—. ¿Qué tipo de página web?

—Ya sabes… guarra. —Dante meneó las cejas.

Mantén la calma, Griffin.

—¿Quieres decir como… porno?

—Ajá. —Dante se sentó en una de las literas y se quedó mirando fijamente a Griff—. No iba a ser de clases de cocina.

—No creo que sea una buena idea, Anastagio. —Griff se sentó en la litera de enfrente. Escarbó en su cerebro tratando de pensar un argumento para que su amigo siguiera con los pantalones puestos y su culo se mantuviera alejado de Internet—. De hecho podría ser la peor idea que has tenido en tu vida. Lo que es mucho, teniendo en cuenta tu glorioso historial.

—Ja, ja. Quiero decir… no es asquerosa ni nada por el estilo. Como las de animales o de postres o cualquier otra cosa. Y da mucho más dinero que el que sacamos tragando humo. —Dante asintió con la cabeza por el razonamiento obvio y lógico de su idea. Su cara estaba tranquila—. Totalmente profesional. Rueda en un estudio en la Décima Avenida. En Sheepshead Bay.

El hielo situado en el hueco del estómago de Griff se extendió, y el enfado hizo que se pusiera rojo desde el cuello hasta la cara.

—Eres, un… espera. ¿Es un sitio con tíos desnudos? ¿Alek gestiona una página web con tíos exhibiendo sus pollas y quiere que salgas ahí?

—Bueno, la última vez que me mire desde luego yo no tenía vagina, G. —Dante puso los ojos en blanco y su rostro se arrugó en un ceño de exasperación— Pues, sí, es de tíos.

—¿Has entrado en esa web? ¿La has comprobado o algo? —Continuó Griff.

—Voy a entrar. Mira, todavía no tengo Internet en casa y no puedo… —Su voz se hizo casi inaudible y sus ojos se desplazaron rápidamente a la puerta— …entrar en Pollas de Caballo desde la conexión del trabajo.

—Me estás tomando el pelo. ¿Se llama así? —Nada más decirlo, Griff deseó no haberlo preguntado.

—No. Es Caliente algo. No, espera. No era así. —Sacó una tarjeta de su cartera—. Es cabezacaliente.com. Cabeza Caliente. ¿Lo pillas?

Mierda.

—Lo pillo. —Cabeza-caliente. Ahora nunca podría olvidarlo, y saberlo le ponía histérico.

Dante volvió a colocar la maldita tarjetita en su billetero.

—Me pagará casi mil dólares por desnudarme ante la cámara. Me llevará un par de horas. Ningún problema.

—Ajá.

—Y, ya sabes, hacerme una paja también… supongo. —Los ojos de Dante volvieron a dirigirse hacia la puerta como si esperase ver al resto de los chicos del parque entrando en tropel buscando chili—. Solo limpiar el mástil. ¡Por dinero! Como si no lo hiciera yo gratis cuatro putas veces al día.

Otra cosa que yo no debería saber.

No era así como Griff había imaginado que iba a ser este día, ni esta conversación. Por una vez, deseó que su mejor amigo tuviera una pizca de vergüenza. La idea de Dante haciéndose una paja era ya lo suficientemente mala, pero ¿con público? ¿Un público

masculino? ¿Un público masculino compuesto por millones de hombres? El hielo de su estómago se convirtió en sudor frío.

Jesús, María y José.

Justo en ese momento, Griff se dio cuenta de por qué se habían peleado los dos hombres esa noche en el bar, por qué el chico le amenazaba con pegarle, y por qué Alek se había mostrado tan cauteloso. Claro. Había descubierto algún amigo con tableta de chocolate y cuentas que no podía pagar. *Bingo* . Había rodado un video porno con ese latino pequeñito y entonces su novia lo había descubierto. *Requetejodido.* Lo más probable es que hubiera ido a esa fiesta del 11-S a buscar talentos: tipos en cueros que hicieran trabajos manuales y que anduvieran atravesando una mala racha. En la situación económica actual había más que de sobra.

Ahora Griff se sentía como un auténtico gilipollas; había defendido a este cabronazo ruso pervertido frente a un pobre imbécil del que se había aprovechado. No lo sabía; no tenía ni idea. Deseó poder volver atrás y ayudar al pequeño portorriqueño a reventar a Alek antes de que tuviera la posibilidad de hacer esa oferta babosa a otros chicos desesperados.

Como mi mejor amigo.

Lo último que necesitaba: tener acceso a Dante desnudo y excitado con tan solo hacer clic en el ratón.

Griff se levantó y se sentó en la camita junto a Dante.

—Sabes… no es dinero gratis. No es nada divertido ni nada parecido que te hayas podido imaginar o si no ese gilipollas no pagaría a la gente por hacerlo.

—Me ha ofrecido casi uno de los grandes. Bueno, seiscientos más primas. No tengo complejos. Con hacerlo un par de veces

podría salir del agujero. —Dante contó los beneficios del porno con sus dedos perfectos—. Pago las facturas. Hago dinero. Y además, refuerzo mi ego.

—Justo lo que necesitas. —Griff movió los ojos hacia arriba y resopló.

—Ya sabes… tú podrías venir conmigo

—No. —Griff desechó esa idea inmediatamente, y volvió a resoplar. Le costaba meter aire en los pulmones.

—Alek me preguntó si tú estarías…

—¡Joder! ¡No! Y no creo que te vayas a ir con ese proxeneta cuando te lo pienses dos veces. ¿Estás mal de la cabeza? ¿Qué pasaría si se entera tu gente? ¿O el puto departamento? ¿Los vecinos? La gente que te quiere. Imagínate que tu madre te viera lubricando tu polla. Venga.

—No digas gilipolleces. Mi madre ni siquiera sabe cómo conectarse. Además, hay miles de páginas web porno, así que sería como buscar una aguja en un pajar. —Dante sacudió la cabeza y se pasó una mano por su pelo ondulado—. ¿Quién se va a enterar? No entiendo por qué te pones así.

Griff se giró hacia Dante y le habló directamente como si fuera un paciente herido en la cabeza en una sala de un psiquiátrico infantil.

—El porno es para siempre, Dante. Cuando te des cuenta de que has cometido un enorme error y quieras deshacerlo, tu corrida va a estar en todas partes, y no va a haber vuelta atrás.

—¿Y? —Dante frunció los labios y fingió hacer como que no escuchaba lo que decía Griff—. Podría montar todo un grupo de citas.

—Sí, sí. Bromeas, pero no te gustará ver tu polla por todas partes, a la vista de todos los pervertidos del mundo. No merece la pena que lo hagas.

—Ay. —La cabeza de Dante daba vueltas. El porno era algo con lo que siempre bromeaban, y él no quería convertirse en un chiste.

Piensa. Piensa, cabrón. Griff cruzó los dedos en su mente y rezó, mientras observaba cómo Dante sopesaba las posibilidades. Intentó imaginar en cosas aún peores que podría decir para hacer entrar en razón a su mejor amigo, pero se quedó callado. Temía que si lo hacía, Dante podría creer en cosas aún más tontas.

El rostro de Dante se suavizó.

—Sé lo que estás pensando.

—Dile que no.

—Pero es un montón de dinero. En serio.

—Te conseguiré el dinero. —Griff le clavó sus serenos ojos grises—. Mírame; Te lo prometo. Te lo juro por Dios y los ángeles; si hace falta te lo juro sobre la tumba de mi madre. Lo que haga falta, Anastagio. Me aseguraré de que no pierdas tu casa. Te cuidaré. Siempre, ¿de acuerdo?

Dante sonrió y asintió tristemente con la cabeza.

—Lo sé, G. Sé que lo harás. Solo trataba de cuidarme a mí mismo.

CAPÍTULO V

Dante no volvió a sacar el tema del porno, así que Griff se convenció de que había
rechazado la idea. Continuó pasándole dinero a Dante y comprándole comida y cerveza.

Septiembre casi había terminado. Dante no mencionaba el dinero ni las facturas. Eso sí, pasaba los días libres haciendo trabajo extra en la construcción. Griff suponía que habría solucionado el problema de la hipoteca. Dante habría saldado sus deudas, y Griff había conseguido que se olvidara aquella mierda de Cabeza Caliente. Durante seis días descansó tranquilo sabiendo que había conseguido que Dante estuviera a salvo.

Estaba equivocado. Lo supo por una sopa de pescado.

Una semana después de la discusión sobre el dinero, Griff había tenido un turno horrible, haciéndole la guardia del sábado a un colega que celebraba el bautizo de sus gemelos. Cuando llevaba seis horas de servicio habían avisado a tres estaciones por un incendio importante en un almacén. Encima el verano había sido muy seco y los viejos barriles de parafina que alguien había depositado en el segundo piso no hacían más que empeorar la situación.

Cuando acabó el turno, su pelo y su piel seguían llenos de humo incluso después de darse dos duchas. Lo único que quería era irse a casa y quedarse tirado en la cama hasta el día siguiente. Pero Dante le había dejado un mensaje de que iba a hacer cioppino para cenar, un estofado de pescado y marisco que era el plato preferido de Griff, y que necesitaba un día entero para prepararlo. Dante habría ido a la lonja de pescado a primera hora de la mañana, antes de que saliera el sol.

«¿Te gustaría pasarte, G?»

Griff le habría matado.

Era una pipa de la paz tan obvia que solo podía significar una cosa: seguro que Dante había llevado su bonito culo de gilipollas a Sheepshead Bay, se habría desnudado ante la cámara y se habría hecho una paja para ese asqueroso porno traficante ruso. El plan de salvación de Dante, el de las pajas radiografiadas, estaba en proceso.

Tal vez nadie lo viera; tal vez estaba exagerando; tal vez no importara.

Gilipolleces.

Griff caminó hasta la casa de Dante desde la estación de Red Hook y trató de calmarse mientras el sol se escondía por detrás de los edificios cayendo al río. Sabía por qué lo había hecho Dante: para demostrar que era capaz, para farolear, para escandalizarle a él y a cualquier otra persona que lo descubriera.

Gilipollas.

No sabía qué era peor, si la culpa o la tentación. No había sido capaz de detener a su mejor amigo para que no cometiera este error tan ridículo, y el hombre de sus sueños había grabado un vídeo caliente que podría ver fácilmente siempre que quisiera.

Socorro.

Griff giró la esquina; se dio cuenta de que había olvidado llevar cerveza o vino, o un barril de lubricante. Sí, claro. Pero para cuando lo pensó, ya estaba subiendo los peldaños que conducían al cristal de la puerta delantera. Dante siempre dejaba la luz encendida cuando estaba en casa.

Dante empezó con la pelea en cuanto abrió la puerta, desafiando a Griff ya desde la entrada, antes de que este dijera ni una palabra. Pum.

—Sí, sí. No empieces. ¡Me he hecho una paja! ¿Y qué importa? Además, el ruso me dio ochocientos pavos, y lo único que tuve que hacer fue sentarme en una extravagante silla de cuero y soltar el grumo. —Dante se había puesto rojo y estaba tan feliz como si le hubiera tocado la lotería cuando se metió en la casa.

Griff le siguió hacia la cocina de azulejos. Al entrar pudo oler el cioppino: salmuera y ajo, y algo más. Sabía que Dante sabía la jodería; se suponía que el cioppino les hacía olvidarlo todo a los dos.

—Internet no desaparece. —Griff no pudo evitar apretar los puños mientras soltaba esas palabras.

Dante se lavó las manos y las secó bruscamente.

—No es para tanto, joder. Y el tipo dijo que lo hice superbién, ¿sabes? Ese Alek. Y puedo hacerlo más veces. La próxima me pagará por follarme a una tía. Dos tías. Veinte pibitas haciéndome cosquillitas con un caniche. Lo que sea. Como yo lo vea. Acojonante, ¿verdad? —Dante levantó la mano— Choca esos cinco, tío. —Pero Griff se quedó inmóvil.

Sus ojos grises estaban fijos en Dante.

—Está guay, ¿eh? Estoy orgulloso de mi cuerpo. ¿Tú no? Coño, nos cuesta lo nuestro estar así de buenos.

Griff abrió la boca y la volvió a cerrar. Volvió a abrirla, y la frunció de nuevo.

Dante empezó a partir tomates rojos con un viejo cuchillo en la encimera llena de marcas, fingiendo ser razonable y racional.

—Mira, solo necesito un poco de pasta, G. Para lo de la casa. Nada más. No soy un drogadicto. No voy a pillar ninguna enfermedad tocándome a mí mismo.

El tomate cortado fue a parar a un bol. Dante se chupó los dedos.

—Por hacerte pajas. —Griff respiró profundamente e intentó no imaginar a su mejor amigo bajándose la cremallera y haciendo el trabajo.

El puño de Dante dibujó una polla imaginaria en el aire.

—Sí. Como si no lo hiciera como un reloj en cualquier momento. —Rebuscó en el armario y sacó un tarro que contenía algún tipo de hierba aromática.

—Y eso es todo.

Dante masticó una de las ramitas y asintió con la cabeza, tranquilizando a Griff como si él fuera el loco, como si él fuera el que estaba ignorando lo que era obvio.

—Solo eso. Meneármela con mi traje de bombero.

Sonaba cada vez peor.

—¿Tu traje?

Dante cortó algunas ramitas y el olor a regaliz de palo se hizo intenso.

—El anzuelo de la página web consiste en mostrar a tíos calientes en uniforme. Soldados, polis, médicos. No sé, carteros… —La frente color oliva de Dante se arrugó— ¿Alguien se folla a los carteros? Bueno, sí, ¿de dónde si no vienen los carteros? —Las ramitas partidas fueron a parar a una sartén con aceite.

El estómago de Griff rugió. Se lo estaba pasando fatal tratando de olvidar el nombre de la página, Cabeza-caliente, intentando

olvidar lo fácil que sería tener los dulces ojos de Dante mirándole fijamente en la pantalla mientras sacudía con fuerza su pene. Incluso a través de la ropa de Dante, Griff podía imaginar cómo era su cuerpo. Intentó permanecer indignado y se alejó.

—¿Y se te cazan? Podrían despedirte por utilizar el traje «de manera inapropiada».

—¡Mira! También pensé en eso. ¿Vale? —Dante movió su cuello, y recorrió la habitación, mientras destilaba una especie de energía positiva por todos los poros de su piel— Así que tapé los números con cinta adhesiva. No lo sabrá nadie. Bueno, alguien podría, pero si alguien me ve no va a querer anunciar públicamente que es miembro de una página porno. —Mientras sujetaba un puñado de dientes de ajo pelados, Dante se detuvo frente a Griff y abrió los ojos ante esa idea.

—¿Quién crees que ve ese tipo de cosas? —Preguntó Griff, entornando los ojos.

Griff tenía que preguntar; sabía que Dante no estaba preguntando nada a nadie. Era como discutir con un marciano, un marciano con una lesión en la cabeza y la sonrisa torcida más sexy del mundo.

—¿Y quién no? ¡Qué demonios! Voy a verlo la siguiente vez que esté con una chica. Me la follo por detrás y por delante. Soy una estrella del porno. —Dante se apretó el paquete tan fuerte que Griff pudo imaginar perfectamente el pene a través del pantalón vaquero.

Griff se frotó los ojos con la mano. Estoy seguro de que sabe lo que me hace cuando hace esos movimientos.

—Son tíos los que visitan esas páginas, D. ¡Piensa un poco! No me importa lo que te hayan dicho. No se trata de amas de casa

cachondas, tío. Se la van a tocar los hombres mientras te miran. Gays en la intimidad de su hogar que se van a correr viéndote la… la…tu… bueno, tu cosa. —Griff levantó sus manos como si se estuviera preparando para un choque.

—Mejor para ellos. ¿Y a mí qué me importa? Mi «cosa» es algo bello. Y estar así de bueno es una responsabilidad terrible. —Dante flexionó un brazo perfecto hasta que el bíceps oliva se tensó contra la manga de la camiseta como un pomelo. Se pasó la lengua por encima.

Griff casi le da una bofetada.

Dante le guiñó el ojo, orgulloso de sí mismo.

Griff le pegó una colleja.

—¿Qué eres tú? ¿Mi abuelo? No se te ocurra juzgarme. Algunos no tenemos complejos. —La cara de Dante se endureció, cauteloso. Mantenía una mano en alto como si estuviera preparado para bloquear un puñetazo. —Mira, Griff, busqué una solución por mí mismo. Para poder mantener mi casa. —Se centró en el cuchillo y en cortar el ajo en tiras finísimas con todo el cuidado del mundo. Su rostro estaba desconcertado y triste.

—Espero que tu familia y los bomberos puedan vivir también con eso, D. Te pueden despedir por mierdas así.

Quiere que esté contento por él. Si no le quisiera como lo hago, lo estaría.

Griff entró en la sala y se quedó junto a la ventana mirando hacia la calle oscura. La sala estaba amueblada con cosas de segunda mano y muebles usados. Contó hasta diez y respiró. Seguía apestando al humo de ese almacén.

Estoy actuando como un loco porque le he estado mintiendo, y no es culpa suya.

En la calle, un latino achaparrado de unos cincuenta años paseaba a un Pitbull. En realidad, más bien era el Pitbull el que paseaba al hombre, tirando de su correa lo suficientemente fuerte como para arrancarle el brazo. Un repartidor coreano subía la calle en bicicleta pedaleando en dirección prohibida. Un adolescente malhumorado estaba metiendo la basura en los contenedores de enfrente de su casa. El cielo nocturno estaba nublado. No había luna ni estrellas.

Nada que hacer. Nada que hacer.

Oyó cómo Dante entraba en el salón con cautela.

Griff tuvo el impulso instintivo de girarse y confesarle todo a su mejor amigo en ese mismo momento: su deseo, su pánico, su dolor, su esperanza… Podía sentir la callada confusión de Dante latiendo a sus espaldas: G, ¿de qué se trata?

Explica eso, genio.

Dante se acercó a él y dijo con cuidado:

—Ni siquiera parece, ya sabes… no parece maricón. Creo que solo está en esto por dinero. En serio. Este negocio es todo beneficios.

Griff mantuvo la vista en la calle, con los brazos cruzados tan fuertemente que sus antebrazos sobresalían contra su pecho. Su voz sonó dura:

—Anastagio. Es maricón. Te lo digo yo.

—¿Y qué? ¿Tienes prejuicios o algo parecido?

—¡No! —Una vez más, Griff sintió el impulso demente de confesarlo todo, pero consiguió frenarse— No, pero seguro que no

dirige una web porno de gays y se pasa el día mirando cómo se la menean unos tíos buenos porque le gusta su nómina. Quiere follarte por el culo, ese culo delgado y peludo. Mientras tú te regodeas por un par de cientos de dólares, él estará machacándosela con otros diez millones de tíos más mientras te miran hacer lo mismo.

Si tuviera un par de cojones yo también estaría mirando.

—Vete a tomar por culo. Mi culo no es peludo. —Dante parecía realmente ofendido cuando se sentó en el maltrecho sofá frente a la ventana.

—Dios. —Griff se rascó la cabeza con ambas manos. ¿Por qué no era capaz de explicarse debidamente? Se alejó de la ventana y se sentó en el suelo, sin apoyarse en la pierna de Dante, pero cerca.

—No tengo ni idea de cómo es su culo. Es ruso, así que quizá sea peludo, pero no tendré que saber nunca cómo es. Y fueron ochocientos pavos.

Griff podía sentir cómo hervía su cerebro, tratando de buscar una solución a algo que su mejor amigo no veía como un problema.

—Me preocupo por ti, ¿sabes?

Dante se deslizó del sofá dejándose caer en el suelo junto a él. Sus hombros se tocaban. Olía a zumo de limón y pimienta. Su brazo estaba tan caliente en contraste con el de Griff…

—Gracias. De verdad, G. Gracias. Pero estoy bien. Está bien. Este tío dirige un negocio limpio. Confía en mí.

Griff no quería ceder.

—Claro. Pero no confío en absoluto en ese *skinhead* [1] proxeneta cabrón. Se lo dices de mi parte: si te folla, si te pone encima uno solo de sus dedos rusos, tu amigo va a ir tras él y

alguien va a tener que salir corriendo. —Podía sentir al asesino que llevaba dentro.

Jesús, María y José . Necesitaba un trago y necesitaba pensar antes de partirse por la mitad.

—Vale, Griffin. De acuerdo. Te lo prometo. —Dante le dio una palmadita en el hombro con mucha cautela como si estuviera tratando con un perro rabioso, intentando suavizar la psicosis y transformarla en algo normal. Se pasó la mano por sus rizos de media noche y suspiró.

Griff sabía que sus palabras sonaban disparatadas. Sonaba como un demente, pero tenía que decirlo y no podía parar.

—Eres mi hermano, tío. Los dos sabemos que son como insectos castrados que se aprovechan de ti porque estás en apuros. Lo odio. Si tuviera dinero…

—Pero no lo tienes. No pasa nada. No te preocupes tanto. Venga, que te va a dar un ataque al corazón. Y entonces yo voy a sufrir otro. —Dante se puso junto a sus pies y le ofreció una mano a Griff para que se levantara.

Griff se puso de pie. Se giró dándole la espalda, sin querer disculparse.

—Tu vida necesita un airbag. Te lo juro, Anastagio, deberías haber venido equipado con uno cuando naciste.

Justo en ese momento Dante se apoyó contra él. Puso su frente entre sus hombros, de una forma tan tentadora que Griff tuvo que dejar de respirar. Su voz sonaba como avergonzada.

—Venga. Todo el mundo sabe que nací defectuoso. No te instalaron hasta mucho después.

Griff se dio la vuelta y le miró sorprendido. Le ardía la cara, No sabía muy bien qué decir, y no importaba. El tiempo se ralentizó como si los dos estuvieran esperando a que el otro dijera algo, a que el otro hiciera algo.

Lo tiene que saber. Sé un hombre, Muir.

Dante sonrió.

Griff se puso rojo.

Sonó el timbre.

Salvado por la campana.

Griff sentía que se iba a morir de lo rojo que estaba. Como si toda esa sangre hubiera salido de su cabeza hasta que se desmayara de la vergüenza o de una erección febril.

Dante abrió la puerta y se encontró a Loretta con el rostro cubierto de lágrimas subiendo los peldaños. Llevaba a su hija de cuatro o cinco años de la mano. Nicole acariciaba los rizos castaños de su madre, tratando de calmarla.

Únete a la fiesta.

—No pasa nada, cariño. Estoy bien. —Mintió Loretta con una voz ronca.

Griff se preguntó por qué estaría tan alterada y por qué había venido a casa de su hermano sin avisar. Pero sobre todo se preguntaba si sería capaz de hablar como una persona adulta después de lo que había estado a punto de suceder.

¿Qué había estado a punto de suceder?

—Eh. —La sonrisa de Loretta no se reflejaba en sus ojos de color whisky.

La de Dante sí.

—Eh. Venga, pasad.

¿Habría oído algo Loretta? ¿Había dicho él algo… malo? Ella tenía los ojos hinchados y le temblaban las manos.

—No pretendía estropearos vuestro plan de noche de chicos.

Griff sentía que se ahogaba. El punto de su espalda en el que Dante había apoyado su cara seguía abrasándole.

—Err…

Dante fue más sutil, y disimuló suavemente.

—Estábamos hablando de negocios. Acabo de cobrar una… una inversión que hice y Griff pensaba que era una estupidez.

Loretta no estaba escuchando a su hermano. Se dejó guiar por el aroma de la comida y los chicos la siguieron. Nicole se retorcía en sus brazos, era demasiado mayor para que la llevaran en brazos.

Probablemente Loretta y su marido Frankie habrían tenido otra pelea por teléfono. Él estaba trabajando en Bagdad, y Loretta le odiaba por estar fuera tanto tiempo, pero ganaba mucho dinero y el contrato estaba a punto de finalizar. Estaban planeando comprarse una casa con las habitaciones necesarias para su familia, que seguiría creciendo, si no le hacían picadillo con una bomba. Ella tenía un montón de razones para estar enfadada.

Nicole saltó al suelo en el oscuro pasillo que daba al comedor y le dio la mano a Dante. Todos siguieron a Loretta hasta la cocina empañada.

—Sois idiotas, ¿vais a comer cabezas de pescado? ¡Qué asco! —El horror que se reflejaba en la cara de Loretta era operístico. Sus tirabuzones se movían salvajes en torno a una máscara trágica, una máscara de rímel corrido.

Todo era a lo grande con Loretta, de locos, todas sus reacciones. Utilizaba las pataletas como sedante. Griff lo encontraba

divertido, pero sabía que su histerismo resultaba agotador para su familia. Durante un par de segundos, Griff pensó que de verdad iba a abrir la boca para ponerse a cantar un aria disparatada sobre cabezas de pescado mientras agitaba un cuchillo dando vueltas por la cocina de acero inoxidable de su hermano. Reprimió una sonrisa.

—¿Qué? —Loretta se giró con los ojos como platos y se quedó mirando fijamente a Griff. Parecía aún más exaltada, como si estuviera en el escenario en la Metropolitan con un casco con cuernos sobre su melena castaña, al tiempo que un palacio de cabezas de pescado ardía a su alrededor.

Griff no pudo evitarlo y se rio a carcajadas.

—Nada, nada. No. No comemos las cabezas. Tu hermano está haciendo caldo para el estofado.

Dante revolvió la cazuela con una cuchara de madera, después añadió un puñadito de pimienta negra.

—Cioppino. O cacciucco, dependiendo del pueblo. Sopa de pescado Mishmosh. La abuela solía hacerla.

Griff asintió con la cabeza. Sus mejillas le seguían ardiendo.

—Barata y sabrosa. Es uno de mis platos preferidos. Siempre que tu hermano hace cioppino me invita a venir y probarla por si estuviera envenenada. —Intentó sonreír para ver si el chiste malo hacía efecto y comenzaba a sentirse normal otra vez.

—Parece un auténtico coñazo. ¿Quién invierte tanto tiempo cocinando un plato? —Por fin Loretta colocó su enorme bolso en una silla y se inclinó sobre la cazuela y la sartén de freír para aspirar profundamente el aroma del sabroso estofado: limón y pimienta. Nicole se meneó y se dejó caer en el suelo con sus pequeñas y robustas piernas.

—El Cioppino es el marisco de los pobres. Pescado basura, en realidad. Y cangrejo. Aceite de oliva. Hinojo. Tomate. Ajo. Y otras cositas que son un secreto.— La boca de Dante trabajaba tan rápido como sus manos hacían malabarismos con los ingredientes, lo que no era moco de pavo. Las sartenes silbaban en el fuego mientras él incorporaba la cebolla picada a la mezcla.

—Eres como increíblemente irritante. —Loretta se cruzó de brazos—. De todos nosotros eres el único que sabía cocinar y el más sexy, y encima eres un tío.

Griff sabía que ella estaba resentida.

—Es por el parque. Dante cocina cuando no tenemos otra cosa que hacer, así que práctica mucho.

Después de secarse con el trapo que tenía echado sobre el hombro, Dante subió a Nicole al fregadero, le lavó sus regordetas manos con destreza. Había ayudado a los Anastagio más pequeños a hacerlo de niños.

—No cuesta nada. Lo peor es la compra. Y hay más que suficiente, siempre que consigamos que Griffin no se vuelva loco o le encadenemos en el jardín.

—¡Eh! Que no soy tan glotón. —Pero Griff sonrió ante la broma.

Dante le devolvió la sonrisa guiñándole el ojo.

—Eres aún peor, amigo mío. —Tras secarle las manos a Nicole, Dante la apretó contra su pecho y la besó en la cabecita mientras ella le tiraba del pelo—. No. No puede haber pelos en la sopa. —Revolvió de nuevo y probó un poco de la cuchara de palo, pasándole la niña a su amigo—. Molesta al tío Griffin.

Griff se sintió torpe teniendo en los brazos a una personita y de hecho, lo parecía. La levantaba manteniéndola un poco alejada de su cuerpo, como si llevara un saco lleno de cristales rotos. No recordaba que nadie le hubiera cargado en brazos de pequeño. Jamás se le ocurriría que alguien quisiera que lo cargaran en brazos. Parecía tan fácil que se te cayeran o que pudieras hacerles daño. Ninguno de los Anastagio presentes parecía nervioso por el peligro, así que Griff miró a la niña tratando de descubrir lo que se suponía que debía hacer.

—¿Zumo? —La pequeña Nicole miró a Griff con paciencia, como si supiera que estaba hablando con un papanatas gigante.

Loretta hurgó en su bolso abarrotado de cosas sin mirar, con el piloto automático encendido; apareció una taza con tapa llena de zumo. Nicole la reclamó inmediatamente y sorbió con ferocidad.

Dante estaba agachado enfrente de la nevera buscando algo en uno de los cajones. Se le veía la parte baja de la espalda al subírsele el viejo jersey azul marino. Se puso de pie sujetando unas cebollas amarillas y otro tomate en sus dedos encallecidos.

Griff intentó no mirar a esas manos tan bonitas. Intentó no pensar en cómo un montón de desconocidos verían a Dante utilizarlas consigo mismo en Internet. Podía oler en el aire el pelo de Dante y su piel mientras cocinaba. Con la encimera en medio de ellos, Griffin puso a Nicole en una banqueta de desayuno y se quedó a su lado para asegurarse de que no se cayera matándose o se quemara o cualquier otra cosa. Nunca había tenido niños pequeños a su alrededor, ni siquiera cuando él era pequeño, así que no tenía ni idea del tema. Tal vez fuera lo normal.

Nicole parecía hipnotizada viendo cómo las verduras caían en rodajas bajo el brillante cuchillo de Dante.

Griff también lo estaba, pero por otras razones más embarazosas; tosió, preguntándose si su familia habría hecho esto alguna vez: cocinar en la cocina mientras él de pequeño miraba. No lo recordaba, pero había pasado mucho tiempo, así que tal vez sí. Esperaba que así fuera, por él. Quizás cuando su madre aún vivía. Tal vez él no fuera un espécimen raro criado por lobos.

—Dante, ella no va a comer marisco. Ahora mismo Nicole no va a comer nada más que pan de centeno untado con mantequilla de cacahuete y plátano y un pudin de chocolate. —Loretta sacó un sándwich envuelto y un flan de su bolso y los metió en la nevera.

—No digas gilipo… claro que va a comer. ¿Apostamos? —Dante le pasó a Nicole un calamar crudo para que jugara con él, lo que ella hizo encantada.

—¡Hala! Pum. —Nicole arrastraba al pequeño bicho como si fuera de goma, fascinada por las patas. Le acarició la piel—. Ta' frío.

—¡Hala! Es como un pequeño monstruo. ¿Eh, Nicole? ¿Ves las ventosas? —La sonrisa de pirata de Dante se ensanchó al volverse hacia su hermana—. ¿Lo ves? Los niños se comen hasta el vómito siempre que les hagas sentir curiosidad. Confía en mí.

Otra sonrisa apareció en el rostro de Griff; ver a Dante comportarse así hacía que su corazón diese volteretas.

Por un momento, Griff imaginó que esa fuese su cocina (la de ellos dos), que Loretta hubiera venido a su casa. Tuvo que reprimir las ganas de inclinarse hacia su mejor amigo y besarle en la mejilla.

Loretta retiró el pequeño calamar antes de que fuera a parar a la boca de su hija.

—Me compadezco de la mujer que se case contigo, Dante Anastagio.

—Bueno, si dejas yo cocine el vómito, mi mujer también se lo comería. —Dante les quitó las espinas al pargo y al bacalao, y los echó en una sartén para dorarlos. La cocina olía como el cielo de la costa.

Loretta comenzó a servir una copa de vino de la botella que Dante estaba utilizando para el estofado, pero él sacudió la cabeza.

—No. Ese vino es demasiado dulce. G, ¿te importaría…?

El estómago de Griff rugió.

—Iré a por una botella. Y tú, ¿quieres una cerveza de la nevera?

Dante asintió dándole las gracias y empezó a preguntar a Loretta lo que le pasaba.

Griff les dejó hablando en voz baja.

Griff bajó a zancadas las escaleras que conducían al sótano donde Dante guardaba su congelador y otra nevera llena de bebidas para sus fiestas. Siempre hacía más frío ahí abajo, y había un poco de humedad. Sabía exactamente el Chianti que querría Dante, y también cogió una caja de doce Guinness, pero antes de subir las escaleras se quedó parado.

Pensó que debía hacer tiempo para que los hermanos pudieran tener un momento de charla. Colocó el vino y la cerveza en los peldaños de la escalera y se sentó encima de un baúl en el que ponía «MIERDAS PARA ESQUIAR» y empezó a contar hasta mil.

¿Había hablado en serio Dante cuando dijo lo de volver a hacer lo del porno? Le parecía demasiado loco para ser verdad,

pero Dante era demasiado loco muchas veces. No permitiría que ese tío, Alek, le tocara, ¿verdad? Dante no tendría cojones para…

Sí que los tenía. Dios. Claro que los tenía. Si había algo que tuviera Dante era precisamente cojones.

Griff era un cobarde, pero Dante no tenía ni miedo ni vergüenza. Joder, si le había enseñado la polla a su profesora de inglés del instituto solo para oírle gritar. Que le dieran por ahí al castigo. Y todo el mundo sabía que siempre se paseaba por su casa con el culo al aire; de adolescente era igual. El señor y la señora Anastagio siempre tenían que comprobar que llevara puestos los pantalones cuando venía gente de visita. La cosa era que Dante sabía que era guapísimo, con esos músculos relucientes, esa piel maravillosa, los rizos como alas de cuervo, y esos ojos que brillaban negros, negros, negros como el océano por la noche.

Griff tuvo otra erección. Bien. Se dio un pellizco debajo del capullo para hacer que remitiera.

Celoso. Cachondo. Avergonzado. Débil. Y todo lo anterior.

Tenía que haber una trampa en el trato de cabeza-caliente. Esa página web no iba a desembolsarle miles de dólares a Dante solo por hacerse pajas y pajas. ¿Y si le empujaban a algo más? ¿Y si Dante aceptaba? Que Dante se masturbara para unos rusos era una cosa, pero ¿y los tíos de todo el mundo que le veían, miembros de cabezacaliente.com, que podían entrar y escribirle mierdas pervertidas y le animarían y retarían a que fuera más lejos?

Y Dante lo haría. Griff no lo dudó ni por un segundo. El reto era demasiado tentador, como un edificio en llamas. Entraría corriendo sin pensárselo. Dante diría que sí, y se entregaría a esos cerdos cibernautas para demostrar que tenía cojones.

De repente Griff estaba tan celoso que no podía ni respirar, no podía estar sentado ahí quieto. Se levantó y se secó las manos en sus pantalones de militar, sin importarle si los manchaba de polvo. Quería pegar un puñetazo a algo, tal vez a un ruso.

Gilipollas.

No estaba seguro de si se refería a Alek o a sí mismo. Cogió el vino y la cerveza y volvió a subir las escaleras haciendo el suficiente ruido como para que nadie se sorprendiera al verle aparecer y para que Loretta tuviera tiempo para terminar de hablar.

En la cocina Loretta estaba cortando unas hojitas y casi había dejado de hiperventilar. Era una buena señal. Tal vez solo se sintiera sola y aburrida esa noche, atrapada en casa. Su marido estaba en la otra punta del planeta esforzándose por no morir en el desierto. Griff se compadeció de ella.

Nicole estaba sentada en la encimera cortando cuidadosamente el perejil y echando la mayor parte en la cazuela con sus deditos.

Dante cortó un cangrejo en cachos perfectos, sacando la carne blanca del caparazón irisado y dejándola caer en la cazuela que hervía a fuego lento.

—Este es un cioppino para vagos. Ahora que ya está cocido, nos deshacemos de las cáscaras para que los pequeños monstruos marinos no nos ahoguen. No se necesitan utensilios.

Dante le guiñó el ojo a Griff y le hizo un gesto con la cabeza. Todo iba bien.

—Es una mezcla. Y el pescado tiene que ser fresco; pero fresco de verdad, como recién salido del barco, que todavía se mueva de lo fresco que está. Lo que quiere decir que tiene que ser

de aquí. Voy a la lonja de pescado de Fulton. Se trasladaron a la zona alta de la ciudad, pero el local del Bronx es bastante más limpio que el del puerto de South Street. Hasta puedes comprar barracuda en un par de puestos. ¡Barracuda! Grrrrrrrr. —Le enseñó sus dientes inferiores a Nicole, que se río tontamente por sus gruñidos.

Griff pensó que su mejor amigo sería un padre maravilloso si en algún momento se permitiera crecer lo suficiente como para tener un hijo. Griff miró a Loretta que estaba recostada contra la puerta de la despensa y supo que ella estaba pensando exactamente lo mismo mientras miraba a su hermano cocinar. Tenía una sonrisa torcida en la cara.

A la luz de la cocina, con todo ese vapor en el ambiente, Dante estaba guapísimo. Se le veía feliz, como si quisiera quedarse a vivir allí mismo, en su cocina, haciendo cioppino durante el resto de su vida.

Griff tuvo que tragar saliva. Volvía a pensar en esa maldita página web. Abrió la nevera y sacó una cerveza antes de empezar a enfadarse.

Cabezacaliente.com, joder.

¿Dónde podría conseguir un par de miles de dólares así de rápido? ¿Quizás pudiera conseguir un crédito en el bar?

Se dejó caer en una de las banquetas de desayuno. Así podía ver la cocina y mantener su traidora figura lejos del alcance de las miradas.

Dante seguía cortando y gruñendo, y cortando y gruñendo, mientras se movía por la cocina con gracia hasta que por fin

consiguió que su sobrina hiciera una mueca, mostrándole sus pequeños dientes de bebé y devolviéndole el gruñido a su tío.

—¡Ba-rra-cu-da! —Alardeó Dante en señal de triunfo, y removió el cilantro en la cazuela con el cuchillo.

—Rrrr. Bacura. —Nicole gruñía a través de sus dientes mientras se ponía sobre sus rodillas en la deteriorada madera de la encimera, tratando de ver qué cosas raras tan fascinantes hacía el tío Dante en la cocina.

Loretta cogió en brazos a su querida gruñona y miró a su hermano poniendo los ojos en blanco.

—Venga, ya vale, tonto. Ya aprende bastantes cosas malas de mí. —Miró a Griff buscando su apoyo.

Griff sacudió su cabeza en señal de solidaridad.

—Tienes suerte. Por lo menos a ella no va a enseñarle a decir palabrotas o a beber tequila.

Pero había nacido un bebé barracuda. Nicole y Dante siguieron gruñéndose el uno al otro mientras él cortaba y le daba a probar ajos y sorbitos de caldo con una cuchara vieja.

—Umm-grr. Rrrrrrrr. —La carita de Nicole resplandecía de placer. Quería mucho a su tío. Era muy divertido.

—Ya te dije que comería marisco. —Dante apuntó a Loretta con su cuchara —. Grrr.

Se giró para colar la cazuela de cabezas de pescado y conchas de cangrejo, vertiendo el aromático caldo en el cioppino.

—Grrrr —rugió Nicole riéndose. Después volvió a rugir a los otros dos adultos aburridos que no eran su tío.

Loretta ignoró a su hermano y la burla que este acababa de hacerle, pero por una vez no había ópera en sus ojos.

—Griffin, ¿tú sabes cocinar?

Siempre había odiado a Leslie por alguna razón. Griff negó con la cabeza con una mueca.

—No. Bueno, sé hacer tortitas y macarrones, pero sobre todo descongelo. Los chicos siempre están gorroneando cuando tengo guardia en el parque.—Griff vio cómo se tranquilizaba y sonrió—. Eso sí. Soy un campeón fregando.

—Y con el chili. —Dante apareció a su lado con una cuchara para que Loretta probara el guiso.

—Sí, el chili me sale bastante bien. Un paquete de carne. Cebollas. Claro que es una receta para un edificio con quince tíos que se tiran pedos toda la noche. ¡Ay! Perdona. —Griff echó una mirada a Nicole, pidiendo disculpas a su madre, pero nadie pareció inmutarse. Supongo que esos comentarios también son normales.

Dante removió la cazuela con energía. Sin girar la cabeza para mirar a su hermana, habló despacito.

—Si quieres quedarte a dormir esta noche, tengo mucho espacio. ¡Hasta con suelos y paredes!

Loretta se rio y negó con la cabeza.

—Estoy bien. Solo sería como un grano en el culo.

Griff esperó que él no fuera el motivo.

—Deberías quedarte, Loretta. Y yo me voy en cuanto acabe de cenar.

—¡G! Ni siquiera son las siete. ¿Qué te pasa? —Dante parecía ofendido por la idea de que Griff pudiera sentirse fuera de lugar.

Griff se encogió mirando el cioppino y su tripa volvió a sonar.

—O me quedaré.

—Bien. Está bien que alguien tenga hambre. —Dante revolvió la cazuela por última vez y asintió—. ¡La sopa está lista! ¡Venga!

En la encimera Nicole echo las manos hacia Griff, y él la levantó y la colocó en el suelo. Ella se tambaleó gruñendo a Dante y parando de vez en cuando para tener pequeñas conversaciones con sus manos, como si fueran muñecos.

Niños. Raros.

Griff abrió los armarios y sacó los grandes platos hondos que Dante guardaba en la cuarta balda. Parecían tan profundos como para que Nicole se ahogara en ellos. Tomó un plato más pequeño para ella.

—Gracias. —Loretta cogió los cuatro boles. Sus manos habían dejado de temblar y las mantenía unidas—. Pondré la mesa.

Dante se inclinó para pasarle a Nicole las servilletas y la pimienta para la mesa, saludándola. Ella elevó sus ojitos hacia él, completamente ajena al mundo de la ópera, y se dirigió al comedor para supervisar a su madre. Obviamente, no era ninguna boba.

En cuanto se quedaron solos en la cocina, Dante hizo gestos a Griff para que se acercara y le susurró una explicación.

—Bronca telefónica con Frank que está en el puto desierto y va él y le cuelga. Lo superará. Creo que él tiene razón y ella lo sabe, y solo quiere estar cabreada un rato. —Su respiración era cálida en el cuello de Griff.

Griff asintió y dio un paso atrás. Intentó pensar si había algo que él pudiera llevar. No quedaba nada más que el cioppino.

Dante se quitó el delantal por la cabeza y lo metió en la despensa. Levantó sus manos vacías.

—No tengo nada para usted, señor. —Pasó el brazo por el fuerte cuello de Griff y los apretó. —Vamos a ver si te damos algo de comer.

La cena estaba lista y Loretta Anastagio no perdió un segundo. Dante había llevado a la niña a la cocina a por algo dulce. En cuando su hermana se encontró a solas con Griff en el comedor, ella le interrogó.

—¿Quién es ella?

Griff no dijo nada; mantuvo su cara en blanco como si no la hubiese escuchado preguntarle lo que sabía que le iba a preguntar, porque le conocía tan bien. Le conocía de toda la vida, se había calmado lo suficiente como para notar su silencio.

La pausa se hizo lo suficientemente larga como para resultar extraña. Griff se retorció y fingió hacer como que escuchaba a Dante que hacía ruido en la cocina esperando que pudiera escaquearse.

—¿Quién?

Loretta le pegó un manotazo en la cabeza sonriendo.

—¿Qué crees, que soy idiota? ¡La chica! Tienes a alguien… y te pasas el día pensando en ella.

—Estás loca.

—Y tú eres un estúpido, pero eres tan guapo que te perdonamos. —Sus uñas acariciaron su fornido antebrazo— Conozco esa mirada, Griffin. Durante todo el instituto esperaba que me dirigieras esa mirada a mí, así que siempre sabía cuándo estabas atontado por alguien.

Griff movió el trasero en la silla, sin saber muy bien qué decir.

Sí, solo que esta vez es tu hermano.

—No estoy atontado.

—Herido y optimista. Mierda. —Loretta puso los ojos en blanco. Agarró su enorme bolso y lo lanzó a la sala como si fuera un escorpión— Quiero un cigarro. Pero Dante me mataría.

—¿Por Nicole?

—¡No! Por sus suelos. ¿Cuánto tiempo se tiró con estos, cuánto, un mes? Cerezo brasileño.

Griff lo recordaba. Le había llevado tanto tiempo porque lo habían ido haciendo a cachitos. Otros chicos del parque habían venido cada vez que no estaban con sus familias o con sus novias, pasándose después de la guardia para ayudar a Dante.

Griff se pasaba todos los días ayudando en lo que podía y acabó destrozado; Dante con sus pantalones cortos rotos ofreciéndole un refresco; Dante a cuatro patas golpeando con una maza las tablas del suelo, lleno de manchas y de cola, desnudándose en la entrada antes de ir a darse una ducha y sujetándose la polla con ambas manos en plan protector. Para el tercer día, Griff ya se estaba haciendo una paja en el baño del piso de abajo para poder aguantar.

—¡Ajajá! —De repente Loretta estaba justo enfrente de él con su melena de rizos salvajes—. Lo estás haciendo otra vez. Tus ojos se ponen todos empalagosos y brillan cuando piensas en ella. ¡Jajaja! Por el humo se sabe dónde está el fuego.

Griff se escabulló a la sala de estar, deseando que hubiera más platos que pudiera llevarse para escaparse a la cocina, lejos del cariñoso interrogatorio de Loretta. Pero ella se dedicó a deambular tras él. Su olfato para el drama estaba alerta. Así es como se desmantela a los criminales: les sientan a comer cioppino fresco y conversan amablemente con ellos hasta que piden piedad.

Miró por la ventana.

—Debería irme a casa. Mi padre me estará esperando.

—No digas idioteces. ¿Tu padre? Venga, Griffin, no flipes.

Sí.

Griff casi no podía ni moverse, aunque sabía lo que ella creería. Se sentó antes de que dijera alguna estupidez.

Los ojos color caramelo de Loretta brillaron dulces al mirarle.

—Quiero alegrarme por ti. Has estado tan solo desde que se marchó Leslie… Bueno, y antes de que se fuera también.

—Nunca te gustó Leslie.

—A ella nunca le gustaste tú. Bueno, ¿quién es esa chica? Le gustas, ¿no? —Loretta asintió con complicidad.

Griff se levantó queriendo escapar de la suave inquisición. Loretta le siguió a la sala de estar y se sentó a su lado en el sofá, esperando quieta hasta que él se decidiera a hablar.

—No le gusto así. No creo que haya nada. Y, de haber algo, es una locura y no puede ocurrir.

—¿Está casada? —Loretta se agachó para recoger algo de debajo de la mesita, un clavo doblado. Giró el clavo con sus ojos fijos en los suyos—. ¿Es una calientapollas?

—¡No! —Griff extendió las manos como suavizando el aire—. Mira, no hay ninguna chica. Te lo juro. En este momento soy feliz.

—Pues no lo pareces. Bueno, sí, pero feliz y abatido. Como un héroe de una ópera que se suicida sobre una prostituta enferma.

Eso le hizo reír, tan fuerte que ella se quedó confundida. Ni siquiera trató de explicarle lo que había pensado de ella cuando llegó, que parecía como una de las Valquirias pero de Staten Island.

Se rió porque le apetecía, y entonces ella se unió a él, aunque no supiera muy bien qué era tan divertido.

Familia.

Volvieron a quedarse callados en el sofá. Los ojos de Loretta escudriñaban su cara tan exhaustivamente que por un segundo Griff temió que sería capaz de leer la verdad que escondía bajo su piel. Como si el deseo que sentía por su hermano estuviera escrito en letras mayúsculas en sus huesos y en sus músculos.

—¿Loretta? —Griff recorrió el comedor con la vista y luego miró hacia la cocina. Podía escuchar los sonidos del agua del grifo y a Dante diciéndole chorradas a la niña. Sonrió a Loretta y sintió cómo ardía su corazón bajo el esternón.

Ella le miraba mientras seguía jugueteando con el clavo doblado.

—Nos preocupamos por ti. Sobre todo mi hermano. —Inclinó la cabeza hacia el sonido de Dante. Estaba canturreando—. Todos queremos que seas feliz. Si no puedes ser egoísta por ti, hazlo por nosotros.

—Me encantaría poder serlo. —Griff se sentía todavía peor al decirle a Loretta esas cuasiverdades, que si le estuviera mintiendo abiertamente. Ojalá pudiera. Uff. Loretta no se lo estaba tragando, o no del todo. Le conocía y él lo sabía.

—Sea quien sea, ella no te merece. Si yo no hubiera sido tan gilipollas, debería haber construido un foso perfumado en el instituto y haberte reclamado para mí.

Griff se puso tenso. De repente se dio cuenta de lo cerca que estaban sentados el uno del otro; justo lo que no quería.

—¡Venga! Eres como mi hermana.

—No soy tu hermana, Griff.

—Bueno, vale…

—Déjalo. No quería decir eso. Pero créeme, no eran pensamientos de hermana los que sentía hacia ti cuando te veía con aquellos pantaloncitos de fútbol. Uf. —Estaba ahí quieta, recordando. Loretta había sido muy alocada en el instituto. Era un par de años más joven— Ese pelo rojo. Te llamábamos Galleta de Jengibre. Picante y dulce a la vez. —Se rió del mote, y de ella misma quince años atrás.

—Qué gilipollez. —Griff se sentía como un pardillo de dibujos animados al que le hubieran puesto un yunque en la cabezota.

¿En serio?

—Las chicas tenían un montón de fotos tuyas. En serio.

—No lo sabía. —No podía imaginarse que por aquel entonces hubiera alguien que perdiera la cabeza por él; siempre había sido un Adán corpulento, muy tranquilo. En todas las fotos siempre se quedaba al fondo, destacando sobre los demás con su pelo llameante, rezando en silencio por ser invisible.

—Tú no querías saberlo. No siempre prestas atención a las cosas que la merecen, Griffin Muir. Y por eso eras idiota: estabas como a la espera sin ninguna razón y eras muy guapo. Lo sigues siendo, ¿sabes?

—No estoy a la espera. Soy feliz, Loretta.

—¡Bah! Los relojes no se detienen por nadie. Y ahora yo estoy felizmente casada con una llamada telefónica y cenando en casa de mi hermano porque me da miedo estar sola todas las noches. —Loretta se puso en pie y cogió su bolso de al lado de la ventana. Al volver, sus ojos de caramelo siguieron ahondando en los suyos

tratando de descubrir la verdad—. Lo que quiero decir es que tal vez esa chica esté esperando que tú des un paso.

Dante y la niña se reían en la cocina; el sonido se cernía sobre ellos en el aire, alto y lleno de vida. La figura de Loretta se reflejaba en la ventana. Pasó un coche; sus faros alumbraron el techo por un segundo como si alguien estuviera fotocopiando todo el edificio.

Griff la vio hurgar buscando algo en el bolso.

—No creo, Loretta. Creo que está esperando que lo deje; que me marche y deje de ser un idiota.

—Lo único que digo, Griffin, es que dejes de desperdiciar el tiempo. —Encontró un paquete de Lucky, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Ahí de pie, parecía un cartel de cine negro, con su vestido ajustado y el pelo ondulado. Y el misterio que necesitaba resolver tenía que ver con él. ¿Dónde está Humphrey Bogart cuando le necesitas?

Griff asintió con la cabeza y hasta sonrió.

—Escúchame. —Ella le dio unos golpecitos con el dedo como si estuviera haciendo una acusación sexy—. No esperes que venga el barco. Vete nadando a por él.

Salió a la entrada y se detuvo junto al perchero girándose hacia él.

Él solo podía ver una parte de su cara en las sombras junto a la puerta. Ella señaló el cigarrillo sin encender en su boca.

—No se lo digas a nadie. Por Dios, no se lo digas a Dante. ¿Lo prometes? Me mataría. —Y salió.

Me mataría.

—Pues eso —susurró él a la habitación vacía.

Griff escuchó a Dante diciendo tonterías en la cocina. Podía oler el humo de su día de trabajo en su piel y el dulce almizcle de Dante en los cojines. Y a través de las enormes ventanas, podía ver el puntito naranja brillante del cigarrillo cada vez que su casi hermana daba una calada como si llevara un casco con cuernos preparándose para cantar hasta que le llegara la muerte.

CAPÍTULO VI

Resulta que los bares de gays son exactamente iguales que cualquier otro bar.

Griff no estaba seguro de lo que se esperaba cuando se encaminó a Manhattan. Se sentía idiota. Ni siquiera sabía si iba vestido de la manera adecuada. Se había puesto unos vaqueros negros y una camisa negra nueva esperando no desentonar. La camisa era un polo de marga corta que le había comprado su exmujer, y en el cuello le sobresalían un poco algunos pelos rojizos de su pecho; el punto marcaba sus fuertes tríceps y sus pectorales. Se vio bastante bien.

Al día siguiente empezaba octubre y esa noche era la noche en la que la escena de cabeza-caliente que Dante había rodado para Alek aparecería en la web, con el título de «Las Campanadas de Medianoche». Dante se había pasado toda la semana fanfarroneando y haciendo bromas a cuenta de ese tema. Él era la única persona que lo sabía y también era la única persona que sintió tentaciones de ir a verlo. Dante no lo sabía, pero…

Por su propia seguridad, Griff tenía que estar lo más lejos posible de Internet y de su ordenador antes de que llegara a perder la cabeza e hiciera algo que no pudiera borrar, o viera algo que no pudiera olvidar. Esta salida a Manhattan era como una solución perfecta para matar dos pájaros de un tiro para un católico no practicante: *¿Una tentación mortal? ¡Huye!*

Hora de conseguir respuestas. Hora de enfrentarse a la realidad. En un momento en el que necesitaba estar lejos, muy lejos de su ordenador y de la tentación de «solo comprobar» cabeza-caliente.com. Podía sobrevivir tomándose una cerveza en un bar de gays para olvidarse de lo que estaba haciendo su polla. Además, los pubs no tenían wifi, ¿verdad? No iba a preguntarlo.

Tal vez solo es que era gay. Quizás era que algo en él había cambiado desde el divorcio. Tal vez había una parte entera de su ser que había estado esperando para salir. Quizás había empezado a jugar en este otro equipo sin darse cuenta. A veces sucedía, ¿no?

Antes de salir, Griff se miró en el espejo de la entrada. Bastante bien. Había rastreado el listado de vida nocturna de la revista Time Out buscando algo así como un pub gay, y había encontrado un local llamado Pipe Room. Un pub parecía algo seguro: cerveza y tíos fuera de Brooklyn. Pero en este sitio solo habría tíos, que estarían entrándole abiertamente, y supuestamente, él estaría haciendo lo mismo que ellos.

Puaj.

Con todo, cualquier cosa era mejor que entrar en esa puta página web y espiar a Dante; traicionando su amistad y traicionándose a sí mismo.

Había un par de bares de gays en Brooklyn cerca de su casa, pero ni por el forro se iba a arriesgar a ir ahí. Mejor cruzar el puente hasta llegar a East Village y pagar un par de pavos más por una cerveza que arriesgarse a que algún conocido le viera en un bar gay. O peor aún: que se enterara su padre. Uff. Se mareaba solo de pensarlo.

La estación de metro de Carroll estaba vacía para ser una noche de entre semana y se dejó caer en un asiento de plástico para poder dejarse llevar por el pánico tranquilamente. Tenía que averiguar si lo que fuera que le pasaba con Dante era tan solo una fase, y que él no era un puto cobarde. Entraba corriendo en edificios en llamas, ¡por Dios!

Griff tomó el tren F de Cobble Hill a la Segunda Avenida. En estos momentos el East Village era más extravagante y estaba más poblado de lo que él recordaba. Se pasó diez minutos andando por la manzana antes de reunir el valor necesario para subir los tres peldaños que conducían al oscuro bar.

Relájate, idiota.

Para cuando entró ya eran casi las once. Al pisar esos escalones podía sentir cómo el pánico iba aumentando en él. Le sudaban las manos al agacharse para atravesar la puerta. Al entrar casi se chocó con un hombre gordinflón con una barba blanca que estaba saliendo. Santa Claus en los bares. El tipo más mayor se paró en seco, sonrió y le saludó con la cabeza antes de marcharse.

Griff necesitó un segundo para orientarse. Se había esperado que todas las cabezas del antro se giraran y se le quedaran mirando como si fuera un impostor, pero en cuanto estuvo dentro se dio cuenta de que era solo… un bar. De hecho, no muy diferente al

Stone Bone. Las ventanas estaban tintadas, las paredes de ladrillos estaban desgastadas y la decoración era cómoda y destartalada. Había oído que estaba sonando Green Day desde la acera, así que no parecía nada raro; ahora podía ver que el sonido procedía de una caja de música como Dios manda. Los clientes llevaban una mezcla de pantalones vaqueros y trajes, y sudor, como cualquiera que hubiera venido del trabajo o de casa para reunirse con sus colegas. ¿Eran gays estos tíos?

Excepto porque era un barrio más caro, podría haber sido uno de esos viejos bares de policías gestionados por una familia que suele haber en Bayridge o Staten Island. Un montón de tíos pasando el tiempo juntos mientras beben cerveza. Excepto porque no había mujeres dentro; lo que es ninguna. Sin embargo, si no se hubiera fijado, no se habría dado cuenta durante un buen rato. De hecho, casi podría haber pensado que las novias de todos ellos se acababan de levantar para ir al baño el mismo tiempo.

Casi.

Era tan parecido a su territorio que casi podía hacer como que estaba esperando a su patrulla en una de sus salidas de ocio. Pues qué bien. La ciudad de New York había prohibido fumar hacía unos meses, así que aunque el local tuviera el aspecto de un tugurio asqueroso, el aire estaba limpio, el público era profesional, y parecía que el viejo bar llevara funcionando por lo menos cincuenta años. ¿Sería un pub de gays hace cincuenta años?

Sin embargo seguía sintiéndose como un intruso: no era su zona, no era su gente, y lo único que tenía en común con ellos era que quería liarse con alguien que estuviera en el mismo equipo que él. ¿Les convertía eso en amigos instantáneos? ¿Era él, de manera

automática, miembro del club? Se sentía como un idiota de los pies a la cabeza.

Griff se secó las manos en los vaqueros y se dirigió a la barra; todo era más fácil con una cerveza en la mano, ¿no?

En el centro de la sala, tipos fornidos se recostaban contra mesas altas en grupos agradables, haciendo bromas y charlando. En una pared, un asiático alto que estaba sentado en el brazo de un sofá lleno de bultos dijo algo a sus amigos, que asintieron en señal de apreciación mirando a Griff navegar en el laberinto de hombres.

Sabía que su fuerte cuerpo y su pelo rojo siempre llamaban la atención. Y ahí se dio cuenta de que la camisa negra era demasiado elegante y le hacía estar aún más fuera de lugar. Bah. Podía haberse puesto una simple camiseta y unos pantalones cómodos. Se lo estaban comiendo con la mirada. Menos mal que no se había puesto el kilt.

Griff se sintió halagado. Algunos de los tíos que le estaban mirando eran bastante más guapos que él… viéndolo desde un punto de vista puramente objetivo. Pero algunos eran solo tipos normales. De todas formas, la gente miraba a los bomberos de arriba abajo todo el rato, así que no le extrañó que le miraran. También él lo hacía. Y pensándolo bien, había vislumbrado a un par de chicos monos al entrar, así que tal vez su problema no era Dante.

Por un hueco entre la multitud, Griff justo vio cómo el camarero le preguntaba con los ojos si quería algo. Griff asintió mientras pasaba entre los hombres y llegaba a la barra. Presionado contra la madera, se dio cuenta de que el camarero iba sin camisa y con un calzoncillo mínimo. Encima del pezón perforado, en su pecho

resbaladizo llevaba una pegatina en la que ponía «Me llamo… STICKY».

Venga ya.

Sticky, «Pegajoso», le dedicó una cálida sonrisa con las manos en los bolsillos de atrás. Era tan blanco como el alabastro. Tenía el pelo rubio platino y en el brazo un tatuaje celtas que subía en espiral por su brazo en colores azul marino y negro. Y la sonrisa era un poco más cálida de lo que hubiera sido en Brooklyn, como si supiera que estaba bueno y quería que Griff lo supiera también. Sticky se humedeció los labios; tenía un piercing en la lengua.

Griff no respondió al ligoteo.

—Eh. Hola. Sí. ¿Podría…? ¿Cerveza? Eh, negra si tienes. La que quieras. —¿Qué pasaba? ¿Por qué miraba a Griff con tanta intensidad? Ah. Claro. Él es uno de ellos. De nosotros. Lo que fuera.

—De acuerdo. —Sticky le guiñó el ojo y se fue a ponerle una cerveza de barril. El tatuaje de nudos se dobló sobre su antebrazo. Griff se recostó en la barra, haciendo como que todo era normal.

Entraron cuatro tíos cuadrados con camisetas de rugby y pantalones cortos, sucios y sudorosos. Se apoyaban los unos contra los otros al dirigirse a un grupo bullicioso de otros jugadores que se amontonaban alrededor de un par de jarras de cerveza que había en una mesa alta. Al pasar el jugador más bajito, le dio un repaso en toda regla a Griff dedicándole una sonrisa descarada. Con su pelo al uno, un tatuaje de los Marines, y una cara entre guapa y fea como de gnomo, este pequeñajo examinó a Griff de los pies a la cabeza, deteniéndose justo en su paquete, y entonces le guiñó el ojo.

Hostia.

Griff hizo como que tosía y se giró a mirar hacia el fondo de la barra, donde había una mesa de billar. Un grupo de universitarios estaba jugando una partida; La Universidad de Nueva York estaba cerca, así que seguramente solían venir de vez en cuando. Estudiantes gays. Se tocaban más de lo que se veía en el Red Hook, pero no más que un grupo de chavales de Jersey. No parecía nada raro, más bien dulce.

El problema era que ninguno de los hombres a su alrededor le llamaba la atención a Griff. Ninguno de estos tipos se la había puesto dura. ¿No era gay? Tal vez solo era algo que sentía por los italianos. Escudriñó la multitud buscando alguien lo suficientemente italiano como para hacer girar su manivela. Pero en cuanto se imaginaba a Dante todo atareado en esa web justo en ese momento, su polla se ponía tan dura que podría clavar clavos con ella. Basta ya. Al parecer sufría algún tipo de disfunción eréctil localizada.

—¿Eres de fuera de la ciudad? —Se sobresaltó al escuchar la voz rasposa en su oído. Se giró y vio que Sticky había vuelto y se inclinaba hacia él por encima de la vieja barra. El delgado camarero le pasó una pinta de cerveza negra espumosa. Su brazo tatuado rozó el de Griff, más fuerte que el suyo, el suave contacto con el vello fino le erizó la piel; oro blanco sobre óxido.

Griff cogió el vaso pero Sticky mantuvo su brazo donde estaba, rozándole, hasta que sintió un escalofrío. Griff se giró para romper el contacto.

—No. De Brooklyn. Nacido aquí y criado aquí. —Al hablar con este chaval magnífico, Griff sentía cómo se le iban poniendo calientes las orejas. Debía parecer un idiota: la ropa equivocada, la

bebida equivocada, el entorno equivocado. Y, desde luego, su polla no estaba reaccionando a los tíos atractivos que le rodeaban. Estaba todavía más confundido de lo que lo había estado una hora antes.

—¿En serio? Pensaba que eras un hombre de campo. De algún sitio donde crecen manzanas o cabras, o algo así. —Sticky observaba el cuerpo de Griff desde detrás de la seguridad de la barra, una evaluación lenta de los pies a la cabeza con rodeos pintorescos. Se rio, pero no se estaba burlando, solo estaba siendo sexy y agradable—. Y seguro que te echas un montón de siestas en el granero con tus primos. ¿Son tan fuertes como tú?

—Sí. No. Eso suena bien, pero soy un ratón de ciudad, cien por cien. —Griff suspiró y dio un trago a la cerveza.

¿Por qué no le ponía? Griff diría que este modelo con ropa interior de cintura baja estaba interesado, pero aparentemente sus propios intereses estaban atascados en otro sitio. Como sobre el Puente de Brooklyn.

Estos días no podía sentarse junto a Dante sin tener una erección, y no podía comprobar su correo electrónico sin morirse de ganas de ir a esa maldita página porno.

¡Dios! Probablemente Sticky sería uno de esos putos miembros de CabezaCaliente y después se descargaría a Dante para su uso personal. Griff intentó no enfadarse ni sentirse posesivo, pero el pánico volvió a brotar en él una vez más.

—Eres muy guapo en conjunto, colega. Ese pelo abrasador y esos hombros tan anchos, y nada más. Confía en mí. Sé lo que me digo. —Sticky le guiñó el ojo. Hasta sus pestañas eran de color platino alrededor de sus ojos de color avellana.

—Gracias. —Griff le devolvió el guiño y asintió con la cabeza porque le pareció educado, pero no quería engañar al camarero. ¿Era eso lo que estaba haciendo? Le parecía tan raro que otros hombres flirtearan así con él… Si Dante pudiera verlo, se mearía de la risa.

Con una pequeña arruga de decepción en la frente, Sticky dio unos golpecitos con los nudillos en la barra que les separaba como si pusiera un punto final al flirteo.

—Si quieres tomar algo más, me buscas, granjero. —Y se puso a atender a tres hombres con traje y maletines que le pidieron unos chupitos de licor.

Sintiendo como si hubiera sido un maleducado, Griff se mezcló entre la gente y encontró una esquina desde la que podía observar tranquilamente a la clientela del Pipe Room mientras ellos se levantaban con sus cervezas y sus bonitos zapatos.

Griff oyó el ruido cuando los universitarios empezaron otra partida de billar. En el sofá, el asiático alto estaba contando una larga historia a sus amigos, y el equipo de rugby estaba mirando cómo el marine ligón abría un regalo. Sticky recogió un par de propinas y las metió en un bote mientras charlaba con un fornido segurata negro que había entrado al bar a por una botella de agua, justo lo que hacía Griff en una noche tranquila en el Stone Bone.

Ese podría ser yo.

Solo chicos.

Nada que le hiciera sentirse incómodo en absoluto, pero tampoco nada que le hiciera sentir el hambre desesperada que Dante despertaba en él. Este no era ni su mundo ni su vida. Se sentía como un espía. Volvió a tener el pensamiento de que si no

hubiera sabido que era un bar de gays, que estos hombres eran gays, podría haber pasado más de una hora sin que se le pasara por la cabeza.

Tonto del culo.

Cómo podía saber si él lo era, si ni siquiera era capaz de decir si lo eran ellos. Griff se sintió aliviado y confundido al mismo tiempo. Se calmaría, terminaría la cerveza y regresaría a casa.

Todavía no sabía cuál era la pregunta correcta, pero sabía que la respuesta le estaba esperando al otro lado del río.

Griff se tomó otra cerveza antes de irse, pensando que debería darle a su polla la oportunidad de hablar. Mala suerte. Dejó una buena propina para Sticky a modo de gracias y de disculpa. Salió por la puerta lateral, que daba a un callejón corto en el que había un contenedor y un par de barriles de cerveza vacíos.

No vio a los dos hombres follando hasta que casi les tuvo encima.

Había salido afuera sin hacer ruido, sin querer llamar la atención de nadie dentro del bar. Aparentemente tampoco llamó la atención de nadie afuera. Se giró hacia el semáforo de la East 7, y desde las sombras del callejón a sus espaldas, oyó que alguien aullaba de dolor.

Se puso alerta al instante, Griff volvió sobre sus pasos para investigar, pegándose a las sombras.

Si se trataba de un atraco, tenía que sorprenderles. Si había algún herido, no quería asustarles.

Cuando llegó al contenedor les vio: dos hombres de unos treinta años de pie abrazados contra la pared de ladrillos, follando con fuerza bajo un haz de luz que salía de un foco de seguridad.

Miraban en la misma dirección, estaban prácticamente vestidos y eran bastante corpulentos. Sus pantalones estaban abiertos solo lo necesario para alinear el culo y la polla. Sus musculados traseros estaban enmarcados por los dobladillos de sus camisas y sus pantalones bajados.

El hombre que estaba detrás parecía de Oriente Medio y estaba cubierto de denso pelo; sus glúteos, duros y velludos, apretaban fuerte cada vez que se la clavaba a su ruidoso compañero.

El tío al que le estaban follando era más bajo y gemía un poco, pero su polla estaba como una barra de hierro mojada y se la meneaba violentamente. Casi aullaba cada vez que se arqueaba y le metía toda la polla dentro, como si doliera, pero el dolor fuera extraño y bueno. Ese era el sonido lastimero que Griff había escuchado.

Griff dudó, agachado en la sombra del contenedor y mirándoles con fascinación silenciosa. Nunca había visto a dos tíos follando, así que era como realizar una investigación furtiva.

Los dos hombres eran fuertes y no eran delicados el uno con el otro. Parecía muy distinto a estar con una mujer. ¿Qué era? ¿Deseo o terror, o ambos? Parecía tan real y tan rápido y casi parecía furia. No había romanticismo: tan solo dos tíos dándose el lote.

Griff se acercó un poco. En realidad no estaba caliente por la violencia, sino por el hecho de espiarles.

El hombre más bajo no parecía tener ningún problema por estar siendo follado de forma tan dura. Jadeaba y se dejó caer de rodillas de forma que el tío peludo tuvo que seguirle para

permanecer dentro de su culo. Cuando el más bajo se dejó caer, el que estaba detrás le escupió, literalmente, en la lengua, arqueándose con la boca abierta, y él gimió como si le estuviera agradecido y lamió sus labios.

Por alguna razón, el culo de Griff se sentía raro dentro de sus pantalones, dentro de sus calzoncillos, como si estuviera imaginando cuánto tiene que doler meterte algo tan enorme. Jamás había pensado en su culo como algo sexual, pero sintió como algo auténtico la crudeza de estos hombres. Casi podía entender lo que querían el uno del otro.

Junto a los barriles abollados, los dos follaban como perros, enfadados y rápidamente sobre el duro asfalto, acercándose al orgasmo. El tío que estaba abajo tenía rasguños en las rodillas y en las manos. El brazo que usaba para sostenerse de cuclillas estaba magullado. El hombre moreno que le daba por el culo daba cachetadas a los mofletes regordetes y le metía un dedo largo, además de su duro pene, haciendo que el orificio se ensanchara y consiguiendo hacer gritar a su compañero.

La imagen provocó que Griff se pusiera cachondo, y eso era nuevo para él. ¿Y si fuera Dante? Él no era peludo como este tío, pero era moreno, y Griff era pálido. Casi podía imaginárselo.

Si Dante le quisiera de ese modo, si le forzara, él lo haría encantado. Si Dante le dominara en un callejón y le criara como a un perro… si su mejor amigo le follara con fuerza a cuatro patas, si le abriera en canal su culo redondo, y se lo llenara así. Griff sabía que se correría en cuanto la polla de Dante tocara fondo dentro de él. Solo con pensarlo, Griff empezó a tener una erección y sus

huevos se movieron, pero antes de que pudiera envolver el miembro con su puño, comenzó la apoteosis final bajo la luz de seguridad.

El hombre velludo que estaba detrás tensó sus nalgas y comenzó a correrse dentro. Al descargarse, su rostro se ensanchó como si fuera a gritar, pero no emitió ningún sonido mientras tiraba de su compañero violentamente en la plenitud de su erección.

El tipo más pequeño, que estaba debajo, apretaba su polla hasta que esta se puso morada. Tenía el capullo hinchado mientras la frotaba, y los nudillos llenos de sangre de haber estado tirado en el suelo.

Sin avisarle, su compañero le empujó la cara hacia el suelo, sujetando sus caderas para así mantener el culo en alto, y le dio unos golpes unas cuantas veces; el que estaba debajo gruñó y lanzó un par de chorros al suelo, deslizándose hacia adelante y viéndose libre de la grasienta erección con condón detrás de él.

Griff contenía la respiración, medio excitado y medio avergonzado.

El tío que estaba al fondo se dio la vuelta, y su amigo árabe le ofreció la mano y tiró de
él para que se incorporara. En algún momento con la urgencia por follar, su cara se había quedado pegada a los ladrillos y tenía un rectángulo rosa en una mejilla.

Eso estaba ocurriendo cuando *Por los clavos de Jesucristo,* Griff reconoció al hombre que había recibido las embestidas: Tommy. Tommy Dobsky. Tommy, con la cara marcada y las rodillas llenas de sangre y con el brazo magullado y con heridas, con el culo totalmente abierto por la follada, y una sonrisa como de mañana de Navidad.

Tommy era del barrio. Tommy estaba casado y tenía hijos. Tommy era técnico en emergencias sanitarias, ¡por Dios! Trabajaban juntos. Tommy era un dandy de la orilla de Jersey y a quien le encantaban las chavalas hispanas. Pues, al parecer, ahora no.

Ahora, a Tommy le gustaba ser medio violado sobre sus rodillas y que obligaran a tirarse al suelo babeando y gimiendo. Ahora, Tommy se abrochaba el cinturón y se limpiaba las manos en los pantalones manchados de esperma, asintiendo a algo que el tipo árabe le estaba diciendo y riéndose entre dientes. Tommy se escapaba a Manhattan para hacer esto. Griff se había escapado aquí y miraba. Lo que le preocupaba a Griff era que le había gustado verlo mientras se imaginaba a Dante en la ecuación.

¿Y si le habían visto a Griff? ¿Y si Tommy contaba que él había estado en ese bar? ¿Y si Tommy supiera lo que había visto en ese callejón? Solo había visto cómo un gran gorila árabe le daba por el culo a Tommy Dobsky sobre las rodillas llenas de heridas, y lo mucho que le gustaba. Tommy había suplicado y se había comido la saliva de ese tío. Tommy le mataría por saber todo eso.

Ahora estaban vestidos, y sus voces eran murmullos que procedían de la parte posterior del callejón. En un segundo le verían. Griff dio gracias a Dios por haberse vestido de negro. Si Tommy le viera, estaría lleno de mierda hasta el cuello, y no por ser un mirón. Tenía que salir de allí como fuera, antes de que…

¡Ellos se giraron hacia el contenedor!

Griff se deslizó hacia las sombras de la pared, manteniéndose en la oscuridad hasta que consiguió crear una distancia segura entre ellos. Antes de que Tommy pudiera dar dos pasos en su dirección, Griff salió del callejón y esprintó subiendo la calle hacia la

estación de la Segunda Avenida. Entonces se detuvo a vomitar en un cubo de basura porque se sentía tan aliviado y tan ansioso. Uff. Asqueroso.

Cuando bajó al metro, el tren F tardó una eternidad porque era casi medianoche.

A Tommy le gustan los tíos. Y creo que tal vez a mí también me gusten los tíos. Desde luego, un tío, seguro. Griff rezó porque pudiera solucionarlo. Siguió pensando en los sonidos que hacía Tommy al ser follado, en la manera en la que sonrió después a su amigo follador. Su cerebro se sentía confuso.

Siguió mirando el reloj tanto tiempo que al final se lo quitó y se lo metió en el bolsillo. En el momento exacto en el que iban a emitir en vivo el video de Dante en la página Cabeza Caliente, Griff estaba en el metro, en East Broadway, dando golpecitos con los pies y leyendo los anuncios para distraerse y no mirar a las manecillas de su reloj. Por lo menos sabía que su padre estaría viendo la tele cuando llegara a casa. Eso impediría que fuera al ordenador y se volviera loco.

Por una vez, necesitaba que su padre se mostrara rígido y distante. Por una vez, Griff se sentía extrañamente aliviado por volver a la misma casa de ley y orden en la que se había criado, una zona totalmente libre de porno y, por ello, un lugar sano y seguro.

Había cogido el último metro de la noche, lo que significaba que Griff no llegaría a casa de su padre hasta casi la una. Caminó por las calles oscuras. Había tomado el camino más largo desde la estación de la calle Carroll y se detuvo en el ultramarinos coreano a comprar helado y papel higiénico que no necesitaba. Tuvo una conversación de diez minutos con un vagabundo acerca del

calentamiento global para perder un poco de tiempo. Fue a un cajero automático para comprobar si le habían ingresado la nómina. Sí.

Durante todo el camino a través de los Jardines Carroll, Griff no paró de decirse a sí mismo que estaba agotado y que en algún momento iba a romperse porque llevaba trabajando un montón de horas este fin de semana de luna llena, y eso siempre era una locura en el parque. Así es como debe ser una rehabilitación: luchar uno solo en la oscuridad contra algo que necesitas esconder. Había visto a chicos dejando hábitos destructivos. Costaba lo suyo.

Mientras pasaba por casas de ladrillo sin luces en las ventanas, hizo un trato consigo mismo. No prometería que nunca vería el vídeo. Solo iba a intentar pasar esta noche sin entregarse al impulso. Podía hacerlo.

Una noche hoy. Otra noche mañana.

Su cuerpo no escuchaba; su cuerpo estaba pensando cosas verdaderamente poco adecuadas sobre Dante que le obligaban a llevar la bolsa con la compra frente a la cremallera. Pensó en los tipos que ya habían visto a Dante desde medianoche y se preguntó cuántos serían, dónde vivirían. Quería castigarles por algo de lo que no tenían la culpa. Se puso tan cabreado que dejó de pensar en ello.

Aunque caminó lo más despacio posible, Griff por fin llegó a casa. Las ventanas estaban oscuras y el coche de su padre no había vuelto. Mierda. Iba a entrar en una casa vacía.

Pensó en dirigirse al parque y dormir en su litera cutre solo para verse rodeado por la vida normal y para no tener intimidad. Quería llamar a alguien para que viniera, pero la única persona en la

que podía pensar era exactamente la persona con la que no le convenía estar sentado. Dios, Dante seguramente entraría en la página de CabezaCaliente y le haría ver su debut porno. Hasta se le pasó por la cabeza volver a charlar con Sticky en Manhattan, solo para tomarse un par de cervezas y matar un par de horas, para que cuando volviera estuviera lo suficientemente cansado como para irse a dormir.

Griff metió la llave en la cerradura con un sentimiento de derrota.

—¿Papá? —Contra toda esperanza, Griff fue llamando a su padre en las habitaciones oscuras, rezando porque se hubiera desmayado en algún sitio o hubiera tenido algún problemilla con el coche y le hubieran llevado a casa. La sala estaba en silencio. La cocina. Solo el tic tac del reloj de su madre en la entrada. Subió las escaleras. El fantasma de una campanada.

Tic-tic-tic, mientras subía las escaleras hacia la oscuridad de arriba.

—Eh. Estoy en casa.

Ninguna respuesta. La puerta de la habitación de su padre estaba abierta. La cama espartana estaba hecha. Había un traje colgado de la puerta del armario como si fuera un hombre sin cabeza y sin manos.

Griff volvió a bajar las escaleras y entro en la cocina. Tampoco allí había luz. Sin encenderla, abrió la nevera, en la que solo quedaba medio limón envuelto en papel de aluminio, un bote pegajoso de melocotones en almíbar, y un recipiente de comida griega para llevar que olfateó y tiró a la basura. Pensó en hacerse

una tostada, pero sabía que todo le sabría a mierda esa noche. Cerró la despensa.

1:08 de la madrugada.

¿Cuántos tíos estarían viendo a Dante en estos momentos en la web? ¿Cuántos miembros de CabezaCaliente le habrían visto correrse mientras yo estoy sentado aquí como un cobarde tratando de comer comida revenida en una casa vacía?

Griff siguió pensando en todos esos hombres, sabiendo que Dante estaría encantado. Ver su placer y pensar que poseían una migaja de él porque habían sido testigos de algo privado, algo que sólo debería pertenecerle a él. ¿Cuánta gente tendría un pedacito de Dante la semana siguiente, o el mes siguiente? Eso parecía lógico. Si Griff se diera por vencido y se suscribiera ahora, al menos podría compartir a Dante con ellos en lugar de dejar que ellos le robaran una parte de él.

No . De un armario de arriba sacó una botella de whisky escocés y se sirvió cuatro dedos en una copa desconchada, hizo un brindis por nada y se lo bebió de un trago. Después volvió a repetir la misma operación.

Su teléfono móvil vibró en su cadera. Alguien le habría dejado un mensaje mientras estaba en el tren. Levantó la tapa para mirar.

Dante.

Griff volvió a servirse otro whisky, e, incapaz de detenerse, recuperó el mensaje, escuchándolo en el auricular mientras bajaba a su habitación del apartamento del sótano. El mensaje resonó en la casa vacía.

—¡Eh, G! —Dante llamaba desde algún sitio en el que había mucho ruido, un bar probablemente, con música retumbante. De

fondo se oía el sonido de los vasos y una multitud bulliciosa gritándose los unos a los otros. La voz de Dante también sonaba alegre.

—Eh tío, me preguntaba si querrías pasarte este sábado para ayudarme de nuevo con el tejado. Odio tener que pedírtelo pero tengo goteras en el ático. Le prometí a Tino que haría un pastel de berenjenas con parmesano y pasta, así que comerás bien. ¡Eh, mira por dónde v…!

Se dejó de escuchar el mensaje un momento cuando alguien empujó a Dante y el teléfono cayó al suelo haciendo ruido. Cuando lo recuperó, susurró:

—Te juro que te compensaré, Griff. Ya sabes que tengo ese cheque de ese… ruso y no quiero que el tejado vaya a peor.

Griff abrió de un empujón la puerta de su habitación, dejando caer el teléfono en la mesilla de noche al tiempo que encendía la lamparita. Notaba los efectos del whisky. Bien. Tal vez ahora podría dormir. Se quitó los zapatos y se desabrochó los vaqueros ajustados para rascarse la tripa musculada. Su cama aún no tenía cabecero, solo un canapé y un colchón en el suelo. La pequeña televisión y el radiocasete los tenía desde el instituto. Jesús. Justo en ese momento, trataba de no sentirse un completo perdedor y fracasó en el intento.

En el altavoz del móvil Dante se reía de algo en el tumulto del bar. Una voz de mujer, cercana, pero en bajo, dijo algo inaudible.

—¡Sí! Sí. Ay, y Griffin, mi padre te envió un correo electrónico acerca de una cena el domingo. Tienes que venir. No jodas, solo di que sí ahora mismo para que mi madre no venga quejándose. Tengo que… —Y así acababa el mensaje.

1:16.

Como un robot, Griff cogió el portátil del escritorio y lo abrió en la cama. Se sacó la camisa negra por la cabeza y la lanzó hacia el armario mientras arrancaba el sistema.

Pues sí, había un e-mail del señor Anastagio. Lo abrió y escribió una respuesta con dos dedos: «Sí, voy a cenar el domingo. Gracias, señor A.; ¿qué llevo?»

Cerró la invitación, borró un anuncio de pérdida de peso, un spam sobre un
alargamiento de pene y dos cambios de turno de su capitán, y entonces lo vio.

«¿ERES UN CABEZA-CALIENTE?»

Dante le había pasado el enlace de la puta web. A él. A propósito. Ja. Ja.

Griff cerró de golpe el portátil y lo puso en la mesilla de noche. Tenía el corazón a mil.

Apagó la lámpara y colocó un par de libros encima del ordenador como si hubiera atrapado ahí dentro a una culebra. Le temblaban las manos.

Me encantaría, me encantaría, me encantaría, me encantaría…

Se fue al otro lado de la cama y se quedó ahí tumbado en la oscuridad mirando al techo. Pensó en la broma que Dante pensaba que era graciosa. Dante y él habían estado desnudos antes. Dios, hasta se habían ligado a chicas los dos juntos cuando aún eran unos estúpidos adolescentes.

Pero Dante no sabía que algo había cambiado dentro de él. Seguramente pensaría que era divertidísimo. Eso sería todo.

Griff se concentró en tomar profundas bocanadas de aire porque veía puntos delante de sus ojos en la habitación oscura. Él lo sabía, pero Dante no. Ese era el problema.

Que le den. Que le den. ¿Cómo puede no saberlo?

Griff tardó treinta y siete minutos en perder el control.

CAPÍTULO VII

Con una barbita incipiente, Griff saltó de su cama, dejando las luces apagadas, y se movió por la habitación del sótano como un ladrón, con sus pies pálidos desnudos en la moqueta. Sin pensarlo ni un segundo, echo el pestillo de la puerta y bajó las persianas antes de volver a sentarse encima del edredón verde de la cama. Sabía que estaba solo en casa, pero su corazón latía como loco, le temblaban las manos, y la idea de que entrara alguien y viera algo le hacía sentir ganas de vomitar.

El whisky escocés había hecho que tuviera la boca húmeda y el cuerpo como flojo. Seguía teniendo puestos los vaqueros negros, desabrochados cuando volvió a ponerse encima del edredón y abrió el portátil con dedos titubeantes. El correo seguía arriba del todo: «¿ERES UN CABEZA-CALIENTE?»

Me encantaría.

Griff se giró de forma que pudiera estirarse encima de la cama. Tenía las manos temblorosas y sudadas. Clicó el enlace y se abrió una página en la que le avisaban de que no podía entrar si era menor de dieciocho. A continuación, en cuanto entró, se encontró con una pantalla de fondo rojo salpicada de un burdo lenguaje porno

sobre estar cachondo y sobre la dureza, pero ni siquiera se dio cuenta.

Lo que vio fue a Dante: ojos negros como el azabache, nariz romana, boca de color del vino. Todo lo que él quería. Habían colgado una foto digital suya en la que salía sonriendo a algo de fuera de la pantalla, a pecho descubierto bajo los tirantes de sus pantalones de trabajo, y su cara cincelada estaba un poco ladeada insinuando esconder un secreto.

«NOVEDAD: ¡MONTE!», ponía debajo de la foto. ¿Monte? ¿Quién ponía eso? «¡La CAMPANADA de esta medianoche!»

No lo sabrá nunca.

Jesús. Tomó aire y lo retuvo un momento mientras clicaba en la imagen de su mejor amigo. Al hacerlo le redirigieron a otra página en la que aparecía un hispano hosco con una chaqueta de la Policía de Nueva York, solo con la chaqueta sobre su torso tatuado, junto a un formulario de registro en el que le pedían a Griff sus datos para poder convertirse en miembro de la web para una semana, un mes o un año.

Una semana ya le parecía horrible. Griff introdujo su tarjeta de crédito con un nombre falso y aceptó la transacción. Hecho. Una barra animada le informó de que la página era «TREMENDAMENTE PICANTE». Ahora Dante era suyo cuando quisiera.

Así que esto es lo que siente al estar maldito.

El clip se puso en funcionamiento en cuanto se descargó. Primero las chorradas de la renuncia de responsabilidad y después apareció el logo naranja de CabezaCaliente que salía como ardiendo. La pantalla se puso negra y retumbó una voz eslava:

«Bienvenido a CabezaCaliente.com,» antes de que la imagen se desvaneciera.

Griff reconoció la voz de Alek. Casi seguro que era el ruso calvo al que había salvado en el Stone Bone un par de semanas atrás. Las luces iluminaron un área elegantemente decorada.

Allí estaba sentado Dante, sonriendo desde una butaca amplia de cuero negro frente a una pared de color verde grisáceo. Sobre su cabeza estaba colgado un cuadro: un óleo salpicado de morados y rojos. «Pretende ser arte», diría la señora Anastagio. La habitación quería dar la sensación ser cara, pero resultaba impersonal, y estaba muy limpia; como un hotel para gente guay.

Al principio Dante estaba mirando al suelo frotando con sus manos el suave cuero de los brazos de la butaca, como impaciente. Llevaba su traje de servicio con la chaqueta abierta, y una camiseta blanca de manga larga bajo los tirantes.

—¿Estás preparado? —La voz en off de Alek habló desde detrás de la cámara
mientras se acercaba a Dante.

Dante miró directamente a la cámara con esos ojos azabache.

—Me muero de ganas de correrme, tío. —Se masajeó la tripa, y no mentía. Bajo la
pesada tela, se podía ver la colina abultada presionando contra la cara interna del muslo.

—¿Me la puedo tocar ya?

—Impaciente. —Oculto, Alek se rio, y en cierta forma hasta su risa tenía acento—. Primero tengo que hacerte unas cuantas preguntas. Solo un poco de información para presentarse a los

miembros. Tengo la sensación de que vas a gozar de mucha popularidad.

—Tal vez porque a tus miembros les guste mi miembro, ¿eh? —Dante se recostó en la butaca, inclinó la cabeza, y miró directamente a la cámara con los ojos entornados. La barba de varios días exageraba sus hoyuelos y el mentón partido—. Imponente, tío.

En su habitación a oscuras, Griff se encontró sonriendo como un idiota sin ninguna razón, como si estuviera abriendo un regalo. Estaba como un flan. Dejó que sus ojos recorrieran los hermosos rasgos de su amigo con cariño, seducido por su engreimiento.

Estaba como hipnotizado mirando a su amigo mientras se escondía detrás del ordenador. Subió el volumen del portátil hasta que pudo escuchar la respiración de Dante, los sonidos que hacía su lengua al lamer sus labios.

Griff jamás había pensado que su traje de bombero pudiera ser algo más que práctico, pero por alguna razón, Dante lo llevaba puesto de otro modo. Las rayas reflectantes realzaban su cuerpo delgado, y las viejas botas se veían sucias y sexis en lugar de incómodas. Abracadabra; un uniforme manoseado transformado por la magia del porno.

—Entonces, ¿te llamas…? —Alek se acercó más con la cámara esperando la respuesta.

—Monte. Sí. Hola.

Dante mentía fatal, como siempre, pero Griff podría apostar a que a ninguno de los otros pervertidos que estaban mirando les importaba una mierda.

—Danos tus datos. Edad, altura, peso. —Alek acercó el zoom sobre la cara y los hombros de Dante.

—Treinta — dijo Griff en la oscuridad de su habitación.

—Veinticuatro, — dijo Dante en su lujoso trono de cuero—, 1’82.

Más bien 1’80, pero a Griff la mentira le careció casi conmovedora. Le hacía sentirse
poderoso en cierta forma, como si Dante estuviera bromeando, pero solo él lo supiera.

—¿Peso?

—Unos 86 kilos.—Dante estaba nervioso.

—Y obviamente, por ese acento tan encantador, eres de Nueva York. ¿Cuántos días sales a trabajar? ¿Practicas algún tipo de deporte?

Dante negó con la cabeza.

—Puf. Nunca. Antes jugaba a beisbol. Pero soy demasiado vago. Todo esto es natural. Buena genética.

Alek parecía impresionado.

—Vaya. Eres un hombre afortunado.

Griff resopló pensando en las horas y horas que Dante pasaba en el gimnasio del parque. ¿Quién se iba a tragar que Dante pudiera tener esa tableta de chocolate en la tripa si se pasara el día tirado en el sofá? Se dio cuenta de que Alek le habría dicho las respuestas que debía dar, y ese estúpido nombre porno. Esto no era real; eran gilipolleces falsas para pervertidos que se la meneaban en sus sótanos oscuros. *Como yo. Ah, bien.*

Dante movía las piernas.

—Mi padre casi tiene sesenta años y prácticamente el mismo cuerpo.

Para nada , pensó Griff. El señor Anastagio media alrededor de 1’70 y era como un barril. No, Dante se parecía a los hermanos de su madre: alto, delgado y con ojos de gitano.

Alek dio un paso atrás de tal forma que se podía ver a Dante en la butaca desde la cabeza a las botas rayadas.

—Bueno, nos alegramos de que hayas venido a compartirlo con nosotros a CabezaCaliente. Espero que tu novia lo sepa apreciar.

Dante inclinó la cabeza y mordió el cebo.

—Todas mis novias me saben apreciar. Pero un hombre tiene sus necesidades, ¿verdad? Es demasiado para algunas chicas. Y no siempre quiero jugar a lo mismo.

Griff trató de deshacer el nudo que tenía en la garganta y bajó un poquito la cremallera con el pulgar, justo para dejar que sus huevos respiraran. Sabía que Dante estaba actuando para la cámara, pero su polla no conocía la diferencia. Pensó en la follada del callejón que había estado espiando hacía un rato, en su crudeza.

Por eso había sucumbido. Estaba recibiendo un curso completo en sus propias carnes.

Nadie tenía que saberlo nunca.

En la pantalla del portátil, Dante jugaba con la idea de las múltiples novias mientras se relamía el labio inferior. Sus ojos ahumados miraban fijamente directamente a Alek, y directamente a Griff.

—Es duro escoger solo a una. Todavía no he encontrado una mujer que pudiera hacerme desear sentar la cabeza.

—Tal vez no sea una mujer lo que necesites. —La voz de Alek le provocaba con su suave acento y su risa gutural.

Dante entrecerró un poco los ojos y sonrió ligeramente, pero no dijo nada. Le guiño un ojo a Alek a través de la cámara.

Griff tragó saliva. Sabía que Dante solo estaba bromeando como hacía con todo el
mundo, flirteando como por inercia.

—Tal vez debería dejarles ver esto, ¿eh? A modo de aperitivo.

—¿Habías hecho antes alguna vez algo así? —Preguntó Alek.

—¿Porno? ¡Qué va! Bueno, un par de veces me grabé follando con chicas. Pero solo para mí. Ya sabes, por hacer el tonto. Pero nada profesional. —Dante se pasó la mano por el pelo y levantó la mirada hacia la cámara, más chulo que la pana—. Tío, eres el primero.

¡Dios! Griff se giró para quitarse los vaqueros, y su vello de color oro anaranjado se reflejó en la pantalla del ordenador. El almizcle de sus huevos le hizo salivar aún más. Así recostado, tenía la polla gorda y rosa contra su pierna; podía sentir cómo se iba llenando despacito. El prepucio tiraba un poco según el pene iba creciendo. Frente a él, Dante estaba despatarrado en el ordenador, como si fuera una comida.

—¿Qué haces para divertirte? —Alek cambió el ángulo de la cámara y enfocó los pantalones gruesos de Dante, para volver a subir lentamente hacia la chaqueta del uniforme.

—Ya sabes, fiestas, coños, amigos, gimnasio, meterme en líos… —La mano de Dante masajeaba el bulto atrapado contra su

muslo izquierdo, pero la cámara seguía subiendo, pasando por su entrepierna, por la chaqueta abierta, por los tirantes que se extendían a lo largo de su torso. Tenía los pezones duros por debajo de la camiseta blanca.

Cuando la imagen llegó al cuello sin afeitar, Griff estaba tan impaciente como Dante.

Dante separó más las piernas, inclinando su entrepierna hacia la cámara mientras se pasaba la mano por el pelo.

—A veces me pongo tan cachondo que tengo que correrme tres o cuatro veces en un mismo día, ¿sabes? Incluso cuando follo regularmente con tías, tengo que cascármela solo para relajarme, para no calar los calzoncillos en el camión. —El bulto bajo sus pantalones de bombero ahora estaba más duro y se levantaba separándose del muslo. Se pasó una mano por encima de la zona curvada.

—Ajá —gimió Alek. Aunque estuviera oculto a la vista, su respiración había cambiado y se palpaba su excitación. Dejó que su cámara se demorara y viajara más despacio, recreándose en el cuerpo uniformado de Dante que se recostaba en ese cuero lujoso —. Así que…. uff… Monte, ¿eres bombero?

—Te los encuentras calientes y les dejas mojados. El mejor trabajo del mundo. Saco a la gente de edificios en llamas. Lucho y gano. Y tengo sexo en cualquier edificio de Nueva
York. —Todo ello lo dijo exagerando el acento.

—Bueno, entonces eres un héroe, ¿no? Pero, ¿qué crees que te convierte en un CabezaCaliente? —Alek se agachó acercándose a los muslos abiertos de Dante. Enfocó hacia arriba con lo que Dante aparecía casi amenazante en la pantalla.

De repente, Dante se puso en pie justo frente a la cámara, obligándola a inclinarse hacia atrás.

—Que soy un loco cabrón con un cuerpo enfermo. —Su paquete sobresalía justo en el centro de la pantalla, pero desde este ángulo solo se le veía la mitad inferior del rostro. El hoyuelo de la barbilla, la mandíbula cuadrada—. Porque jugando a Verdad o Consecuencia siempre escojo Consecuencia. —Por encima de Alek, Dante se quitó la pesada chaqueta, dejando ver despacio la camiseta interior de manga larga, y remarcando sus palabras—. Porque no es que me lo pase bien, es que soy la diversión en persona. ¿Por qué si no iba a estar aquí?

La chaqueta del uniforme cayó a la alfombra fuera de cuadro. Alek se retiró hacia atrás con la cámara para que Dante entrara en pantalla, desde sus gruesas botas hasta el pelo alborotado, dominando a todo el mundo que le estuviera viendo. Cuando menos, era un seductor innato.

El pulso de Griff le retumbaba en los oídos. Su respiración era profunda e irregular. Se secó la boca, sin despegar sus ojos grises de su mejor amigo.

—Cuando brilla el fuego, mi brazo se eleva. —Dante se metió los pulgares por debajo de los tirantes rojos y se los sacó por los hombros dejando que colgaran sobre sus
piernas—. ¿Puedo quitarme algo más?

No esperó la respuesta. Se arqueó y se quitó la camiseta blanca dejando libre su piel oliva, y lanzándola hacia la chaqueta que estaba en el suelo. Sus pezones de bronce eran diminutos y estaban duros, pero de todas formas se los pellizcó y sonrió a la lente. Deslizó una mano desde un pezón, dibujando una T por el

vello del pecho, negro y abultado, y la fue bajando hasta donde el pelo se estrechaba en una elegante senda del tesoro que conducía directamente a la cintura de su pantalón. Su mano callosa se detuvo justo en los pantalones, en el paquete, y se rascó, lo suficientemente fuerte como para que resultara audible en la cámara. En su habitación del sótano Griff sintió cómo su rígida erección le golpeaba la tripa. Notaba ahí los latidos del corazón. Mira eso. No se había dado cuenta de lo dura que se le había puesto. Gimió. *Maravilloso.*

Alek obviamente estaba de acuerdo.

—Eso está muy bien. —Dante se desató el botón del pantalón y tiró de la cremallera. Alek volvió a retroceder—. ¿Puedes darte la vuelta primero?

Dante pareció confundido un segundo.

—No quieres que… ¡ah! —Se giró lentamente mirando a la silla—. ¿Qué quieres que haga?

—Ahora inclínate.

Dante elevó el bíceps como en señal de victoria, y pudo verse el musculito bajo la piel. Tenía una quemadura larga y rosa brillante en un hombro que hacía que el color oliva de su piel pareciera aún más exótico. Tras unos pocos segundos, Dante se relajó y dejó caer las manos a la parte de atrás de sus pantalones, tirando de ellos un poco hacia abajo de forma que se insinuara la raja del culo.

Griff suspiró. Contra el rojo pelo de su tripa, su polla había soltado un hilo de líquido. Se cogió los huevos y los masajeó suavemente, liberándolos de sus fuertes muslos. Apareció en el capullo otra gota de fluido. Friccionó el pulgar por encima y se lo llevó a la

boca. Dulce. Inclinó la pantalla del portátil para poder reclinarse un poco más.

—¿Tienes algo que enseñarnos, Monte? —Alek bajó la cámara para centrarse en los glúteos de Dante mientras se bajaba poco a poco los pantalones, dejando al descubierto la dura y redondeada perfección de su culo.

Socorro.

—¿Estás de broma? Tengo mucho para enseñar, tío. —Dante giró la cabeza y miró por encima del hombro, de perfil, y movió un poco las caderas, haciendo como que follaba y bajándose un poco más los pantalones. Griff se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Queremos todo lo que nos des. —La cámara se movió cuando Alek alargó la mano hacia abajo para hacer algo; colocarse bien el paquete, obviamente.

La lente de Alek retrocedió al tiempo que los pantalones de Dante, al caer, iban dejando ver más de la mitad inferior de Dante, hasta que se quedaron enrollados alrededor de sus botas, limitando su movimiento. El vello de sus piernas era escaso, pelos suaves, como cubiertos de hollín, repartidos desde la mitad del muslo hacia abajo, su culo y la parte superior de las piernas eran suaves y sin vello; nada manchaba las líneas de los músculos. Casi como si llevara un par de medias permanentes.

Griff nunca se había percatado de eso. Pero estos días no se permitía andar merodeando alrededor de Dante cuando este andaba con el culo al aire. Desde que empezó a tener estos sentimientos. Demasiado peligroso. Pero, Dios, le daba gracias a Alek por

enseñarle. Él no habría sido capaz de ver a Dante sin pensar en esos finos pelos que empezaban a media pierna.

—Ponte cómodo. —Alek sonaba tan cachondo como se sentía Griff.

Tras la cámara, Alek debió haber hecho una señal porque Dante se giró mostrando su pene duro. Entonces se dio cuenta de que le estaban viendo y apretó fuerte la polla, haciendo que se le hincharan las venas donde sobresalía más allá de su puño. El pene de Dante era exactamente del mismo color rosa oscuro de sus labios: bastante poco común. Era largo y curvado y se inclinaba hacia la izquierda de una manera alegre que parecía garantizar un placer escandaloso.

La polla de Griff era como una lata de cerveza; la de Dante era… la perfección.

La cámara bajó hasta las ingles de Dante. Alek se agachó o se arrodilló, siguiendo esa senda del Tesoro hacia abajo de manera que la pantalla entera se llenó de los suaves vellos púbicos. Los huevos morenos colgaban sueltos en el saquito arrugado y la curva carnosa y dura, suculenta, entre ellos y envuelta firmemente en el puño de Dante.

La cámara siguió bajando hasta que quedó claro que Alek estaba casi de espaldas en el suelo para poder enfocar hacia arriba. Los pies de Dante aún estaban atrapados en los pantalones y las botas, por lo que tuvo que ponerse de cuclillas para dejar que sus huevos colgaran sueltos. Tenía las piernas ligeramente abiertas, dejando ver la firme cadena entre los testículos y el ano, y la curva regordeta de sus nalgas solo se veía de fondo. Dante tiraba de sus huevos, fuertemente, tirando de su piel.

—¿Duro, eh? —Alek acercó el zoom desde directamente debajo: la entrepierna de Dante vista por un gusano. Se levantó del suelo hasta que la lente se llenó de la polla de Dante apretada bajo su puño.

Dante deslizó la otra mano por la cara interna del muslo, y después por debajo para acariciar los finos pelos que penetraban en su raja.

—¿Los huevos? Sí. Me gusta que me duelan un poquito. Cuando los machacas un poco. Uff. —Los apretó fuertemente con su mano áspera, haciendo que el bulto brillara bajo las luces. Su pene duro se arqueó encima de ellos.

Por primera vez desde que Griff había empezado a ver el vídeo en la cama, envolvió con su mano su propio pene gordo. No tiró de él, solo lo apretó suavemente, despacito. De otro modo sabía que reventaría demasiado rápido y empezaría a odiarse a sí mismo antes de tener la oportunidad de verlo todo. Esto era lo que había querido encontrar antes en ese bar. Solo que lo había encontrado aquí, en su portátil, y se trataba de su mejor amigo.

Alek se retiró hacia atrás y dejó que la cámara viajara hacia arriba para enfocar a Dante desde el suelo y mostrar la plenitud de su cuerpo encendido. Estaba empezando a sudar.

—Es raro machacarme la polla con mi traje de bombero, ¿eh? —Dante miró abajo a los pantalones enrollados en sus botas. Las rígidas rayas reflectantes estaban hechas un lío. Tiró distraídamente de su pene empalmado como si se hubiera olvidado de lo que estaba haciendo.

Alek soltó una carcajada.

—Seguramente ya lo habrás hecho antes, en el parque de bomberos. —Se alejó poco a poco para tener una vista lateral de Dante y su polla—. Los bomberos, al fin y al cabo, también sois hombres.

—No. Bueno, me he follado a chicas con el uniforme porque les encanta. Polvos rápidos. Pero de hacerme una paja en el parque, lo hago en el baño o cuando estoy solo en la ducha. —Dante contestó con toda naturalidad mientras tiraba suavemente de su miembro circunciso.

Griff tuvo que soltar su polla no circuncidada al imaginarse a Dante cascándosela en el parque. ¿Cómo iba a poder volver a dormirse nunca más?

—Ah. Me imagino que alguna vez habrás visto a un colega bombero haciéndose una paja y te habrás unido a él, en la ducha o viendo una peli porno juntos. —Alek volvió a ponerse de nuevo frente a la butaca y avanzó hacia Dante—. ¿Por qué no te sientas?

Dante dio un paso atrás hasta chocarse con la butaca. Posó su culo en el cuero negro sonriendo con aire de culpabilidad.

—Uf. Tal vez. Bueno. Una o dos veces. Solo hay tíos y somos todos colegas. Hemos
llamado a strippers para despedidas de soltero y cosas así y, ya sabes… pues eso… He
hecho algunas cositas.

Estas palabras hicieron que a Griff se le pusiera la carne de gallina y que tuviera que contener su respiración. ¿Era verdad eso, o solo eran gilipolleces para el show porno?

—Me imagino que nuestros miembros pagarían toda una fortuna por poder estar allí. Los bomberos ayudándose los unos a

los otros con las mangueras y los postes.

Griff espiró. Chorradas porno. Eran tonterías que «Monte» contaba a sus nuevos fans. Dante no se masturbaba con nadie en el 181. Fantasías. En estos momentos, Griff no era diferente a todos los tíos de CabezaCaliente que fantaseaban con un grupo de bomberos follando en grupo, salvo porque él solo necesitaba a este chico. El resto se podía quedar con todos los bomberos falsos que quisieran.

Ahora Dante estaba desnudo en la silla negra de cuero, y su polla rojiza estaba húmeda en la punta. Se quitó las sólidas botas y se liberó de los pantalones.

—¡Eso es! Debería haber sido nudista.

—Nunca es demasiado tarde para cambiar de profesión. —Rió Alek.

Dante subió una pierna por encima del brazo de la butaca y empezó a golpearse el pene de verdad. Sus grandes huevos se movían debajo. La polla de Dante estaba tan dura que brillaba y se le marcaban todas las venas.

—¿Tienes algo que resbale? ¿Una loción o algo así?

—Por supuesto. —Alek se acercó y su mano entró en el cuadro ofreciéndole a Dante un bote plateado. Abrió la tapa con un golpe del pulgar—. ¿Te gustaría que saque un poquito para ti?

Griff gruñó y asintió con la cabeza. Dante también asintió y gruño.

—Un montón, por favor. Sí. Mi pene está circuncidado, así que me gusta mojarlo bien. Para que se deslice fácilmente.

Griff se chupó la mano en su habitación.

Desde arriba, la mano de Alek vertió un chorro de lubricante transparente en la polla de Dante, que se contrajo y se expandió en cuanto notó el contacto del gel en su glande brillante y caliente de color ciruela.

—Antes deseaba no estar circuncidado. De chaval veía que un montón de chicos no lo estaban y me sentía extraño.

En la cama, Griff trató de pensar en alguien de quien Dante supiera que no estaba circuncidado que no fuera… bueno, que no fuera él.

¿Dante tenía envidia de mi polla?

—Así. Así… Dame un poco más. Sí.— La mano de Dante amasaba su pene con mimo.

Alek volvió a verter otro chorro y retrocedió, dudando un poco al darse cuenta de que Dante no estaba del todo satisfecho.

—Cuando tienes el prepucio puedes deslizar la piel por dentro…

¿Cómo sabe eso?

—... pero me lo recortaron bastante. Creo que por eso lo tengo curvado. —Dante apretó su pene erecto y arqueado, mientras seguía esparciendo suavemente el lubricante en su polla empalmada y jugosa. Parte del gel mojaba su vello púbico y por debajo, detrás de los huevos. Miró a Alek que estaba muy cerca fuera de la pantalla. Vio su paquete. — ¡Eh! A ti también se te ha puesto dura.

—Claro, —masculló Alek. Su sonrisa se hizo audible—, eres muy guapo.

¡Alek está a punto de intentar algo!

Incluso en la habitación a oscuras, con el puño rodeando su propio pene, Griff podía ver qué cerca estaba Alek de cruzar la línea. Sabía todo sobre ese tipo de deseo imposible. Aunque el ruso no estuviera a la vista, cualquiera podía afirmar que deseaba tanto tocar a Dante como para pasar de la filmación. En cualquier momento Alek tiraría la cámara y se comería la preciosa polla curvada de Dante hasta que sus hinchados testículos se vaciaran en su boca.

Peor aún, Griff estaba seguro de que Dante también lo sabía, que estaba provocando al ruso a propósito, jugando para ponerle cachondo y esperando que le diera un premio. Eso no le alivió, y aunque fuera extraño, Griff, celoso perdido, quería que Alek lo hiciera porque estaba tan cerca y era tan fácil que pasara… y los dos deseaban tanto a Dante…

El pene erecto de Dante se deslizaba en su mano lubricada con un sonido como de crujido mientras lo ordeñaba cuidadosamente, con cariño. Una vena hinchada se dibujaba en el lateral y después se bifurcaba hacia la mitad del miembro. El capullo se iba poniendo más oscuro a cada golpe, y la cresta se veía cada vez más grande. Cada pocos golpes, Dante ahuecaba la mano y la movía como sacando brillo a su verga.

Griff trató de imitar el ritmo y casi se le escapa un aullido por la sensación. Tiró un momento de su prepucio hacia delante de manera protectora. Su capullo estaba muy sensible. Tal vez porque no se lo habían recortado. Esa fricción tan directa era casi dolorosa. Toda su vida había deseado no tener prepucio, pero jamás había pensado en las diferencias a nivel práctico.

Mientras miraba la erección perfecta sin prepucio de Dante, se dio cuenta de que Dante podía utilizar su verga de un modo totalmente diferente. Podía ser basto, podía follar mucho más fuerte y durar mucho más. Con prudencia, Griff empezó a meneársela de nuevo, con cuidado de dejar que su polla resbalara dentro de la piel. Su erección amenazaba ante la pantalla de su portátil y ante la cara de Dante.

Tan extraño.

Frente al pene duro de Griff, Dante bromeaba ante la cámara.

—Tal vez podría traer a un amigo dentro de poco. ¿Sabes?

La mano de Griff se quedó inmóvil. *¿Qué cojones ha dicho?* Por un segundo, sintió como si Dante estuviera hablándole a su pene. De todas formas, así lo veía él. Su polla se meneó y goteó ante la sonrisa de gilipollas de Dante.

En el portátil, Dante seguía a lo suyo.

—Tengo un colega en el parque. Dios, está bastante más salido que yo. —La mano de Dante se retorció sobre el pene curvado como hipnotizado—. De verdad.

¿Quién coño era ese? ¿O se trataban de más chorradas porno? Alek emitió un sonido de admiración desde el fondo de su garganta.

—¿Un colega cachondo? ¿Otro bombero?

Dante siguió mintiendo.

—Mmm. Y tiene una polla mucho más grande que la mía. Además somos como de la familia. Sería una locura para tus miembros, ¿eh? Dos CabezaCaliente juntos.

Griff tragó saliva. *¿Se está refiriendo a mí?*

—¿Hermanos? —Alek se mostró sobresaltado ante la idea. Dirigió la cámara hacia uno de los brazos de la butaca para captar una imagen lateral elevada que hacía que Dante pareciera una comida humeante.

—No exactamente. Pero casi. Si valiera la pena, él podría…

Detrás de la cámara, Alek daba vueltas a la idea.

—Sería maravilloso. Y sé que los miembros lo sabrían apreciar. Quizás podamos discutirlo, luego.

Espera. ¡Esto no es en vivo!

A Griff se le había olvidado. Este material se había grabado antes de la noche del cioppino, más o menos una semana antes. Todo esto ya había pasado antes de la noche en la que Dante le había pedido que fuera.

Se está refiriendo a nosotros. Está hablando de este gilipollas gordo y feo que soy yo, mientras se masturba.

Griff sabía que nunca iba a suceder, pero por un momento se entregó a la fantasía de estar con su mejor amigo de esa forma: con el traje de bombero en los tobillos, toneladas de lubricante, compartiendo su prepucio entre los dos. Sin prisas y mostrándole a Dante de verdad para qué servía esa piel, dejando que Dante tocara su pene brillante de forma que pudieran hacer chocar sus hinchados capullos hasta que chorrearan dentro de un húmedo condón. Griff gruñó y se tragó las babas tratando de tranquilizarse.

—Seguro. —Dante seguía machacándosela con una mano, despacio, pero con firmeza, mientras la otra mano se deslizaba hasta abarcar sus huevos un momento, y después por debajo de ellos, presionando en la cresta, dura y velluda, que llevaba a su ano.

¿Qué está haciendo por ahí abajo? Griff empezó a tirar tan fuerte de su ancho pene que casi le ardía. Salió un líquido que salpicó el vello cobrizo de debajo de sus abdominales.

Alek acercó el zoom a la polla brillante de Dante en un ángulo bajo que remarcaba sus golpes y el balanceo de sus enormes testículos.

Dante se reclinó en la amplia butaca y elevó la pelvis mostrando que mientras se hacía la paja estaba frotando fuertemente su ano. Sin meter los dedos, pero su mano izquierda masajeaba la dura zona anal rítmicamente; sus tres dedos del medio manoseaban el pequeño músculo sin meterse del todo dentro de su culo. Había lubricante por todas partes ya que frotaba y esparcía, frotaba y esparcía, suavizando y tirando contra el escaso vello disperso que enmarcaba su agujero.

—Uff. Monte. —El suave acento de Alek sonó como un suspiro mientras hacía un zoom en el brillante orificio de Dante—. ¿Quieres que te deje un juguetito?

—No. No quiero. Aunque mi culo se está poniendo como una moto. Me encanta que me lo chupen, ¿sabes? Cuando encuentro a alguien que está lo suficientemente excitado. —Un mechón de pelo caía sobre uno de los ojos de Dante. Giñó a la cámara mordiéndose el labio de color vino, muy concentrado—. Ahhhhhh. Uf. Me estoy acercando.

—Cuando estés listo. —Ahora el acento estaba lleno de deseo.

—Vale. Uff. Dame un… —A esta hora, la polla de Dante se había oscurecido hasta alcanzar un rojo pálido mientras sus dedos sacaban brillo al capullo redondo, lustroso y oscuro, y grueso como una ciruela. Su pene estaba durísimo y parecía tan largo y tan cerca

de su cara que casi parecía que podría inclinarse y hacerse una mamada a sí mismo hasta llegar al orgasmo. Se correría en su propia boca.

Esa imagen fue demasiado. La polla de Griff no conocía el miedo ni la consciencia. Buscó debajo de la cama un poco de lubricante y se arrodilló en la cama junto al portátil, mirando desde arriba cómo resplandecía en la pantalla el torso resbaladizo de su mejor amigo. Sus huevos se golpeaban contra la base de su erección como un puño cerrado; azotó con su mano el prepucio, tirando hacia atrás de él con rudeza. Brillaba de color rosa.

—Uff. Uff. Mmm. ¡Hostia! —Los ojos de Dante estaban entrecerrados y su respiración era entrecortada. Se metió un poco la punta de un dedo y puso los ojos en blanco— ¡Dios!

Griff empezó a machacársela en serio, queriendo acabar juntos, aunque no estuvieran juntos. Solo estaban ellos, solo ellos. Lo único que podía ver era a Dante: su sonrisa, su polla, su hermoso culo en esta habitación a la que pertenecían.

—Sssss. Ahhh, sí. —En el portátil, Dante había puesto los dos pies encima de la butaca y empujaba los dedos contra su agujero mientras ordeñaba toda su polla larga y venosa. Su respiración silbaba en las aletas de su nariz y tenía los ojos cerrados. Estaba en la cúspide de su excitación, casi se podía sentir. Tenía la boca abierta y salían sonidos
de ella mientras se acercaba al clímax—. Ufff. Ufff. ¡Ayyy!

Griff respiraba fuertemente. El sudor hacía que su pálida piel brillara reflejada en la pantalla del portátil. El olor del líquido previo a la eyaculación y del prepucio húmedo le llegaba a la nariz. Le encantaba, y sabía que le encantaba.

Pensó en Tommy en el callejón un rato antes con su tempestuoso amigo, imaginándose a Dante dominando a Griff y clavándosela hasta que él gritara.

O que él fuera el que dominara a Dante contra la pared de las duchas del parque y le follara con esas largas piernas envolviendo su espalda.

Dante con él en la cama, despertándose tras la noche de fútbol de los lunes, besando la parte posterior de su cuello y susurrándole cosas bonitas en italiano.

Griff sintió un nudo de tormento en la base de la columna vertebral, como una bola de electricidad que se formaba ahí y hacía que sus músculos temblaran.

Sus ojos seguían clavados en Dante.

Nunca lo sabrá.

Dante se tensó hacia adelante y por un instante la punta de su lengua examinó su propio pene y eso le empujó al precipicio.

—Ayyy. Ah, joder. Ufff. Ayy. ¡Ya viene, ya viene!

Con un grito, Dante se arqueó, después se encogió, y su polla color ciruela se vació en sus dedos. La enorme chorretada salada le golpeó en la boca abierta que gritaba y se deslizó por sus mejillas y por la barbilla. Una parte le cayó en la frente y manchó su pelo enmarañado.

Gruñó y se quejó cuando volvió del orgasmo de nuevo a la tierra, saboreando cada migaja de placer que había obtenido de sí mismo. Estaba agotado y jadeando, tenía charcos resbaladizos en todo el torso, todo su cuerpo se estremeció y sonrió y soltó un suspiro; sus ojos dulces se cerraron. Murmuró con un placer inmenso:

—Ayyy, G…

¡G?! ¿Ha dicho «G» o «joder [1] »?

Y esa G tan suave fue la que lo aceleró. Griff se acercaba al límite. Tiró del prepucio hacia atrás; el fuerte ardor hizo que alcanzara el clímax. Sus ojos se cerraron, y oriento su pene hacia el edredón y miró la punta rosácea de su capullo mojado verter casi una jarra entera de semen mientras tiraba nerviosamente, sacudiendo su verga de rodillas.

Una risita procedente del portátil le hizo girarse para ver qué había pasado en el estudio de CabezaCaliente.

—¡Bravo! ¡Ancora! —Alek acercó la cámara a la piel de Dante, escudriñando su torso empapado. [1]

El pecho resbaladizo por el sudor de Dante subía y bajaba rápidamente, embadurnado de espeso semen. También había restos en las hendiduras de sus abdominales. «Las canaletas de la lefa», las llamaba Dante.

Ahora Griff entendía por qué. Se lamió los labios al pensarlo. Todo el estudio debía oler a esperma caliente y a almizcle.

Creo que soy gay. Y él no puede saberlo nunca.

—¡Ha sido increíble! —Alek parecía atónito.

—¿Qué pasa? —Dante se pasó una mano por los abdominales, por el cuello, la cara, recogiendo su semen. Se lamió su propio placer de su labio inferior—. Me he regalado a mí mismo un collar.

—¿Cuánto tiempo llevabas sin correrte?

Los dedos de Dante jugueteaban con el charquito caliente de su esternón. Su pene se había encogido y caía enrollado contra su muslo. Iba perdiendo color, volviendo del ciruela al rosa.

—Unas dieciséis horas, tal vez.

—Había tanto…

—Huevos sicilianos de gran follador, eso es todo. Te lo dije. Puedo tirarme a tres chicas en un mismo día y todavía necesito hacerme una paja en la ducha del parque y otra en el baño del bar. —Dante cogió una toalla de gimnasio que le pasaron y se secó cuidadosamente. Al frotar su capullo blandito se estremeció—. ¡Ayyy! ¡Está muy sensible!

Eso hizo sonreír a Griff, que tiró hacia abajo de su prepucio sintiendo también un poco de dolor. *Ahora ya sabes lo que siento debajo de toda esa piel, gilipollas.*

—Creo que nuestros miembros no sabrán qué les ha golpeado contigo. ¿Has disfrutado? —La voz de Alek sonaba tensa, como si en cualquier momento fuera a pedir permiso para ir al baño y cascársela allí mientras olisqueaba la toalla con la lefa de Dante.

—Claro. —Dante lanzó la toalla fuera de la pantalla.

De manera irracional, Griff deseó poder coger esa toalla, tirar de ella a través de Internet y quedársela para él. ¿Se la guardaría Alek o la vendería a un hijo de puta afortunado que fuera miembro de CabezaCaliente? Ahí se dio cuenta de que estaría dispuesto a pagar un montón de dinero por un simple trozo de toalla.

En la pantalla del portátil Dante se levantó bruscamente para recoger su ropa dispersa por la estancia. Su pene húmedo se inclinaba al moverse, y no quería mirar a la cámara. Como si alguien hubiera pulsado un interruptor apagando la luz dentro de él. Alguien que le conociera podría decir que estaba hecho polvo y que se sentía como la mierda. Estaba claro que quería vestirse y alejarse de las preguntas de Alek.

A Griff se le encogió el corazón. *Lo siento…*

Pero a Alek no le daba ninguna. No parecía darse cuenta de que ya habían terminado. Seguía paseando la cámara por la habitación demasiado cerca.

—¿Crees que podremos convencerte para que vuelvas otro día? ¿Tal vez puedas traerte a ese amigo? —Alek continuó escudriñando las piernas flexionadas de Dante y su espalda resbaladiza, así como las manchas de semen que se secaban en su torso; obviamente no quería que se marchara tan rápido.

Dante miró bruscamente a la cámara.

—Tal vez. Ya veremos. —Buscó sus cosas por el suelo y se salió del cuadro, forzando a Alek a perseguirle.

—¿Te gustaría lavarte?

—No. —Dante estaba a lo suyo. Recogió su chaqueta de bombero, frotó con una mano por encima de la cinta que tapaba el número del parque al que pertenecía; su única
protección.

Por eso me hizo ese cioppino. Me necesitaba para sentirse bien.

Griff se sentó sobre sus caderas y su rodilla sintió el contacto pegajoso en el edredón. Se sintió gilipollas, arrodillado en la oscuridad sobre un charco de semen mientras su mejor amigo estaba desnudo en la pantalla de su ordenador a las 2 de la madrugada.

Dios. ¿Qué cojones había hecho?

En pantalla, Alek seguía a Dante mientras *este* recuperaba su uniforme: pantalones, camisa, botas.

—Bien, Monte. Me gustaría agradecerte por haberte desahogado con nosotros en CabezaCaliente.

Dante no respondió. Se quedó mirando fijamente a la cámara, sujetando su ropa en un montón poco elegante. Era obvio que deseaba vestirse y salir de una puta vez de ese lugar. Miró hacia abajo a su cuerpo pegajoso y tomó la decisión de ponerse la ropa ahí mismo.

Griff sabía que Dante se duchaba muy a menudo. Era muy especial para eso. Sintió otro ramalazo de lástima. Irse de esa manera solo podía significar que Dante estaba a punto de volverse loco, con o sin cámara.

Alek fingió no darse cuenta y retrocedió de manera que pudiera enfocar el cuerpo
húmedo y brillante de Dante de los pies a la cabeza.

—¿Monte? Despídete de tus fans.

La orden le pilló a Dante subiéndose los pantalones. Se puso derecho, sujetando un tirante sobre su hombro de color oliva. Sus ojos parecían atrapados, pero sonrió y levantó una mano y la agitó.

—Adiós, chicos.

Adiós, amigo. Nos vemos en casa de tus padres.

La pantalla se puso oscura. La habitación del sótano se sumió en la oscuridad. Fuera, el camión de la basura recogía los desechos de los vecinos.

Griff cerró el portátil y se quedó donde estaba, arrodillado sobre la mancha húmeda
que había hecho él solito.

CAPÍTULO VIII

Griff subió los peldaños de la puerta principal de los Anastagio como si fuera un prisionero subiendo las escaleras del patíbulo. El aire era fresco y a los escasos árboles de la manzana se les estaban cayendo las hojas.

En la semana siguiente a que «Monte» hubiera salido en la página de CabezaCaliente, Griff lo habría visto unas quince, tal vez veinte, veces. Al final no había podido más y compró otra semana de acceso.

Ya ni siquiera intentaba no verlo. Ahora lo único que intentaba era no pensar en ello fuera de su habitación del sótano cerrada con pestillo. No evitaba a Dante, pero por su propia salud mental trataba de asegurarse de no estar demasiado tiempo a solas con él.

Era lo último que necesitaba…

Griff tocó el timbre. Sonó en algún sitio dentro de la casa. Abrió la puerta y entró. Bajo el brazo izquierdo llevaba una botella de vermut dulce como si fuera una ofrenda de paz. Se había ausentado los últimos dos domingos por el trabajo y sabía que le iba a caer una buena por ello.

Griff no necesitaba que le invitaran a la cena de los domingos en casa de los Anastagio. De hecho, tenía que disculparse si se la saltaba por la razón que fuera. Le esperaban a las cinco de la tarde junto al resto de los hijos y les daba mucha pena que no fuera.

Al señor Anastagio le encantaba tener a toda la «tropa» alrededor cuando cocinaba, y la señora Anastagio tenía la impresión de que no sabía lo que le pasaba a su prole, salvo que ellos mismos

se lo contaran. Esta mujer le había cuidado como una madre desde el instituto, había lavado su ropa de deporte, le había llevado al médico y había hablado con sus profesores.

La señora Anastagio se tomaba los domingos libres y dejaba que fueran su marido y los chicos quienes cocinaran mientras ella recibía «visitas» en el salón. En realidad lo que hacía era realizar interrogatorios, y como era de esperar, en cuando Griff entró en la casa oyó como le llamaba desde allí.

—¿Hola?

A causa de lo raro que se sentía por el tema de Dante, Griff había dejado pasar demasiado tiempo sin ir a verles y lo sabía. Y sabía que ella lo sabía, aunque no supiera la razón.

En el vestíbulo, Griff colgó la bufanda y la chaqueta en un perchero. Primera parada: salón. Oyó voces en la cocina, pero sabía que le debía una disculpa a la señora A.

Los domingos eran los días en los que ella se vestía para las visitas, y hoy no era una excepción. Estaba sentada en el asiento de al lado de la ventana con un traje de pantalón verde clarito que resaltaba todas sus curvas, y le esperaba con una dulce sonrisa y la frente severa.

—Pensaba que íbamos a tener que decirle a Flip que denunciara la desaparición de una persona en este distrito. —Le dio un abrazo; era casi medio metro más baja que Griff, y este tuvo que agacharse. Cuando se puso derecho, ella empezó a escudriñarle y le dio unas palmaditas en su pecho musculoso—. Estás demasiado flaco, Griffin.

—¡Flaco! —Él hizo una mueca.

—¿Qué te pasa?

Difícil pregunta. ¿Cómo responder a eso? Griff se movió nerviosamente ante el cariñoso reproche y puso ante ella el vermut de tapa roja; el Carpano Antica era el preferido de la señora A. y no era nada barato.

Ella le hizo ver su aprobación, pero su rostro serio se mantuvo firme.

—Gracias. Pero no crea que puede comprarme usted con una botella de alcohol. —Asintió mirando la etiqueta beige y colocó la botella en la mesita.

De la cocina llegaban gritos sordos. Parecía que el señor A. se hubiera quemado o como si se le hubiera quemado algo de la cena. A continuación oyeron cómo Loretta trataba de no perder la paciencia mientras intentaba calmar a su padre, y acto seguido unos pasos.

—¡Cerelia! —El esposo de la señora A. se dirigía a la entrada.

En algún lugar de su mente de adulto, Griff sabía que ella se llamaba Cerelia, pero nunca la llamaba de otra forma que no fuera «señora Anastagio» o «señora A».

El señor Anastagio asomó su calva en la sala, mientras se secaba las manos con una toalla que tenía encima del hombro. Era más alto que su mujer, pero no mucho, y parecía un barril de peluche. Elevó una mano cuadrada a modo de saludo.

—Hola, Griffin.

—Sr. A. —Griff rezó por que la cena estuviera lista y así pudiera evitar el tercer grado y ganarse unos puntos extra comiendo un par de raciones de más. El señor Anastagio odiaba tener sobras casi tanto como le encantaban a la señora A. Las cenas eran siempre una pelea constante entre la exigencia de que todo el

mundo comiera más de lo que parecía posible y su obligación de llevarse a casa enormes bolsas llenas de comida suficiente como para una semana.

—Tenemos ternera de segundo plato. Y Loretta está haciendo una panacota para el postre. ¡De avellana! —Se inclinó hacia adelante como si fuera un agente doble pasando información secreta—. Que va a estar demasiado líquida, si quieres saber mi opinión.

—¡No está demasiado líquido! ¡Joder, papá! —La voz de Loretta sonó desde la entrada detrás de su padre. Los pasos se encaminaron al salón.

—Como sopa. Voy a sacar los cucharones. Y tal vez hasta baberos. —El señor Anastagio les susurró a los dos mientras se peinaba el poblado bigote.

—¡Papá! ¡Ya vale! —Loretta irrumpió tras él. Llevaba un delantal manchado por encima de un vestido de domingo muy sexy —. Tus espárragos están quedando pastosos.

Con los ojos como platos, el señor A. se dio la vuelta y salió de nuevo al vestíbulo, refunfuñando con buen humor sobre su hija y el horno.

Por un momento, Griff pensó que podría escabullirse saliendo sin más al vestíbulo y dirigiéndose a la cocina para escapar de la mirada investigadora de la señora A.

Loretta lo impidió al salir tras su padre.

—Hola, Griff. Adiós, Griff. —Loretta le apuntó severamente con la cuchara de palo—. Quedaos ahí hasta que os llamemos.

La señora Anastagio le volvió a arrastrar al sofá, sentándole junto a ella. Levantó una mano y se la pasó por su cabello negro,

colocando cualquier mechón rebelde en su sitio. Sus ojos seguían analizando la cara de Griff como si pudiera leer en ella. Parecía tan diminuta y sin embargo tan resuelta con su traje verde.

Griff se sentía como un simio junto a un canario.

—¿Va a venir también Paulie?

—No. El pequeño tiene partido de fútbol y Paulie vuelve ser entrenador. —Se inclinó hacia adelante y cogió una aceituna rellena de un recipiente poco profundo que estaba situado en la mesita. Se la metió en la boca y ladeó la cabeza como si esperara que él dijera algo—. Loretta dice que estás colado por una chica. —Sus ojos de color avellana se clavaron en los suyos—. ¿Es guapa?

Griff tragó saliva mientras ella masticaba.

—Ya sabes que podías haberla traído. Me encantaría conocerla —añadió la señora A.

¿Qué se suponía que debía decir?

Ufff. No. Creo que tal vez sea gay, y lo más seguro es que esté enamorado de su hijo heterosexual que se ha follado a medio Brooklyn, y, ah sí, que ahora se dedica al porno por Internet y quiere que vaya con él a la siguiente fiesta mundial de las pajas.

Sintió como se iba poniendo rojo bajo el cuello de la camisa. Le ardían las mejillas y las orejas le ardían de la vergüenza.

La señora Anastagio lo vio, por supuesto. Se metió otra aceituna en la boca y entrecerró un poco los ojos mirándole de manera cómplice.

—¿Qué? ¿Está casada? ¿Embarazada? ¿Qué has hecho, Griffin?

—No he hecho nada. Lo juro. Y no quiero hacerlo si puedo evitarlo.

La señora Anastagio sacudió la cabeza mirándole y volvió a meter la mano en el recipiente.

—Eso está muy mal. Después de… todo, te podría venir bien meterte en algún problemilla. —Otra aceituna. Ella masticaba, con los ojos entrecerrados, tratando de obtener la confesión de su víctima con los mismos ojos feroces de gitano que tenía Dante.

Justo en ese momento se abrió la puerta principal y entraron más Anastagios a la casa. Flip y su mujer, Carol, estaban chillando a sus hijos que estaban en la calle que se dieran prisa y que tuvieran cuidado al sacar las cazuelas del coche.

Flip casi no se detuvo en la entrada ya que llevaba bandejas al comedor.

—Eh, Ma. Hola, Griff. Tengo que… —Y nada más decirlo, su cuerpo larguirucho desapareció, seguido por su esbelta esposa y sus dos pequeños desgarbados. Desde la cocina podía oírse su voz apagada—. Papá, hemos traído hojas de parra.

El verdadero nombre de Flip era Filippo, pero este había entrenado a tantos chavales en el terreno de juego que estos le dejaron escoger su propio mote. Era un año más joven que Loretta, y se había casado nada más acabar el colegio, y había tenido rápidamente un par de niños escuálidos.

—Así que… yo, Loretta y su niña, y Flip y Carol y su parejita. Además de ti y del señor A. —Griff contó los nombres con sus anchos dedos—. Nueve.

—Y han venido los gemelos de visita.

A través de la ventana, Griff pudo ver a Mikey y a Mona; varios años más jóvenes, los gemelos eran los niños de la manada y los dos estudiaban en la Universidad de Jersey, en Rutgers. Estaban

hablando con alguien que estaba abajo en la acera. Griff se puso de pie y fue a mirar por la ventana, sabiendo exactamente lo que se encontraría.

La señora Anastagio habló detrás de él.

—Dante también. Llegaba tarde.

—Ah. Doce.

Como era de esperar, allí estaba él: pelo negro, ojos negros, y ese cuerpo duro como encerrado bajo su ropa. Dante tenía un pie sobre la escalinata. Se metió la mano en el bolsillo de su pantalón de pana y sacó unas monedas, metiéndoselas a Mona en el suyo, mientras Mikey sacudía la cabeza.

Griff cerró los ojos y trató de eliminar lo que estaba imaginando dentro de su cabeza.

La señora Anastagio también se puso de pie y se dirigió al vestíbulo que conducía al comedor. Se detuvo justo en la puerta.

—Griffin. Ahora escúchame. Llevas demasiado tiempo solo. Lo has heredado de tu padre. Pero no quiero que te escondas cuando tengas días malos. ¿Me lo prometes?

—Claro. —Griff asintió, y como le pareció que ella no le creía, volvió a asentir con más decisión, levantando las manos como un vendedor de seguros—. Sí, señora.

—Es una orden. Tienes que pasar los días malos con alguien. Con esa chica, o en el parque, o con Dante. Lo que sea. —Sus ojos le taladraron cuando cruzó la alfombra dirigiéndose hacia él—. Alguien que te importe, señorito. Sé cómo puedes acabar si te lo tragas todo tú solito. ¡Ya vale! ¿Eh?

Griff se alejó de la ventana sintiéndose una mierda. *¿Qué diría ella si lo supiera?* Abajo, en la calle, a sus espaldas, podía oír a

Dante haciendo bromas sobre algo, contando alguna anécdota para hacer reír a Mikey y conseguir que Mona se sintiera menos incómoda por aceptar el dinero que Dante en realidad no podía permitirse regalar.

—Eres un buen tío, Griffin Muir. —Dio una palmadita en su antebrazo. Sus diminutas manos eran más fuertes de lo que parecían—. Nadie se merece ser castigado por amar con el corazón abierto.

Corazón abierto. Sí, eso es. Griff cerró los ojos como si le doliera la cabeza.

Uno de los hijos de Flip corrió a la puerta principal en cuanto sonó el timbre. Abrió la puerta a su tío.

—¡Me muero de haaaaambreee! —La voz de Dante inundó el primer piso como un león de dibujos animados. El hijo de Flip le dio un golpecito en el estómago y salió corriendo, riéndose, de vuelta a la cocina. ¡A que no me pillas! Dante saludó a su madre y a Griff a través del arco del salón y acto seguido salió en persecución de su sobrino.

La señora Anastagio se levantó y Griff hizo lo mismo. Como siempre, se sentía como si fuera un gigante que escoltaba a una princesa de un cuento de hadas; una duquesa vestida con traje. Él le dio una palmadita en la mano y ella apretó su bíceps. Ella le cogió del brazo.

—Vamos a entrar antes de que quemen mi cocina.

La cena fue una locura, como siempre, pero una locura agradable, una locura tierna. La clásica reunión de Anastagios desde los entremeses hasta el café. Y la panacota de avellana

estaba buenísima y firme a pesar de las funestas predicciones del señor A.

Griff se había desabrochado el botón de los pantalones de pana y se agarró la cintura cómodamente. Había olvidado cuánto le gustaba estar ahí con toda la familia. La comida, la cordialidad y su locura siempre hacían que volviera a sentirse bien, conseguían que se cerraran las grietas de su armadura para que así él pudiera salir y luchar contra los dragones.

Así era como se suponía que tenía que ser una cena. Al final, Dante siempre le preparaba un plato para que se lo llevara a casa, para su padre, que solía olvidarse de comer y vivía a base de comida preparada que compraba en la máquina cuando se acordaba; en secreto, Griff siempre esperaba que una pequeña chispa del hogar de los Anastagio pudiera viajar a través del papel de aluminio, y que la calidez se colara en el corazón de su padre. No se hacía demasiadas ilusiones, pero seguía llevándose el plato.

El comedor era casi tan ancho como toda la casa. Tenía un panel hasta media altura y un techo original de estaño, y estaba pintado de color salmón pálido; la familia llevaba reuniéndose allí durante más de tres generaciones. El aparador había venido desde Sicilia un siglo atrás. Habían comprado las sillas desparejadas y la maciza mesa redonda en una liquidación en los años 60 en el Bronx cuando los padres de la señora A. se casaron. Asientos para todo el mundo, incluyendo invitados. Todas las fiestas y todos los cumpleaños, el señor Anastagio decía que iba a comprar un conjunto nuevo de mesa y sillas para su mujer, pero los niños se habían criado con ese batiburrillo, así que una y otra vez se lo quitaban de la cabeza.

Con el postre se relajó la atmósfera. Todos empezaban a retirarse de los platos, fuera servilletas, tripas llenas. El sol ya se había puesto, y Loretta y Flip tendrían que acostar enseguida a sus hijos. Mona estaba mandando mensajitos y la señora Anastagio estaba hablando con Mikey sobre una banda que este había visto en el colegio.

Griff se recostó, lleno y feliz; no se había dado cuenta de cuánto necesitaba esta visita. Lanzó una sonrisa a su mejor amigo y vio problemas, observando cómo aquella sonrisa se volvía traviesa. A Dante le encantaba agitar las cosas cuando todo el mundo estaba a gusto… y ahora estaba a punto de hacer algo.

Dante ladeó la cabeza.

—Papá, dile a Griff que tiene que venir a trabajar conmigo la semana que viene.

¿Qué coño está diciendo?

Griff se quedó mirando fijamente a Dante horrorizado. ¿De verdad iba a hablar de su nueva carrera porno en la cena del domingo? Loretta puso los ojos en blanco.

—Griff no necesita otro trabajo. Y no tiene que por qué andar salvándote el culo.

—¡Ese lenguaje! —Flip siempre había sido muy puntilloso acerca de ese tipo de cosas, cuando se trataba de tacos, era como un nazi desde que había tenido hijos. No importaba que fueran todos adultos y que sus hijos se hubieran ido al salón hacía diez minutos a jugar con su madre y con Nicole. Flip y Loretta no se habían llevado bien desde el día que él llegó del hospital.

Mientras tomaba un traguito de vino, la señora A. les lanzó a los dos una mirada de advertencia. La cena del domingo era terreno

neutral.

El señor Anastagio se volvió a Griff.

—¿Está haciendo algo deshonesto?

Dante tentó a la suerte.

—Qué va. Es una cosa de un día, superfácil y te dan mucho dinero, pero este tonto se siente culpable.

—¿Culpable de qué? ¿De qué te paguen? —Mona era muy directa. Estaba en la fase cínica de la universidad; la frustración con el mundo hacía que arrugara su frente bronceada por encima de las gafas.

—No me siento culpable. ¡Ya vale! Déjalo. —La voz de Griff sonó baja y controlada; sentía que le quemaba la cara.

—¿Por qué te estás poniendo rojo? ¿Por qué se pone rojo? —Flip parecía desconcertado.

El señor Anastagio miró a los dos con la cuchara llena de panacota suspendida en el aire.

—¿Qué pasa, Griffin? Dante, ¿te estás aprovechando de…?

—Solo se trata de trasladar un equipo de la décima avenida. Un equipo pesado. —Dante le lanzó a Griff una mirada chispeante y se pasó la lengua por los labios como si estuvieran secos, que no lo estaban. Dante siguió—. G cree que soy un cabeza de
chorlito.

Loretta le dio una palmadita a su hermano en el brazo con preocupación fingida.

—Eres un cabeza de chorlito.

—Jesús, Dante. —Griff dejó caer su tenedor con un estrépito. Quería asesinarle.

Aburrida del tema, Mona sacó el móvil y se levantó.

—Tengo que llamar a mi compañera de habitación. —Ya estaba en el teléfono
poniendo los ojos en blanco antes de marcharse a la cocina.

Dante seguía.

—Es un trabajo duro, sudas, pero es un lugar pequeño, así que necesito a alguien en el que pueda confiar, que sea de mi estilo. El cliente es un tipo ruso al que le gusta vigilar cada paso que das, pero es dinero fácil.

—Eso no existe. —Loretta miró a su hermano con los ojos entrecerrados, con
sospechas, mientras alisaba el mantel con las manos.

La señora A. miró también a Griff y Dante entornando los ojos. Sabía que pasaba algo más, pero conservó la calma. Mikey parecía molesto.

—Tal vez yo podría ayudarte, tío. ¿Eh? Necesito dinero para el colegio. Ya no soy un niño.

¡Ay! Griff se atragantó y tosió, poniéndose morado. Cogió el agua para aclarar su garganta. Flip se tiró hacia atrás en su asiento. Parecía confuso.

Dante respondió rápidamente.

—No, mocoso. Necesito un gigante para este trabajo. Y Griff es el único gigante de la familia. Le necesito a él o nada. Venga, papá. Dile que está bien.

El señor Anastagio se recostó en la silla con las manos encima de su barriga cuadrada.

—Eso lo tendréis que hablar vosotros dos. Griff tiene más sentido común que tú, así que si pone pegas, seguro que es por algo. —Se volvió hacia Griff y le preguntó a

bocajarro—: ¿No te gusta ese ruso?

Griff no podía montar un número, pero sabía que cuanto más tiempo se pasara la familia dando vueltas al falso trabajo de mudanzas, Dante asumiría más riesgos hablando de ello. A veces parecía que a Dante le gustaba jugar a que le pillaran. Tal vez le gustara la histeria operística como a Loretta, aunque lo que le gustara a él fuera observarla.

—La décima avenida es una calle muy larga para tener que arrastrar cajas por un par de pavos. —Loretta estaba decidida a posicionarse del lado de Griff.

—Así es. Y no me gusta trabajar para desconocidos. —Las cejas cobrizas de Griff
cayeron hacia el puente de su nariz.

—De verdad que me vendrían muy bien un par de pavos, tío. —Mikey volvió a meterse en la conversación.

—¿Esos equipos son algo raro? —La señora A. dobló su servilleta tratando de leer la expresión de Griff.

Dante levantó una ceja traviesa.

—Bueno, no, mamá. Quiero decir. Me imagino que él no es exactamente lo que
llamaría convencional.

—Perdonadnos. —Griff se levantó de la mesa, casi dándose un golpe con la silla. No le importaba montar un número. Tomó a Dante por el brazo y le arrastró hacia la puerta de atrás. —Ahora mismo volvemos.

Griff no soltó el brazo de su mejor amigo hasta que atravesaron la puerta y la cerraron a sus espaldas. Lo último que

necesitaba era que algún Anastagio escuchara lo que pasaba en el patio.

Dante no mostraba ni siquiera la decencia de mostrarse avergonzado.

—¡Joder, Anastagio! ¿Siempre tienes que ser tan gallo?

Dante se encogió de hombros, impasible.

—No lo soy. Que te den. He encontrado una solución para una mala situación. Y tú dijiste que me ayudarías. —Parecía casi confundido por la reacción de Griff mientras caminaba por el pequeño porche de ladrillos del jardín. Alrededor, podían verse a través de la verja los árboles de los vecinos.

A saber cuánta podía escucharles esta conversación. Tenían que hablar de esto en otro sitio, como en otro estado, por la noche, en una cámara subterránea acorazada.

—¡Delante de toda tu familia! —Las manos de Griff tenían ganas de golpear algo. Tuvo que recordarse una y otra vez dónde estaba para no pegarle un puñetazo a Dante o para no tirarle por la valla trasera. No era su casa, aunque se le olvidara a veces; no era su familia. Por Dios—. ¡Una solución! Tu sobrino quiere echarte una mano. Joder.

—Bien. Sí. Sabía que podría pasar algo así. Es un crío. —Dante puso los ojos en
blanco— Tenía que encontrar una manera de hacerte hablar de ello.

—¿Así que ese era tu plan brillante? ¡La mesa de la cena! —Griff sabía que estaba
hablando demasiado alto para estar tan cerca de la familia. Tomó aire un par de veces, tratando de sofocar su ira y su incredulidad.

—Lo habrías evitado si no te hubiera tenido acorralado. Solo quería una respuesta. —Dante le sujetó por el brazo haciendo que Griff le mirara—. Mira, G, puedes ayudarme si quieres, o puedes darte la vuelta y dejar que yo me ocupe de ello. No tienes que hacer nada. No te estoy poniendo una pistola en la puta cabeza.

—Ríndete. ¿De acuerdo? ¡Déjalo de una vez! —Griff bajó a trompicones los peldaños que conducían al pequeño herbario de la señora Anastagio y al patio, y después se giró mirando fijamente a su mejor amigo.

—Shhh. Baja la voz, ¿vale? Seguramente Loretta estará con la oreja pegada a la maldita puerta.

—Ahora quieres que baje la voz. —Griff se sentó en los escalones con Dante a su espalda—. Cabrón. —Se odiaba a sí mismo por querer ayudar a Dante y también por querer marcharse. Qué desastre.

—Llevas toda la semana esquivándome.

Griff no podía rebatirle eso; era verdad. Sabía que Dante había estado tratando de ponerse en contacto con él. Dante se sentó a su lado, hombro con hombro.

—Era una broma, tío. Venga. Fue bastante divertido.

Eso hizo que Griff se girara para mirarle, pero Dante no parecía sentirse ni lo más mínimamente culpable. Sus ojos negros brillaban, resplandecían en respuesta. En lugar de enfrentarse a ellos y a lo que le hacían sentir, Griff se inclinó hacia sus rodillas y miró hacia abajo a sus dedos pálidos entrecruzados.

—¿Entraste en la web? —Dante estaba serio. Como si quisiera recibir un consejo.

—¿Qué? — *Sí, todos los putos días* —. ¡No! Joder. —La mentira le sabía a hiel, pero Griff no podía decir la verdad.

—Salió verdaderamente fantástico. Hasta a mí me lo pareció. Claro que yo no soy imparcial. Solo pensaba que tal vez tú pudieras haber…

Griff sacudió la cabeza y miró hacia el jardín.

—Sí, no necesito verte. Así. —Bueno, no más de tres o cuatro veces al día.

—Me ofrece un montón de pasta por volver. Mucho más si llevo a un amigo. —Dante se giró hacia él—. Mira, no tienes que hacerlo por mí. Puedo volver yo solo, pero es un mogollón más de dinero si te animas a venir. Dinero contante y sonante.

Pasó un brazo por los hombros de Griff y le dio un apretón como si solo le estuviera pidiendo prestado un martillo.

—Este tío, Alek, nos pagará a los dos un montón más como oferta conjunta. Si nosotros… —bajó la voz— …eh, trabajamos juntos, ya sabes.

—Puto pervertido. —Griff hizo una mueca.

—En realidad es decente, después de todo. —Que Dante le defendiera solo lo empeoraba.

—¿Cuánto te soltará ese gilipollas? —Griff no podía creer que lo estuviera preguntando. Tragó saliva—. ¿Dos por el precio de uno?

—Más bien dos por el precio de diez, G. —Dante miró hacia atrás por encima de su hombro para comprobar que no hubiera nadie. Su voz cayó hasta convertirse en un murmullo—. Sí, y solo si, somos los dos. Dijo que tú y yo juntos sería verdaderamente especial porque estamos, ya sabes, tan unidos.

Griff se quedó pensando. Unidos. Se preguntaba qué tipo de gimnasia mental habría hecho Dante para dejarse embaucar en ese plan de locos. Obviamente estaba convencido, y no podía entender por qué Griff no lo estaba.

—Me sentiría extraño. —Descripción insuficiente. Le ardía el cerebro. Dante sacudió la cabeza.

—Somos amigos. Para todo. Para bien o para mal. Me has visto en todas las situaciones. Y viceversa. Hemos estado desnudos juntos. Hemos follado con chicas en la misma pequeña habitación. Solo es hacerse una paja con amigos, como en el instituto.

¿Cómo podía ser tan estúpido?

—No me masturbaba con mis amigos en el instituto.

—Chorradas. Todo el mundo lo hacía. ¿Las hormonas? Yo me la cascaba cada noventa minutos como un puto reloj.

—Ah. No. Tú debes haber estudiado en San Porno porque yo me dedicaba a pelearme con mi padre y a hacer los deberes. —La cara de Griff estaba tensa. Se pasó las manos por su pelo rojo, y pudo sentir cómo se le ponía de punta en una maraña como de científico loco: ¡vivo, VIVO!

La puerta trasera de los Anastagio amenazaba a sus espaldas pero las cortinas de las ventanas no se movían. Todos debían estar aún en la mesa o en la parte de delante viendo el partido.

Los ojos de Dante miraban a los suyos, brillantes, como si estuviera contando un chiste guarro en la iglesia.

—Venga. Todos los hacíamos. Seguro que te la cascaste con Paulie alguna vez. Se corría en ese calcetín como seis veces al día, y vosotros salíais a ligar todo el rato. El atletismo y todo ese rollo.

—¿Qué calcetín? Espera… —Griff respiró entrecortadamente y se tapó los ojos. —Qué más da. Ya lo pillo.

¿Se habría masturbado Dante con sus compañeros de equipo en las duchas? ¿En el autobús? Otra imagen que no necesito para nada. Griff volvió a tragar saliva. Podía oír cómo tragaba. Los sonidos húmedos de su garganta en funcionamiento sonaban como en Dolby THX estéreo dentro de su propia cabeza.

—Todos le tomábamos el pelo con ese calcetín. Asqueroso. Le llamábamos Darna. —Dante le guiñó el ojo, moviéndose sigilosamente como si Griff fuera un mastín terrorífico.

—Vale. Vale. No quiero saber más. Pero te juro que Paulie y yo nunca…

—Ah. —El rostro de Dante se cerró como un seguro.

De repente Griff sintió como si quisiera disculparse, pero no podía pensar por qué se estaba disculpando: ¿Por masturbarse solo? ¿Por no tener un calcetín para la lefa? ¿Por no vivir con los Anastagio en lo que aparentemente había sido una masturbación italiana continua?

No pienses en eso demasiado.

—El calcetín de Paulie… —Dante se encogió de hombros. Su boca puso una mueca como confusa—. Dios, yo solo me la comía.

Lo sé. Te he visto.

Retrospectiva a CabezaCaliente: Griff de repente revivió una imagen clara de Dante corriéndose un poquito dentro de su propia boca abierta. Lo había visto docenas de veces. Conocía cada segundo.

Dante actuaba como si fuera la conversación más normal que pudiera tener en el porche de sus padres.

—Comerla es bastante más fácil. Está muy bien.

¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!

Si Griff hubiera estado de pie, sus rodillas le habrían fallado; esperaba no haber emitido ningún sonido extraño, pero no podía asegurarlo. Al final, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo como si fuera un caballo tratando de quitarse de encima una mosca, y su polla traidora se puso dura contra su muslo.

Dante hacía que todo pareciera tan razonable… Cascársela juntos; ¿y qué? Pero esta oferta no era «solo» eso, y los dos lo sabían. Cruzaba todas las líneas. Existía una razón por la que Alek estaba dispuesto a ofrecer tanto por una escena en la que aparecieran ellos dos. Y Dante ni siquiera sabía de cuántas líneas estaban hablando porque no sentía las locuras que Griff sentía.

Se quedaron sentados en silencio unos cuantos minutos. La brisa de finales de octubre hacía que las hojas marrones se desplazaran sobre las baldosas que el señor A. había colocado junto al pequeño jardín cuando estaban en el instituto. Todos los chicos habían colaborado, Griff incluido; la señora Anastagio se puso a llorar cuando lo vio.

Justo en ese momento, Griff sintió como si tuviera más de treinta y un años. ¿Cómo había podido pasar tan rápido el tiempo? Pronto empezaría a hacer frío, y él seguía viviendo en el sótano de la casa de su padre. Las hojas se movían rápidamente entre las patas de la pequeña mesita de hierro.

Pero por ahora los dos estaban sentados juntos en su pequeña burbuja de paz, la familia estaba dentro, los vecinos al otro lado de la valla, Brooklyn más allá, y esa oferta rara e imposible cerniéndose

inmensa sobre ellos, flotando en el aire: Dante le pedía que viviera con él su fantasía secreta.

Unidos. Porque estamos tan unidos.

Griff se dio cuenta de que Dante respiraba tranquilamente a su lado, esperando que su mejor amigo tomara una decisión que cambiaría sus vidas de cualquier manera. Dante probablemente tenía tanto miedo como él, aunque por razones muy diferentes.

Griff trató de imaginarse qué supondría para un heterosexual pedirle a un buen amigo que hiciera algo así. Sabía cuánto amaba Dante esa casa. Sabía cuánto confiaba Dante en él. Sabía lo mal que tenían que irle las cosas para que Dante se viera obligado a pedir ayuda. Sabía lo que le debía haber costado pedirla. Y también sabía lo que él mismo daría por compartir ese tipo de intimidad. Y entonces lo supo; supo exactamente cuál tenía que ser la respuesta.

Griff volvió a comprobar las ventanas y los muros por si hubiera algún fisgón antes de romper el silencio.

—¿Tienes algún plan?

—Sé cómo se hace una paja, G. —Dante puso los ojos en blanco y puso cara de tonto—. Si tú no sabes, puedo darte algunas indicaciones.

—¡Idiota! —Griff le dio un manotazo en la cabeza. Dante aulló y sostuvo las manos en alto, riéndose—. No. —Griff le fulminó con la mirada—. Lo que quería decir es si sabes cuánto necesitas para quitarte al banco de encima y ponerte al día.

Dante asintió con la cabeza y miró los pequeños arbustos que crecían a lo largo de la valla.

—Cuatro de los grandes es el número de emergencia, pero si pudiera ahorrar un poco, como nueve o diez de los grandes, tendría

un poco de colchón para las vacaciones. Luego vendría en primavera el material de construcción.

Por un momento Griff sintió cómo se esfumaba su resistencia.

—¿Y eso te sacará del agujero?

Dante parecía un niño pequeño que rezaba pidiendo una bicicleta.

—Eso espero.

—La esperanza no es ninguna estrategia. —Griff sintió cómo fruncía el ceño.

—Bueno. Entonces diré que sí, que eso creo… —Dante se encogió de hombros.

Griff arrugó la frente y sacudió la cabeza, tratando de detener este tren desbocado.

—¿Qué le vas a decir a tu padre cuando te pregunte por el dinero?

Los dos sabían que los Anastagio cuestionarían un dinero surgido de la nada y que de repente las cuentas de la casa se pagaran sin problemas: una casa que todos sabían que Dante no se podía permitir.

—Ah. Mierda. —Dante lo escuchó sin inmutarse. Iba cambiando de marchas en su cabeza—. ¿De la construcción, tal vez? Puedo decir que encontraste un curro de demolición en Bayridge. Que están pagando en metálico, en negro. Y quizás Alek pueda pagarte a ti lo de los dos y tú me lo prestas. —Dante miró hacia atrás a la puerta trasera de la casa de sus padres—. Dios, todos saben que tú eres el responsable.

Griff miró a su amigo, tratando de resistirse a ese atractivo y a la desesperación real que nadaba en las oscuras profundidades de

los dos.

—Dante, tienes que saber exactamente lo que necesitas. No lo que quieres, sino el dinero que necesitas de verdad.

—Ya lo sé. —Dante asintió y chocó un hombro con el de Griff —. Nadie tiene por qué enterarse. Él me llegó a decir que puede taparte la cara si quieres. Pero conseguiremos más pasta si te dejas ver.

—¿Cuánto paga? —Ahora Griff estaba susurrando literalmente. Miraba las baldosas entre sus viejas zapatillas de deporte. Su talla cincuenta se veía enorme.

—Dos de los grandes para nosotros dos… tal vez un poco más si cruzamos algunas barreras.

Griff cerró los ojos y trató de encontrar la voluntad de detenerse. Pensó en la casa vacía de su padre, y en las noches en la web como un insecto cachondo espiando a «Monte», y pensó en Dante, que le necesitaba, y en todos esos sentimientos locos. Su esperanza imposible. Sabía lo que estaba haciendo, sabía que era una locura, pero a
decir verdad, no podía evitar decir sí, no podía evitar ayudar a Dante. Y no podía resistirse a la tentación, a la posibilidad de ver a su mejor amigo así en carne y hueso. De conocerle de ese modo. De estar con él, solo una vez, aunque fuera un fraude. Un sacrificio completamente egoísta oculto a primera vista.

No tiene que enterarse nadie.

—¿Griff? —Dante seguía mirándole cuando abrió los ojos.

Porque estamos tan unidos.

La puerta se abrió detrás de ellos. Griff se puso tenso y giró hacia los pasos.

—¿Tío Dante? —Uno de los chicos de Flip estaba de pie y parecía enfadado y nervioso con su camisa de rayas: era una versión en miniatura de su padre. Llevaba una cuchara grande como si fuera un cetro—. El abuelo dice que habrá más postre si vosotros dos volvéis a entrar en la casa. —Portazo. Y se marchó.

Dante se rio, pero se quedó quieto en los escalones, esperando a que Griff dijera algo.

Igual que un metro desviado, Griff sintió que toda su vida estaba girando en una dirección peligrosa sin tener ni idea de cuál sería el destino. Por una vez, deseaba arriesgarse porque Dante le necesitaba. Se puso en pie, se sacudió la parte de atrás del pantalón de pana, y miró hacia abajo. Dante le sonreía.

Tan unidos.

—Sí, D. Vale.

CAPÍTULO IX

Esa semana Dante le llevó a las oficinas de CabezaCaliente en su jeep destartalado. El jueves día 13 parecía que todo estaba gafado. Llevaban los trajes en unas bolsas en la parte de atrás. Había poco tráfico y el barrio, cuando llegaron, parecía agotado y lleno de almacenes: una ciudad fantasma de fábricas y almacenes abandonados. Las oficinas estaban en un antiguo edificio industrial en la Décima Avenida, la Avenida X. Sí, de verdad. Avenida XXX.

De camino, Dante intentó darle las gracias a Griff por venir, por acceder a hacerlo, pero Griff se había sentido tan incómodo que al final lo dejó.

Después de aparcar, Alek se reunió con ellos en la calle. Llevaba unos pantalones vaqueros y una sudadera, y se frotaba la cabeza brillante. Dobló un brazo y les hizo gestos para que se acercaran a un muelle de carga mugriento.

Dante corrió a grandes zancadas y agitó la mano; Griff no. Si hubiera estado solo, habría tenido miedo de que le fueran a atracar.

Alek se dirigió a una rampa larga que discurría a lo largo de la pared hacia un viejo ascensor.

—Mi ayudante no está los fines de semana. Estudia en Hunter. Así que de momento me toca hacer de todo.

Entraron en una chirriante caja de metal que les llevó cinco pisos arriba hasta llegar a una estancia en la que había un montón de cajas y contenedores sucios. La penumbra se filtraba a través de las ventanas mugrientas, pero el laberinto de cajas hacía que el camino que seguían continuara en las sombras. Alek iba el primero y Dante le seguía un paso por detrás. Griff iba el último, pensando en lo turbio que parecía todo. ¿De quién eran esas cajas? Se había esperado algo un poco más mono. ¿Así funcionaba todo? ¿No daba dinero el porno? La verdad es que Alek no vestía como un vagabundo.

Por fin llegaron a una pesada puerta de metal que conducía a un espacio abierto que ocupaba una esquina del edificio, de unos seis por siete con algo. El «estudio» de la página web era más pequeño y menos elegante de lo que Griff se había imaginado.

Alek mantuvo abierta la puerta y les hizo pasar. Cerró la puerta detrás de ellos y pulsó un interruptor que puso en marcha los ventiladores. Las paredes estaban insonorizadas con envases de huevos y unas cortinas gruesas de un color azul apagado. Un

extremo de la habitación estaba muy iluminado, y Griff reconoció el set de apartamento pijo en el que Dante se había masturbado.

Era un auténtico plató. Era gracioso lo real que parecía en la web y qué falso le parecía ahora que lo tenía delante. Un provocativo logo de «CabezaCaliente.com» colgaba en el aire por encima del área del asiento, y en letras más pequeñas bajo el logo podía leerse «Porque los verdaderos hombres no pueden controlarse».

Mierda .

Detrás de Griff, el suave acento de Alek le recordó lo que estaban a punto de hacer.

—¿Me permitís un momento?

Dante se movía por la sala como si fuera su casa. Fue directo a los focos del plató de la sala de estar.

Alek les dio unos portafolios con contratos en los que faltaban datos y firmas. Unos pequeños indicadores de color sobresalían en los laterales modo de ayuda. El lenguaje parecía muy impersonal y amable, garantizando el pago y describía lo que harían para CabezaCaliente.com en vagos eufemismos.

Recibirían 1.200 dólares cada uno por sus servicios. Dante debía haberlo negociado. Además, había 150 dólares extra si llevaban sus propios uniformes. Acordaban que sus caras y sus cuerpos estarían visibles ante la cámara, y renunciaban a cualquier derecho sobre el metraje. Después ponía algo sobre bonus si participaban en determinadas «actividades más extensas», a saber lo que eso significaba… Ah, ahí estaba: cobrarían más dinero si tenían más de un orgasmo o si se penetraban con un «juguete de

látex» que les proporcionaría la dirección o si dejaban que el ruso les «ayudara» con sus propias manos/boca/ano.

Sí, gracias. No, gracias.

Griff examinó su contrato con mucha atención, pero Dante había rellenado los datos donde se le indicaba, dirigiéndose rápidamente a la última página, y ya estaba firmando en la línea de puntos, de pie en la falsa sala de estar, mientras daba pataditas en el suelo con una pierna. Solo quería conseguir el dinero y salvar su casa, y lo quería ya. Griff firmó y dejó de luchar con su consciencia. Dante le necesitaba; eso era suficiente.

Alek estaba en un lateral de la habitación jugueteando con una cámara de vídeo en un lugar elevado desde el que tenía buena vista de la zona de la sala de estar. Junto a la puerta, una larga fila de ordenadores zumbaba como un enjambre. El salvapantallas de CabezaCaliente ardía en los monitores de pantalla plana bajo una pizarra de corcho cubierta de polaroids: la mayoría eran de tipos fornidos sacando musculitos en cueros. Mierda. Aparentemente un montón de tíos querían cascársela para CabezaCaliente.

Te compro , pensó Griff.

Dante se tiró en esa amplia butaca de cuero que Griff había visto tantas veces las últimas semanas.

En esos momentos, Griff pensó que debía haber una grieta espacio-temporal que fuera desde su portátil hasta la página de «Monte» en la web de CabezaCaliente. Griff conocía cada centímetro de esta falsa sala de estar: el cuadro que estaba encima de la butaca negra, las paredes de color verde grisáceo, hasta la alfombra color avena. Al estar allí viéndolo todo en tres dimensiones se sintió como si hubiera entrado en la web a través de la pantalla

de su portátil, como si fuera un personaje de un videojuego. ¡El hombre porno! El único mueble que no le sonaba estaba junto a la pared lateral: un sofá de dos plazas a juego con la butaca de cuero negro.

Ja. Sofá para dos. Muy bueno.

Griff optó por él, tratando de no ocupar demasiado espacio. Dejó de leer y estampó su firma en las líneas de puntitos del contrato. ¿Qué más daba? Sabía lo que estaba haciendo, lo que estaban haciendo. Y de ningún modo iban a tener lugar actividades más extensas. Se dio cuenta de que Alek estaba colocando las cámaras alrededor de forma que estuvieran orientadas justo al pequeño sofá biplaza. Se dio cuenta de que Dante tendría que sentarse justo a su lado, lo que obviamente era la idea de contar con un sofá así de pequeño. Hombro con hombro, sus piernas se tocarían. Sentirían cómo se movían los brazos del otro al apretársela.

Genial.

Dante en su trono de cuero y Griff en el sofá para dos. Esperaban en un silencio incómodo a que Alek terminara de juguetear con las cámaras para redirigirlas.

—Esos focos van a dejarte ciego, así que deberías intentar mantener los ojos en el objetivo. —Dante se había girado hacia él para darle ese consejo. Sacudió la cabeza mirando señalando los focos.

Griff emitió una especie de gruñido para hacerle saber que le estaba escuchando y para dejar salir el aire que estaba conteniendo.

—Vale.

—¿Estás bien? —Dante se inclinó hacia adelante con complicidad con los codos apoyados en las rodillas. Su voz era un bajo murmullo, como si no quisiera que Alek le escuchara, como si quisiera hablar en privado con Griff allí, en esa habitación falsa, con ese mobiliario falso.

Alek estaba ocupado intentando desenredar un cable largo y pasarlo por la puerta. Su cabeza afeitada brillaba bajo los focos. No les estaba prestando ninguna atención, y mantenía una especie de distancia de cortesía que Griff agradeció.

—Creo que estoy nervioso. —La voz de Griff le sonó como ahogada en sus propios oídos. Trató de relajar los hombros—. Estoy bien.

Dante le guiñó el ojo.

—Bueno esa es la puta verdad. Venga, G. Lo harás genial.

Griff no se rio aunque sabía que eso era lo que Dante quería que hiciera. En lugar de ello, se giró hacia Alek que estaba en la otra punta de la sala.

—¿Necesitas ayuda?

Alek estaba de pie limpiándose las manos llenas de polvo en los vaqueros.

—No. Ya casi está. Siento teneros ahí a los dos esperando. Me pone malo el desorden. —Dadas las circunstancias, parecía decidido a mostrarse respetuoso, lo que supuso un raro alivio para Griff. No parecía para nada un pervertido.

Dante cruzó la habitación hasta llegar donde estaba el petate con los trajes en la pared de enfrente.

Alek tenía en las manos una botella de whisky barato y un par de copas.

—¿Os apetece un trago? ¿Para los nervios? —Volvió a hablarles de un modo exagerado como si fuera el botones de un hotel y esto fuera un club privado de caballeros.

Griff cogió la botella sin pensarlo. Se sirvió una copa doble y después otra, y se las bebió lo más rápido posible. Y luego otra.

—¡Ya vale, amigo! —Dante levantó las cejas negras—. No soy tan feo.

Griff no contestó, pero le tomó un cuarto chupito de whisky. Le quemaban la garganta y la tripa, pero notó como se le instalaba en el cerebro una especie de neblina según el matarratas entraba en su cuerpo. Se frotó el pecho.

—¿Hay algún sitio para que nos cambiemos? —El pudor pareció bastante ridículo en este momento.

Alek asintió con la cabeza. Su cara estaba serena y era tranquilizadora.

—Vuestros bonitos uniformes, sí. Venid.

Griff se dio cuenta de que se cambiarían allí. Dante ya se estaba quitando las zapatillas de deporte y los pantalones. La camisa estaba en el suelo. Griff se giró hacia la pared y se sacó la camisa por la cabeza. A su lado, Dante se agachó hacia la bolsa y abrió la cremallera. Detrás de él, Alek silbaba complacido.

—¡Eres tan blanco! ¡Maravilloso! —El acento de Alek se hizo más fuerte, pero Griff mantenía los ojos calvados en la pared y respiraba el aroma de Dante, que olía a piel fresca, como recién salido de la ducha. Su corazón latía a toda pastilla en su pecho musculoso, entre sus pezones rositas. Casi podía ver los latidos. Estaba como una moto.

En el suelo, Dante sacó los pantalones y las chaquetas del uniforme, y le pasó un montoncito doblado a Griff. Había tapado los números del parque y de la escala con cinta adhesiva.

—Póntelo, novato.

Griff asintió y se volvió hacia él. Dante sonreía nervioso. Se sentía como un idiota en calzoncillos en este almacén semivacío de la Décima Avenida. La vida era extraña a veces. Se dio cuenta de que Dante llevaba puesto una huevera y entonces dirigió sus ojos a su equipaje de bombero doblado. Deseó no haberlo hecho.

Alek estaba colocando una de las cámaras junto al sofá para dos y dirigía el ángulo de la lente hacia abajo para tener una vista elevada de cualquiera que se fuera a sentar allí. Su cabeza rapada resplandecía bajo los focos como si le hubieran sacado brillo.

Don Limpio hace porno.

Dante y Griff se pusieron en silencio los pantalones acolchados, el uno junto al otro. Griff sintió una sensación de «Déjà vu», pero tal vez estuviera recordando cuando ellos dos se cambiaban en Randall Island cuando estaban haciendo las prácticas antes de que trasladaran a Dante.

Dante se subió un tirante por encima de un hombre bronceado y se inclinó para
recoger la chaqueta.

—Eh, Alek. ¿Quieres que nos pongamos camiseta por debajo?

—No, creo que no será necesario. No veo ningún sentido en tapar más la hermosa piel del señor Muir.

—Sí, sé lo que quieres decir. —Dante le dio un codazo a Griff —. Hace que me acompleje. Más de cien kilos de puro músculo. No te puedes imaginar cómo se lo devoran las tías. ¡Dios!

Griff sintió cómo empezaba a ponerse rojo y se tapó con la chaqueta. Mantuvo la vista en el suelo todo lo que pudo al dirigirse al sofá.

Dante se encogió de hombros dentro de su chaqueta y se estiró para dar a Griff un cariñoso apretón en el hombro.

—Putos pelirrojos. Griffin es como una estatua de mármol.

—De mármol rosa en este momento. —La sonrisa de Alek convirtió el piropo en una broma—. Y ese pelo abrasador asomándose por debajo de tus brazos. Maravilloso.

Griff resopló en el pequeño sofá y se puso todo mustio ante la mirada indagadora de Alek. Le iba a estallar el corazón. ¿Y si no se le ponía dura? ¿O si se empalmaba demasiado rápido? ¿Qué sería peor? Le dolía la cabeza.

—¿Dónde has puesto ese whisky? —Preguntó. Lo encontró debajo de la mesita y desenroscó el tapón para servirse otro trago de valentía.

—Tranqui, tío. —Dante estaba de pie enfrente de él y le quitó la botella de las manos.

—Sí. Estoy bien. —Mientras Griff mantenía sus ojos fijos en su amigo podía mantener la calma. Bastante tranquilo. Podía sentir cómo el alcohol empezaba a diluir los signos evidentes de su ansiedad.

—Te vamos a llamar Duff. —Alek miró a Griff como pidiéndole permiso. Parecía que le estaba pidiendo alguna otra sugerencia.

—Sí. Muy bien. Claro. —Griff continuaba mirando al suelo. Dante tenía razón sobre esos focos. El aire en esta parte de la sala era como unos veinticinco grados más caliente. Iban a sudar de lo

lindo antes de que se acabara la tarde. Dante sentado todo sudado a su lado, codo con codo. Gruñó.

Dante asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo con el gruñido, pero con lo que estaba de acuerdo era con otra cosa.

—El brillante Duff. Me gusta. Mejor que el puto Monte. Lo peor. —Puso sus ojos en blanco y se dejó caer en el sofá de cuero al lado de Griff—. Suena a fontanero.

—No. —Alek sacudió su cabeza afeitada y les sonrió—. Suena al típico hetero de clase trabajadora. Pero alguien que es lo suficientemente caliente como para… experimentar. Esa es la fantasía.

—Si tú lo dices… —Dante se tomó un trago de whisky y lo puso en la mesita junto a un catálogo de IKEA que estaba allí para hacer que la habitación pareciera menos falsa.

«Porque las CabezaCaliente prefieren construir a mirar. Solo tendrán que poner las
herramientas». Más basura.

Todo era falso, excepto lo que Griff sentía por el hombre que estaba a su lado. Su risa fue como un lúgubre ladrido de resignación.

Dante también se rio aunque no sabía qué era tan divertido. Estaba intentando ayudar a Griff a relajarse; como si ellos dos fueran a hacer algún otro tipo locura, como salir a hurtadillas de la casa o irse a pillar con alguna tía en la camioneta. Nada del otro mundo.

Griff se recostó en el sofá con sus gruesos muslos bien anchos en su traje, las tiras reflectantes brillaban bajo las luces. Ahí estaba él, sentado en su fantasía, junto a su fantasía, a punto de vivir una

fantasía, y lo único que quería era escapar. Un tercio de una botella de whisky barato nadaba en su estómago y corría por sus venas.

Al sentarse bajo los focos calientes en esta habitación falsa que había estado visitando durante semanas, pudo sentir cómo sus músculos se aflojaban, su amplia boca se llenaba de saliva, sus fosas nasales se llenaban del almizcle al que olía Dante. Podía hacerlo. Tanteó su paquete, blando, a través de los pantalones.

—Ahora, caballeros… un par de cosas. —Alek iba hacienda un recuento de las instrucciones con sus dedos. Obviamente se trataba de algo que repetía a menudo. —El lubricante está abajo, en el suelo, a vuestro lado. Usad todo lo que queráis. Cuanto más húmedo, mejor. No os toquéis solo el pene. Los testículos, los pezones, las nalgas, el ano. Todo está bien, pero solo si os sentís cómodos. Incluso podéis tocaros el uno al otro si tenéis ganas.

Griff se puso tenso y sintió que Dante también se ponía tenso a su lado. Se ha
asustado al oír eso de tocarme. *Fantástico.*

—O no lo hagáis. —Alek dijo adiós a su ansiedad con la mano como si borrara del aire la sugerencia que acababa de hacerles—. Os lo dejo a vuestra elección. —Alek terminó de ajustar las lentes y se sentó en la mesita de café a hablar con ellos—. Mirad a la cámara. Sonreíd. Haced ruido. Utilizad vuestras bocas. A nuestros miembros les encanta cuando sois ruidosos. Sobre todo que digáis cochinadas. Sea lo que sea lo que esté pasando, debería parecer que estáis disfrutando. Ésa es la fantasía.

—Claro. —Griff trató de imaginarse lo que se suponía que debía decir. Trató de imaginarse cómo lo decía teniendo a Dante sentado a su lado. Estaban realmente pegados el uno al otro con

sus trajes de trabajo. Una vez que empezaran y comenzaran a sudar, se estarían resbalando sobre el cuero y sobre el otro. Su paquete se hinchó dentro de sus calzoncillos.

Alek les miró.

—Lo más importante es que me hagáis sabes si vais a eyacular. ¿Sí? Esto es crucial. Tengo que captar la imagen en la cámara desde al menos dos ángulos.

—La imagen, sí. —Dante asintió y le dio un codazo a Griff, con ganas de empezar.

Griff asintió con la cabeza. Gracias a Dios existía el alcohol y la negación. Si desconectaba, pasarían un par de horas sin que se produjera ningún desastre, y Dante habría conseguido tres de los grandes para su casa. Su mejor amigo se sentía caliente a su lado y su corazón daba vueltas sin parar.

Te quiero, Dante Iñigo Anastagio. Nunca sabrás cuánto.

Alek asintió como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Empezamos?

Y empezaron.

Uff.

Griff abrió un ojo lloroso e intentó adivinar qué hora sería. La cama deshecha, su abarrotada habitación del sótano de la silenciosa casa de su padre. La oscuridad no se lo permitía. Como tenía unos turnos tan raros, su habitación tenía cortinas gruesas que no dejaban pasar la luz.

Había pasado algo malo.

Sentía su boca como si alguien la hubiera alquilado para utilizarla como cubo de basura de una banda de gatos sarnosos. Le dolía la cabeza y tenía la lengua más seca que un trapo. Cuando se

incorporó, el estómago le daba vueltas, así que se dirigió rápidamente al baño rezando por llegar a tiempo.

Griff encendió la luz, y la sensación desapareció en cuanto sintió el frío suelo de baldosa bajo sus pies. Se abrazó al lavabo e hizo inventario de su cara en el espejo. Tenía la piel calcárea y grasienta bajo la barba rojiza incipiente, los ojos tan inyectados en sangre que el gris casi parecía verde jade. Sentía la boca como putrefacta y le sabía a metal.

Abrió el grifo y trató de escupir el mal sabor en el lavabo, mientras miraba cómo el agua caía por el desagüe. El estómago volvió a revolvérsele. Le sonaron las tripas. Bruscamente, se sentó encima de la tapa del retrete y se quedó mirando fijamente al suelo hasta que volvió a pasársele la sensación de nausea. Escarbó en su espesa cabeza pastosa intentando recordar por qué se sentía así.

Algo malo había ocurrido que le había hecho emborracharse en el Stone Bone en su
noche libre.

Poco a poco Griff se fue dando cuenta de que estaba en cueros y congelado. Tenía la polla y los huevos tan encogidos como si fueran a esconderse dentro de su pelvis. Le temblaban las manos y estaba cubierto por una capa de sudor frío. Este tipo de vértigo indicaba que se había tomado muchos, muchos tragos. Pensó en meterse los dedos para vomitar solo para deshacerse de lo que fuera que le quedara aún en el estómago, pero no
pudo.

Una ducha caliente.

Griff se obligó a levantarse, le dolían todas las articulaciones, y se dio una ducha con

el agua lo más caliente que pudo.

Su padre le había construido este baño minúsculo cuando Griff tenía nueve años. Justo después de que se muriera su madre, cuando quiso abandonar su pequeño sótano y dormir en el piso de arriba, en el sofá, para estar más cerca de su padre. Este baño había servido para mantenerle abajo en su habitación, donde su padre quería que estuviera.

No había espacio suficiente para una bañera, y el retrete estaba apretujado entre el lavabo enano y una ducha prefabricada muy estrecha que se elevaba un poco para dejar espacio a las tuberías, pensadas en el último momento, que habían tenido que encajar bajo el desagüe. El conjunto parecía el baño de un camping y según él fue creciendo se fue quedando cada vez más pequeño.

Ahora que ya había crecido, para ponerse «debajo» del chorro de agua tibia, Griff tenía que doblar las rodillas, y cuando se giraba, los codos le pegaban en las tres paredes y en la puerta. Esta mañana parecía como si se estuviera lavando dentro de un ataúd vertical de fibra de vidrio.

Algo malo había hecho que intentara ahogarse en una botella de whisky escocés barato.

Le invadió otra oleada de náuseas. El baño de su niñez era tan minúsculo que desde la ducha podía cerrar el grifo, cosa que hizo. El chorro que le caía desde arriba se puso más caliente de forma inmediata.

Agachado, Griff se prometió a sí mismo que se mudaría de ese sótano antes de que llegaran las vacaciones. Vivir con su padre durante los últimos años había sido maravilloso para sus ahorros, pero horroroso para el resto de su vida. Sabía que su padre le

quería, pero a veces era demasiado fácil olvidarlo. Griff se parecía a la familia de su madre y eso no ayudaba.

No sentía que este lugar fuera su hogar, y había sido así desde que los Anastagio le habían parcialmente adoptado.

¿Por qué estoy aquí otra vez?

Sacudió la cabeza y trató de rememorar los pasos que había dado desde la caída de las Torres Gemelas hasta verse allí solo en esa ducha.

Algo malo había hecho para que se alegrara de volver a esta habitación horrible de esta casa fría.

Entonces Griff recordó: había hecho cosas con Dante ante la cámara; cosas de sexo. Le había encantado poder tocar a Dante, amarle de esa forma, pero el resto le parecía una traición. Jugar para la cámara, jugar a chicos heteros que son sexys juntos, aunque gritara su placer imposible al final y aunque hubiera rociado con su semen el torso de su mejor amigo, arrodillado sobre él y restregándose con su perfecta, perfecta, perfecta piel, mientras Dante se retorcía y aullaba y se reía. Le había encantado y se odiaba a sí mismo por eso. Recordarlo le sentó como una patada en los huevos.

Griff conocía a muchos chicos del cuerpo de bomberos que habían perdido un brazo o una pierna. Muchos de ellos acababan encerrados en cubículos de mala muerte haciendo trabajo de mesa y eran incapaces de hacer lo que les gustaba.

Esos tipos mutilados siempre decían que podían sentir sus miembros amputados después de que se los hubieran cortado, que los miembros fantasmas les seguían picando y doliendo años

después de que se los hubieran cortado. Si se te rompe el corazón, ¿tendrás también un corazón fantasma?

En ese espacio detrás de sus costillas, Griff recordó haber estado sentado pegado a su mejor amigo, el suave rozar de sus piernas restregándose la una contra la otra, los focos calientes sobre su piel, sus pollas largas la una junto a la otra… y la sonrisa de pirata de Dante.

Habían conseguido dinero para el pagaré; eso estaba bien, ¿verdad? Alek se había mostrado encantado porque ellos se habían mostrado «dispuestos a experimentar».

¡Está vivo! ¡ESTÁ VIVO! Una ciencia de locos para gilipollas.

¿Por qué se sentía tan mal? ¿Por qué se sentía como un mentiroso y un estafador y un tonto? En contra de su juicio, había hecho lo que todo el mundo quería. Dante estaba allí para él y Griff solo quería hacérselo con él.

A Griff le temblaron las rodillas, tenía un nudo enorme en la tripa, y se dobló jadeando dentro de ese espacio estrecho. Sin darse cuenta, dejó que sus manos se deslizaran por las paredes de la ducha hasta que se vio acurrucado de rodillas sobre el barato suelo de fibra de vidrio. Le daban arcadas.

El agua le caía sobre su ancha espalda, llevándose sus lágrimas calientes junto con todo lo demás a las frías alcantarillas de la ciudad.

Griff se secó y se puso ropa seca. Subió las escaleras y entró en la cocina de su padre hacia las once. Quería comer un bol de copos de avena, meter algo en el estómago antes de irse a trabajar al Stone Bone esa noche. Era viernes y no tenía que volver al

parque hasta la mañana siguiente; tenía que calmarse antes de tener que aparecer por allí y enfrentarse a Dante.

La cocina brillaba casi demasiado. En su día, a su madre le encantaban las cocinas claritas porque parecían muy limpias. El padre de Griff había instalado una cocina blanca y había pintado las paredes de color azul glacial.

Cuando Griff era pequeño, la cocina le había parecido un lugar alegre, hogareño, pero nadie la había vuelto a limpiar en profundidad desde que ella murió.

Así que veinte años después, las paredes seguían pálidas y los armarios seguían siendo blancos, pero la estancia tenía como una especie de brillo sucio. Manchas de humo grasiento subían por la pared de encima del horno. La pintura del techo estaba descascarillada. Una caja de cornflakes, y en la nevera, demasiado vieja para enfriar bien, solo había unas sobras de comida china y media cebolla envuelta en papel de aluminio. Ya nadie pasaba mucho tiempo aquí.

Griff entrecerró los ojos para hacer frente a la empalagosa luz del día, llenó una tetera con agua y la puso en la placa. El aire de fuera de las ventanas parecía frío. Griff abrió un armario para sacar uno de los viejos boles de su madre y lo rellenó con dos paquetes de papilla de avena instantánea.

Al prepararse el desayuno sintió algo parecido a un déjà vu; volvía a tener once años y su madre acababa de morir. Se estaba preparando el desayuno antes de coger el autobús de la escuela. De repente, al secarse la boca sintió sus manos extrañamente enormes.

Griff miró hacia abajo, al jardín, y vio el cuerpo de pie en medio de las plantas muertas.

Pero no era un hombre muerto cualquiera: era su padre. Bastante unidos. El último mes casi se había olvidado de que no estaba solo en la casa.

Su padre debía hacer vuelto a casa, o tal vez estuviera a punto de salir para realizar alguna investigación porque llevaba su ropa de trabajo: pantalones azules de poliéster y camisa con corbata bajo una cazadora. Los pirómanos no tenían siempre el mismo horario y su padre solía trabajar siempre que no estuviera dormido o bebiendo hasta quedarse dormido.

Griff abrió la puerta de atrás para darle los buenos días. Al contacto con el aire fresco, sus piernas estaban más débiles de lo que pensaba, así que se apoyó contra la barandilla del porche. No se habían visto en más de una semana, ni de pasada.

Su padre habló sin volverse, y le sobresaltó.

—Pensaba que estabas en el parque.

Griff se estremeció y sin ninguna razón aparente, su corazón dio un brinco en su pecho. Contrólate. Su padre tenía esta forma de hacer que sintiera como que estaba bajo una vigilancia constante e invisible. Entre eso y la asquerosa resaca, siguió moviéndose lentamente para no vomitar.

De pie junto a las flores secas, con los tobillos cubiertos de hojas de roble, el padre de Griff miró por encima del hombro a Griff y le saludó con la cabeza. Llevaba un saquito pesado de bulbos de tulipanes, que le pesaban en la mano. Las flores naranjas de la etiqueta eran la única nota de color que había en todo el jardín estéril, salvo tal vez el pelo encendido de la cabeza de Griff.

Los ojos de Griff se dirigieron a la pequeña mancha de pétalos naranjas.

—¿Estás plantando bulbos? Parecen bonitos, ¿no? —Bajó los escalones.

—Bueno, esto parece la cueva de Satanás. Es un poco tarde para plantarlos, pero creo que sería bonito ver un poco de color cuando llegue la primavera.

—Será genial. —Asintió con la cabeza y le dio una palmada en la dura espalda estrecha por encima de la cazadora.

Griff le llevaba casi 20 centímetros y pesaba 20 kilos más que su padre, y siempre se sorprendía de la diferencia entre ellos. Su complexión fuerte y hermosa le venía de parte de su madre. Se sentía un poco culpable de ser tan grande porque sabía que le molestaba enormemente a su padre. Cuando tenía ocho años su padre había sido mucho
más alto que él.

Hacía frío. Deseó haberse puesto un jersey, pero parecía que su viejo tenía ganas de hablar y esos momentos eran demasiado escasos como para desperdiciarlos.

—Tu madre siempre decía que si esperas a que salgan flores la primavera llegaba antes. Ya no soporto más este puto frío. —El señor Muir se metió las manos en los bolsillos de los pantalones del trabajo y empezó a juguetear con las llaves. La chapa de su cinturón brilló con la luz grisácea—. Debería jubilarme e irme a vivir a Tampa antes de que me quede postrado en una silla de ruedas.

Griff asintió con la cabeza, aunque sabía que su padre solo estaba faroleando. Las investigaciones para el cuerpo de bomberos de Nueva York eran prácticamente la única razón por las que el viejo

se levantaba todas las mañanas y ponía un pie delante del otro. Todo su tiempo, todos sus amigos, todo el contacto que tenía con los humanos estaba vinculado a ser un inspector de los bomberos.

Su padre abrió la bolsa con los tulipanes, desenrolló el papel para meter la mano.

—Bah. Hoy en día Florida está llena de judíos y de maricones. Asqueroso.

Anda y que te den.

Pero Griff mantuvo la boca cerrada. Sabía que su padre tenía una veta intolerante. Como muchos veteranos. Inesperadamente, le vino a la cabeza el señor Anastagio, bajo y enérgico y riéndose. Eres magnífico, chaval. Griff decidió creer a su otro padre.

El señor Muir revolvió en la bolsa de tulipanes naranjas y sacó un bulbo nudoso. Lo sujetó suavemente como si fuera un huevo y lo miró.

—Deberías llevar a Leslie a algún sitio donde haga calor. Tal vez un crucero.

—Papá, estamos divorciados. —Griff habló suavemente y se quedó de pie en los pequeños peldaños que conducían a la puerta de atrás—. Leslie y yo nos separamos hace casi diez años. Volvió con sus padres.

—Cierto. Cierto. Se me había olvidado. Después de lo de las Torres. Tienes razón. —Dejó caer el bulbo en la bolsa, se limpió las manos y miró de reojo a Griff. Parecía tan consumido ahí de pie sobre las hojas—. Sabía que la cagarías con ella. Era una buena mujer, Leslie.

¡Qué cojones! Griff se quedó mirando a su padre, sabiendo que esto era una locura, sabiendo que esta casa le estaba

asfixiando lentamente. Peor aún, se dio cuenta de que ese sentimiento le resultaba familiar.

Cuando estaba haciendo las prácticas, todos ellos habían ido a la sala de humos y habían aprendido cómo no quedarse sin oxígeno en un incendio grave: te dejas caer y andas a gatas como un bebé. No importa cuánto te queme la garganta y cuánto te duela el pecho, te arrastras hacia el aire antes de llenar tus pulmones. Tienes que salir sin dejar que te quede ni una gota de aire dentro.

Griff miró a su padre que observaba el terreno, manteniendo una respiración superficial. Tengo que largarme de este lugar antes de que empiece a ser como mi padre.

Por un momento irracional, Griff deseó hablarle de CabezaCaliente, de las masturbaciones, y peor aún, contarle que lo había hecho para millones de homosexuales cachondos y macizos con su mejor amigo, al que amaba. *Sí así es porque soy un maricón, maricón, maricón, gilipollas de mierda.*

Quería ver el shock en la cara gris de su padre; hacer que se sintiera incómodo y pequeño; conseguir que de esa cáscara enfadada que no amaba nada que no fueran las cenizas y el humo saliera una reacción viva, vital. La culpa era algo de lo que se alimentaba su padre.

Griff trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca. El dolor de cabeza de la resaca le daba pinchazos en el ojo derecho.

El viejo dio una patada a las hojas caídas, limpiando el árido jardín. Ni siquiera se había dado cuenta de lo que había dicho sobre el matrimonio de su hijo.

Griff estaba lo suficientemente tembloroso como para mostrar el daño que le había hecho el comentario. Miraba a su padre cómo

andaba por el jardín que nunca florecería. Como si su ira y su dolor fueran demasiado salvajes como para mantenerlas bajo llave, Griff sintió que tenía esa terrible confesión en la punta de la seca lengua.

El señor Muir tenía la bolsa con los bulbos abierta y miraba dentro como si estuviese tratando de pescar un premio.

Decir algo del porno era lo peor que Griff podía hacer, y ¡Dios!, quería hacerlo. Su padre mataría a golpes a cualquiera solo por pronunciar la palabra «masturbación» en su casa. Que este hijo despreciable hubiera realizado lo innombrable con ese gilipollas de Dante solo podría empeorar las cosas.

Griff sabía cuánto le disgustaban a su viejo los Anastagio, su gran energía, su calidez, y sus risas. Se trataba de una aversión irracional que el señor Muir no admitía, aunque se había sentido feliz abandonando a su hijo adolescente a su cuidado. Ellos eran justamente todo lo que él no era.

Griff trató de imaginar la furia y el alivio que sentiría su padre al poder por fin renegar de su único hijo y habitar esta casa él solo.

Dentro, en la cocina, la tetera pitó en la placa. Griff consiguió tragarse su ira mientras volvía a la casa.

—Los copos de avena están listos. Griff ya estaba a medio camino de la puerta—. Deberías comer. ¿Te pongo un bol, papá?

Su padre negó con la cabeza llena de canas.

—No. Tu madre me hará algo antes de que me marche.

Griff parpadeó. Pufff. Cualquier confesión relativa a CabezaCaliente o a sus tendencias homosexuales sería en vano en este momento.

Lo que fuera que estuviera ocurriendo dentro de la cabeza de su padre era peor que cualquier castigo que Griff pudiera infringirle.

Abrió la puerta y se metió dentro antes de que su padre siguiera hablando o le diera más explicaciones sobre su madre o sobre su matrimonio o cualquier otro tema morboso.

Pensó en lo que diría Dante si hubiera presenciado lo que acababa de ocurrir en el jardín.

Hora de irse, genio.

Casi podía imaginarse el hermoso perfil de Dante mirando horrorizado pero riéndose desde la ventana, Dante abriendo la puerta y diciéndole que dejara los putos copos de avena y salieran de enseguida.

Griff compraría el periódico hoy mismo y empezaría a buscar un apartamento que estuviera cerca. Eso o metería la cabeza en el horno. No tener familia y vivir como un monje sería mejor que esto.

Aléjate al menos sesenta metros.

Griff apagó el fuego, pero dejó que el agua se enfriara por sí sola. Se dirigió a la puerta principal para coger su chaqueta. Deseaba poder quedarse en casa de Dante, pero después de lo de ayer eso parecía imposible, hasta peligroso. No tenía que estar en el Stone Bone hasta las seis. Decidió ir caminando hasta Ferdinando's para almorzar allí. Si no habían abierto aún, esperaría en el banco de enfrente. Podía comprarse un periódico y empezar a mirar los anuncios de la sección «escapadas de última hora».

CAPÍTULO X

Por la mañana, cuando Griff llegó al parque y se dirigió a la ducha, vio a Tommy que estaba allí vistiéndose. Griff se alegró de que el

asistente médico se hubiera puesto ya los pantalones, aunque por la parte de delante los tuviera aún abiertos en una Y por la que se veía su tripa llena de pelo rizado. Como era mucho más bajo, tenía que mirar literalmente hacia arriba para mantener una conversación.

—Eh, Griff. —Tommy le saludó y puso un pie encima del banco para atarse las zapatillas de deporte.

—Dobsky. —Griff se aseguró de devolverle la sonrisa y mantuvo su cara firme—. ¿Te vas a correr?

—Casi. —Tommy se rio y cambió de pie.

Griff se dio cuenta de lo mal que había sonado la pregunta. Mierda.

—A casa, quiero decir.

—Sí. —Tommy le seguía la corriente como hacía siempre. Le gustaban los chistes guarros. Gruñó y terminó con los zapatos. Sus pies eran tan regordetes y cuadrados como el resto de él. Se agachó frente a su taquilla. En la base de su columna vertebral, podía verse un pequeño parche de pelusilla color arena a lo largo de la cintura.

Es como un osezno. Griff se dio cuenta de que estaba mirando el cuerpo de Tommy y levantó los ojos rápidamente. *¡Dios! ¡Contrólate, gilipollas!* No sentía ninguna atracción por el paramédico achaparrado, pero debido a lo que había visto, sentía una especie de simpatía protectora hacia él; se enfrentaban al mismo dragón.

Al menos Tommy no pareció notar la atención.

Ay Dios.

Quizás Tommy sí se hubiera dado cuenta; y si pensara que Griff le estaba dando un repasito, ya sabes, de esa forma.

¿Miraría Tommy a los chicos aquí, en el trabajo? ¿Habría mirado alguna vez a Dante de esa forma? Sería difícil no hacerlo, pensó Griff. Todo esto era tan peligroso. *¡Di algo normal!*

Se quedaron en silencio. Griff no podía decir si era extraño o no.

Tommy se puso en pie para atarse la camisa sobre su pecho duro y peludo. Tenía la piel enrojecida por la ducha. Era bajo de estatura, pero seguro que estaba macizo. Tenía brazos robustos, como los de un obrero del puerto.

—Una mañana aburrida. Una tía gorda ha sufrido un infarto en el tren y nos hemos pasado casi todo el tiempo ahí abajo, en la estación de Carroll. ¿Has hecho algo especial esta semana?

Cómo responder a eso. *Ah, sí. Bueno, Anastagio y yo nos corrimos los dos juntos, online, para un ruso en la Bahía de Sheepshead. ¿Y tú? ¿Te dan por el culo en todos los callejones?* No era capaz de controlar la expresión divertida de su cara.

—¿Griff? —Tommy le dio un golpecito en la cabeza. Le miró extrañado.

—Sí. Fui a cenar a casa de los Anastagio. —Griff se sentó en el banco y se sacó la sudadera por la cabeza. A continuación se pasó la mano por su brillante pelo.

Entonces se percató del rasguño que Tommy presentaba en el antebrazo y vio la tenue marca del ladrillo en su destartalado rostro. Griff tragó saliva y se puso rojo. Fijó los ojos en la taquilla.

¿Cuántas veces había venido Tommy con marcas y heridas que todos suponían que se las había hecho en el trabajo? ¿Cuántas veces le habría mentido Tommy a su mujer, utilizando el trabajo como tapadera?

Por un segundo de locura, Griff quiso confiarse a él. No quería contarle todo sobre Dante y el porno y todo eso… simplemente deseaba preguntarle a Tommy qué debía hacer con estos sentimientos locos que tenía en relación con otro chico. Hablar con alguien que estaba escondiendo lo mismo, que sabía lo que él estaba viviendo allí, en el parque, y fuera, en el barrio. Quería saber cómo podía esconderse y sobrevivir. Tommy lo entendería, le entendería, ¿verdad?

Tommy fue a mirarse a un espejo que había encima del lavabo y se peinó el pelo húmedo rubio cobrizo.

Griff pensó en el tempestuoso sexo del callejón que había presenciado un par de semanas atrás. Casi podía ver el brillo tranquilo y feliz que Tommy se había llevado con él. Se preguntaba si Tommy tenía novio, si ese tipo árabe significaba algo para él o si había sido solo una follada al azar. Tal vez Tommy no quisiera tener ningún sentimiento hacia él. Quizás ni siquiera supiera su nombre. Estaba casado y tenía hijos. Dios. Tal vez Tommy no se aclaraba.

—Nos vemos. —Tommy le dio una palmadita en el hombro y empujó la puerta para irse a casa. La huella de la mano se quedó allí unos segundos.

Griff resopló y se alegró de haber sido capaz de sujetar su lengua. Podría haber sido un puto desastre. Si Griff dijera algo, no podría retirarlo. Una vez que abriera su corazón, esa mierda no podría volver a encerrarse en la botella. Era correr un riesgo enorme. ¿Podía confiar tanto en Tommy? ¿Podría confiar tanto en alguien? Bueno, sí.

En Dante.

Bueno, tal vez esa fuera la verdadera solución. Tal vez si Griff confesara lo que sentía por su amigo a su amigo. Tal vez podría dejar caer la idea de que a lo mejor le gustaban los hombres, sí, gustar-gustar. Pero, ¿y si eso cambiaba las cosas entre ellos? ¿Y si Dante se echaba a reír y le guiñaba el ojo, y le ofrecía un descuento para hacerse miembro de CabezaCaliente? ¿Y si Dante se sentía extraño con él después?

Se sentía encerrado.

Bien. Lo que debería hacer era probar y olvidarse de Dante. Tenía que encontrar otro tío y acostumbrarse al mundo gay y cambiar de tercio. Los cuentos de hadas no eran más que gilipolleces. Los finales felices eran cosa de imbéciles. La gente no se amaba para toda la vida.

Quizás lo que necesitaba era follarse a un atleta cachondo en un callejón para dejar de estar obsesionado. Sí. No era amor; era lujuria, pura y simple lujuria. No era que Dante le hiciera sentir esas cosas; solo que Dante era seductor y estaban juntos todo el tiempo.

Había más chicos italianos en el mundo. Crecían salvajes allí mismo, en su barrio. Tenía que superar este enamoramiento demente y encontrar otro que se pareciera lo suficientemente a Dante como para que su corazón, su cabeza y su polla no notaran la diferencia.

Ajá. Eso era.

Griff se quitó los vaqueros, los metió en la taquilla y se puso las chancletas. Se duchó de forma mecánica, sin tocarse por debajo de la zona del cinturón más de lo absolutamente necesario.

Desde que había empezado a ver el video de Monte en CabezaCaliente, su pene traidor saltaba a la mínima en el parque, lo

que era totalmente agobiante. La actuación porno de Dante había convertido el traje de trabajo en un fetiche insoportable para Griff: las botas, los tirantes, hasta sus propios pantalones. Las dos últimas semanas, cuando volvía a casa cubierto de hollín de un incendio, se empalmaba solo por sentir el peso de la ropa contra su piel al recordar las guarradas que Dante había dicho para los miembros de CabezaCaliente. Se sabía de memoria cada segundo de la grabación.

Dos compartimentos más allá, se abrió otra ducha con un pitido. Otro de los chicos.

Por prevenir, Griff se aclaró con agua congelada. *Dios, está helada* . Se quedó debajo del chorro hasta que sus huevos se encogieron hasta alcanzar el tamaño de un haba y su polla parecía una colilla correosa.

Salió de la cabina y cogió la raída toalla. Se frotó violentamente con ella la piel de gallina y el pelo, y después se la enrolló fuertemente en las caderas. Cuando volvió a su taquilla, sacó unos calzoncillos de pata limpios y una camiseta térmica. El agua fría había hecho que sus pezones parecieran unos guijarros duros y pálidos. Se soltó la toalla y volvió a pasársela por su cabeza roja y por el cuerpo. Apoyó un enorme pie en el banco y luego el otro, inclinándose para secar sus piernas.

Se abrió la puerta del vestuario. Griff se estremeció de manera involuntaria. Detrás de él, alguien soltó un silbido bajo.

—¡Joder! —La voz familiar estaba ronca y sonaba con cachondeo.

—Ah, hola. —Griff se giró y tapándose con la toalla.

Dante se quedó de pie riéndose de su pudor.

—Está bien, G. Si yo tuviera un cuerpo como el tuyo, no me vestiría jamás.

Griff puso los ojos en blanco.

—Tampoco es que ahora pases vestido demasiado tiempo.

Dante se sentó en el banco junto a la ropa interior de Griff. Su dulce aroma a almizcle llenaba toda la sala.

—¿Vas a hacer pesas hoy? Tengo que ponerme cachas por si Alek…

Griff negó con la cabeza y le hizo un gesto a Dante para que se callara. Aquí no. Señaló con la cabeza la zona embaldosada. En la sala de al lado, la ducha se apagó con un clank.

Dante asintió. Griff se puso la ropa interior y los pantalones antes de que llegara el público.

—Qué pasa, tíos. —Briggs salió de la ducha secando su barriga cervecera con una toalla con manchas de lejía—. ¿Queréis salir luego? Mi mujer me tiene hasta las pelotas.

Uf. Briggs.

Por si Griff necesitaba pruebas de que no encontraba atractivos a todos los tíos…

Metió los pies en las botas.

Dante miró a Griffin para que respondiera en nombre de los dos.

Griff miró a la puerta; no quería ver a Dante desnudándose.

—Sí. No. Tengo que… —escapar de mi mejor amigo— ...descansar el hombro. He debido dormir en una mala postura.

—Ja ja. Más bien te habrás hecho una paja en mala postura. Tensión por repetición. —Dante le guiñó el ojo a Briggs y abrió su taquilla.

Jesús. Si alguno de ellos supiera toda la historia…

Briggs gruñó e hizo todo un show al secar sus huevos. Idiota. Sacó una maquinilla de afeitar de su taquilla y la agitó ante ellos.

—Sabes, Anastagio, deberías volver al beisbol de nuevo. Podrías sernos útil.

Después del 11-S, Dante había jugado en el equipo de beisbol de los bomberos de Nueva York durante tres años, hasta que sus obras de restauración empezaron a acaparar todo su tiempo y su atención. Dante lo daba todo jugando, sonriendo tímidamente con ojos de perrazo y pasándose el pelo por detrás de la oreja con un erotismo increíble que hacía que las fans mojaran sus tangas. Jugaba del mismo modo que lo hacía todo, como si su vida entera dependiera de ello: tirándose a hacer capturas imposibles, lanzando como un relámpago, golpeando las bolas hasta las gradas, de forma que podía deambular alrededor del campo tranquilamente moviendo su hermoso culo. Su velocidad, su agilidad y su elegancia eran maravillosas.

Griff siempre había odiado el beisbol; le parecía un rollo. Uf. Él estaba hecho para el hockey y el fútbol, donde su masa podía hacer mucho daño. No quería pasarse un partido entero sentado viendo a otros chicos sin hacer nada. No le veía el punto.

Dale hielo y un disco de hockey o un conjunto de almohadillas y un balón, y jugaría hasta que sudara sangre y se le helaran las pestañas. Le gustaba golpear a los otros jugadores, luchar por algo, intentar meter gol. No. El beisbol era para Dante; su cuerpo largo y fuerte era perfecto para ese deporte; tenía un brazo mortal. «De hacerme tantas pajas», solía decir él.

Con todo, aunque odiaba tanto ese deporte, Griff nunca se perdía la oportunidad de ver a Dante vestido con la equipación. Dios, hasta los tíos más «heteros» del departamento le tomaban el pelo a Anastagio sobre su culo prieto embutido en esos pantalones. Las chicas (y unos cuantos tipos atrevidos) hacían cola para darle las gracias y le pedían fotos. Ahora, Dante seguía intentando ir a un par de partidos al año.

Dante negó con la cabeza.

—No. No sé. Con las reparaciones y todo. No tengo tiempo, de verdad, Briggs.

Antes de que hubiera acabado de hablar, Briggs se puso la toalla encima del hombro y se dirigió hacia los lavabos. Tenía un tatuaje de un trébol verde brillante en un cachete del culo.

Asqueroso.

Entonces Dante se subió la camiseta para aplicarse una capa de desodorante en las axilas. Tenía los abdominales muy marcados, y la esbelta senda del tesoro justo debajo de ellos brillaba.

Griff no llegó a pasarse la lengua por los labios aunque deseaba hacerlo.

—Oye, err… —Sacó de su bolsa un sobre con 1.400 dólares en billetes de cincuenta, y se lo puso en la encallecida mano caliente de Dante.

Al otro lado de la habitación, Briggs silbaba en el lavabo.

—¿Qué es esto? —Dante miró el dinero, confundido.

—Dinero de… esa cosa. Ya sabes. Se me olvidó y no quería que tuvieras que pedírmelo. —Griff asintió como si fuera normal—. Mira, tengo que hablar con el jefe.

Dante negó con la cabeza y le tendió el sobre.

—Pero es tuyo, G.

Pero antes de que Dante pudiera devolvérselo, Griff salió hacia la puerta, metiéndose la camiseta por la cabeza y tratando de pensar en algún lugar del parque donde pudiera esconderse de su mejor amigo durante las doce horas siguientes.

El ruido de la alarma hizo que Griff se levantara de su escondrijo en una esquina de la sala de descanso.

—Camión. Escala… —La voz automática sonó por todo el parque—. Camión… Escala… —Griff podía oír el ruido de las botas en las escaleras al bajar los chicos a los camiones, retumbando a esa hora intempestiva. Griff se dio una sacudida a sí mismo y se dirigió a la puerta.

La mitad de la noche había conseguido no quedarse a solas con Dante. La sala de descanso era el único lugar en el que Dante no podría pillarle nunca a él solo. El público constante significaba que cualquier conversación tenía que ser de tías o de deportes. Los grupos estaban bien, pero cuando estaban ellos dos, Dante tenía su forma de pegarse a él mientras Griff iba perdiendo poco a poco la cabeza. Sabía que Dante se daba cuenta, pero no podía evitarlo.

Los Anastagio siempre habían sido muy físicos y cariñosos, pero aun así, ahora mismo el contacto era demasiado para Griff. Dante le daba palmaditas y le empujaba, y apretaba el hombro… y todo ello le hacía sentir como si se fuera a romper. Unas pocas semanas más viendo a «Monte» y viniendo a trabajar, e iban a tener que limpiar sus cachos del techo y de las paredes.

—Camión… Escala…

Abajo, los chicos se estaban montando en el camión. Dante ya estaba dentro; golpeó el asiento que estaba a su lado.

—Venga, gorila. Estábamos preocupados pensando que te habías quedado dormido.

Griff inclinó la cabeza, cerrándose la chaqueta mientras se sentaba. Podía oler el aroma de Dante, y el placer le desconcertó.

—Sí. Anoche dormí de pena.

El resto del personal se metió en el camión. Briggs y Watson estaban echando pestes de algo. Tarlton iba de conductor. Siluski iba de copiloto, gritando por encima del hombro mientras salían a la calle con las sirenas tronando y las luces de emergencia tiñendo de rojo toda la manzana.

El camión se balanceaba y se movía bruscamente al pasar por las calles, frenando e inclinándose fuertemente cuando tenían que esquivar coches aparcados y conductores borrachos o taxis que iban en punto muerto. Tarlton podía conducir el camión a través de estas callejuelas con los ojos cerrados.

Pararon enfrente de unos grandes almacenes; de electrodomésticos, al parecer. Las altas ventanas que daban a la acera estaban rotas; los saqueadores habían salido corriendo con parte del botín. Bien. Ya había un par de buitres dando vueltas alrededor del tufillo de tragedia jugosa.

Cuando los hombres saltaron del camión al asfalto, el hedor acre les escoció en los ojos. Incluso allí abajo era difícil respirar. A Griff le ardían los pulmones.

—Plástico. —Siluski husmeó el aire poniéndose bien el casco en la cabeza—. Un montón de plástico ardiendo. Jesús. Reconocería ese olor en cualquier parte.

—Totalmente cancerígeno. —Los ojos de Watson ya estaban fatal.

Bajaron por la calle, observando la columna de humo grasiento sobre sus cabezas. El jefe ya estaba diseñando un plan de ataque. El camión bomba ya estaba en la boca de incendios, y el bombero en prácticas había empezado a tirar de la manguera. El fuego era visible en las ventanas desde el tercer piso hacia arriba. La cosa se había puesto fea muy rápido.

Griff casi pudo escuchar en su cabeza la voz de su padre: «probable incendio provocado». Debían andarse con cuidado ahí dentro. Les podía esperar cualquier cosa.

La ambulancia se detuvo y de ella saltó Tommy, con su enorme kit a la espalda.

—Conozco este edificio. Slick Willie's ocupa toda la planta baja. La sala de exposición y las oficinas. También la sección de envíos. —Briggs refunfuñó—. Es una cadena de electrónica.

—Perfecto. He venido a comprar una nueva pantalla panorámica para la Super Bowl. —Dante sonrió cerrándose la chaqueta sobre su pecho musculoso.

Watson había vuelto al camión; las luces de emergencia parpadeaban sobre sus rasgos.

A Griff le quemaban la cara y los ojos llorosos por el calor procedente de las ventanas de lámina de vidrio.

—¿Qué hay de los últimos pisos?

Briggs se puso las herramientas en la espalda.

—Creo que alquilan las últimas plantas como almacén. En una ocasión me caí atravesando el suelo. Me rompí la tibia y la clavícula. Nada se construye de conformidad con las normas.

—De puta madre. —Refunfuñó Siluski—. Va a ser como entrar en un mercadillo.

—¡Rebajas por incendio! —se rio Dante—. Tal vez pueda coger los altavoces.

—Pónganse las mascarillas, señoras. —Siluski no estaba de broma—. Desde aquí el calor ya es insoportable.

—¿Voy a la zona de carga con el nuevo? —preguntó Briggs. Había una entrada de vehículos a un lado del edificio, lo suficientemente ancha para un tráiler. Agarró al miembro más joven del equipo y se puso a investigar sin esperar una respuesta.

El jefe refunfuñó y se giró hacia el resto de sus hombres.

—¡Muir! Tú y Siluski os encargáis del piso principal hasta el tercero. Tengo un mal presentimiento en relación a este piso.

Griff y Siluski se colgaron sus herramientas y cogieron las máscaras y los cascos.

—¡Anastagio! —El jefe apuntó con un dedo a Dante—. Vete con Watson y barréis el cuarto y el quinto. El tío del ultramarinos que llamó dice que es posible que haya ocupas ahí arriba.

Watson se apresuró hacia la puerta y la abrió; Dante le siguió. La luz captaba los apellidos que destacaban en letras reflectantes sobre sus chaquetas de bombero.

—Esperemos que nadie se haya quedado a trabajar hasta tarde. —Siluski le dio una palmadita en la espalda a Griff cuando se acercaban a la entrada. Griff estaba mirando cómo se hundían en el apestoso humo las brillantes letras «ANASTAGIO».

Por delante, Dante sonrió y movió su cuello como un boxeador.

—Vamos a divertirnos, ¿eh?

Siluski y Griff acabaron pronto con la sala de exposiciones. La planta baja estaba llena de humo pero intacta. Caía agua mugrienta

de los grifos del techo. Sus botas chapoteaban en un charco de agua que se extendía sobre el linóleo.

—¿Qué ha pasado con el sistema de los aspersores? —Griff caminaba por los pasillos, explorando filas de mierdas de equipos estéreos, televisiones y expositores. No había civiles, y no había fuego.

Siluski se puso en contacto con el jefe por el walkie.

—Primera planta y nada, tengo humo pero nada más. Nos vamos a la tercera.

Griff podía oír el fuego encima de ellos, pero los aspersores estaban inertes en todo el vasto almacén.

—¿Qué les ha podido pasar a los aspersores?

Empujaron las puertas de emergencia y pasaron al hueco de la escalera.

—Primera inspección negativa en la quinta. —La voz de Dante resonó desde tres pisos más arriba, gritando en su walkie. Después su voz se dirigió a Watson cuando bajaron al cuarto piso.

Siluski estaba frunciendo el ceño al subir.

—Tal vez alguien estuviera gastando una broma. Parece una gilipollez de llamada, aunque haya toda esta agua.

Arriba, en el tercero, hacía calor y había mucho más humo; aunque aún no lo hubieran encontrado, algo estaba ardiendo. Todo el vestíbulo estaba lleno de paquetes sin usar, miles de cajas enormes de cartón ondulado apilados en montones. Obstruían el paso y resultaba totalmente inseguro. En un extremo del sofocante vestíbulo encontraron una puerta cerrada que quemaba al tocarla.

Griff le dio un codazo a Siluski y miró a los paneles del techo.

—¿Para qué ha dicho Briggs que usaban los pisos superiores?

—Ni idea. Paquetes vacíos por todas partes. Supongo que como almacén. O para envíos. Tengo que romper esto. —Siluski metió la barra y rompió el marco. El calor se extendió y junto con él, ese espantoso humo grasiento de plástico quemado.

Entraron en un espacio amplio repleto de altas estanterías, mesas y un espeso velo de negrura que lo envolvía todo. En la pared de enfrente, estaban las ventanas que daban a la calle. Las luces de emergencia relampagueaban ahí abajo.

—Uf, Siluski.. —Griff se puso de cuclillas y señaló al techo. Sobre ellos las tuberías estaban rotas y las vigas que les rodeaban mostraban abolladuras y golpes fuertes como de un mazo. Esto no podía ser un accidente. Por encima del sistema destrozado, el fuego avanzaba por el techo, lento y dorado como si fuera una piscina de petróleo.

Siluski ya tenía la radio en la mano.

—Jefe, tengo fuego por tres lados. Está en las paredes del tercero. Vamos a necesitar un equipo aquí rápidamente. Alguien se ha cargado los rociadores.

—De acuerdo.

Los gritos venían de arriba. Un par de ventanas del piso de arriba estallaron por el calor.

—¡10-45! Tengo uno —gritó Watson desde arriba; sonaba como si el gilipollas no tuviera puesta la mascarilla.

Se oyó un estruendo sordo sobre sus cabezas. Unas cuantas placas del techo cayeron en una ducha de chispas.

—¿Qué coño está pasando ahí arriba? —La voz de Siluski sonaba más callada dentro de la mascarilla—. ¡Bajad la presión!

La fuerte pulverización del agua contra las ventanas decayó. El rugido gutural del fuego había cambiado de grado y el techo estaba más caliente, y el fuego más azul. Desde arriba sonaron fuertes pisadas, y Dante gritaba instrucciones a lo lejos.

Algo muy pesado cayó a sus espaldas y golpeó en el suelo. El aire se escapaba por un gran agujero en el techo que había entre dos vigas, absorbiendo el humo e inyectando oxígeno hacia arriba. A través de la improvisada chimenea, podían escuchar a Dante dando instrucciones arriba, en el cuarto piso, en voz alta y clara.

También sin máscara, puto gilipollas.

—¿Qué cojones ha sido eso? —Se podía palpar la sombría confusión del jefe.

Las llamas lamían las paredes de la zona oeste del vestíbulo del tercer piso. Caían escombros de plástico que ardían a su alrededor, y corrían en ríos apestosos que se pegaban a sus botas.

La voz del jefe sonó en la radio.

—¡Vosotros, chicos, salid de ahí! Hace demasiado calor y la boca de riego está seca. Salid de ahí.

—¿Teniente? —Griff sintió un hormigueo en la tripa—. ¡Eh! ¿Siluski?

—Entendido. Ya estamos en ello. —Siluski asintió mirando a Griff y señaló el camino por el que habían venido. Se agacharon y se apresuraron hacia la puerta abierta.

Fuera, el vestíbulo era un revoltijo de papel y trozos de yeso. El aire ardía. Les llegaban sonidos desde el hueco de la escalera al que no podían llegar. Cristales que se rompían por encima de ellos y alguien gritaba a Dante y Watson.

Siluski sacudió la barbilla para que Griff retrocediera.

Atravesar el vestíbulo lleno de humo era como nadar en lodo hirviendo. La respiración de Griff silbaba detrás de la máscara. Aunque llevaban focos y a pesar de la llama de la pared oeste, andaban a tientas por la oscuridad. Siluski intentó retirar un armario que se había caído cortándoles el paso; cayó con un ruido sordo y soltando una nube de chispas. Los cajones dejaron caer carpetas contra la pared en llamas. Era imposible salir por el lugar por donde habían entrado.

—Las otras escaleras. —Griff hizo señas y los dos retrocedieron y se encaminaron a la puerta del otro extremo, agachados y apartando a patadas las cajas y el yeso carbonizado. Griff utilizó su cuerpo para atravesar los escombros y dirigirse hacia la salida de atrás. Y entonces llegaron a las escaleras. Les perseguía el fuego y tenían que darse prisa.

El jefe se dirigió a Siluski con mucha calma.

—… una especie de acelerador. Quieren quemar televisores para cobrar el seguro, no voy a poner en peligro hombres buenos por esa gilipollez.

No contaban con agua suficiente para verter en el enorme incendio, el camión cisterna estaba ahogado. Briggs y el chico en prácticas estaban de pie en la parte trasera del camión. La escala estaba extendida, pero la manguera no tenía agua. El hedor del plástico quemado obstruía la nariz de todos.

¿Dónde coño estaba Dante?

Siluski escupió al suelo.

—Jefe, ahí no hay nadie. La temperatura es muy alta, ¿y se supone que tenemos que entrar a rescatar cajas de cartón? Joder. Son solo mierdas de excedentes y mejor creer que tienen seguro.

Sintiéndose claustrofóbico e impotente, Griff se quitó la mascarilla y empezó a caminar. El sudor le caía por la cara y el cuello. Miró al resplandor que se veía en las ventanas de los pisos altos. Dante y Watson todavía no habían vuelto. Se estaban tomando su tiempo, los cabrones.

Entonces se escuchó un grito y Siluski corrió hacia la puerta. Briggs le siguió y el jefe se giró para mirar.

En la entrada llena de humo de los grandes almacenes, Watson arrastraba a alguien, cargándolo sobre su cadera. Su grito sonaba apagado hasta que se quitó la máscara.

—¿Me echáis una mano? —Cargaba con un vagabundo quemado, con toda la barba quemada.

Aliviado, Griff empezó a andar hacia él queriendo gritar a alguien. Aún no se veía a Dante.

El jefe ya estaba dando marcando el 10-45 antes de que Watson hubiera ni siquiera llegado fuera: herido por fuego.

Los Servicios Médicos de Urgencias tenían preparados sus botiquines; Tommy corrió hacia Watson para hacerse cargo de la situación.

El vagabundo se había vomitado encima y había manchado a Watson.

—¡He perdido a Anastagio! —Los ojos de Watson estaban inyectados en sangre bajo el hollín—. Intentaba llevar a este genio al hueco de la escalera.

A Griff se le encogió el corazón.

—¿Qué quieres decir con eso de «perdido»?

Watson se agachó, dejándose caer contra el camión. Los hombres se apelotonaron a su alrededor.

—Iba detrás de mí. Hacía un calor de la hostia ahí arriba. Yo iba hablando con él todo el rato. De repente… nada. Tal vez se quedara enganchado a algo.

—Sin la máscara. —La voz de Griff era casi inaudible.

—Dante, ¿posición? —Siluski preguntó por su walkie y no obtuvo respuesta—. Watson, ¿cuarta planta?

—¡Escala! Cuarta planta. —El jefe miró hacia arriba a las ventanas humeantes—. ¿Todavía siguen quemándose mierdas ahí arriba?

El resto de los chicos que estaban junto al camión estaban a unos pocos metros de Griff, pero parecía como si estuvieran en Marte. Las luces de emergencia
relampagueaban sobre las caras llenas de humo, rojo, azul, rojo, azul. Siluski parecía tan cabreado que daba miedo.

—¡Anastagio! —Siluski volvió a gritar a su radio—. ¡Deja de hacerte pajas ahí arriba!

Griff sintió un vacío horrible en su tripa. Era como si le estuvieran dando un mordisco muy profundo, dejándole totalmente hecho trizas. Como si le hubiera mordido un tiburón, tal vez; el mundo entero estaba sumergido bajo las aguas.

Sin la máscara, Watson sacudió la cabeza y escupió. Ninguna respuesta en el walkie.

El tiempo se ralentizó tanto que Griff podía escuchar el latido de su corazón como dos sonidos completamente separados y distintos.

Pum... pum....

Los hombres miraban al jefe. Esperaron a que el jefe diera una orden durante lo que pareció una hora completa.

Pum... pum..

Griff no esperó. Realmente no supo cómo había pasado. Ni siquiera pensó; vio lo que pasó porque él estaba en otro sitio, como mirando desde fuera. De repente, las piernas que tenía debajo empezaron a moverse, rápidamente, pero eran las piernas de otra persona. Con la distancia de un halcón, observó cómo un extraño grande y pálido con uniforme echaba a correr hacia aquella puerta abrasadora, volviendo a dirigirse a las escaleras que acababa de abandonar.

Pum... pum..

La respiración de otra persona le sonaba en unos oídos que no parecían los suyos. Sentía cómo se movían las piernas robadas bajo el traje al dirigirse hacia su mejor amigo por las asfixiantes escaleras. Como si el aire no quemara, como si no fuera una sopa gris y naranja. Como si no subiese un humo rancio delante de la máscara.

Pum... pum....

Solo cuando se quedó solo, Griff se obligó a volver a su propia piel, al fuego. Todo se movía muy despacio a su alrededor. Piensa, idiota. Estaban en la cuarta planta cuando Watson le perdió. Subió las escaleras al infierno. Las cenizas flotaban en el aire a su alrededor.

En el piso de arriba, se agachó y avanzó por el vestíbulo lleno de humo.

Por favor.

—¿Dante? —Bajo el murmullo del fuego, trató de escuchar la radio de Dante—. Venga, idiota de mierda. —Solo se oía el chisporrotear del fuego que circulaba libre por los cartones y los

plásticos. Los muebles prefabricados estallaban y se abombaban, y los cristales se rompían. Las vigas de metal amenazaban sobre su cabeza. Dante no estaba en ninguna parte.

El pánico de Griff iba en aumento y le paralizaba mientras trataba de buscar una señal, un sonido, una pista en la oscuridad.

Pum... pum…

Por fin, en el extremo norte, escuchó un zumbido electrónico al otro lado de la pared. Puso la mano en la placa de yeso que quemaba y escuchó.

La voz de Siluski sonaba débil y con ruidos, pero sonaba cerca.

—¡Anastagio!

Griff no lo dudó. Levantó el hacha e hizo un agujero del tamaño de un hombre en el panel. El aire caliente le golpeó en la cara, quemándole las pestañas. Giró la palanqueta con fuerza y se metió por el hueco, empujándose con los hombros. Fútbol en el infierno. Parecía que iba a salírsele el corazón por la boca y el aire le quemaba los pulmones. A la caza de Dante: volvía a ser el 11 de septiembre.

Máscara. Se sintió estúpido por no habérsela puesto, pero ahora no podía perder el tiempo. Dante tampoco la llevaba, y eso era mucho peor.

Dentro de la sala se había caído una mesa. El casco de Dante estaba tirado en el suelo y lo recogió. Caminaba sobre plásticos rotos y cartones carbonizados. Escuchó a Siluski pronunciar de nuevo el nombre de Dante en la radio y levantó la mesa que estaba detrás de él.

¡Allí! Contra la pared, el haz de luz de su foco iluminó una banda reflectante. «STAGIO». Jamás se había alegrado tanto de ver la raya fluorescente de esa chaqueta.

El padre de Dante le había contado en cierta ocasión que el apellido de su familia, Anastagio, significaba «divino» o «vuelto a nacer». En esta estancia hirviente, al ver las letras reflectantes arrugadas que protegían a su amigo, aquellas palabras le parecieron más verdaderas que nunca.

Mejor que en el 11-S; al menos aquí estamos juntos.

Griff dejó caer el casco y atravesó la abrasadora habitación.

Prefiero morir a su lado. No le dejaré solo esta vez.

Contra la pared, Dante estaba hecho un ovillo, medio enterrado bajo los escombros y parte del techo, como encajado contra un montón de enormes cajas de cartón. Le había golpeado una viga y había perdido el sentido el tiempo suficiente como para que sus pulmones se llenaran con el sofocante humo. Le sangraba abundantemente el cuero cabelludo, pero no parecía tener quemaduras ni fracturas. Tenía hollín en la nariz, pero su respiración era constante aunque poco profunda. Estaba vivo.

Dante gruñó y se movió; sus manos se doblaron. La columna estaba bien, gracias a Dios.

—¿Dante? —Griff se puso de cuclillas bajo el humo y giró el cuerpo, quitándose un guante para chequear cómo estaba su amigo: no tenía cortes y el pulso era fuerte. Tenía una herida en la cabeza, pero no había tiempo para un collarín o una tabla. Tenían que salir de ese calor que abrasaba la estancia a su alrededor antes de que los dos se asfixiaran.

Trozos de papeles quemados flotaban cayendo sobre los dos hombres como si fueran polillas enfadadas. Griff buscó su mascarilla de reanimación y sujetó un momento el dulce aire metálico sobre la nariz y la boca de Dante. Griff seguía tumbado en el suelo a su lado; sus caras estaban a menos de 10 centímetros de distancia. Vio moverse los ojos de Dante bajos los finos párpados.

Al otro lado de la habitación, Griff escuchó cómo explotaba una ventana por el calor. Le abrasaban los pulmones. Abajo, en la calle, se oían sirenas y gente gritando. Tomó otra bocanada de oxígeno en lata y a continuación puso su máscara en la cara ensangrentada de su amigo. Sintió un «Déjà vu» al ver a Dante tan cerca de la muerte; ya había hecho esto antes.

Hora de irse.

Griffin sacudió la cabeza.

—Aguanta, amigo. —Como si hubiera activado el piloto automático, se inclinó, pasó la mano por debajo de uno de los hombros y levantó a Dante, apuntalando sus poderosas piernas bajo el peso.

No era un peso muerto. No era un peso muerto.

Griff dio un grito y sostuvo a Dante en sus brazos mientras avanzaba a grandes zancadas buscando el hueco que había abierto en la pared, dando patadas y golpes con los hombros para pasar.

Se giró hacia la salida de incendios y trató de no respirar.

Le dolía el pecho y le ardían los brazos bajo el peso de Dante.

Por favor, por favor, por favor, Dios. Haré lo que quieras.

Las cosas fueron más fáciles en el hueco de la escalera; con la gravedad de su parte, pudo apoyarse en la pared un par de veces

mientras bajaba dando tumbos hacia la calle. El fuego estaba empezando a filtrarse por las paredes.

Mientras Griff bajaba los escalones tratando de que no se le cayera su preciosa carga, le vino un recuerdo a la cabeza: ellos dos emborrachándose a chupitos de Jägermeister el verano anterior a entrar en la academia de bomberos de Randall Island. Habían estado «de guardia» en casa de los Anastagio, y Dante se había emborrachado con tres chicas y había disfrutado de un par de horas de sexo extraño, mientras Griff estaba inconsciente en el sofá.

Por razones que Dante nunca pudo explicar, había dejado que las tres chicas hicieran garabatos a lo largo de todo su cuerpo con rotuladores antes de que se desmayara. Cuando volvió en sí, la pintura se había secado, azul y roja. Tenía escritas gilipolleces en cada centímetro cuadrado de su cuerpo y no tenían pinta de quitarse sin frotar de lo lindo.

Por la mañana, sin pensárselo dos veces, Griff había desnudado a Dante, le había cogido en brazos, se había metido en la ducha con un cepillo duro y literalmente había restregado a su mejor amigo de la cabeza a los pies, los dos partiéndose de risa. Tenían que ir a la iglesia al bautizo de algún primito. Esa fue la única vez aparte de esta que había cargado con Dante.

Ahora no podría hacerlo. Llevarle en brazos desnudo. Bien pensado, Dante tampoco lo haría ahora. ¿O sí?

Griff podía ver el final de las escaleras, podía apreciar el primer atisbo de aire fresco. Le ardían las pestañas. Utilizó las últimas fuerzas que le quedaban para apretar a Dante contra su pecho y empujar la puerta para salir.

Estaban en la calle y podía respirar y todo el mundo le gritaba. Estaba casi ciego por el humo, y el mundo entero no era más que una imagen borrosa en llamas. Tenía la nariz llena de cenizas y las cejas chamuscadas.

—¡Al suelo! ¡Ponle en el suelo! —Los técnicos en atención sanitaria le hicieron soltarle y subieron a Dante en la camilla. Tommy se inclinó sobre él. Comprobó el pulso y dio algunas instrucciones en bajo a los otros asistentes. Una corpulenta mujer negra succionó sus vías respiratorias mientras refunfuñaba.

Dante emitió un fuerte jadeo. Vuelto a la vida. Y Griff reconoció la música exacta de su respiración.

Gracias, Dios mío.

Griff intentó mirarle, pero cayó de rodillas en el suelo, hecho polvo. Le daban arcadas. El vómito negro salió de su boca en largas bocanadas envenenadas sobre la acera.

Ahora sé a lo que sabe una televisión asada.

Por encima de ellos estallaron más ventanas, y cayó un enorme pedazo de techo de uno de los pisos más altos, soltando miles de cenizas que daban vueltas por el aire. Una columna colosal de llamas lamió el cielo.

Podría haber sido él.

—¿Qué coño estabas haciendo, Muir? —Había alguien a su lado y le estaba gritando. Briggs—. Un poco más y tendríamos tu culo gordo asado.

Que te jodan. Griff volvió a escupir. No podía librarse del sabor que tenía en su garganta, ni de la imagen de Dante acurrucado contra la pared. ¿Qué coño había estado haciendo Dante?

Umm, ¿su trabajo? También es bombero.

Dante escupió y tosió cuando Tommy le puso una sonda de oxígeno en la nariz y le hizo respirar, comprobando los daños con manos suaves.

Gracias, Tommy.

Un asistente sanitario pecoso le levantó el párpado y le pasó una linternita por la pupila, murmurando algo a los demás. Tommy asintió y miró a Griff… y asintió con la cabeza. Se pondría bien.

La siguiente ronda en el Pipe Room es mía.

Briggs estaba cabreado.

—Gilipollas, estábamos montando la escala. ¿No podíamos esperar tres putos minutos por tu novia de mierda?

De repente, Griff se puso de pie, levantó el puño para golpear la cara de Briggs allí mismo, en la calle, pero Siluski le agarró el brazo y tiró de él hacia atrás como si fuera un Rottweiler.

El jefe intervino poniéndose frente a Briggs. Levantó una mano.

—¡Déjalo, Briggs! Es su hermano.

—Si tú lo dices. —Briggs dio otro paso y Watson le puso una mano en el pecho.

—Pues sí. Por eso llevo esta camisa blanca, gilipollas. —El jefe dio un paso adelante—. Por eso tengo estos galones en el pecho. Cálmate.

Griff sabía que estaba respirando demasiado rápido e intentó ralentizar sus jadeos para no hiperventilar y desmayarse. Cuando los sanitarios le quitaron el traje a Dante, Griff pudo ver las letras mayúsculas de la camiseta interior azul marino de Dante: «ALÉJATE 50 METROS».

Inténtalo.

Siluski puso una mano sobre su brazo, y le hizo moverse hasta la acera frente al edificio humeante.

—Venga chaval. Ya le tienen.

Griff miró hacia abajo a la mano en su manga, y sintió como si ese brazo enorme no le perteneciera. Los músculos seguían en tensión y agitados.

—Sí, señor.

Griff dejó que una voluntaria de la ambulancia le condujera junto a la furgoneta de los servicios sanitarios para que le administraran unos inútiles primeros auxilios, más que nada para que no asesinara y mutilara a Briggs en un lugar público.

Una vez hubieron terminado de jugar a los médicos, Griff caminó con sus pies de robot hasta el camión. Tenía que llamar a los padres de Dante. Por encima de ellos, el edificio ardía bajo la única manguera que funcionaba.

Puta ciudad. Putos republicanos. Putos recortes presupuestarios.

El jefe le pasó el casco de Dante.

—Gidwitz lo encontró.

—Gracias. —Griff se lo apretó contra el pecho como un niño.

—¡¿Qué coño estabas haciendo?!

—Realmente no era yo. Lo que quiero decir es que no lo pensé. —Griff tosió. Dios, apestaba—. Yo no… —Se sentía sin fuerzas, como loco sin ninguna razón. Quería machacar el cráneo de Briggs por haber llamado a Dante su novia, por escoger ese momento para ser un gilipollas, por tratar de dejarle en ridículo.

—No. Hiciste bien. Podía haber muerto ahí arriba. —El jefe asintió con la cabeza—. Sin embargo, te tengo que amonestar, pero

extraoficialmente. Hiciste lo que debías.

Griff sostuvo el casco contra el pecho y respiró. Al pestañear sintió algo extraño; se dio cuenta de que sus pestañas estaban totalmente chamuscadas.

La ambulancia que llevaba a Dante salió corriendo a toda velocidad y Griff sintió que su corazón se iba con ella, soltándose de su pecho como si fuera un hilo muy largo que no se rompía.

El incendio del Slick Willie se sofocó al cabo de unas tres horas. Por fin, gracias a Dios, vinieron los del Camión 361 del otro parque de Red Hook, y lucharon hasta que cedió. Utilizaron otra boca de riego que no estaba estropeada, y el resto de los hombres volvieron a entrar. El camión caló la fachada con agua, y después el interior para mojar los puntos calientes.

Griff se quedó abajo en la calle tratando de meter aire en sus pulmones escaldados. Se podían ir todos a tomar por culo. No habría hecho ni una sola cosa diferente. Los médicos le dijeron que si hubiera sido fumador, probablemente se habría ahogado. Por enésima vez, se alegró de que Dante odiara el tabaco en su casa.

Cuando se extinguió el fuego, el resto de los chicos volvieron arriba para hacer una inspección piso por piso entre las cenizas espesas y los aparatos carbonizados y los cartones calcinados. En cuanto constataran que todo estaba en orden, lo único que querían todos era largarse de esa mierda de sitio.

Al final no hubo ningún «quemado»; no había muerto nadie en el edificio. El teniente realizaría un recorrido por la mañana porque el hecho de que hubiera «múltiples puntos de origen» era un indicio bastante claro de que se tratara de un «fraude a la compañía de seguros». Putos idiotas.

Dante fue el único caso médico serio, y fue por su maldita culpa. Tommy estaba prácticamente seguro de que tenía una herida en la cabeza, pero él era el responsable, así que Griff no tenía una buena excusa para ir con ellos al hospital.

En el camión los chicos estuvieron en silencio. Habían tenido suerte, y Griff había sido un estúpido. Bueno. Nadie iba a culparle de salvar una vida, especialmente una de las suyas.

Mientras iba sentado mirando hacia atrás, zarandeado por la carretera llena de baches, Griff miró las caras de los demás. ¿Le estaba mirando alguien de forma rara? ¿Se habrían fijado en la gilipollez que había dicho Briggs? No. Todos sabían que él era un Anastagio honorífico. Le dejaban morirse de miedo en paz.

¿Dónde estaría ahora Dante?

—Me estoy haciendo demasiado viejo para esta mierda. —Griff trató de tragar saliva. Le temblaban las manos. Estaba empapado bajo su traje. Aún no estaba seguro de no haberse meado en los pantalones cuando encontró a Dante inconsciente y quemado.

Siluski sacudió la cabeza y se secó la boca.

—Qué va. Me parece que eres justo lo suficientemente mayor para esto, chaval.

Griff cerró los ojos y descansó dentro del camión que se balanceaba, ignorando a todo el mundo. Cuando iba mirando hacia atrás, sin poder ver hacia dónde se dirigía, siempre se mareaba un poco. Le quemaban los ojos y lloró un poco del alivio, pero quién podría decirlo bajo la mugre del incendio. Necesitaba una ducha, un trago y una cabezada. Necesitaba sentarse y hablar de todo y de nada con la única persona que hacía que todo se le revolviera dentro sin que fuera consciente de ello.

Y así, de repente lo supo con una certeza terrible: no podría esconderse para
siempre.

Aunque estuviera destrozado, no había nada más terrorífico que perder la oportunidad de contarle la verdad al hombre que amaba.

CAPÍTULO XI

Griff estaba trabajando en la puerta del Stone Bone casi una semana más tarde cuando volvió a ver a Tommy, esta vez con aspecto de paciente.

Griff había ido directo al bar desde el hospital, donde había ayudado a Dante a dejar libre la habitación. Dante se había pasado tres días en observación por una conmoción cerebral. Además le habían tenido que dar puntos; se despertó esa primera noche, pero le habían retenido por la hinchazón. Griff le había estado visitando todos los días y llevaba revistas y comida basura, más para él mismo que para Dante. No se le ocurría nada que decir que no sonara a locura, así que se mantenía callado.

Dante parecía apreciar el silencio y la compañía. Hoy le habían dado el alta.

Esta noche, Griff tenía que estar en la puerta del Bone hasta las dos, y después tenía que hacer la colada. Quería pasarse por el súper y pillar algo de comida para la nevera de Dante. Rezó para que fuera una noche de jueves tranquila, de forma que pudiera pirarse pronto y así levantarse a tiempo para…

—Muir, soy yo. —Tommy ya estaba como una cuba cuando apareció en la puerta, y Griff tuvo que mirar dos veces para adivinar quién era. Entonces su estómago le dio un brinco.

Thomas Dobsky Jr. estaba en un estado horroroso. Sus ojos salvajes no se centraban y parecía que había dormido con la ropa que llevaba puesta. Tenía un corte sobre la ceja izquierda, más profunda que un simple rasguño y se había puesto una tirita, como si se hubiera vuelto a abrir en otra pelea. Uno de los botones de la bragueta de sus vaqueros azules estaba abierto. Dios. ¿Habría tenido otra sesión de sexo en un callejón cerca de casa?

Un osezno magullado.

Griff apartó el pensamiento y se inclinó sobre el pequeño paramédico.

—Tommy, no tienes muy buen aspecto.

Tommy se apoyó contra el marco de la puerta con su cuerpo muy cerca de Griff. Su aliento era caliente y apestaba a whisky.

—Tengo que estar en casa en media hora. Mi mujer. —Movió un dedo de borracho y rozó con la rodilla a Griff, sin querer, o tal vez no.

—Deberías hacerlo. Dormir un poquito antes de tu turno. —Griff dio un paso atrás.

—Vete a la mierda. —Tommy le empujó y se metió en el bar mezclándose con la gente. Se dirigió a la barra.

Fantástico.

Las noches de los jueves el Bone solía estar tranquilo. Grupos de chicos trajeados que se tomaban unas cervezas antes de irse a casa, a Cobble Hill y Carroll Gardens. Habían entrado un par de trabajadores de otros sitios: tres policías fuera de servicio y Watson,

de su parque. Tommy era la única situación que requería atención, pero Griff no podía abandonar su puesto para encargarse de él. Además, tenía que ir a ver a Dante esa noche.

Durante la hora siguiente Griff trató de vigilar a Tommy, que no había dado muestras de querer irse a casa. El hijo de puta iba dando tumbos de mesa en mesa, dando la chapa a desconocidos y metiéndose en las conversaciones. El camarero estuvo a punto en dos ocasiones de indicarle a Griff que le echara, pero al final no lo hizo.

Sobre las nueve, Griff escudriñó el local buscando al pequeño paramédico y no pudo localizarle. Ay, Dios. Estaba muy inquieto. Seguramente Tommy no era tan idiota como para…

Griff le hizo un gesto al jefe para que ocupara su lugar un momentito.

—Tengo que mear.

Se dirigía al baño cuando divisó a Tommy encajado en la pequeña mesa corrida que había al fondo, acunando una pinta de cerveza oscura y asintiendo a alguien que estaba sentado a su lado. Entonces reconoció la cabeza afeitada y el traje.

Era Alek.

Estaba contando una historia, sonriendo y haciendo gestos con sus largos dedos; la sonrisa de Tommy era de borracho, y sus ojos parecían interesados en más cosas aparte de en la charla.

Ay, la Virgen…

Griff rezó para que ninguno de ellos fuera tan estúpido de empezar algo en el Stone Bone. Alek no iba a decir nada, ¿verdad? O, ¿intentaría captar a Tommy para la página web CabezaCaliente? *¡Dios!*

Peor: ¿y si estuvieran ligando? Que Tommy quisiera follarse a lo bestia a tipos que encontraba por ahí en Manhattan, eso era una cosa; pero aquí.

No. Alek no haría nada que le mezclara con él ni con Dante. Dios, Griff había conocido a Alek más o menos en el mismo sitio donde estaba ahora. El ruso sabía jugar sus cartas. Y Tommy…

Si Griff no hubiera sabido las cosas que sabía de cada uno de ellos, no les habría dedicado una segunda mirada.

Al final, contó hasta tres. Los dos parecían estar muy a gusto. Comprobó que nadie estuviera prestándoles atención. Ahí podía haber tan solo dos colegas charlando, tomándose una cerveza. Nada del otro mundo. *Sí.*

Se movió, pasando entre la gente para llegar al banco donde estaban sentados. Solo tenía unos minutos para ir al rescate antes de tener que volver a la puerta. Se deslizó en el asiento de plástico frente a ellos.

—¡Griff el Grande! —Tommy estaba más borracho y más simpático ahora. Su boca parecía blanda y feliz. Graznó—: ¡Eh, tío, siéntate! —Como si Griff no lo hubiera hecho ya.

—Señor Muir. —Alek sonrió y saludó con la cabeza—. No le vi al llegar. Thomas y yo estábamos justo contando chistes de bomberos.

—¿Sí? —Griff se quedó mirando fijamente a Alek y sacudió la cabeza con energía. ¿Qué cojones estás intentando cazar aquí, bolsa de grasa? Lo sabía perfectamente.

—Sólo estábamos charlando. —Alek movió la cabeza hacia los lados en respuesta a la pregunta no formulada y dejó caer su mirada azul.

Tommy se recostó en el banco. Tenía los brazos lo suficientemente abiertos como para que uno de ellos estuviera por detrás de Alek. Nada extraño si no estuvieras queriendo ver cosas raras.

—Le estaba diciendo al señor.

—Vaklanov —Alek habló despacio con su acento del este—. Alek Vaklanov.

—Sí, eso. —farfulló Tommy—. Le estaba hablando del parque de bomberos. El mejor trabajo, una mierda de dinero. Pero somos como hermanos, ¿verdad? —Miró a Griff como un perro herido—. Todo el mundo se preocupa por ti todo el rato.

Alek se puso en pie, pero solo para dirigirse a la barra, moviéndose bajo la atenta mirada de Griff.

—¿Queréis algo de beber?

—Estoy trabajando. —Griff le gruñó, lanzándole un reto. No me toques los cojones.

Alek se inclinó a decir algo a Tommy, que estaba mirando con los labios humedecidos a la mesa llena de marcas. Tommy asintió y se sonó la nariz ruidosamente. Alek se puso derecho y comenzó a ir hacia la barra.

En cuanto se hubo marchado, Griff dio un golpecito en la mesa de madera para captar la atención de Tommy.

—¡Eh, Dobsky! Pensaba que te tenías que ir a casa.

—Estoy en casa. —Tommy se giró tambaleándose para mirar el culo de Alek. Se relamió los labios y volvió a girarse—. Quiero decir… que estoy… ¡¡¡yuhuuu!!! —Y se rio entre dientes.

Gilipollas.

—¡Ey! Ey. —Griff chasqueó sus gruesos dedos y dejó caer su voz a ese tono grave que Dante llamaba su voz de bárbaro—. Sea lo que sea lo que estés pensando, no lo hagas. Dobsky, ¿me estás escuchando? —¿Tendría que ser más directo?

Tommy se giró hacia la mesa y buscó algo en los pantalones. Levantó una tarjeta arrugada hasta ponerla a la altura de sus ojos inyectados en sangre.

Griff tuvo que sentarse sobre sus grandes manos para no quitársela. ¿Era el número de teléfono de Alek? ¿O la tarjeta de CabezaCaliente? Cualquiera de las dos posibilidades era un desastre. Tenía que sacar a Dobsky de allí sin montar un número y sin dejar que se enterase de nada.

El paramédico se mordió el labio como concentrado y dio unos golpecitos en la tarjeta doblada con sus dedos regordetes. Sus ojos volvieron a fijarse en Alek que estaba en la barra.

—Dobsky, no me obligues a echarte. Eres un puto desastre. Vete a casa con tu mujer antes de que pierdas el conocimiento.

Tommy se giró y miró a Griff con el ceño fruncido. Todavía no sabía lo que Griff sabía, y eso era una ventaja. ¿Le habría hecho ya Alek una oferta?

—Escúchame. —Griff se inclinó hacia él—. Lo digo por ti.

Tommy resopló y jugueteó con el vaso. Por un momento pareció que sus ojos dorados se iban a poner a llorar; después la vidriosidad desapareció. Se levantó del banco para poder enfrentarse a Griff, y le dio un golpe al gigante en el pecho para dejar claro su enfado de borracho.

—Tú… no puedes… ayudarme… mierda. —Soltó un hipo y volvió a sentarse pesadamente en el banco.

—Cállate, mendrugo. —Griff miró alrededor para asegurarse de que nadie estaba prestando atención al borracho gordito y al gigante pelirrojo que charlaban en el banco. Gruñó suspirando—. Antes de que te meta en una caja y te mande por correo a tu casa. Deja que te pida un taxi.

Tommy sonrió y le guiñó un ojo, ya sin enfado. Otro guiño despacito, como si estuviera guiñando con los dos ojos. Sopesó la oferta y soltó un eructo.

—No gracias, amigo. Estoy bien. Eres enorme, ¿eh? —dijo lanzando una mirada al pecho y los hombros de Griff.

Perfecto. La intimidación física no solo había fracasado, sino que había conseguido que el puto pervertido se pusiera cachondo. Había olvidado que a Tommy le ponían los matones.

—Venga, Tommy. —Griff consideró la posibilidad de dar la vuelta alrededor de la mesa, tirar de él y sacarle afuera al aire fresco, pero no se movió. Miró a su puesto en la puerta. El reloj corría.

Estaban sentados en ese banco tratando de encontrar las palabras. Palabras para decir cosas muy diferentes el uno al otro.

Antes de que Tommy comenzara a hacer alguna confesión, Griff tosió y rompió la tensión del momento.

—Eh, tío, no pasa nada.

Eso era una puta mentira y los dos lo sabemos.

—Griffin. Creo que me quiero divorciar. —La voz de Tommy sonó rasgada—. La gente se divorcia.

—¿De qué hablas? —Ay, mierda.

—Es horrible, tío. —Tommy se frotó la cara—. No sé con quién hablar.

Ni tú ni yo, gilipollas. Griff pensó en lo cerca que había estado de contarle a Tommy todo, *gracias a Dios* , y cómo decidió mantener la boca cerrada.

En la barra, Alek estaba recogiendo las bebidas cuidadosamente. Griff vio a una mujer de mediana edad que estaba a su lado tratando de ligar sin conseguir nada. El tren equivocado.

Tommy estaba deslizando el vaso sobre la condensación de la mesa.

—Griff, eres un buen tío, de verdad. De nivel. Uf, ¿has pensado alguna vez en…?

Viendo lo hundido que estaba, Griff se dio cuenta de que estaba tratando de reunir el coraje de borracho necesario para confesar algo espantoso. Tommy quería contarle todo y pedirle un consejo que Griff no quería darle.

—Como… eres una casa de ladrillos. Quiero decir… tú y Anastagio sois grandes hombres. Como hermanos. Mmm. Nadie se mete con vosotros. Si yo necesitara… —Tommy se reconcentró en su miedo, tratando de encontrar las palabras, y Griff le dejó; él tenía lo suyo—. Porque los dos somos, ehhh, tíos.

El espectro de esa cruda follada en el callejón flotaba en el aire entre ellos, planeando y materializándose a medida que Tommy iba hablando.

Entre ellos dos, solo Griff sabía que los dos estaban pensando en el mismo deseo peligroso: piel arañada, pollas duras, pechos peludos, el contacto con la barba y el líquido pre-eyaculatorio, el calor de los gruñidos, la tensión, los gemidos que eran posibles entre dos hombres que querían lo mismo y no tenían miedo.

No como yo, que estoy aterrorizado.

Tommy cogió aire.

—Todos tenemos nuestras necesidades. Lo que significa que también podemos ser cerdos. —Soltó una risotada.

Griff cerró los ojos esperando que cayera el hacha justo allí, en el Stone Bone, y medio deseando que cayera.

Tommy por fin encontró las palabras, su propósito fijo.

—Lo que estoy diciendo es… ¿Te has preguntado alguna vez cómo sería…?

Hacértelo con un hombre.

Follarte a tu amigo.

Ser gay.

Griff apretó los dientes y contuvo la respiración, abriendo los ojos para ver cómo surgían las palabras.

Tommy levantó la mirada, aturdido, y tomó aire para terminar su pregunta… Pero de repente, Alek estaba ahí, de pie, con su entrepierna chocando contra la mesa.

—Pues aquí estamos, caballeros.

Una oleada de alivio y de culpabilidad pasó por encima de Griff al notar que el fantasma del sexo homosexual se evaporaba antes de que Tommy pudiera hacerlo tangible.

Alek colocó una taza de café encima de la mesa picada frente a las manos de Tommy.

—¿Tom? —Griff formuló una pregunta que sabía que no obtendría respuesta—. ¿Qué, tío? ¿Cómo sería… qué?

—No importa. —Tommy se quedó callado, cerrando sus dedos gorditos sobre la taza caliente.

Alek se sentó junto al turbado paramédico y le hizo un gesto con la cabeza a Griff, *hora de irse.* Llegaron a un acuerdo silencioso

mientras Tommy pensaba en cómo su terrible confesión había sido secuestrada y por qué se estaba tomando una taza de café en el Bone.

—Tengo que volver a la puerta. —Griff se alejó del banco, saludando con la cabeza al jefe, que parecía cabreado—. Bébetelo entero, Dobsky. La última ronda. Vete a casa con tu familia. —Dejó caer esa última palabra mirando a Alek.

Alek inclinó la cabeza hacia la puerta. Entendía a Griff perfectamente, la orden y la amenaza.

—En cuanto se tome todo café, meteré a nuestro amigo en un taxi. Se lo prometo, señor Muir.

Pobre Tommy.

Griffin regresó a su puesto en la puerta deseando saber a quién podría él pedir consejo.

La mañana siguiente, Griff salió de casa de su padre sin comer. Iba en serio con lo de mudarse antes de las vacaciones, y era 13 de octubre.

Loretta Anastagio le había concertado un par de citas para buscar alquileres con él. Antes de tener a la niña, se sacó la licencia de agente inmobiliaria y vendió unas pocas casas.

Griff la había llamado y le había pedido ayuda para largarse del sótano de su padre. Él sabía lo que quería: nada maravilloso, tan solo un lugar que pudiera pagar con los trabajos que tenía y que estuviera lo suficientemente cerca del resto de su vida como para que no tuviera que perder la mitad del día cogiendo trenes.

Quería algo limpio, cerca de sus dos familias, y a media hora del parque y del bar en coche o metro. Ella había intentado obligarle

a ser más concreto, pero a él no le importaba y sus reglas eran muy simples: no quería compañeros de habitación,
independientemente de lo maravillosos que fueran; no quería un estudio, por muy cómodo que fuera; nada en Staten Island, por muy barato que fuera.

Simple, ¿no? Al parecer, no. Loretta intentó negociar hasta esos mínimos requisitos, pero él se mantendría firme. Griff sabía exactamente lo que podía soportar en el día a día.

Suspirando, ella hizo predicciones funestas sobre alquileres imposibles, y Griff le dijo que mirara a ver lo que podía encontrar. El negocio inmobiliario de Nueva York siempre había sido como un depósito radioactivo. Griff solo quería ver algunas opciones.

A regañadientes, ella aceptó buscar algo en cuanto dejara a Nicole en la guardería. Él se reuniría con Loretta allí y la volvería a dejar a tiempo de recoger a su hija a mediodía.

Mientras iba conduciendo hacia el colegio, Griff comprobó su teléfono. Solo un mensaje de voz de Alek haciéndole saber que había metido a Tommy en un taxi tal y como habían acordado. Traducción: «No le di por culo a tu amigo borracho con mi superpolla rusa ayer por la noche».

Griff se preguntaba si habría un modo de asustar a Tommy lo suficiente como para conseguir que evitara a Alek totalmente.

Pensó en llamar a Tommy para asegurarse de que hubiera llegado a casa sano y salvo, pero se lo pensó mejor. No eran exactamente amigos, y parecía que las cosas ya estaban un poco tensas en el hogar de los Dobsky. Lo último que haría Griff era complicar una mala situación metiendo el pico donde no le llamaban.

Métete en tus propios asuntos.

Aparcó en paralelo frente a las ventanas de colores brillantes y buscó a Loretta, pero no estaba en ningún sitio. Griff miró su móvil. ¿Había olvidado comprobar los mensajes? No. No había ninguno de Loretta.

—¡Buenos días! —una cálida voz de barítono le llamó desde el otro lado de la calle.

Dante se dirigía tranquilamente hacia él con una taza de café y una bolsa de papel manchada de mantequilla en una mano y una sillita de niño para el coche en la otra. Una furgoneta disminuyó la velocidad para dejarle pasar—. ¡Te he traído un Suizo!

Después de su accidente, Dante se había tomado un tiempo de baja por su leve conmoción cerebral. Solo hacía una semana desde que se había abierto la cabeza y casi se había quemado vivo. Estaba más guapo que nunca. Al parecer, su experiencia cercana a la muerte le había sentado muy bien.

—Se supone que había quedado con tu hermana. —Griff inclinó la cabeza, confundido.

—¿Y qué soy yo, un cero a la izquierda? —Dante le pasó el café.

—No. Solo que… —Griff aceptó la bolsa de la panadería. Olía a albaricoque y le sonaron las tripas.

—Frankie le ha dado una sorpresa por su aniversario. Llegó en avión de Irak ayer por la noche y me llamó para que la sustituyera como cuidador de niña y proxeneta de apartamentos.

Griff le dio las gracias con la cabeza, entrecerrando los ojos por el sol de la mañana. No parecía haber ninguna cosa rara entre ellos. *Te he echado de menos, D.*

Dante le devolvió la sonrisa, como si hubiera leído la mente de Griff y estuviera de acuerdo.

—Sabía que tendrías hambre.

—Bien. —Griff se giró hacia la camioneta—. ¿Te importa conducir mientras yo como?

—Claro. Quiero que tengas el estómago lleno cuando veas esas mierdas de apartamentos. Que tengas algo que vomitar.

Griff no tenía ninguna mano libre para pegarle a su sonriente amigo, pero eso era lo que le pasó por la cabeza. Además, darle un golpe en la cabeza a un hombre que acababa de sufrir una conmoción parecía demasiado. Dio un trago del café cargado.

—¿Qué tal la cabeza?

—Más dura que nunca. —Dante se dio un golpecito en la cabeza como si estuviera llamando a una puerta y Griff puso una mueca de dolor—. ¿Qué pasa?

Griff abrió los ojos ante la actitud displicente de su mejor amigo.

—Ufff. ¿Qué no hace ni una semana? Aún estás de baja médica. ¿Te suena algo?

—Bah. Estoy en forma para pillar cualquier cosa que me lances. —Puso los ojos en blanco y se dio un golpe en el pecho.

—Dante, en serio. Casi te quemas vivo. Te partiste la cabeza.

—No te preocupes, G. Ya me salvaste. No voy a convertirme en un vegetal.

Griff resopló asombrado.

—Dios. Ya eres un puto vegetal. Un capullo.

—Tengo aquí tu capullo, Muir. —Dante se apretó el paquete y se mordisqueó el labio jugoso—. No todos podemos ser secuoyas.

Y puede que tú no seas un fan suyo, pero mi capullo consigue germinar un montón de veces. —Siguió a Griff hacia la camioneta—. ¿Las llaves? —Sin avisar, Dante se acercó y metió la mano en los bolsillos de Griff, revolviendo en ellos en mitad de la calle.

—¡Ay! —Griff se quedó helado, de pie junto a la puerta del copiloto.

Dante se rio en bajo.

—Aquí está mi flor.

Griff contuvo la respiración mientras la mano de Dante se deslizaba contra el lateral de su blanda entrepierna. Trató de recordar que solo eran dos amigos haciendo unas risas en una esquina de Brooklyn. Soltó un bufido.

—Sí. Yo podría… no tienes que jugar a la búsqueda del tesoro submarino escondido en mis malditos pantalones.

—Tengo que buscar esa anguila eléctrica. —Dante cerró su mano sobre el aro, guiñó un ojo y sacó el puño del bolsillo.

Griff dio otro trago al café y miró a los lados para asegurarse de que nadie los había visto. La acera estaba vacía a su alrededor. Casi no le importaba.

Uf. Me imagino que el porno es una especie de cura para los complejos.

Dante abrió la puerta para que Griff subiera, y a continuación la cerró con fuerza. Fue corriendo por la parte delantera y saltó al asiento del conductor.

—No puedo creer que me dejes conducir tu puta camioneta.

—Siempre he querido tener un chófer italiano mañoso. —Griff dio un mordisco al bollo de albaricoque y masticó feliz.

Dante se rio y sacó un taco de papeles doblados del bolsillo trasero de su pantalón para pasarle el listado de Loretta: su plan de escape. Tenían el calor del cuerpo de Dante y estaban curvados por haber estado pegados contra su culo.

—¿Adónde vamos primero, señor Muir?

Griff masticó un momento y dejó que los papeles se enfriaran un poco antes de desdoblarlos. Dante tenía ganas de arrancar.

—Escoge un sitio, cualquiera.

Griff miró la hoja. Loretta las había organizado concienzudamente por zona.

—Umm. Primera parada. Sunset Park.

Dante inclinó la cabeza, comprobó el espejo, y avanzó por la carretera suavemente.

Griffin no sabía lo que esperaba, pero no tenía ni idea de que los neoyorkinos podían vivir en sitios tan espantosos. Algunos eran auténticas pocilgas.

Todos eran una mierda; todos los apartamentos que Loretta había seleccionado. Era espantoso ver lo que Brooklyn tenía para ofrecer a un trabajador soltero. Al final Griff entendió lo que Loretta le había estado intentando decir con tanto tacto.

Bueno, tampoco era del todo cierto. Algunos sitios eran bonitos, pero el alquiler era poco realista. Incluso con su sueldo de los Bomberos de Nueva York, su curro como segurata en el Stone Bone, y trabajando en la construcción los fines de semana, estos apartamentos eran tan caros que Griff tendría que trabajar sesenta horas al día para pagar el alquiler, por no hablar de la comida o de la electricidad.

Los tres apartamentos que se podía permitir, todos ellos, eran como medievales, feos e incómodos.

La primera opción era un sexto sin ascensor que tenía un montón de basura esparcida por los interminables peldaños y cagadas de perro en el rellano. En el piso, una pareja se gritaba el uno al otro en francés, o en algo que sonaba a francés. Un niño pequeño deambulaba fuera de la puerta en pañales y con los pies descalzos. *No gracias.*

Uno de los apartamentos no tenía ni siquiera paredes ni baño, solo el hueco de la tubería que sobresalía en el cemento inacabado en el centro de una habitación vacía.

—¡Pareja fines de semana, como nuevo! —había exclamado el tío—. Puedes instalar las habitaciones que te dé la gana y el váter que quieras. —Señaló la ventana de casi un metro de alto que había en una pared—. ¡Y con vistas!

El tercer apartamento resultó ser un piso semilegal de dos habitaciones que dos primos sospechosos habían construido encima de una pizzería sin contar con los permisos necesarios. Les explicaron que su familia no podía enterarse de que lo ocupaba alguien, así que el alquiler tenía que pagarse semanalmente y en metálico. Además, Griff podría comer todas las pizzas que quisiera, y podrían hacer apuestas en su nombre en la lotería clandestina de su padre. En el piso de arriba, Dante encontró una rata del tamaño de un zorro muerta en la habitación con olor de pepperoni. Los primos, avergonzados, explicaron que habían echado veneno en el sótano, y que las ratas habían subido allí:

—Como de vacaciones.

Dante se fue riendo mientras se dirigían de vuelta la camioneta, dándole golpes a Griff en la espalda y tratando de hacer que él también se riera.

En cuanto estuvieron de nuevo en la carretera, Griff no dijo nada. Se limitaba a doblar y desdoblar las hojas de Loretta, que seguían mostrando la forma del culo de Dante.

Dante conducía de vuelta a la guardería porque tenía que recoger a Nicole.

—Lo siento. —Griff se sentía como un idiota por haberle tenido dando vueltas por todas partes a Dante.

—¡Venga! ¿Por qué? Yo quería ayudarte.

—¿No te importa dar vueltas conduciendo?

—Bah. ¡No! Lo odio, G. —Dante se volvió hacia Griff y transformó sus hermosos rasgos en la cara de tonto del pueblo que le encantaba poner: ojos bizcos y lengua fuera—. Quiero que te vengas a vivir conmigo, tío.

—No. Te lo agradezco, pero necesito encontrar un sitio para mí solo. Ya soy mayor. —Griff se giró para mirar por la ventanilla del copiloto. No quería ver la petición en los ojos sin fondo de Dante.

—Piénsalo. Tengo un montón de habitaciones.

—¡Sin paredes ni puertas! —Griff se rio y miró a su mejor amigo.

—¡Exacto! Podríamos aunar recursos. Gastos a medias. Me vendría bien tener un alquiler fijo, y tú podrías cubrir tu parte ayudándome en la restauración. Nos vendría muy bien a los dos y lo sabes. Hasta mis padres lo creen.

—¿Te lo han dicho?

—Griffin, ellos lo sugirieron. —Dante quitó los ojos de la carretera para traspasarle con la mirada. Frunció el ceño—. Saben lo mucho que trabajas. Saben cómo vives en casa de tu padre. Y ellos se preocupan por nosotros dos.

Griff trató de no plasmar su ansiedad en palabras que cruzaran ninguna línea y que sin embargo mostraran su agradecimiento por la oferta.

—Dante, no creo que deba vivir con nadie. Soy como un grano en el culo. Me suelo cabrear. Ronco. — *Y me hago pajas todas las noches mirándote en la web.*

Dante no se lo tragó.

—Sí, gilipollas, y yo soy un puto creído. Tengo y utilizo más productos de belleza que una tía. Puedo dormir en medio de un ataque con misiles y tengo el mismo puto horario que tú, por si no te habías dado cuenta. ¿Por qué estás tan en contra de mí? —Puso una mano sobre la gruesa pierna de Griff y la apretó.

¿Por qué, por qué, por qué? Me pregunto.

Griff luchaba por mantener su muslo relajado. No debía reaccionar. Miró hacia abajo, a la mano, y después a la carretera que tenían por delante. Suspiró.

—No es por ti. Me encanta tu casa, ya lo sabes. Y estar allí. Dios, te he ayudado a construir un montón de lo que está ahora en pie. Pero. No quiero molestarte.

—¡Qué dices! ¿Cómo me vas a molestar tú? ¡Te lo estoy pidiendo! —La exasperación de Dante se reflejaba en su voz, como si estuviese razonando con un lunático.

Griff inspiró profundamente y dejó salir el aire.

—No quiero meterte más presión de la que ya tienes.

Dante volvió a apretar la pierna de Griff y le dio unas palmaditas de «buen chico» antes de colocar las dos manos sobre el volante.

—De acuerdo. De acuerdo. Solo quiero que sepas que yo quiero que te vengas. Me gustaría que lo pensaras.

—Lo sé. —Griff asintió. Su muslo seguía sintiendo el hormigueo de la huella de la mano de Dante—. Lo sé. Lo haré. Lo pensaré. — *Pienso en ello unas veintitrés horas al día, y por eso es una idea pésima.*

Dante aparcó en un hueco en la manzana siguiente a la escuela de Nicole. Apagó el motor y le devolvió las llaves.

Griff las cogió y se giró hacia Dante.

—Siento haberte hecho perder el viernes. Deberías estar en la cama.

—No he perdido nada. Calla.

La gente menuda pululaba alrededor con sus madres enfrente de las letras de pastel que estaban pintadas en la fachada del edificio.

Dante señaló con el dedo y empezó a salir del camión.

—Allí está.

—¿Puedo ir contigo y saludarle? —Para su sorpresa, Griff se escuchó a sí mismo preguntar en alto.

—¡Claro! Sí. Le encantará. —Dante esperó a que Griffin cerrara la camioneta y se guardara las llaves en el bolsillo.

Bajo una brillante pintura de calabazas apiladas, Nicole estaba agarrada a la falda de una profesora jovencita, mientras les apuntaba al verles acercarse. La profesora se agachó para que Nicole pudiera decirle algo.

Dante habló torciendo su boca color vino.

—Debería decirte algo… solo para que lo sepas: te llama Monstruo.

—¿Monstruo? —Griff sacudió la cabeza mientras cruzaban la carretera—. Me pregunto de dónde habrá sacado eso.

—Ni idea. —Dante miró para otro lado tratando sin éxito parecer inocente—. Eres enorme y cascarrabias y tienes el pelo de un rojo abrasador.

—Intentaré no aplastar a ningún enano. —Griff sonrió y le empujó con el hombro tan fuerte que le hizo dar un traspié.

—¡Eh! —Dante soltó una risa indignada—. ¡Soy tan frágil! Me estoy recuperando.

—Ya veo.

Los dos bomberos siguieron su camino a través de los diminutos colegiales para recoger su mercancía.

Nicole les miraba aproximarse con una especie de escepticismo paciente, como si estuviera esperando que Griff se subiera encima de un edificio. Griff se sintió como Godzilla.

—Venga, bicho. —Dante alzó a su sobrina en brazos, dándole las gracias con la cabeza a la profesora por esperar con ella.

Nicole puso sus ojitos en blanco ante la injusticia de ser tratada como una niña pequeña.

—Tío Dante.

—Y el Monstruo —Griff murmuró según se dirigían al coche de Dante.

Dante y Nicole se rieron hasta que él también se rio.

En algún momento alrededor de las dos de la tarde, Griff se dio cuenta de que él y Dante serían muy buenos padres; juntos. Aunque

pareciera mentira, Nicole fue la que diagnosticó la delicada condición en la que se encontraban.

Después de recoger a la niña en el colegio, se habían ido a comer a Ferdinando's, el ristorante siciliano de la vieja escuela de toda la vida. Se devoraron un par de platos de bolitas de arroz, y después Nicole y Dante compartieron unos pocos panelli, sabrosos buñuelos de garbanzos que eran el plato preferido de Dante. Griff tomó una pizziole, y el cerdo estaba tan tierno que no tuvo ni que tocar el cuchillo.

Griff insistió en pagar él, y la dulzura con la que Dante le miró al decirle «gracias» le hizo desear comprar un millón de almuerzos y dárselos a cualquier extraño.

A pesar de que sabía que tener hijos no era tan fácil, a Griff le encantó tener la oportunidad de holgazanear con su mejor amigo y jugar a los papás un rato. Sin alarmas, sin peleas de bar, sin reparaciones. Solo ellos tres deambulando por Cobble Hill, parándose en las panaderías cada cierto tiempo. Y si una parte secreta de él pretendía que ellos eran una pareja de hombres pasando la tarde con su hija, trató de no pensar en ello demasiado. Dante había prometido a su hermana que llevaría a casa a Nicole a las tres.

Al salir de Ferdinando's, Dante se aseguró de que Nicole estuviera bien atada y le pasó una bufanda de lana hecha a mano por el cuello. Se metió las manos en los bolsillos y entrecerró los ojos mirando al cielo como si le diese vergüenza.

—Uff. Me gustaría pasarme por el banco. Tengo una cita con el planificador financiero.

Griff no estaba seguro de haber oído bien.

—¿El qué? ¿Un viernes? —Estaba tan sorprendido que olvidó seguir andando.

Dante no se dio cuenta y siguió caminando por la acera mientras hablaba de que tenía un plan sólido y un número redondo en su cabeza.

Hostia. Me ha escuchado.

Por fin Nicole volvió atrás y puso su mano sobre la de Griff y tiró de él; de no ser por eso, él podría haberse quedado allí de pie aturdido hasta que se pusiera el sol.

—Banco, —dijo Nicole, a la que solo se le veía un ojo por encima del cuello de su abrigo morado. Sabía que estaba hablando con el enorme monstruo tonto, así que habló despacio y con mucho cuidado—, el tío quiere ir.

Por fin Dante se dio cuenta de que estaba solo y se paró para mirar atrás; el viento empujaba el revoltijo negro de su pelo alrededor de los limpios rasgos de su cara. Su blanca sonrisa resplandecía. Abrió las manos como si fuera a preguntar «¿de qué vas?», mientras Nicole arrastraba al gran monstruo a contracorriente hacia su tío.

Al final, Griff dijo algo cuando casi le habían alcanzado.

—¿Me has oído?

—Siempre te escucho, G. —Y así, Dante tomó a Nicole de la otra mano y los tres se dirigieron al banco; para ver al Mago.

El banco de Dante de Brooklyn Heights resultó ser literalmente un palacio: paredes con azulejos, techos abovedados, suelo de mármol. El piso principal entero era como una diapositiva del Renacimiento italiano.

—Guau —exclamó Griff—, creo que a tu banco le va mejor que al mío.

Dante se rio.

—Sí, no. Es una copia de una casa de Florencia. Los italianos, ya sabes. Alguna familia lo construyó como réplica unos cien años atrás. —Sus ojos escudriñaron las mesas buscando a alguien.

A sus pies, Nicole iba subiendo los escalones pisando únicamente los de color crema. La estancia tenía el aspecto apagado de una iglesia.

—¿El señor Anastagio? —La voz de un hombre retumbó sobre las paredes y los techos, haciendo que algunas personas se giraran.

Dante y Griff se volvieron y se encontraron con un hombre de aspecto rígido de unos cuarenta años que levantaba una mano saludándole desde una mesa en medio de la sala grande y oscura.

—Será solo un segundo. —Dante pedía a Griff en silencio si le ponía a Nicole en sus manos. Griff asintió.

—Creo que quiere inspeccionar el lugar.

—Gracias. —Se agachó hasta ponerse a la altura de Nicole—. Sé buena con Monstruo.

Griff dejó que Nicole le llevara por toda la sala, pisando las baldosas cremas todo el tiempo.

Diez minutos se convirtieron en treinta, y Nicole ya se había hartado del impresionante espacio. Cuando anunció que tenía las piernas cansadas, encontraron un asiento y se dejaron caer en él. Dante seguía hablando con el tío trajeado.

¿Algo iba mal? Griff cambió su peso, le picaba todo y estaba inquieto por descubrir qué coño estaba pasando para que Dante llevara allí tanto tiempo, pero no pensaba interrumpirles.

Griff miró a Nicole, que estaba sentada al otro lado del banco junto a una caja medio vacía de zumo.

La niña parecía bastante contenta; estaba inventando historias muy elaboradas sobre los personajes de las dos filas para realizar ingresos, y compartía sus diagnósticos con Monstruo. *Extraño.* Ella escudriñó la sala buscando otra alma condenada que necesitase una historia.

—Perdona, cariño. ¿Te aburres?

—¿Por qué me iba a aburrir? —Nicole movió la cabecita confundida.

—Todo este rollo de los mayores. No pensaba que iba a llevarle tanto tiempo.

—¿Tú te aburres? —Nicole se puso muy seria y cruzó los brazos como si fuera una oncóloga que estuviera preocupada porque Griff tenía cáncer.

—Eh, no. Yo no. Me encanta hacer cosas contigo y con tu tío.

—¿Él se está aburriendo? —Se giró como para comprobar si Dante tenía cáncer.

En ese momento su tío estaba sentado a unos seis metros de ellos, en la mesa brillante, con la frente fruncida y asintiendo mientras el almidonado responsable de créditos decía algo categórico y sostenía un trozo de papel. Se había despeinado los rizos inconscientemente con los dedos, lo que significaba que estaba tratando de mantener la calma sin conseguirlo.

Griff se estiró para tratar de escuchar algo, pero como era de esperar el eco del espacio realmente lo hacía imposible. Todas las conversaciones resultaban enmascaradas en murmullos que sonaban por toda la estancia.

Griff volvió a tener la extraña fantasía de que eran una pareja y que iban juntos al banco, que podría sentarse al lado de Dante de la misma forma que lo haría un marido mientras el banquero les ofrecía opciones. Podría tomar la mano de Dante para que dejara de tirarse del pelo. Odiaba ver a Dante ahí, solo, enfrentándose a su peor pesadilla: escuchando tranquilamente a alguien que podía arrebatarle su casa.

Por favor, dale lo que necesite.

Entonces, como si Dante pudiera sentir su mirada, se giró y miró de forma directa a Griff y sonrió, de forma que toda su cara se iluminó. Señaló al reloj y levantó una mano. Cinco minutos. Con sus ojos negros clavados en los de Griff, le hizo un guiño lento y dulce de «gracias» y se volvió otra vez hacia el responsable de créditos.

Griff regresó repentinamente al lugar donde estaba sentado y se dio cuenta de que tenía la misma sonrisa brillante en su cara sonrojada. También se dio cuenta de que la pequeña doctora se había acercado a él para explicarle algo a su monstruo grande.

—No, no. Él no se está aburriendo. —Nicole emitió el diagnóstico de su otro paciente—. Solo te echa de menos. —La niña le dio una palmadita en su enorme hombro con una mano diminuta, antes de volver a sentarse en su sitio del banco. La doctora volvía a hacer que los adultos resultasen más interesantes bajo los pequeños tragaluces octogonales.

Griff tragó saliva mirando al suelo embaldosado y se notó cómo se movía la nuez de su garganta. Ella creía que Dante se lo pasaba bien haciendo el tonto con ellos. Por alguna estúpida razón, le ardían los ojos y se sentía como mareado.

No llores, gilipollas.

Griff tomó aire y lo soltó. Intentó aplastar la tristeza de dentro de sí. ¿Cómo iba a explicar aquello? Echó una ojeada a Nicole. Lo más probable sería que no fuera necesario; ella lo explicaría por él.

De repente, con total claridad, Griff pudo imaginar cómo sería un hijo suyo. Suyo y de Dante. Tendría el humor y los rasgos de Dante, la altura y el corazón de Griff, y no tendría miedo de nada en el mundo. Sería fuerte y considerado, y tonto y amable; el tipo de niño del que todos los padres están celosos, un chico destinado a ser un ganador y que podría subir montañas. Griff podía imaginarse exactamente su pequeña cara robusta y sonriente, como si su hijo estuviera sentado a su lado y Nicole estuviera charlando con él en lugar de consigo misma. A Griff casi se le escapa un suspiro ante la dulce visión de una familia que nunca podría tener.

Y se puso a mirar los zapatos de Dante. Levantó la vista y se encontró con Dante de pie frente a él. No parecía muy contento. Su hijo imaginario se evaporó a su lado.

—¿Estás bien?

—Perdonad, equipo. —La voz de Dante sonó ronca—. Este tipo estaba de un humor horroroso.

Griff formuló una pregunta callada a los ojos de Dante.

Dante negó con la cabeza. Había ido mal.

—Necesitas una aceituna —anunció Nicole. Al parecer, regresaba la doctora—, mamá dice que las aceitunas…

—…lo curan todo. —Dante y Griff hablaron al mismo tiempo y se echaron a reír.

—Sí, colega. —Dante asintió—. Lo aprendió de la Abuela. Creo que tal vez tengas razón.

Todavía tuvieron el tiempo justo para pasarse por Sahadi a comprar un par de clases diferentes de aceitunas antes de devolver a Nicole a sus padres; seguramente ellos también necesitarían un diagnóstico de su hija.

Cuando se dirigían los tres por la calle Clinton hacia la Avenida Atlantic, Griff inclinó la cabeza hacia Dante y dijo susurrando:

—Sea lo que sea, lo superaremos.

—No creo que puedas… quiero decir… es mucho. No creo que puedas.

A Griff se le encogió el corazón y las palabras salieron de su boca en un tono más alto de lo que pretendía.

—Cierra la boca.

—¡Eso es de mala educación! —Seguro que Nicole estaba pensando cómo había podido estar cuidando a esos dos cabezas de chorlito.

—Perdón. Tienes razón. —Entonces Griff volvió a decir entre dientes a Dante—: Dante Anastagio, voy a ayudarte aunque tenga que romperte todos y cada uno de los huesos de tu cuerpo. Por favor.

Dante parecía intranquilo, Miró a la niña.

—Vas a acabar odiándome. Dios.

Es más probable que tú acabes odiándome a mí. Griff le dio un empujón que le hizo dar un traspié.

—Déjalo ya.

—Soy un cabronazo. —Dante no se rio.

¿Qué había dicho el banco?

Nicole se había detenido. Al parecer le interesaba un escaparate lleno de orquídeas. ¿Cómo sabía hacer eso una niña?

Probablemente por vivir con su extravagante madre.

Griff se alejó unos pasos y después se quedó mirando fijamente a los ojos preocupados de su mejor amigo.

—D, no me importa lo que sea; no me importa lo que tenga que hacer. Tú decides, ¿vale? Te lo prometo. Conseguiremos la suma que quieren, a tiempo.

Por favor, quédate conmigo. Nuestro hijo estaba sentado así de cerca, muy cerca de mí.

—Vale. —Dante parecía agotado. Sus ojos parecían hundidos. El brillo de antes había desaparecido—. Griff, te estás dejando arrastrar por mí a la ciénaga.

Joder. Como por arte de magia, ya no eran una familia. Eran solo dos gilipollas haciendo de canguros de una niña. Dante era solo un exaltado que iba a perder su casa. Los sentimientos imposibles de Griff y su hijo imaginario eran simplemente eso.

Haré lo que sea. Solo tienes que pedírmelo.

Griff suspiró y miró a Nicole. Estaba escuchando a escondidas como hacían los niños pequeños, manteniendo los ojos al frente y los oídos bien abiertos; como una aspiradora de cotilleo confuso. Si no tenían cuidado, la tropa entera de los Anastagio se enteraría de que Dante estaba metido en un marrón impresionante, y de que Griff también estaba implicado.

Dante volvió a darle la mano a Nicole.

—Vamos bicho. Vamos a llevarle las aceitunas a tu padre.

CAPÍTULO XII

Dos días más tarde, Griff estaba lavando el camión, haciendo horas extras para que el teniente pudiera ir al hospital a conocer a su nuevo bebé.

Era tarde y necesitaba dormir, pero después de dos horas tratando de mantener los ojos cerrados, había bajado las escaleras y se había puesto a ayudar a rellenar los tanques de oxígeno, y envió al chico en prácticas a que echara una siesta.

Había sido incapaz de cerrar los ojos en ningún sitio del parque por miedo a que alguien le encontrara y empezara a confesar algo espantoso. Había conseguido mantenerse alejado de Tommy desde la historia en el bar, y rezó por poder largarse antes de que llegara el pequeño asistente sanitario para su turno.

Dante entró en el parque dándole un empujón al pasar a su lado. Corrió hacia las escaleras dirigiéndose a la sala de las literas.

—Ey. —Griff dejó caer el trapo en el cubo y le saludó como por encima.

—¿Qué haces trabajando todavía? —Parecía que Dante se hubiera recorrido toda la manzana corriendo. Tenía el pelo despeinado por el viento y los ojos de carbón brillante—. No respondías al teléfono.

—Lo siento. Estábamos en una salida. Un escape de gas. —Griff se encogió de hombros y se secó las manos en la sudadera—. Le he tenido que hacer un par de horas extra a Siluski. La mujer por fin se ha puesto de parto.

Dante asintió con la cabeza y se apoyó en el camión.

—Es sobre el negocio de CabezaCaliente. He estado pensando en cómo puedo saldar las cuentas con el banco.

Griff miró a los lados a los estantes con los uniformes y a la puerta que conducía arriba, paranoico.

—¡Actividades más extensas! —Sus ojos negros como el carbón brillaban de triunfo.

—¡Dante! Vamos… —Griff le arrastró alrededor del camión y miró a la calle oscura. Vacía. Lo último que necesitaban era que alguien anduviera deambulando por ahí y les escuchara. Todos los chicos estaban arriba acostados o viendo un canal de deportes—. No creo que el parque sea el lugar.

Dante sacudió la cabeza para descartar la idea.

—No te preocupes. Ven.

Griff permitió que Dante le condujera más allá de las taquillas y los estantes con los equipos hacia la parte delantera, a la calle; salieron de las luces y entraron en las sombras fuera de la entrada de vehículos. Él no fumaba, pero este era la zona de fumadores extraoficial del parque. Había colillas de cigarrillos al lado de la alcantarilla donde las tiraban los chicos. Por lo menos nadie les escuchaba.

—Vale. ¿Qué? —preguntó Griff, levantando una ceja.

—Actividades más extensas. Las opciones extra ante la cámara. Me ha venido a la cabeza. —Dante tenía ojeras como de no haber dormido en unos cuantos días.

—Jesús, Dante. —Griff se frotó fuertemente un ojo. Podía sentir cómo se estaba empezando a formar un dolor de cabeza—. Tal vez podamos hablar después.

—No. Mira, las pajas mutuas se pagaban aparte. —Dante hizo como que se hacía una paja y se corría sin mostrarse avergonzado,

lo que solo consiguió que Griff pasara más vergüenza aún—. Y lo que hiciste al final incrementó nuestra tarifa…

—Ya sé, tío. Siento haber…

—...aún más. ¡Qué dices que lo sientes! Que soltaras todo eso sobre mí nos consiguió trescientos dólares más. ¿Lo sabías? —Dante puso los ojos en blanco para que Griff no se preocupara—. Amigo, si pudiera conseguir un plus cada vez que te corrieras encima de mí, acamparía bajo tu cama y te tendría haciéndolo tres veces al día.

Ayúdame, Jesucristo.

Los ojos de Griff casi se le salen de las órbitas al escuchar eso. Miró a ambos lados para asegurarse de que no hubiera nadie en toda la manzana, y después estiró el cuello para comprobar la puerta que llevaba arriba a la cocina y a la sala de las literas. Todo despejado. Intentó no pensar en cómo Dante se ofrecía de voluntario para convertirse en el trapo para su semen.

Tiene que saber lo que me está haciendo, ¿no?

—¿Te das cuenta de que con tan solo haber chupado un poquito de la nata de mis manos para Alek podría haber conseguido otros quinientos dólares? ¡No lo sabía! ¡Quinientos dólares, G, solo por saborear tu semen un segundo!

Griff notó que se ahogaba. Intentó disimularlo tosiendo, y volvió a ahogarse. Se pasó lentamente una mano por su cara recalentada, tratando de alejar el pensamiento antes de que se desmayara sobre la alcantarilla.

Dante le dio una palmada en la espalda. Estaba muy serio.

—Sabes a lo que me refiero. Amigo, si me hubieras dejado hacer lo mismo habríamos podido doblar el dinero. Podía haber

pagado al banco y salir adelante.

—Uf. Sí. ¿Y?

—Pero eso solo es la punta… —Dante sonrió burlonamente— ...del iceberg porno. Así que me puse a darle vueltas en la cabeza y me puse a leer el contrato. Podríamos sacar un montón más de dinero extra si jugamos bien nuestras cartas. Por ejemplo, si accedemos a determinadas actividades extra, conseguimos esos bonus. Creo que así es como puedes forrarte con este negocio del porno. ¡Entrando en los «extras»!

Dante caminaba de un lado a otro. Griff le miró. A continuación bajó la voz como si estuviesen en una sala de espera, intentando razonar con él.

—No quiero verme con un cacharro de goma clavado en el culo solo para que puedas poner una encimera nueva en tu casa, Anastagio. —Griff se pasó la mano por la cara en un gesto de exasperación o frustración, y por el apabullante deseo que suscitaba la idea—. Así que tú… ¿Qué? ¿Estás dispuesto a chuparme el semen del pelo del pecho? ¡Vamos! Cuéntame otra.

—No-no-no. Solo tenemos que ser un poco listos. Mira… —Dante sacó de su chaqueta un contrato de CabezaCaliente—. Aquí hay todo un listado de cosas. Solo te digo que lo hablemos.

—Esto es como prostituirse. Regatear con nuestro sexo. —Griffin sabía que era importante no perder la calma.

—No es que sea una virgen. —Dante abrió los brazos y miró hacia abajo, así mismo—. He hecho cosas peores por mucho menos, créeme.

—¿No te asusta la idea, D? Nosotros, ¿juntos de esa forma?

—¿Por qué? Solo somos nosotros, tío. Hemos hecho todo juntos.

—No todo. —Griff mantenía un ojo puesto en la puerta del fondo. Tenía un pequeño diablillo en cada hombro, dos demonios gemelos que le susurraban pecados en los dos oídos.

Por favor, haz que baje alguien y le detenga mientras pueda seguir negándome.

Por favor, no permitas que baje nadie hasta que le diga que sí.

¿Qué le estaba pasando? Una parte de él, oscura, terrible y hambrienta, quería que Dante le convenciera, quería que Dante le obligara para que no fuese culpa suya.

—Bueno, prácticamente todo. —Dante dejó de deambular y se sentó en la parte de atrás del camión—. Hemos estado desnudos juntos un millón de veces, hemos tenido relaciones sexuales en la misma habitación, nos hemos vomitado el uno al otro y nos hemos lavado el uno al otro. Hemos hecho el loco juntos mil veces. Dios, y hace un par de semanas hasta te corriste sobre mi pecho desnudo.

—¡Venga! Sabes que fue un accidente. Te pedí perdón.

—Pero, ¿qué pasa? —Dante explotó—. No es tan grave. ¡No me importa una mierda! Eres mi hermano. Eres mi mejor amigo. Eres lo único que tengo.

A Griff le dio un vuelco el corazón. Cualquier cosa que dijera ahora sería equivocada.

—Lo sé. Lo sé.

¿Le haría daño? Sí, seguro.

Las piernas de Griff empezaron a moverse de nuevo, grandes zancadas hacia dentro del parque, dejando atrás el camión. Los pasos de Dante resonaron detrás de él, al mismo ritmo. Griff

continuó andando, pasó por las puertas y entró en el sucio vestuario. Griff se dirigió a las duchas y encendió dos a toda potencia, esperando que el ruido tapara la conversación. Volvió al banco de al lado de las taquillas.

Dante se había sentado en el banco y estaba inclinado sobre el contrato abierto de CabezaCaliente. Buscaba algo; no miraba a Griff a los ojos.

—Otros cinco o seis de los grandes y tendré un amortiguador contra el banco. ¡Una puta red para que salte! Y no tenemos que contratar a una banda de payasos enanos para conseguirlo.

Griff no se lo tragaba.

—Existen otras maneras de conseguir…

—No, de verdad. No tan rápidas. Solo estoy diciendo que podemos ser inteligentes.

Cuando miró a Griff, su voz sonó firme y serena, como si estuviera tranquilizando a un perro herido.

—CabezaCaliente tiene varios niveles. Los modelos pueden escoger un sendero que les lleve a hacer más cosas cada vez. Ya tienen un vídeo conmigo a solas, pero puedo decidir hacer otras cosas. Ir más allá. —Dante se puso de pie y colocó una mano tentadora en la espalda de Griff—. Si es demasiado para ti, seguro que puedo encontrar a alguien que me frote y esas cosas.

—Como un masaje. —Griff sintió la nuez en la garganta como si se hubiese tragado un huevo entero.

—Sí. O hasta una mamada.

Griff se giró.

—Espera. ¿Qué pasaba con frotar?

—Es lo mismo: te quedas ahí tumbado y no haces nada. Te lo hacen. —Dante siguió mirándole, completamente tranquilo, venciéndole poco a poco con esa media sonrisa optimista—. Te la humedecen, te la chupan, dinero en mano, y fin de la historia.

¿Le estaba pidiendo esto de verdad Dante a él?

—¿Ya tienen a alguien que puede hacerlo? Cascártela, quiero decir. —A Griff le daba vueltas la tripa y se le resecó la boca—. ¿O es Alek? —*O Tommy* .

—Ni idea. ¿Importa? ¿Te gustaría que un asqueroso jugueteara con tus huevos? A tomar por culo.

Griff se estremeció y se odió a sí mismo por hacerlo. Intentó procesar la idea de que otro hombre tocara a Dante, y tener que verlo en la web porque no podría detenerse. Sintió cómo iba creciendo en su cuello una furia posesiva hasta que estuvo a punto de empezar a gruñir. Apretó los dientes para mantener dentro de sí el sonido salvaje y se quedó sentado muy quieto en el haz de luz sobre las taquillas.

¿Cómo puede no ver lo que me está haciendo?

—Pero si voy…

—Entonces seríamos solo nosotros. —Dante dejó caer su voz y se inclinó hacia él—. Si no, sería cualquiera que él me encuentre. Otro vago como yo, me imagino. No puedo pedírselo a nadie más, tío. Eres tú. Eres el único.

La ducha seguía silbando en la sala adyacente, manteniendo sus secretos a salvo de cualquiera que pudiera estar escuchando.

Dante malinterpretó su silencio como indignación.

—Mira, tú puedes limitarte a ponerte cómodo. Yo haré el trabajo. El trabajo duro, ya sabes. Podría, ya sabes… —Miró al

suelo—. Chuparte un poco.

La mente de Griff se quedó blanca como la nieve, como una televisión que se veía mal. Le llevó un segundo volver a sintonizarse.

—¿Un poco? Haces que suene como… ¿Ya te has comprometido a hacerlo? —Griff se volvió para mirarle.

—¡No! —Todo el cuerpo de Dante le suplicaba—. Quería hablarlo contigo.

—No quiero hablar de eso. —La voz de Griff retumbó sorda en su pecho.

—Vale, G. Lo siento. —Se metió las manos en los bolsillos y entornó los ojos decepcionado.

Socorro.

—No. Quiero decir, lo haré. —Griff cerró sus ojos grises. El pulso le latía con fuerza en sus orejas—. Mira. Piensa en qué tipo de actividades «ampliadas» estás dispuesto a hacer conmigo y estará bien. —Sus ojos se dirigieron a la puerta cerrada, y se alegró de que su grupo de trabajo estuviera en el piso de arriba mientras él tenía esta conversación tan estrafalaria—. Lo que sea, ¿vale?

—Y, como… besarse no es nada del otro mundo. —Dante tenía los ojos enormes y secos, como si no hubiera pestañeado en una semana.

—Alek no se refiere a un piquito en la mejilla, D. Lo que quiere es que metas tu lengua en mi boca, ordeñes mi polla, que nos demos el lote de modo que haya chupetones y toqueteos. —Griff permaneció con la vista fija en el cemento manchado bajo sus botas. El contrato estaba abierto en el banco a su lado—. ¿Pagan extra por liarse?

—Sí. Y eso no parece demasiado, ¿no? —Dante se apartó el pelo de la frente.

Madre de Dios, esto tiene que ser una prueba. Griff sentía cómo se le iba secando la boca.

—Nosotros ya… A ver, ¿qué me importa que metas tu lengua en mi boca? Son un par de billetes de cien pavos. No significa nada. Jugar con los pezones, pues lo mismo. Ya he pellizcado tus tetas antes. ¡Y peor! —Continuó Dante.

—Sí. En la academia de prácticas, para joderme. Eso no es lo que él está buscando. —Aunque el suelo hacía que hiciera frío allí dentro, Griff sintió cómo un hilillo de sudor le caía por la parte de atrás del cuero cabelludo ante el pensamiento de besar a su mejor amigo. Su boca era el Sahara.

No te pases la lengua por los labios. No te pases la lengua por los labios.

—Lo único que digo es que creo que podemos ir un poco más allá y ganar unos cuantos billetes más. —Dante volvió a ponerse de pie y recostó su espalda en una taquilla—. No quiero tener a un tío cualquiera reptando encima de mí, pero si eres tú… —Sus ojos volvieron a mirar a Griff.

—¿En serio? Piénsalo; da como miedo.

—Qué va. Somos nosotros. Eres tú. Tú no me das miedo. —Con la cara seria y en voz baja le dijo a bocajarro—: Te quiero, Griffin. Ya lo sabes.

¿Qué significa eso? Un pinchazo de confusión atravesó la cabeza de Griff y se quedó alojado en su pecho.

—¿Por qué no lo intentamos? —Dante extendió una mano para ayudarle a levantarse.

—¿Qué significa eso? —Las palabras se escaparon de la boca de Griff, y deseó no haberlas pronunciado.

¿Y si está intentando decirme algo? Pero, ¿y si no?

Griff cogió la mano y se puso en pie muy cerca de Dante, casi tocándole. Se quedaron de pie, tan cerca el uno del otro que podía sentir el calor que desprendía su mejor amigo.

Dante no retrocedió. Solo levantó el mentón partido como si estuviese esperando un puñetazo.

—No soy un cobarde. ¿Quieres pegarme? —Movió las manos en los bolsillos del culo. Sus ojos estaban por todas partes, por donde no tenían que estar. Su cara era una extraña mezcla de terror y determinación cuando juntó sus caderas a las de su amigo—. Vamos, Griff, muéstrame lo que tienes.

Los dedos morenos de Dante acariciaron el corazón de su amigo, por encima de la camiseta de Griff. Abrió un botón. Otro. El roce del pelo anaranjado del pecho de Griff contra su camiseta interior. Las manos de Dante estaban calientes y temblaban. Otro botón abierto, y otro, y otro más. Dante abrió la camisa y levantó la camiseta dejando al descubierto su abdomen, sus duros pectorales.

—No tienes que…

Griff sentía sus brazos como si fueran plomo mojado; no podría haberlos movido si lo hubiera intentado por miedo a detener la tentadora exploración de Dante sobre su piel. Dante le miraba, y él podía sentir cómo se iba poniendo rojo, justo allí, en el parque, frente a las taquillas raspadas y a un calendario de Penthouse de 2007. Sentía la cara y el pecho como si tuviera quemaduras del sol de segundo grado en unos vestuarios con el suelo de cemento a las once de la noche.

Dante se inclinó sobre su torso pálido y pasó una mano bronceada por los tirabuzones de pelo rojo hasta que se le pusieron duros los pezones rosados. Dante ahogó una risa.

Griff le lanzó una mirada y las cejas cobrizas se arrugaron en una pregunta. De fondo, el ruido de la ducha envolvía el eco de la estancia.

—Qué pequeñitos. —Dante levantó la vista y le miró con sus ojos negros como el carbón—. Los pezones. Eres tan enorme y los pezones son tan pequeños. —Sus manos no paraban de moverse —. ¿Lo ves? Está bien, Griff. Solo hay que jugar un poco, ¿verdad?

Griff volvió a asentir con la cabeza. La lengua no le cabía en la boca. Su cerebro estaba aturdido.

—Eh, eh. ¿Estás bien? —La respiración de Dante estaba acompasada a la suya, lenta y profunda.

—Sí. Es demasiado. Eres mejor en el… sexo que yo.

—Qué va.

Griff se sentía poco manejable frente a él. El cuerpo de Dante era tan elegante y bien proporcionado, que Griff se sentía como un pedazo de búfalo blanco. Podía sentir cómo el rubor se extendía desde su cara bajando hasta su paquete.

—Me encanta. —La voz de guasa de Dante sonaba un poco ronca.

Griff levantó la vista, confundido.

—Cuando te pones rojo de esa forma. Cómo va avanzando el rubor por tu cuerpo. Es como si pudiera ver lo que estás sintiendo justo donde lo sientes. Es genial. Relájate, G.

—Me siento idiota.

—Qué va. Es como mirar la sombra de las nubes desde un avión. Esas sombras se mueven por tu piel y tú no tienes miedo de nada.

—¡Los cojones! Siento como si me estuvieras electrocutando poco a poco.

—Por lo menos todavía eres capaz de sentir cosas, G. Quédate conmigo. —Por fuera pasó un coche dando bocinazos, pero Dante ni se inmutó, estaba centrado por completo en los hombros y en el cuello de Griff. Dante se inclinó más hacia él, más cerca, y ay Dios, frotó su barba incipiente, como de hollín, contra el cuello de Griff enviando miles de descargas eléctricas a su columna. Dante le olía, *JesúsMaríayJosé* . Notó algo húmedo en el cuello que tenía que ser la lengua de Dante que se escapaba para saborear el sudor. Se le escapó un silbido de la sorpresa, y Dante se retiró un poco para mirar hacia arriba.

Entonces vio aquellos ojos, negros como la noche. Griff levantó la mano y casi tocó la cara de Dante. Casi, porque se detuvo en el último momento, aturdido por el calor y por la expresión vulnerable de Dante. Griff tragó saliva y volvió a tragar saliva. Podía sentir la tensión de todo su cuerpo, los músculos como si fueran una cuerda llena de nudos. Se escuchó decir murmurando:

—Porfavorporfavorporfavorporfavorporfavor.

Dante se acercó aún más, inclinando su cabeza hacia atrás ligeramente, invitándole, retándole…

Toma lo que quieras.

Griff se flexionó y resopló, y su lengua penetró en el paraíso húmedo de la boca de Dante, y lo que se detuvo no fue su corazón, sino el tiempo.

Sabía que sentiría esto. Sabía que sabría exactamente así.

Griff subió las manos por la espalda de Dante y agarró su pelo negro brillante. Sus dientes se chocaban. Lentamente, besos húmedos, hambrientos que siguieron más y más tiempo.

Dante emitió un gruñido desde el fondo de su garganta, como de rendición o de esperanza. Su boca ardía bajo la de Griff. No había final. Jamás había sentido nada igual.

La realidad sobrepasaba incluso sus sueños más culpables y pegajosos. Los brazos de Dante le rodeaban y eran más fuertes de lo que había imaginado, y más cuidadosos. Los labios de Dante eran más suaves, sus manos, más duras. Griff no se había esperado lo que sentirían dos pechos velludos, dos rostros afeitados, dos cuerpos trabajados que presionaban el uno contra el otro en el mismo parque de bomberos. Y Dios había hecho que Dante oliera tan dulce y tan fuerte: como a higos y cuero y algo ardiendo.

Tan diferente de Leslie. No lo sabía. No lo sabía. Una lágrima se escapó de su ojo. Le ardía.

Con las chicas Griff siempre tenía miedo de ir a romperlas. El sexo con su mujer había consistido en una serie de instrucciones cuidadosas que finalizaban en una corrida feliz, pero cuidadosa, a la que seguía un lavado rápido porque a ella no le gustaba quedarse hecha un asco. Leslie se pasó años tratando de convencerle para que experimentara y se soltara e hicieran cosas diferentes, pero él vivía con el terror de hacerle daño, empujar demasiado, de abrirle en canal con su pollón de caballo. No era un monstruo. Su deseo era tan grande y ella tan pequeña.

No como Dante. Dante era una fiera grande y brillante. Tan fuerte, tan fuerte que incluso estaba levantando a Griffin del suelo mientras forcejeaban cada vez más juntos. Sus pollas se aplastaban la una contra la otra con un dolor trémulo que irradiaba hacia fuera, empapándole con la calidez de un amanecer.

Cada centímetro de Griff vibraba y sonaba como un contrabajo. Sentía un cosquilleo en el cuero cabelludo. Le picaban las manos y allá donde se presionaban sus pieles ardiendo, el suave contacto de sus músculos al resbalar era tan dulce que pensó que se iba a poner a gritar de verdad. Bajo sus pantalones, sentía su erección como un bloque de granito contra su cadera.

Entre sus brazos, Dante temblaba cada vez más. Le voy a destrozar; esto es tan fuerte. Pero no podía parar, no se detendría, y Dante seguía viniendo a él como un animal. Normal que las chicas aguanten todas sus mierdas. Era tan hermoso… Sus cuerpos encajaban a la perfección, su fuerza, su hambre.

Dios, esta era solo una de las posibles «actividades más extensas». El cerebro de Griff daba vueltas y vueltas.

Dante se retiró lo suficiente como para inclinar la cabeza y poner un nuevo ángulo en sus bocas, juntas, para que encajaran aún más. Su lengua lamió los dientes de Griff barriendo las profundidades de su deseo. El pelo de Dante estaba sobre los ojos de los dos, una maraña lustrosa que evitaba que se miraran el uno al otro directamente. *Gracias a Dios.*

Griff sintió cómo la saliva se le agolpaba en la boca. Tragó. Volvió a tragar y pensó: *se me cae la baba. Mi mejor amigo me está haciendo babear. Voy a ahogarme en mi propia saliva.*

En algún sitio por debajo de sus cinturas, Dante se peleaba con sus pantalones, los desabrochó y dejó que cayeran hasta sus rodillas.

De ver a «Monte» en la web de CabezaCaliente, Griff sabía qué podía esperar, pero no sabía qué hacer con eso entre sus bruscos dedos. El vello sedoso de las piernas de Dante empezaba de verdad a mitad del muslo, como si llevara puestos unos pantalones un poco más oscuros y no se los hubiera subido hasta arriba. De cerca, la cicatriz con forma de media luna de su rodilla parecía más pequeña y más delicada.

Es como si me estuviera provocando a propósito.

Griff no sabía si iba a ser capaz de parar, pero tenía que intentarlo, por el bien de los dos. Dante chupaba lánguidamente su labio inferior, mordiéndolo y lamiéndolo, saboreándolo de forma deliberada como si estuviese buscando algo delicioso bajo la gruesa piel. La respiración de los dos era caliente en el espacio que habían creado entre ellos. Estaban resbaladizos por el sudor. Dante mantenía los ojos bien cerrados, y su frente fruncida por la angustia.

Lo siento muchísimo. La culpabilidad de Griff le destrozaba por dentro. Estará pensando en alguna chica. María tal vez, o Shelly, de la siguiente manzana. Esperaba que el afeitado de la mañana todavía le aguantara. Estaba claro que Shelly no rascaría como él.

Dante mantenía los ojos cerrados y mimaba su boca con una ternura oscura.

Haz que dure.

Griff levantó la mano hasta el duro pecho de Dante, serpenteando bajo su camiseta, masajeando sus sudorosos pectorales dorados. Sus ásperos dedos rozaron los oscuros

pezones, diminutos bajo el fino vello, y no pudo evitar darles unos suaves pellizquitos.

La dura verga de Dante dio una sacudida contra su cadera. La parte delantera de sus calzoncillos estaba húmeda entre los muslos de los dos.

Dante volvió a subir su camiseta, retorciéndola dentro de su puño. Su boca cubrió el pezón de Griff, y empezó a chuparlo fuerte yendo después hacia la axila.

Griff aulló arqueando su espalda; entonces gimió, flexionando su enorme brazo para hacer que la cabeza de Dante se quedara allí, lamiéndole, mimándole y mordiéndole.

Soy un pringado. Esto no significa nada . Griff sabía que su amigo no comprendía lo que estaban a punto de hacer. No podía aprovecharse de su mejor amigo y vivir con ello.

¿Cuándo nos hemos desabrochado la ropa? Griff sintió que estaba empezando a entrar en estado pánico cuando sintió el cosquilleo inicial de un orgasmo. No podía controlar de ninguna manera lo que estaba pasando por debajo del ecuador. De algún modo la mano encallecida de Dante estaba colocada firmemente en la parte más estrecha de su espalda. Un dedo justo rozaba la parte de arriba que conducía a la raja de Griff. Las llamas lamieron su columna vertebral y tuvo miedo de ir a correrse allí mismo, justo en ese momento.

Iba a correrse. Iba a correrse en los calzoncillos solo porque Dante le estaba besando de esa forma.

Una advertencia atravesó la mente de Griff. Algo pasaba fuera en el garaje. Se oyó un movimiento cerca y una voz de hombre, pero Dante no se enteraba. Mierda puta.

—Espera. ¡Espera!— Griff le empujó hacia atrás, le apartó de su lado para poder respirar.

Dante se quedó estático y liberó sus manos al instante.

Griff se cubrió su ancho pene de forma protectora con una mano por encima del calzoncillo tirante y volvió a sentarse en el banco, respirando fuertemente y sacudiendo la cabeza.

Viene alguien.

Dante se dejó caer en el banco de enfrente. Sus ojos negros se quedaron fijos en la mirada gris de Griff. Nubes de culpabilidad o de asco atravesaron su hermoso rostro. Se apagó una luz dentro de él, como una antorcha mojada en agua.

Los pasos resonaron en el cemento justo al otro lado de la puerta; entonces el brazo velludo de un hombre la abrió de golpe tan fuerte que la hizo rebotar.

—¡Qué pasa, señoritas! —Siluski asomó la cabeza.

El corazón de Griff dio un vuelco bajo sus costillas.

Dante dejó caer un brazo sobre sus rodillas y se giró hacia Siluski.

—Ha sido un niño. Diez dedos en las manos y diez en los pies. —Siluski estaba bebiendo café solo de un termo. El aroma llenó la cutre habitación, haciendo que disminuyera la acidez del moho y de los polvos medicinales—. Lo siento, llego un poco tarde.

Dante parecía haberse quedado congelado, ahí sentado. Tenía los pantalones por las rodillas y su jugosa boca estaba como hinchada.

Griff abrió la boca y trató de pensar en algo normal que pudiera decir.

—Estamos bien. Anastagio se ha pasado por aquí para, eh… — *Ponérmela dura y mojada y sacarme el cerebro a lametadas a través de mi lengua* — …ver si quería algo de cena.

Dante asintió en silencio mordiéndose el labio húmedo. No podía levantar la vista del suelo.

Siluski estaba revolviendo en su taquilla.

—Pues entonces, ¡fuera de aquí inmediatamente, hijo! —Lanzando una sonrisa, desapareció en el edificio para compartir sus noticias.

La puerta se cerró suavemente.

Dante elevó sus ojos para mirar a Griff, y el terror que vio en ellos hizo que Griff se marchitara por dentro. El pulso de Griff era tan alto que podía escuchar los latidos. Podía ver el pulso de Dante tronando contra el hueco de su garganta. Solos; juntos.

Pum. Pum. Dos golpes en la puerta.

De nuevo se pegaron un susto de muerte, y los dos se agarraron al banco en el que estaban sentados respectivamente, conteniendo la respiración.

La voz de Siluski llegaba desde justo afuera, ya se estaba yendo.

—El camión está precioso, Muir. ¡Gracias! —Se fue silbando escaleras arriba.

—Dios. —Griff no sabía dónde meterse ni adónde mirar.

Dante respiraba pesadamente. Sostenía los puños extendidos como un malabarista en la cuerda floja, balanceándose entre los blancos nudillos como si pensara que se iba a caer. Incluso así estaba guapísimo, con el pecho subiendo y bajando, las esculpidas líneas de sus músculos bajo esa piel de miel.

Desde la cocina les llegó una música de samba; Siluski estaba cocinando algo y los demás chicos bajarían en un par de minutos.

—Lo siento. —Dante parecía enfermo—. Una idea verdaderamente estúpida. Venir aquí. No creía que…

Griff se sentía fatal, pero le sonrió con dulzura.

—No. No pasa nada. Estoy... Estoy…

Dante esperaba, intentando pausar su propia respiración. Miraba hacia abajo a su ropa interior y a sus piernas desnudas como si no pudiera recordar dónde había ido a parar su ropa.

Leche derramada.

La habitación de repente se puso de manifiesto a su alrededor, como si alguien hubiese ajustado una lente: los grafitis en las taquillas y el reloj estropeado y los paneles con moho del techo que el ayuntamiento no arreglaba. Un enfoque inquietante. El punto perdido de calor se extendía entre ellos, cada vez más delgado hasta que se convirtió en un hilo delicado.

—Está bien. Lo siento. —Griff encontró su voz enterrada en el fondo de su garganta y se abrochó la camisa—. Solo ha sido un susto. —El hilo que les conectaba se seguía estirando. Ahora no era más que una telaraña.

—Nos hemos dejado llevar. —Dante se rio con una risa falsa y algo volvió a colocarse en su sitio dentro de sus ojos, como cuando se cierra la puerta de una celda. Su sonrisa se endureció como si se hubiese puesto una armadura—. Supongo que un tío puede follarse cualquier cosa.

Así, hasta los extremos de la telaraña desaparecieron, y entonces volvieron a ser solo dos amigos bromeando en su parque de bomberos. Solos, juntos. Las torres gemelas.

—Sí. Cualquier cosa. —Griff miró al suelo con las manos en los bolsillos para que no le traicionaran—. Solo ha sido un morreo. Pero… —Increíble—...besas muy bien.

—Sí. Uf. Tú también. —Dante soltó otra risotada, pero parecía estar entre asustado y asqueado, incapaz de mirarle a los ojos—. Así que, ¿lo hacemos bien?

Mierda. Mierda. Pero Griff no podía arrepentirse de nada.

No significa nada.

Sin más, Dante se agachó para recoger su ropa y vestirse: sudadera, vaqueros, zapatos.

—¿Y lo del bonus de los extras? ¿No te rajas?

—No. ¡No! Claro, ningún problema. —Griff señaló el contrato donde había caído—. Y tienes razón. Merece la pena, de verdad. Las actividades extra que tú decidas. Confío en ti. Piensa tú. Yo estoy dispuesto. —Sabía que ya había ido demasiado lejos, pero no podía detener su boca. Se preguntó cuándo Dante se daría cuenta y diría algo que le obligaría a confesar.

Dante recogió del suelo el contrato de CabezaCaliente y lo dobló cuidadosamente. Lo metió en su chaqueta y se la puso inmediatamente, como si necesitara poner una barrera entre ellos por su propia seguridad.

—Gracias, Griff. En serio. Te compensaré.

—No es para tanto. Lo que pienses estará bien. —Griff se sintió como un puto maníaco sexual. Se dirigió a su taquilla y agarró su cazadora de cuero y una bufanda—. Vamos. Me muero de hambre.

—¿Qué estamos haciendo? —Dante parecía confundido allí, en medio del pasillo.

Disimula. Griff le dio un golpecito en la espalda, un gesto masculino tras el momento homo alucinante que acababan de compartir.

—Me dejas que te bese, primera base, Anastagio. Lo menos que puedo hacer es invitarte a un filete y comprarte un ramo de flores.

Dante asintió y abrió la puerta de los vestuarios; algo tenebroso parecía rondarle la cabeza. Tal vez estuviera tratando de imaginarse cuánto podrían sacar si repetían los últimos cinco minutos frente a las cámaras de Alek. O tal vez pensara por qué Griff había tenido esa erección húmeda en los brazos de su mejor amigo.

¿Qué es lo que había estado a punto de ocurrir?

Dejaron atrás el camión y los estantes con los equipos y las botas y los pantalones a la espera de que alguien se los pusiera, y Griff le siguió hacia la calle haciéndose esa misma pregunta.

Salir del barrio parecía una buena idea en ese momento.

Dante estaba inquietantemente callado en el coche mientras Griff conducía hacia Manhattan. Era totalmente inusual en él no llenar todo el espacio con sus chistes o con los cotilleos del parque, o con anécdotas sexuales guarras, pero al pasar por la calle Court, su cara glacial se giró para mirar las luces del semáforo por la ventana.

Griff conducía con una mano y echó una mirada a su amigo.

—¿Estás bien?

—Claro. —Dante asintió con la cabeza, pero no se volvió a mirarle al hacerlo. La tensión en el coche era sofocante.

Tras ellos alguien impaciente dio un bocinazo para hacerle saber a Griff que el semáforo había cambiado. *Gilipollas* . Hacía menos de una semana que Dante había estado a punto de morir. Tal vez tuviera dolores. Griff preguntó suavemente:

—¿Te duele la cabeza?

—No.

El tráfico que llevaba al Puente de Brooklyn avanzaba poco a poco, y Griff iba dando golpecitos en el volante con los pulgares. Intentó pensar en cómo podía hacerle saber a Dante que no pasaba nada; seguían siendo amigos y él no tenía miedo.

Una vez más, Griff giró sus ojos para estudiar a Dante.

—Él no ha visto nada. Siluski no ha visto nada.

—Ya lo sé. No estaba… perdona. —Dante sacudió la cabeza y parpadeó tratando de encontrar algo que decir.

Al llegar a un semáforo en rojo cerca de Fulton Mall, Griff inclinó la cabeza, mirando hacia la hilera de señales que indicaban cómo llegar al puente. Griff esperó que continuara la frase, pero él había vuelto a sumirse en el silencio.

—¿Dante?

Sin girarse, Dante hacía como que miraba a los escaparates que iban dejando atrás mientras pensaba lo que quería decir.

—Otras actividades. Eso es todo, creo. Me parece que… no es nada, ya sabes. Hacer… cosas sexuales ante la cámara. Te sientes…

—Expuesto. —Griff asintió.

—¡Sí! —Dante le miró bruscamente y se giró en el asiento de forma que su espalda estaba prácticamente contra la puerta—. Cuando Alek me preguntó la primera vez, pensé que este negocio

de CabezaCaliente solo sería como hacerte una paja y sobreactuarlo como cuando tu novia te graba en su iPhone. O sea, como si tuvieras un millón de novias cachondas online. Que serían tíos, supongo. Soy un imbécil.

—No te lo discuto. —Griff puso los ojos bizcos y le hizo una mueca de chimpancé, y añadió—: Eres un imbécil. Y un enano.

—Ja, ja. Un enano de más de uno ochenta. En serio. Supongo que nunca me había parado a pensar que la gente del porno eran personas. Tíos. Chicas. —Dante movió las cejas casi frunciendo el ceño—. Espeluznante, ¿no? Lo que quiero decir es que sé que ellos tienen vidas y facturas que pagar; y alergias y animales de compañía, lo que sea. Pero no sé. Hacer esas cosas tan privadas en público es más raro de lo que pensaba. No es dinero gratis. También se lleva algo de ti.

¿Ahora te das cuenta?

Sacudiendo la cabeza, Griffin iba cambiando de carril dirigiéndose hacia el Puente de Brooklyn.

—Yo tampoco lo había pensado. Por eso hay dinero, Anastagio. Las empresas pagan porque es un jodido trabajo.

—Eso es lo que quiero decir: joder y trabajar. Complicado. —Dante se recostó en su asiento—. Me he dado cuenta de hasta dónde sería capaz de llegar si tuviera que hacerlo. Creo que me he asustado un poco.

—En el parque. Te refieres al beso.

La cara de Dante reflejaba confusión.

—¿Qué? ¡No! —Dante se rio.

—¿No?

—¡No! Griff, besas superbién. Sí. Quiero decir… nosotros nunca… Pero no, ha estado muy bien. De verdad. Joder. —Dante movió la cabeza en su asiento y alzó la mirada.

¡Dios! Las chorradas que dice sin darse cuenta. La polla de Griff se movió en sus pantalones recordándole lo que habían sentido al estar juntos.

Dante sonrió y sacudió la cabeza como si estuviera pensando exactamente lo mismo. En cierta forma era aún más peligroso. Las luces de fuera alumbraban rítmicamente su barba de varios días. Necesitaba un afeitado.

Dios, está guapísimo. Y justo en ese momento Griff lo supo. *Jamás amaré a nadie más. Nunca querré hacerlo.*

Griff tosió y comprobó el retrovisor y se concentró en los carriles, ignorando su semierección para no pasarse la salida que tenía que tomar para llegar al centro.

—Vale… así que… no es por el beso. —comentó Griff.

—No, no. Es por el listado de actividades. Como un menú con precios. Solo que no soy el restaurante; soy la comida. Me he dado cuenta de lo que hace el porno cuando estás destrozado y desesperado, cuando estás chiflado. No es que esté mal ni nada, pero al principio parece que te están echando una cuerda salvavidas y luego resulta no ser tan buen negocio y tomas estas decisiones.

—Tal vez deberías decirle a Alek que se acabó. No le debemos nada a ese tío.

—¡No! Después de la siguiente, seguro. Dios, he estado pensando en cómo sacar el máximo partido posible a los pluses. Sacaremos tres mil quinientos. Pero cuando haya terminado todo, necesito que me recuerdes esta conversación, ¿vale? No me dejes

olvidarme de lo que te estoy diciendo. —Dante le sonrió con cariño —. Tienes que ser mi Pepito Grillo, con tamaño de monstruo, eso sí, y pelirrojo.

—Uf, vale… —Griff podía sentir la sonrisa torcida en su cara—. Si me siento sobre tu hombro, te machacaré tu culo de enano.

—Qué va, soy más fuerte de lo que te piensas. —Dante seguía teniendo esa sonrisa torcida.

Y todo volvió a su ser entre ellos. Alucinante.

Griff giró hacia la FDR. Su salida no estaba lejos.

—Pero, ¿y si no me escuchas, burro? Mañana podrías sufrir amnesia de cartera vacía. Si estuvieras desesperado, no querrías recordar nada de lo de esta noche.

Dante le dio un puñetazo en el muslo, justo al lado del bulto paquete bajo la cremallera del pantalón.

—Entonces clávame tu puta lengua dentro de la boca, G. Te garantizo que así captarás mi atención.

Encontraron aparcamiento en la Novena Este y regresaron caminando hasta la Primera Avenida. Cuando encontraron el restaurante, Griff abrió la puerta para que Dante entrara en el bar de pasta oriental que estaba lleno de gente. El local estaba repleto de tíos trajeados y había algunos tipos bastante presuntuosos.

—¿Te parecen bien que cenemos fideos? Este local es como coreano-japonés. Momofuku.

—Genial. Sí. Tendrás que elegir por mí. Me siento como un Dandi aquí. —Dante miró hacia abajo a su camiseta prieta y sus vaqueros planchados.

—¿Qué, porque ahora eres una estrella del porno? —Griff se rio, subió las cejas rojas y sacudió la cabeza hacia las mesas—.

Estás maravilloso. Venga.

Una camarera guapa con el pelo rubio muy corto y un aro en la nariz les guio hacia la parte de atrás, a unos largos bancos, donde se sentaron en medio de grupos que hablaban en voz muy alta y sin parar. El aire olía a cebolletas y cerdo, y a algo picante.

Según pasaban junto a la gente para sentarse, el teléfono de Dante emitió un pitido al recibir un mensaje de texto.

Griff sonrió y miró hacia arriba al menú de la pared.

—¿Línea caliente?

—No, gilipollas. Es mi hermana.

Griff pensó en la solitaria Loretta dando saltos delante de la casa de Dante mientras pedía deseos a su casco con cuernos mientras la pequeña Nicole esperaba con paciencia a que terminase el aria.

—Llámala. Podría ser importante

—La llamaré más tarde. Tenemos una cita.

—¡Los cojones! —Los ojos de Griff miraron hacia arriba y soltó —: Estamos cenando.

Dante levantó las cejas y sonrió abiertamente.

—Tú lo dijiste. Una cena asiática cara en Manhattan. Tú has conducido. Tú vas a pagar. Después de que yo fuera al parque de bomberos y te metiera la lengua hasta el esófago. —En ese momento Dante se estaba riendo de él—. Relájate. Te estoy tomando el pelo, G.

—Ah. —Griff volvió a escudriñar el menú y gruñó—. Bobo.

—La verdad es que sienta bien sentarse a comer en un sitio en el que no conozco a nadie. —Dante se estiró para mirar alrededor a

la multitud que charlaba y atacaba los platos exóticos—. Somos casi invisibles. Podríamos liarnos aquí y no se enteraría nadie.

¿Qué demonios?

—No me había dado cuenta de que este sitio estaba tan de moda. Había leído un artículo sobre él en el periódico.

—Porque tú lees, no como algunos de nosotros. —Dante levantó una mano como si estuviera presentando una prueba—. Que conste en acta que si esto no es una cita, no pienso abrirme de piernas.

—¡Jesús! —Griff miró a los comensales a su derecha e izquierda, pero nadie les estaba prestando atención.

—Así que olvídate, tío. Tengo que guardar mi leche para el rodaje. Y tú deberías hacer lo mismo. —Dante levantó una ceja y echó una mirada abajo, a la mesa frente a Griff, como si pudiera ver a través de la madera el paquete semierecto dentro de los pantalones chinos de Griff. Le dio un golpecito con un dedo en el pecho—. Y pídeme un bollo de milanesa de cerdo. ¡Que sean dos!

Por alguna razón fue lo más gracioso que habían oído en su vida. Se partieron de la risa como si hubiese saltado el corcho de una botella, en una explosión de risa. La cerveza salía por sus narices y casi se ahogan. Los otros comensales no se vieron afectados, pero lanzaron un par de miradas de disgusto. Griff y Dante no prestaron demasiada atención a nadie más. A estos precios, Manhattan podía ocuparse de dos bomberos que se tomaban un respiro.

Las risotadas vaciaron toda la tensión hasta que volvieron a ser ellos una vez más, ellos en una mesa.

Cuando volvió la camarera y Griff pidió, Dante se comportó como un perfecto caballero. Casi como si fuera una cita y estuviera mostrando su mejor comportamiento. Cuando Griff y la camarera terminaron de decidir lo que iban a comer (fideos, calamares y bollos de cerdo), Dante levantó su cerveza Kingfisher como si fuera a brindar, pero no dijo nada. No había necesidad de decir nada; los dos estaban pensando en lo mismo:

Gracias, amigo… Prácticamente sano y salvo; fuera de la locura de… No se ha destruido nada en el rescate… Todo está como tiene que estar, como tiene que ser… Y, ah, sí, eres la persona que más me gusta de esta tierra.

Griff levantó su cerveza. Jamás había estado tan dispuesto en toda su vida a reírse de nada en especial con la única persona que siempre sería especial para él.

La cena estuvo más o menos a la altura de la compañía.

CAPÍTULO XIII

Dante estaba bastante animado cuando se reunieron con Alek ese miércoles. Deambulaba por el estudio de CabezaCaliente como si fuera un viejo amigo y saludó a Alek con un abrazo.

Griff iba pegado a él. Llevaba al hombro el petate con el equipo de trabajo. Una mitad de él quería que terminase ya el día; la otra no quería que se acabase jamás.

Alek se mostró tan educado como siempre, disculpándose por el frío que hacía en el local y ofreciéndoles bebidas.

Griff no se tomó ni un trago de whisky, pero solo porque eran las 11 de la mañana y se estaba empezando a sentir como un alcohólico. Optó por un botellín de agua. En realidad, el aire fresco le parecía agradable en contraste con el calor de su piel. Lo cierto es que los focos del plató de la sala de estar estaban calientes, y Griff sabía que acabarían todos sudando antes de que terminase el día.

Alek estaba cambiando los muebles de sitio y colocando el equipo. Volvió a acercarse con las carpetas para que los dos amigos pudieran firmar los contratos para ese día. Asintió en señal de aprobación.

—¿Y los análisis?

Dante chasqueó los dedos y rebuscó en la trenca, sacando dos impresos médicos arrugados.

Griff se puso rojo. Él y Dante habían ido a una clínica de Chelsea para hacerse un frotis y un análisis de sangre, como si fueran una pareja de novios que iba a solicitar una licencia de matrimonio. Eran hombres sexualmente activos, por lo que no se fiaban del todo. De todas formas, era exagerado; los dos se hacían controles regulares para los bomberos de Nueva York. Era parte del trabajo.

Sin embargo, cuando se apuntaron para la filmación de ese día, Alek había insistido en ello; «para su registro», dijo. Esos papeles decían que no tenían VIH, ni hepatitis, ni gonorrea, ni síndrome respiratorio agudo severo ni nada: estaban limpísimos y listos para la pelea. Alek asintió mirando los impresos y se los llevó a su mesa.

Mientras esperaban a que Alek terminara en la mesa, Dante le dio un codazo a Griff.

—Así que estamos sanos para lo que sea. Quiero decir… que no tienes que preocuparte por si pudieras pillar algo en tu piel o en tu boca. —Dante hizo una especie de mueca como si estuviese haciendo un chiste. No estaba haciendo un chiste—. No quiero que tengas miedo.

—No tengo miedo, D. Soy un chico grande.

—Sí, hombre. —Dante se agachó junto al petate y sacó los uniformes. Habló susurrándole a Griff—. Lo importante hoy son esas actividades extra. Para los bonus. Tú sígueme.

—Sí. Está bien, D. Lo que tú digas. Terminemos con esta mierda. —Griff cogió sus pantalones doblados de la mano de Dante tratando de aparentar que no le hacía mucha gracia tener que hacer esas actividades ampliadas con Dante.

—Vale. Genial. —Dante se quitó la camiseta y al hacerlo se despeinó el negro cabello. Sacudió la cabeza y le guiñó un ojo a Griff.

Griff le devolvió el guiño.

—Tienes un plan, ¿verdad? Sabes qué cosas quieres que hagamos.

Dante asintió.

—Todo está calculado. Y todo es de lo más inofensivo; no quiero que tengas miedo.

Griff se dio cuenta de que Dante pensaba que su resistencia era repulsa. Eso le ayudaría.

—No tengo miedo. Vamos a hacerlo y ya está, tío.

—He seleccionado las actividades por las que se pagan bonus extra considerables… sin llegar a…, ya sabes… a tener que hacer el maricón totalmente.

Dios nos libre.

—Claro. —Griff se quitó la camisa y los pantalones, quedándose de pie en calzoncillos. Parecía bastante natural. Es increíble cómo las cosas empezaban a parecer normales con el tiempo. Esta mierda del CabezaCaliente había hecho que se soltara muchísimo. Eso ya es algo. Tal vez cuando todo esto terminara, Griff sería capaz de pensar en quedar con un chico.

Dante sacudió los pantalones para estirarlos.

—Haga lo que haga, haz como si te gustara de verdad.

—Sin problema. —Y ciertamente no sería ningún problema.

—Gracias, tío. Te compensaré por esto. Te lo juro.

Cualquier día.

Griff se dirigió a Alek, que estaba al otro lado de la sala.

—¿Qué quieres que nos pongamos?

Alek miró hacia el techo un momento.

—Umm. Creo que solo los pantalones. Con los tirantes sobre vuestro pecho desnudo. Y tal vez las botas.

—¿Casco? —Dante se inclinó y agarró los cascos, sosteniéndolos con las dos manos como si fueran marionetas rígidas—. Por fin me he acordado de traerlos.

—¡Genial! —Alek sonrió en señal de aprobación—. Podéis quitároslos cuando queráis, pero para empezar sí, con casco, sin duda.

Griff cogió el suyo; Dante había tapado todo lo que se pudiera identificar. Allí de pie con los pantalones y el casco, y a pecho

descubierto parecía exactamente como...

—Es como posar para el calendario. —Dante se rio entre dientes y le lanzó una mirada.

—No sabría… —Griff se encogió de hombros, sin saber muy bien cómo calmar la situación.

—Bueno, salvo por las mamadas.

Griff hizo una mueca y agachó la cabeza. Se concentró en desvestirse.

—Eh, Alek, ¿quieres que quitemos la maleza? —Dante tiró de su vello púbico—. Que nos afeitemos los rizos.

—Uf, no. Nuestros miembros prefieren el vello natural. ¿Los dos estáis...?

—¿Depilados? —Dante sonrió—. Soy un puto italiano; me recorto el temita desde que tenía trece años. Me enseñaron mis hermanos.

Jesús.

—Yo no. —A Griff se le salían los ojos. Nunca se le había pasado por la cabeza recortarse ahí abajo.

—Griff es ya bastante pulcro por sí solo. ¡El típico seto escocés! —Dante le lanzó una mirada a la entrepierna y soltó una risotada.

Griff no se rio.

En cuanto tuvieron puestos los pantalones y los cascos, Alek les hizo gestos para que se pusieran en el plató; ya estaba tomando fotogramas y filmándoles desde un trípode. Lo había hecho la última vez con fines legales, filmando cómo firmaban los contratos y cómo se identificaban. Entonces les hizo mirara a cámara para que dijeran

su nombre y su edad y cómo daban su consentimiento para que les grabara.

—¿Han sido objeto de coerción o amenaza de alguna manera?

Griff se rio.

—Apenas.

Dante habló en voz alta.

—No. Hemos venido a filmar una escena de una mamada para CabezaCaliente. Y estamos encantados.

¡Yuju!

De repente Griff tuvo una sensación extraña, como si fuera una pieza de un juego y estuviera en un tablero enorme, ridículo, con parques de bomberos y peleas en bares y corridas. Intentó recordar los pasos que habían dado para terminar este día en esta habitación, haciendo estas cosas para esa página web.

La vida es muy extraña.

Alek miró por encima los papeles.

—¿Y usted ha acordado realizar una felación al señor Muir?

Dante asintió y dio un golpecito a una página de su contrato.

—Eh. Sí. Y vamos a intentar hacer alguna cosilla más, si le parece bien.

—Eso es maravilloso, señor Anastagio. Siempre y cuando ustedes se sientan cómodos.

Griff estiró el cuello y trató de relajar los hombros. Dentro de un par de horas todo esto habría terminado y la casa de Dante estaría a salvo, y las cosas volverían a la normalidad, si es que eso era aún posible.

En el plató de la sala de estar, la mesita había desaparecido y la zona de la alfombra estaba vacía. Alek sacó más fotos.

—Quería daros más espacio para que os movierais mejor: asientos, suelo, pared. —Alek señaló a dos cámaras que estaban en unos stands elevados orientadas hacia abajo.

—Esas grabarán todo el tiempo, y yo estaré moviéndome con esta otra. —Levantó su cámara de vídeo compacta.

Alek señaló un montón de revistas, con imágenes de mujeres estupendas.

—Si necesitáis revistas. Para manteneros bien excitados.

Dante puso los ojos en blando.

—¿Estás de broma? Mi polla es como el acero, tío. Una vez que se viene arriba no es tan fácil hacerla bajar.

—A menudo cuando trabajan juntos dos modelos heteros puede surgir algún un problema. —Alek les estaba dando permiso para perder sus erecciones.

Griff decidió justo entonces que lo intentaría, que intentaría perder su erección en algún momento, si es que podía. Puta oportunidad de mierda. Se ajustó el casco en la cabeza.

—Lo más importante es que estéis lo más relajado que podáis. Lo filmaremos en distintas fases. Cuando cualquiera de los dos necesite hacer un descanso, por favor, decídmelo. —Alek les miró. Griff asintió con la cabeza—. Podéis dirigiros a mí en cualquier momento. Sentíos libres para cambiar de posición o hacer sugerencias. Puedo editarlo todo menos vuestras eyaculaciones.

Alek se subió a una escalerita para ajustar un papel de aluminio cuadrado que reflejaba luz en el plató. Sacó un par de fotos desde allí, y después reanudó la grabación.

Dante se inclinó.

—Eh, G. Tienes que hablar todo lo que puedas. ¿Vale? Si decimos guarradas también nos dan más.

—Ah, sí. Claro. ¿Qué quieres que…?

—Lo que sea, dime lo que sea. Realmente asqueroso. Dime cómo quieres que te la chupe. Háblame.

Griff asintió.

—Lo intentaré.

—Lo más sucio que se te ocurra, tío. No seas educado; no seas amable. Lo soportaré. Todo está bien, ¿eh? —Hasta con el casco y los viejos pantalones de faena, Dante parecía un príncipe: el perfil perfecto, las suaves ondas de su pelo.

Griff tragó saliva.

—Todo en orden.

Dante se acercó un poco más de forma que estaban casi cara a cara con sus pantalones y sus tirantes.

—No sé hasta dónde podré llegar, pero si me obligas, seguro que puedo ir más lejos. Y eso significa más dinero. Estoy dispuesto, ¿de acuerdo? Empújame todo lo que puedas.

—Me siento raro haciendo esto, obligándote a hacer ese trabajo. —Como Tommy.

—Te lo estoy pidiendo. —Dante parecía incómodo.

Entonces Alek avanzó hacia ellos y les pidió que se colocaran en el plató. Les dio la bienvenida al sitio y les pidió que se presentaran.

—¡Vamos, chicos!

Dante actuó con afectación ante la cámara, inclinándose para entrar en el cuadro. Estaba a horcajadas en el brazo de la mullida butaca en la que estaba sentado Griff, de forma que sus piernas

estaban sobre las de su amigo. Dio un golpe rudo en el hombro de Griff.

—Aquí, mi colega tiene un problema.

Griff sabía que su boca mostraba una línea tensa e incómoda, pero saludó con la mano.

Alek se arrodilló para captar una toma lateral de la butaca y le hizo una seña a Dante para que bajara.

Dante también saludó e introdujo la escena para los fans desde el brazo de la butaca de Griff.

—Uff, hola chicos. Pues sí, la novia de Duff se le ha estado resistiendo, pero él no puede engañarle con una piba, ¿vale? Y como somos amigos… —Dante se deslizó del brazo de la butaca y bajó al suelo—. He pensado que tal vez yo podría, ya sabéis, ayudarle.

Sus hombros se veían del color de las aceitunas bajo los tirantes granates. Entonces se puso de cuclillas entre los muslos abiertos de Griff, y miró hacia arriba a través de sus pestañas con un brillo de chico malo mientras se quitaba el casco. Despacito, puso sus manos sobre las rodillas de Griff y esperó a que le diera permiso.

—¿Te parece bien, tío?

Griff emitió un gruñido de asentimiento y entonces recordó que Alek prefería que hablara.

—Me parece de puta madre. —Se lamió los secos labios.

Dante se inclinó hacia adelante sobre su torso, lo suficientemente cerca como para sentir el calor meciéndose entre los dos.

Griff observó con ojos entrecerrados cómo Dante levantaba una mano y la pasaba por encima de su pecho con vello pelirrojo. Frotó los pezones rositas para que se pusieran duros y en punta. Podía sentir la respiración de Dante en su clavícula. Se sentía como drogado por el placer creciente, como si estuviese atado a la silla, como si fuese el prisionero de Dante. Su polla se hinchó dentro de los pantalones. Movió el culo en la butaca, disfrutando del delicioso dolor. Ni siquiera podía culpar de la sensación al whisky que corría por sus venas.

—Esto es una puta locura —murmuró Griff.

Dante levantó la vista hacia él, sorprendido, y después torció la boca en una sonrisa lasciva. Asintió y se apoyó para chupar suavemente una teta de Griff.

Alek se puso a un lado, con la cámara enfocando hacia abajo a Dante que estaba arañando las colinas esculpidas de los pectorales de Griff. Les dio su visto bueno alzando el pulgar.

¡Cling! Griff casi podía escuchar el pulgar de Alek tintineando como si fuera una caja registradora. Si decían guarradas conseguirían más pasta. Todo el mundo conseguiría lo que quería solo con que Griff se abandonara a la tentación.

Quédate con él. Muéstrate agradecido. Sé valiente.

Así que Griff sujetó la cabeza de Dante con su enorme mano, pasando sus dedos por los rizos y empujándole para que esa boca tan oscura como el vino se dirigiera a su otro pálido pectoral. Pensó en Tommy, maltratado en aquel callejón y le apretó más fuerte, tirando del pelo de Dante.

Gimiendo de placer, Dante le olía y le chupaba las tetas, dando pequeños mordiscos y lamiéndole los sensibles pezones hasta que

se pusieron duros y rosados bajo los tirantes rojos. Griff dejó que Dante levantara su brazo y chupara su axila. Dante presionó su cara contra los pelos brillantes allí enterrados y lamió con fuerza la sensible piel. Griff se estremeció.

—Es diferente a estar con una tía, ¿eh? —La boca de Dante le hizo temblar de placer como si estuviese teniendo un ataque.

Dante siguió con la nariz metida allí, chupándole hasta que Griff tiró de su cabeza hacia el otro lado y levantó ese brazo, ofreciéndole el otro hueco muscular para que le realizara el mismo tratamiento. Dante se sumergió allí con avidez. Cuando levantó sus ojos oscuros, Dante estaba jadeando y su boca, hinchada, estaba mojada.

—Tan diferente. Tan jodidamente fuerte.

Alek se acercó, haciendo un zoom en la lengua húmeda de Dante, después en el pelo brillante que se veía bajo los macizos brazos de Griff, y en los enormes bíceps.

Griff veía actuar a su amigo con ansia.

—Me estás comiendo, tío. ¿Sabe bien?

Dante presionó su cara húmeda contra el pecho musculoso de su amigo, restregándose contra el vello rojo y acolchado como si fuera un gato. Hablaba en voz baja.

—Pensaba en esto. En el parque. En la ducha, en la litera, en el camión…

Más gilipolleces porno. Griff casi podía escuchar el metrónomo invisible que iba contando los pluses: cling, cling, cling.

De todas formas, dejó escapar un gemido. No le importaba si era de mentira, y su polla tampoco conocía la diferencia. Agarró

violentamente la mano de Dante y la arrastró hasta el tronco de carne que ardía bajo su bragueta.

La voz de Griff sonaba ronca y apremiante.

—Estoy aquí, tío. No tienes que pensar en nada. —Entonces se puso en pie mirando a su mejor amigo, obligando a su cabeza a que se reprimiera, y empezó a recitar de memoria capitales de países en silencio para frenarse un poco y que no se le pusiera dura demasiado rápido.

Piensa en otra cosa. No le mires. No te corras en sesenta segundos.

Dante apretó su paquete con cuidado, como si estuviera trazando un mapa a través de la tela acolchada. Sus ojos estaban clavados en los pelos color canela que rodeaban el ombligo de Griff y caían fuera de la vista.

—Joder, colega. Carne con patatas.

Alek se arrodilló para capturar un perfil más ajustado de Dante adorando al monstruo.

Puedo hacerlo.

Griff empezó a ponerse rojo. El rubor subía caliente atravesando sus hombros y su pecho, afortunadamente fuera del cuadro, y haciendo que su rostro le ardiera de la espantosa timidez.

—Vamos, amigo. No seas tímido.

Dante soltó un botón con dedos temblorosos.

—No, así no. Usa tu puta boca. —Volvió a tirar de la cabeza de Dante.

Dante levantó sus ojos y le miró. Un imperceptible asentimiento con la cabeza le dijo a Griff que estaba haciendo justo lo que quería que hiciese.

Buen chico.

Dante presionó su perfil romano contra la entrepierna de los pantalones, buscando la cremallera con la lengua. La encontró y la mordió, tirando de ella hacia abajo con sus dientes relucientes. El pene grueso y encapuchado se movió hacia adelante, chocándose contra la mejilla de Dante.

—Buen chico… —Griff dejó caer uno de sus tirantes, con lo que sus pantalones solo se mantenían sujetos por un tirante, su erección, y la elevada curva de sus nalgas.

Escuchó un ronroneo debajo de él. Dante estaba haciendo un ruido sordo de placer en el pecho. Entonces, sin avisar, Dante le empujó fuertemente de forma que volvió a caer en el trono de piel, con las rodillas abiertas, y los huevos contra el cuero. Se le había soltado el caso y estaba caído en la alfombra como si fuera una tortuga dando vueltas del revés.

—¡Eh!

—Sí, muy bien. —Dante se puso de rodillas y gruñó—. No puedes soportarlo. Y yo tampoco puedo.

Griff se tocó su enorme erección.

—Estás como una puta cabra.

—No te haces ni idea, tío.

En algún punto detrás de Dante, Alek cambió de posición, pero todo se resumía a ellos dos. Solo ellos. Griff se agarró a los brazos de la butaca.

Dante estiró el brazo y apretó la polla de Griff hasta que se le marcaron las venas en relieve azul. Abrió la boca y se dirigió hacia ella, con su cabeza oscura inclinándose hacia el regazo de Griff.

Me encantaría poder ver sus ojos.

Durante un minuto el único ruido que se escuchó fue el zumbido de los focos y la mamada sorda, que sonaba tan bien como Griff la sentía. Este tenía abiertos los ojos y la boca como en señal de aviso. Dante empezó a ponerse rojo, tratando de respirar alrededor del intruso.

Griff le empujó hacia atrás, mirando fijamente a Alek.

—Espera. Espera. ¡Un momento! Tiempo muerto.

Justo así, Dante tosió. Se retiró y miró hacia arriba parpadeando. Lleno de babas, se balanceó sobre los talones, con los ojos desorbitados. Se puso en pie, sosteniendo todo su peso.

Griff suspiró aliviado. Había estado a punto. Demasiado cerca. Dejó caer el otro tirante y tomó aliento.

Dante deambulaba por la habitación. Parecía que sentía desequilibrado y que estaba muy nervioso.

Uff, ¿eh?

Dante se desabrochó sus propios pantalones y se bajó la cremallera. Su propio pene estaba medio erecto. Volvió a zancadas adonde estaba Griff y volvió a ponerse de rodillas entre los fuertes muslos. Le hizo un gesto con la cabeza a Alek para que continuara y le quitó las pesadas botas a Griff. Siguió con los pantalones, desnudando a Griff y dejándole en pelota picada sobre la butaca negra.

—Rodando. —Alek estaba quieto, dándoles mucho espacio, como si fueran animales en peligro de extinción en su zoo.

Griff formuló con los ojos una pregunta callada a Dante. ¿Estás bien?

Dante agarró las manos pecosas de Griff, y las puso por detrás de su propia cabeza rizada.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué quería?

En respuesta, Dante empujó los dedos de Griff dentro de su cabello alrededor de la parte posterior de su cabeza y presionó hacia adelante, poniéndole la polla rosa en su cara.

Quiere que me folle su boca. Que le obligue.

Griff se puso rojo y miró hacia abajo a su amigo. Su polla de neandertal no veía ningún problema en ello.

Abajo, en el suelo, Dante esperaba que él tomara el mando, chupando el pene de Griff con húmedo abandono… pero él necesitaba que Griff le obligara a hacerlo.

Griff apretó la cabeza de Dante con las manos extendidas, sujetando con sus anchos dedos la seda de sus cabellos rizados.

Dante asintió ligeramente y tomó aire. Como si estuviese preparándose para entrar en un incendio.

Griff flexionó sus fuetes brazos y tiró de la hermosa cara de Dante hacia su vello púbico rojo. Entró en un calor resbaladizo.

En un lateral, un grito sofocado le hizo mirar a Alek, que sujetaba la cámara sobre sus rodillas tratando de recoger lo que estaba pasando. El ruso tenía la polla toda dura en sus pantalones chinos.

Griff sacudió la cabeza e intentó ignorar la presencia del otro hombre. Era obvio que Dante podía ignorarlo. Siguió empujando más y más.

Dante emitió un gruñido de aprobación, y la vibración atravesó el grueso pene que se tensaba cada vez más dentro de su boca. Respiraba por la nariz y parecía que todo iba bien, hasta que el pollón le tocó el fondo de la garganta. Sorprendido, dio una sacudida y se retiró.

—Lo siento. —Griff sabía que era imposible.

—No digas gilipolleces, tío. Eres muy fuerte. —Dante abrió la boca como si fuera a gritar y sacó la lengua como si no le cupiera en la boca—. Solo que no me esperaba…

—No quiero ahogarte, tonto.

—Soy resistente. Métemela. Tengo una boca enorme.

—No, ¿de verdad? —Se rio Griff.

Dante también se rio.

—No vas a hacerme daño. He estado practicando.

¿Cómo?

—¡Los cojones!

—¿Bromeas? No soy retrasado. Después de la última vez, sabía qué tipo de castigo iba a caerme. Puedo soportarlo. Oblígame. —Dante miró de reojo a la cámara.

Como era de esperar, desde el lateral Alek asintió e hizo otro gesto con el pulgar hacia arriba (cling). Había captado todo con la cámara.

¡Mierda! ¿Tal vez lo suprimiría?

Improbable, idiota.

Entonces Dante se la volvió a tragar, hasta adentro, y Griff cerró los ojos.

No te corras. No te corras.

Tras un ratito, Griff se dio cuenta de que Alek había dejado de filmar y que les estaba observando mientras se cubría su propia erección con una mano.

—Si queréis intentar algo más, tengo ya mucho metraje de la felación.

Pero Dante se sentó sobre los talones y su polla se arqueó escapándose de su bragueta.

—¡A tomar por culo! No hemos terminado. ¿Eh, G? —Parecía cabreado y tenía los ojos llorosos. Tosió y se aclaró la garganta—. Estoy bien. Solo que no estoy acostumbrado. Creo que puedo hacer que se corra así. Sin manos. Eso estaría bien, ¿no?

—Desde luego, pero iba a proponeros.

—Un segundo. Es brutal. Déjame que lo intente… —Dante se inclinó sobre el brazo de la butaca y presionó sobre la erección desde arriba, el ángulo más fácil, aparentemente. Canturreó en señal de triunfo. Maniobró hasta que se quedó atravesado entre el brazo y el respaldo de la butaca de cuero orientado hacia el torso de Griff, de forma que podía mantener su boca en el punto donde haría más daño.

Griff sintió como un codazo en la oreja y se dio cuenta de que las caderas de Dante estaban junto a su cara. Los huevos sueltos colgaban sobre un muslo leonado, la curva de su pene erecto se inclinaba en el aire justo a 20 centímetros de los labios de Griff. Las caderas de Dante se movieron.

Poco hecha. La polla de Dante era exactamente del color de la carne poco hecha. La cara de Griff se acercó a su capullo. Un par de centímetros más y estaría en su boca. Sabía que Dante podía sentir su aliento como un fantasma por encima de ella; la piel brillante era como hipnótica. Lo único que tenía que hacer era abril la boca y podría tocarla con su lengua, saborearla. Casi… Levantó la mano con indecisión y la acarició suavemente.

Dante se retorció para mirar a través de sus espesas pestañas negras a su polla que estaba a unos pocos centímetros de la boca

rosácea de Griff, asegurándose de que Griff estaba de acuerdo.

Griff sacudió la cabeza y se mordió el labio, pero no se soltó.

—Bueno… me siento un poco extraño aquí sentado sin hacer nada.

Alek volvió a levantar el pulgar: ¡cling! ¡Cling, cling, cling!

—No tienes por qué hacerlo —le susurró Dante.

—No pasa nada. Quiero decir… es más pasta, ¿no? — *Sí, eso parece lógico.* Griff se sentía como un cabronazo, pero tenía que saber cómo sabía ahora que tenía la oportunidad.

Dante asintió y gruñó dándole permiso.

Griff agarró la polla tiesa y recorrió con la lengua toda su longitud, hasta pararse a saborear la salada corona. El sabor a almizcle explotó en su boca.

Perfecto.

—Ahhh. —Dante apretó los dedos gordos de los pies y dejó caer su cara de nuevo hacia el paquete de Griff.

En algún punto del lateral, se escuchaba a Alek de pie moviéndose en círculos a su alrededor, captando tomas. Se acercó y se puso de cuclillas para filmar desde el nuevo ángulo para no perderse nada.

La polla se hinchó en la boca de Griff con las venas sobresaliendo en bien marcadas. Parecía que estaba a punto de… ¿Dante se iba a correr ya? ¿No era demasiado pronto? Griff sintió una ráfaga de aire frío en su propio pene cuando Dante se incorporó un poco para respirar.

—¿Alek?

—Estoy aquí. Hazlo. —Alek se agachó inclinándose sobre ellos.

Dante se giró en la butaca, dejó caer la cabeza hacia atrás, de forma que su pelo colgaba hacia el suelo. Movió las caderas hacia adelante, poniendo duros los abdominales… y después descargó su lefa sobre su torso desnudo. El semen se deslizó hacia la hendidura de su cuello hasta que se sentó sonriente.

Confundido, Griff miró a Dante a los ojos para tratar de pensar que cojones se suponía que debía hacer él. ¿Ya habían terminado?

Dante le guiñó el ojo.

—No podía parar, tío. No te preocupes; Puedo seguir. Te lo prometo.

Iba a por el dos por uno. Puto chulo. Iba a tener otro orgasmo para conseguir otro bonus. El pecho subía y bajaba fuertemente. Dante se pasó los dedos hacia abajo rozando un poco de la lefa de su torso y después se chupó los dedos para limpiárselos. Parecía que le encantaba el sabor, o al menos lo fingió ante la cámara.

En su mente, Griff casi podía imaginarse cómo corría el porno-taxímetro. Cling. El juego del placer: *¡Me grabaré comiendo semen por otros doscientos!*

Pero no todo.

Dante tenía en mente algo más guarro. Juntó el resto de su leche y la utilizó para lubricar el propio pene erecto de Griff. La sensación fue indescriptible. Y entonces, santo Dios, Dante empezó a chupar su propia lefa caliente de la polla de Griff.

¡Se lo estaba comiendo! ¡Comiendo!

Griff se volvió loco con esa visión y ese olor. Empezó a retorcerse en la butaca, deslizándose en el cuero por su propio sudor. Rodeaba con los brazos la espalda flexionada de Dante para impedirle que se escapara de allí. Bien pegado a él. Griff no podía

parar de follarse la cara de Dante, obligándole a comérsela, clavándosela en la boca.

Y Dante le siguió, inclinándose sobre el brazo de la butaca, gruñendo y baboseando su polla, y guiándole cuando se dejó caer en el suelo, deslizándose de la butaca.

Por fin, el culo de Griff estaba en la alfombra, sus rodillas abiertas, los mechones negros de Dante flotando y haciéndole cosquillitas entre ellos.

—Eso es. Cómete todo lo que has soltado, tío. Limpia tu mierda. —¿Había dicho eso en alto?

Y Griff le imitó, limpiando la polla mojada de Dante.

Dante hizo un gesto de aprobación y le animó a seguir. Bajó sus piernas del pecho de Griff al suelo, de forma que podían chuparse el uno al otro.

Lo único que se oía eran susurros y los sorbos que daba cada uno saboreando el placer del otro. Como si estuvieran solos. Como Griff hubiese querido. Como si estuvieran juntos. Como si todo fuese real.

¡Cling, cling! Alek levantó otra vez el pulgar.

Me llevo el típico 69 y el clásico intercambio de semen por 300 dólares.

Dante se movía agitado.

—¡Tranquilo! Estoy sensible… —Agarró la polla dura de Griff y la ordeñó—. Parece que se ha puesto más gorda.

—Tú me la estás poniendo más grande, tío —gruñó Griff.

No deberían estar haciendo esto aquí. Griff levantó los ojos y vio a Alek detrás de la cámara.

El ruso estaba sudando, de pie, completamente inmóvil. Obviamente estaban dando un espectáculo que se les estaba yendo de las manos. ¿Cuánto tiempo llevaban?

Dante abrió la boca y se metió dentro la polla enrojecida de Griff, canturreando mientras la iba chupando.

Las manos de Griff volvieron a colocarse en la parte posterior de su cabeza agarrándola fuertemente. Empujó hacia adelante, hacia la garganta de Dante, tratando de no sentirse un cerdo.

Él me lo pidió.

Entonces, Griff sintió cómo su duro pene explotaba a lo bestia dentro de la garganta resbaladiza de Dante; los músculos de la pelvis sufrieron un espasmo. Empezó a contar hasta el mil, rezando por no acabar nada más empezar.

Uno, dos…

Respirando por la nariz, Dante seguía en ello, atravesado con la polla de su amigo, presionando su cara contra el pelo rojo lo máximo que pudo… entonces se asfixió y se retiró.

—Guau. Hasta dentro.

—Perdona.

Pero Dante se la volvió a meter en la boca, resoplando y chupando a Griff hasta que dobló los dedos gordos del pie, totalmente centrado en el placer de Griff. O eso parecía.

—Su pelo. —Alek se asomó desde detrás de la cámara para hacerle un gesto con la cabeza a Griffin.

—Ah. —Griff tomó un mechón de los rizos de media noche y los apartó para que los miembros no se perdieran a Dante chupándole la polla brillante y mordisqueando sus prietos huevos rosados. Podía ver el pene tieso de Dante sacudiéndose en el aire,

sin que nadie lo tocara y volvía a estar tan duro como el mango de un hacha… como si no se hubiese corrido.

Claro.

Griff empujó hacia arriba con la espalda apoyada en la butaca de cuero y se relajó un poco, dejando que sus musculosos muslos se abrieran un poco mientras Dante reptaba hacia él con una sonrisa perversa. La cabeza de Dante bajó hacia la maleza rojiza bajo su pene e inhaló.

¿Me acaba de oler?

Y entonces Dante volvió a hacerlo, le olió de forma deliberada con los ojos medio entornados… tomando una profunda bocanada de su aroma antes de volver a meter su nariz bajo el mullido bulto rosa de sus huevos y antes de empezar a lamerle de nuevo. Dante enganchó los brazos bajo los fornidos muslos de Griff y los levantó, haciendo que su culo quedara levantado.

¿De verdad va a…?

De cerca, Griff miró su pene flexionado y vio cómo el prepucio se deslizaba hacia atrás desprendiéndose del capullo. Detrás, la cabeza oscura de Dante hurgaba más abajo, entre sus piernas, por encima de la cresta dura de detrás de los huevos, y entonces esa larga lengua atacó el prieto iris de su ano.

¡Gracias, dioses de las actividades ampliadas!

Cayeron gotas de líquido pre-eyaculatorio que bajaban por la polla de Griff según se le ponía más y más dura, agitándose con el latido de su corazón, y orientada hacia su cara enrojecida. Intentando reprimir una risita como de loco, a Griff le vino a la mente una instantánea de una pelea entre Dante y él hacía algún tiempo:

—¡Bésame el culo, tío! Bésamelo.

Sí, por favor.

Y entonces, Santa Madre de Dios, lo hizo. Dante presionó con toda su lengua, firme, en su agujero, dando una larga lamida al surco pálido.

Los ojos de Dante se veían humeantes al otro lado de su verga rosita.

—Tan suave. Tu piel sabe… —El final de la frase se perdió en el músculo apretado de su ano.

Alek se cambió a la izquierda para que la cámara pudiera captar la lengua de Dante, el agujero, y la gorda polla de Griff goteando en su ombligo cubierto de pelusa cobriza.

¡Demasiado pronto! ¡Demasiado pronto!

—¡Espera! —gritó Griff con voz ahogada.

Pero Dante no oía, no le escucharía; estaba separando las firmes nalgas con esas manos tan fuertes; presionó su lengua dentro de Griff.

Griff clavó los ojos en su cabeza, aparentemente tratando de captar una visión de esa lengua perfecta que investigaba su interior. El fuego corría por todo su cuerpo. Tenía la boca abierta, como en estado de shock, y de ella salían sonidos locos.

—No puedo… No puedo… —Las piernas de Griff empezaron a temblar y de su boca salieron sinsentidos. Su polla se estaba poniendo de color morado claro y, ay, Dios, soltó como un aullido en el momento que su placer explotó y salió a chorros de dentro de él y húmedas espirales de semen caían sin parar sobre su torso sudoroso, deslizándose por sus pectorales y por los surcos de sus abdominales. Su rápida respiración le silbaba entre los dientes mientras jadeaba y trataba de recuperarse.

Alek dijo algo en ruso en voz baja y se sentó para colocarse bien el paquete bajo sus pantalones de pana. Tenía una mancha húmeda. Habría empapado sus pantalones solo por verles juntos.

—¿Estás bien? —Dante levantó la vista hacia él desde entre sus muslos, y su voz sonó amortiguada por el culo y los huevos de Griff.

—Ufff. —A Griff le daba miedo decir algo que pudiera cambiar las cosas. Asintió y le lanzó una sonrisa pequeña y nerviosa.

La polla de Dante estaba rígida y jugosa. Debía haber estado frotándosela mientras le chupaba para que pareciera que le gustaba meter la cara en el agujero de Griff.

—Déjame comértela un poco más. Vuelvo a estar a punto.

¡Joder! ¿Qué plus venía ahora?

Dante se dio la vuelta para poder llegar a la polla de Griff, que se iba reblandeciendo, mientras amasaba la suya. Apretó para que saliera una última gota de semen de Griff y la chupó con un golpecito de su lengua.

Griff aulló. Tenía el glande hipersensible.

—Con cuidado.

Dante aflojó un poco, retirando el semen de su pene, absorbiendo despacito, pero sin parar.

Griff sintió una sacudida por el éxtasis intranquilo que le producía su amigo, deseando que Dante parara y al mismo tiempo deseando que no acabara jamás. Unos pocos minutos más así y se le pondría otra vez dura. Alargó el brazo y agarró la polla dura y curvada de Dante.

Dante liberó su boca.

—Gracias, tío. Tu mano es mucho mejor que la mía. ¡Eso es! Sí. Vas a conseguir que me corra otra vez.

Dante alargó el brazo y estiró su escroto, tenso, pero Griff le apartó la mano y agarró más fuerte, haciendo que los huevos sobresalieran. No podía creer que no le doliera. Aparentemente no le dolía.

Dante jadeaba contra él, agarrándole la mano y esforzándose por alcanzar un segundo orgasmo mientras le suplicaba que le ayudara.

—Casi… casi… Puedo hacerlo. Ahhh. Solo tira de mis huevos. Tira de ellos. Más fuerte. Llévame allí. Síííí. —Dante se encorvó hacia adelante con sus marcadas caderas, y el suave capullo de Griff golpeó contra sus labios abiertos. Volvió a sacar la lengua para saborear la gotita de jugo que había en la punta. Dante apretó los ojos mientras se tensaba.

Griff se estiró y puso la cara sobre el paquete de Dante y dejó que su amigo se frotara con su mano mientras él apretaba sus huevos de seda con la otra; justo al límite del dolor. La cabeza de la erección perfecta de Dante llenó sus ojos. Apretó las pesadas bolas una última vez, tenía que dolerle. Dante silbó. Las venas sobresalían en todo su polla. Muy lentamente, Griff arrastró el pene brillante por encima de su mejilla con barba de tres días, milímetro a milímetro. Dulce tortura para los dos. Sus testículos se doblaron en la mano de Griff, y este los soltó para que pudieran activarse a tope y soltarlo todo.

Un grito salió de la boca de Dante que seguía abierta junto al enorme capullo rosa de Griff. Griff se recostó sobre sus talones para observar la explosión.

—¡Aaaaaaaaah! —Justo así, aullando, Dante roció una lluvia cálida y acaramelada sobre su torso resbaladizo, mientras los espasmos recorrían su cuerpo y gruñía de satisfacción. Mientras Dante se movía en el suelo, una gota de semen salpicó en la mejilla de Griff y se deslizó hasta quedarse junto a su boca, pero no tuvo valor para chuparla. De repente consciente de la cámara que les estaba grabando, Griff mantuvo la boca cerrada a cal y a canto.

Un bonus que no compartiré. Mío.

Dante se estremeció, tembló y se fue relajando gradualmente.

—Corrida perfecta. —Le brillaba el tórax, que subía y bajaba mientras él trataba de recuperar el ritmo normal de su respiración.

Griff se incorporó sobre un brazo, consciente de la gota caliente que tenía en la cara y de Alek, que estaba asegurándose de que había grabado todo, y sacaba una cadena de fotogramas.

Una estela plateada se deslizó desde al lado de los huevos de Dante hacia la alfombra. Griff estuvo a punto de agacharse a limpiarlo.

Quieto.

—¿De qué te ríes, gilipollas de mierda? —Los ojos de Dante sonreían y su boca estaba curvada en una especie de mueca feliz. Alargó el brazo y apretó fuertemente la pantorrilla de Griff. Griff lanzó un aullido y se rio antes de soltarse de esas manos callosas.

Literalmente, desprendían vapor. Tenían la piel tan caliente que podía verse cómo el vapor salía de sus cabezas y se elevaba en el aire frío.

—Bien, caballeros, —murmuró Alek enfocando con la cámara sus cuerpos húmedos, los charcos de semen, las pollas flexionadas de color rosa y dorado—, parece que han estado inspirados.

Griff casi se había olvidado de que tenían público. Se puso en pie y observó cómo Dante jugaba ante la cámara.

El chulo de él hizo gala ante la lente de todo su encanto al levantarse, humeante y resbaladizo.

—Estaba tan cachondo, tío… Y su chica se le resiste… ya sabes cómo va esto. Tío, no estarás enfadado, ¿verdad?, porque nos hayamos dejado llevar un poco.

—No. Más que un poco. Más de lo que me imaginaba que fuera posible. ¿Sí? Ha sido fenomenal. —Alek dejó que la cámara planeara entre los dos como si estuvieran conectados por unos hilos invisibles. Como si pudiera ver lo que Griff mantenía oculto—. No me habría esperado…

—¿Te refieres a la lamida de culo? —Dante se encogió de hombros—. Nunca había chupado el culo de un tío antes, pero un culo es un culo, ¿no? Quiero decir, ya había chupado antes el culo de una chica. A mi novia le encanta que le coma.

Griff no dijo nada. ¿Qué podría decir? No estaba seguro de sí debería sentirse halagado por el cumplido o celoso de las chicas que él había saboreado. *¿Qué cojones está pasando?*

—Dios, me encanta el culo. —Dante apretó las caderas de Griff un instante mientras este estaba como paralizado—. Además, este no se quejaba. —Sonrió a su mejor amigo como si estuvieran hablando de la comida basura.

Alek giró la cámara hacia Griff; la mancha húmeda se oscurecía en sus pantalones de pana.

—Parecías disfrutar de lo lindo.

Griff se puso rojo y sacudió la cabeza.

—Nadie me había hecho eso antes. —No puedo creer que acabe de admitir eso. No puedo creer que lo haya admitido. El rubor se extendió por su cuello y su cara.

—¿De verdad? —Dante parecía estupefacto—. Dios. Has estado saliendo con las chicas equivocadas.

Alek dio un paso atrás para poder sacarles a los dos juntos en pantalla.

—Así que parece que hoy los dos habéis traspasado un poco vuestros límites. Continúa vuestra educación con CabezaCaliente.

—¿Un poco? Supongo. —Griff no podía creer que estuvieran teniendo esta conversación. Y ante la cámara. Le ardían las orejas mientras miraba al suelo buscando su ropa de calle.

—Te has sentido bien, ¿verdad? —La sencillez de Dante no dejaba espacio para la vergüenza—. Mi culo también es muy sensible. —Entonces dijo al objetivo—: No sé a vosotros, chicos, pero a mí me vuelve loco.

—Síííí. —Griff seguían sintiendo las piernas como temblorosas; si se sentaba no podría volver a levantarse jamás.

—Así que tal vez los dos estarían dispuestos a volver y seguir experimentando. —Alek les estaba empujando hacia un final sexy. Quería que flirtearan con la cámara y dijeran más gilipolleces porno sobre cuánto les gustaba saber que había un montón de tíos desconocidos que se la habrían meneado mirándoles.

Dante parecía saber exactamente lo que quería. Se acercó a Griff, le pasó un brazo húmedo por la cintura y dijo saludando a Internet.

—Quizás vengamos. ¡Hasta otro día, CabezaCaliente!

Griff también se despidió con la mano, como si fuera un robot desnudo, pero no fue capaz de dibujar una sonrisa.

Por fin, Alek apagó la maldita cámara.

—Muy bien, caballeros. Han superado ustedes mis expectativas más salvajes sobre ustedes. —Se volvió hacia la hilera de ordenadores de la pared delantera y colocó la cámara encima de la mesa.

—¡Joder! ¡Joder, tío! —Dante parecía enfadado y le pegó un golpetazo a Griff— Espera, Alek. ¡Vuelve a encender la cámara! Queríamos besarnos. Mierda. Íbamos a…

—Lo siento. —Griff sacudió la cabeza, pero no lo sentía. El corazón, de hecho, le dio un vuelco del alivio. Algo que dejara que Alek les viera como hombres sensibles le parecía demasiado íntimo.

—La próxima vez, caballeros. Si ustedes desean compartirlo. —Alek no estaba nada decepcionado—. Eso es algo que a mí y a otros diez millones de hombres nos encantaría ver.

Aun desnudo, Dante se dirigió directamente a la mesa en la que estaba Alek.

—Pero hemos hecho bastantes cosas extras, ¿eh? Hay bonus, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —Complacido, Alek soltó una risotada y asintió. Le pasó los sobres a Dante y sacó su cartera. Sin dudarlo, contó quince billetes extra de 100 dólares—. Y los dos se merecen una propina aparte por la teatralidad. Ha sido…. mágico.

Los ojos de Dante se abrieron como platos y asintió mirando a Griff. Habían sacado casi un tercio más de lo que esperaban. Dante era libre. Estaba a salvo.

Griff dejó salir el aliento que no sabía que había estado manteniendo.

Para ti. Para ti.

—Ahora, ya que parece que no tienen ustedes ningún problema con el juego anal, me pregunto si estarían dispuestos a llevar las cosas un poco más lejos; ofrecería una bonificación considerable.

—¡No! —Griff no pretendía interrumpirle así. La palabra se le escapó de la boca.

—Ahora mismo no. —Dante suavizó la negativa abrupta—. ¿Sabes? Vamos a ver cómo van las cosas.

—Hay muchas opciones. Cualquiera de ustedes podría emparejarse con otro modelo, por supuesto. O si prefieren trabajar juntos de nuevo, podríamos hablar de cruzar algunas fronteras.

Dante sacudió la cabeza.

—Sí. No. Creo que hemos cruzados muchas fronteras hace un rato. Griff ha tenido mucha paciencia conmigo, pero creo que vamos a abstenernos.

—Muy bien. —Alek les miró como si fueran toros de raza en una subasta—. Ustedes dos son un activo excepcional para la web. Héroes. Auténticos héroes.

—Qué va. —Dante guiñó un ojo y señaló a Griff—. Él sí es un héroe. Yo soy un desastre.

—Sí, más bien al revés, D. —Griff resopló muerto de la vergüenza mientras se ponía los vaqueros.

Alek estaba comprobando el material en las cámaras. Su cara estaba pensativa.

—Sea como sea, los héroes necesitan desastres, ¿no? Y viceversa. También usted tiene algo de héroe, señor Anastagio.

—Casi nada. —Dante se estaba apagando como le había pasado después de la primera escena para la web. Su cara se endureció y se puso en guardia como si se arrepintiera de todo y supiera que había cometido un error que no podría solucionar. Elevó sus ojos hacia Griff con preocupación.

Cada uno mascaba su propia culpabilidad y su propia repugnancia.

Eso era lo peor para Griff, la vergüenza de Dante después, cuando él se sentía como un pedazo de carne sin ningún valor. Incómodo, cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

Dante ya se estaba poniendo las zapatillas de deporte y guardando los uniformes en el petate, listo para largarse.

—Este enorme cabrón me salva la vida todos los putos días. No sabes cuántas veces.

Alek se giró en la silla y contempló a Griff.

—Y me imagino que usted habrá sufrido algunos momentos desastrosos en su joven vida, señor Muir. —Ladeó su cabeza rapada y evaluó a Griff, deteniéndose en las vetas de su pena y en su lealtad y en su deseo desesperado.

Lo sabe.

La tristeza sobrevolaba por la frente de Alek, nublando sus ojos azules.

—Es imposible ser nuestro propio héroe, ¿verdad?

En ese momento, Griff se dio cuenta de que Alek sabía exactamente lo que él había tratado de esconder, que había visto el

deseo y el dolor surgiendo entre ellos como un rayo. Había visto el corazón abierto de Griff.

—Uf, sí. —Griff sabía lo que estaba tratando de decir, pero no tenía ningún interés en decirlo enfrente de Dante.

El hombre en cuestión estaba de pie esperando a Griff, muerto de ganas de largarse y darse una ducha de agua hirviendo para borrar ese día de su vida.

Alek presionaba.

—Los dos son muy afortunados por tener un amigo dispuesto y capaz de salir al rescate del otro. Y muchas personas dirían que hacer esto, es hacer un rescate. —Alek se rio.

Ellos no.

Hora de irse.

En la puerta, Dante vibraba de la ansiedad y estaba a punto de empezar a darse golpes a sí mismo. Se rio sin ganas.

—No. Yo soy el que se mete en líos, y él es que lo recoge todo.

Alek les sonrió a los dos con cariño.

—¿O tal vez usted sea el humo y él el fuego?

La risita de Dante cesó.

—Uf. Puede ser.

Antes de que nadie dijera nada más, Griff se puso el otro zapato y la camisa.

Cuando estaba llegando a la puerta, Dante ya estaba recorriendo el camino de vuelta a través de la locura de cajas que había fuera hacia el ascensor.

Griff se detuvo y se volvió para decir adiós, sabiendo que había visto compasión en la cara de Alek.

Alek le dijo adiós con la mano y eso fue todo. Él lo sabía y Griff sabía que él lo sabía. Un lamento sobrevoló el aire punzante que flotaba entre ellos.

Gracias por guardar mi secreto.

Alek asintió y frunció los labios. Los dos entendieron lo que el otro quería decir.

Griff saludó sin sonreír y se encaminó a través de la oscuridad hacia donde estaba Dante y hacia el sonido del ascensor que subía para llevarles a casa.

CAPÍTULO XIV

En halloween, Griff tenía setenta y dos horas libres de servicio y estaba trabajando en la puerta principal del Bone. Según avanzaba la noche, la clientela se volvía más loca y era más joven. Además de los disfraces, había una despedida de soltero genial para el negocio, genial para las propinas, pero mucho ruido.

Sobre las once, escuchó a una chica que gritaba en la manzana de arriba. Un grupo de tíos tenían una refriega en la esquina. Al principio pensó que la despedida de soltero había empezado a disolverse y que se dirigían a Manhattan para ir a un striptease. Entonces se dio cuenta de que estos hombres estaban peleándose y gritando en un círculo estrecho a unos cuarenta y cinco metros. Saltó la alarma de un coche cuando alguien se golpeó contra él. Se oyó un ruido de cristales rotos.

Los gritos procedían de una chica gordita que estaba al otro lado de la calle, disfrazada de abejorro, que estaba mirando

fijamente algo en el suelo a los pies de los hombres. Griff no podía ver lo que era, pero ella había dado un paso hacia allí. Su rostro era una máscara de horror, pero no escapaba.

¿Qué coño estaban haciendo?

Griff caminó hacia el ruido lentamente. Sentía una sensación extraña en las tripas; no era una pelea por ver quién pagaba las cervezas. El resto de ellos gritaban y daban patadas a la acera. ¿Era un perro? Putos cabrones de mierda.

A la luz de la farola, uno de los cabrones dejó de pegar patadas, se desabrochó los pantalones, y se sacó la polla. Griff cerró los puños y echó a correr, abalanzándose hacia ellos.

—¡Eh!

Los hombres no le oyeron. Un coche estaba a su lado en la carretera, y el motor estaba encendido. Las puertas estaban abiertas. Estaban gritando y echando maldiciones al cemento.

Y entonces el tío de la bragueta empezó a mear en el suelo, allí mismo, en la calle Van Brunt como si estuviera en un puto urinario. Pero no estaba haciendo pis en la acera. El riachuelo iba a parar a unas ropas.

Un gemido. Una tos húmeda.

—Puto mariconazo de mierda…

Jesucristo. Allí había una persona pequeña, hecha un ovillo, un niño al que le estaban pegando patadas hasta matarle y al que le estaban orinando encima.

—¡Eh! ¡Gilipollas! —Griff gritó mientras corría hacia ellos como un gigante enfadado. El chico de la cremallera miró hacia arriba, sorprendido, y dejó de reírse al ver el tamaño de Griff. Se guardó la

polla en los vaqueros y dijo algo al resto de los genios. Uno de ellos escupió al chaval.

Se apiñaron rápidamente en el coche y salieron pitando, separándose del bordillo con medio cuerpo aún fuera y cerraron las puertas cuando ya habían recorrido más de media manzana. Un último grito y una botella de cerveza arrojada al cuerpo según arrancaron.

—¡Maricón!

La botella golpeó contra el asfalto. La gente trataba de ver lo que pasaba, con recelo, desde las puertas y las ventanas.

—¡Que alguien llame a la policía! —Griff se agachó sobre el cuerpo que estaba boca abajo enrollado en posición fetal. La víctima era un adolescente, o un hombre muy bajo. Había pis y sangre por todas partes, y le daba miedo darle la vuelta al cuerpo. Por lo menos, la caja torácica se movía un poco; todavía no era un asesinato.

La voz de la gordita vestida de abejorro dijo desde el otro lado de la calle.

—He llamado al 911. —Sus pasos se acercaron. Otras personas estaban llegando a la calle.

Buitres.

—Bien. —Griff sabía que tenía que asegurarse de que las vías respiratorias no estuvieran bloqueadas. La víctima no parecía estar respirando de forma regular, o si lo estaba haciendo, no estaba cogiendo mucho aire.

El pelo del chico estaba apelmazado por la sangre espesa. Casi no se escuchaba la respiración superficial silbando a través de su boca ensangrentada.

Griff se inclinó para asegurarse de escuchar el sonido. El temor en su estómago se hizo más fuerte.

—¿Está… muerto? —La chica estaba de pie junto a Griff. Sus robustas piernas se movían mientras luchaba entre la fascinación de fisgona y el asco—. No creo que debas tocarle hasta que lleguen los servicios sanitarios.

—Soy bombero. Podría… —Griff dio la vuelta y se puso al otro lado de forma que no tuviera que mover nada para comprobar las vías respiratorias, y entonces se dio cuenta.

Era Tommy. Dobsky.

La cara de Tommy estaba llena de golpes y heridas, la nariz rota. El brazo izquierdo le colgaba en un ángulo extraño. La parte delantera de su camisa estaba empapada en sangre. Esos hijos de puta habían dado una buena paliza. Podría morir. Él había salvado a Dante.

—Todo ha sido tan rápido. No como en la televisión. —La abejorra regordeta habló para nadie.

¡Maricón!

Griff la ignoró y realizó las comprobaciones básicas: el pulso era irregular y la respiración muy costosa. Lo más probable es que las costillas también estuvieran rotas.

—¿Dónde está la maldita ambulancia? —Griff gruñó a las nubes.

Alguien sabía que Tommy era gay. ¿Había visto alguien algo y se había ido de la lengua? ¿Le habría visto alguien con Alek la pasada noche? ¿Habría dicho el puto Alek algo a una gente equivocada? *Ay, Dios.*

Una multitud de rodillas se reunió alrededor de Griff y de Tommy en el suelo.

—¡Apártense! —La voz de Griff sonó más alta de lo que pretendía.

Sirenas.

¡Maricón!

Con repentina certeza, Griff supo lo que había pasado: Tommy le habría contado a alguien la verdad, se había ido de la lengua con otra persona que no era Griff, y ellos se lo habían tomado… mal, por decir algo. Él habría intentado ligar con el tipo equivocado o se habría confesado con el tío equivocado, o le habrían cazado en el bar equivocado. Lo del truco o trato había salido mal. Había pagado el precio. Lo seguía pagando allí tirado en la acera.

—¿Griffin? —Jimmy había subido andando desde el bar, y sus pies disminuyeron de velocidad cuando vio el charco oscuro que empapaba la acera y los vaqueros de Griff—. Jesús. ¡Jesús! ¿Muerto?

Griff sacudió la cabeza.

—Es uno de los chicos del parque. Tom Dobsky.

¡Maricón!

Las sirenas se acercaban. La respiración de Tommy sonaba imperceptiblemente en su pecho. Un grueso hilo de sangre caía desde su nariz hasta la oreja; podría venir de cualquiera de ellas.

—Tengo que irme con él.

—Sí, sí, claro. Dios santo. Los polis están de camino. La ambulancia.

—Esta señorita tendrá que prestar declaración. —Griff se giró hacia la abejorra con teléfono móvil—. ¿Estás bien como para

quedarte?

La chica gordita asintió con la cabeza, mirándole con los ojos entrecerrados. Su pelo era un halo de rizos castaños cerrados. Estaba llorando.

Griff miró a los espectadores.

—El resto ya podéis largaros.

Un anciano con una gorra sacó una foto con su Blackberry. Llegaron más buitres, que murmuraban y hacían conjeturas. Una chica con cuernos y altos tacones llevaba un bulldog francés atado con correa que intentaba oler el charco.

¡Maricón!

Griffin miró el círculo de idiotas disfrazados y apretó los dientes.

—Jimmy, haz que se larguen estos gilipollas antes de que me cargue a alguien.

Jimmy gruñó y obligó a los mirones a retroceder con sus brazos tatuados.

Los camiones estaban llegando. Podía oírlos a un par de manzanas de la Van Brunt.

Griff inclinó su cara para hablar a Tommy.

—Aguanta, amigo.

La abejorra gordita se sentó en el bordillo. Las lágrimas surcaban su rostro.

—Le iban a matar. Le iban a matar.

Tommy estaba tan inmóvil en la acera… Iba a morir allí mismo ante la mirada de Griff que custodiaba el cuerpo como un perro rabioso, arrodillado sobre la sangre y la orina y rezando para que se produjera un milagro.

Para cuando las sirenas llegaron a donde estaban, la multitud de Halloween había crecido hasta llegar a ser unas cuarenta personas y la respiración de Tommy era tan superficial que Griff estaba preocupado porque sus costillas rotas le hubieran perforado los pulmones.

Detrás de él, Griff oía vagamente a los policías que hablaban con la testigo regordeta. Los servicios sanitarios irrumpieron de repente y se hicieron cargo de la situación.

—¿Griff?

¡Maricón!

—No es… ay, Dios. Es uno de los nuestros. —Griff asintió al paramédico de cara de niño—. Es Dobsky el que está ahí tirado. Tommy.

—Jesús. —El cara-niño estaba horrorizado. Si supiera.

—Ocho tíos se abalanzaron sobre él. Tal vez nueve. Puedo identificarlos.

Jimmy se acercó y le dio una palmadita en el hombro a Griff.

—Tengo que volver a la puerta. Los polis necesitarán tomarte declaración.

Griff asintió.

Nada de esto debería haber pasado. Si le hubiera dejado que me lo contara a mí la otra noche… Si yo me hubiera confiado a él… Si cualquiera de los dos nos hubiéramos contado la puta verdad.

Los sanitarios colocaron a Tommy sobre una tabla y le subieron a una camilla. Jimmy se alejó.

Griff se dirigió a la parte trasera de la ambulancia. Cuando llegó a donde estaban los policías y la chica gordita, se detuvo y la abrazó.

Ella le devolvió el abrazo.

—Gracias. —Su voz sonaba amortiguada por la camisa de Griff.

Griff asintió como si ella pudiera escuchar a su cabeza moviéndose y la soltó. Uno de los policías dijo algo sobre una declaración, pero él lo ignoró.

—Pregúntenme en el hospital. —Antes de que alguien pudiera poner alguna objeción, Griff se subió a la ambulancia y se sentó, retándoles a que le ordenaran bajarse—. Voy con él.

Es culpa mía. Sabía que necesitaba ayuda, pero fui un cobarde.

La culpa que sentía Griff era ácida, resbaladiza y tóxica.

¡Maricón!

El personal de emergencias echó una mirada al tamaño y a la cólera de Griff y desistió.

—Vamos a llevarnos bien —dijo el asistente con cara de niño.

Tommy no se movía. Tras la máscara de oxígeno, su rostro estaba hecho papilla, y apestaba.

Soy un puto cobarde. Debería ser yo el que estuviera así.

Griff estaba sentado en la sala de espera cuando apareció Dante.

Griff estaba apuntalado contra la pared al lado de una papelera esperando a que le dieran alguna información. Las rodillas de sus pantalones estaban apelmazadas con la sangre de Tommy y la orina de ese malvado hijo de puta. Quería atravesar la pared de un puñetazo. No. Quería atravesarle la cara a ese cabrón que había meado a Tommy. Griff quería machacar la garganta de ese cerdo, agarrarle del culo y ponerle del revés.

Dante llegó unos cuarenta y cinco minutos después de que ingresaran a Tommy.

—Me lo contaron en el Bone. —La voz de Dante era tranquila. Solo sabía que uno de los suyos había sido atacado. No sabía por qué. Solo Tommy y Griff y los gilipollas que lo habían hecho sabían la verdad.

Podría haber sido Dante. ¿Y si esos cabrones le hubieran pillado a Dante y yo no hubiera estado allí?

Griff se inclinó sobre la papelera y vomitó.

Dante le masajeó la espalda en suaves círculos.

—Está bien, G. Hiciste lo que pudiste. Le dieron una buena paliza. —Griff lanzó a Dante una mirada extraviada—. Tranquilo. La batalla ha terminado. —Dante levantó las manos como si llevara una bandera blanca.

—Esos hijos de puta le habrían matado. —La voz de Griff le sonó extraña en sus propios oídos, como si fuera un muñeco gigantesco de ventrílocuo y otra persona estuviera hablando a través de él, como si alguien le tuviera agarrado por el culo y le hiciera decir cosas—. Lo vi. Habría muerto. Querían asesinarle…

Dante frunció el ceño y se cruzó de brazos. No quería escuchar.

—Pero no ha muerto. Déjalo ya. Hiciste todo lo que podías hacer y le salvaste. ¿Qué te pasa?

Griff negó con la cabeza, pero no dijo nada, no podía decir nada. Veía las escenas de CabezaCaliente como si fueran una diana sobre ellos.

Podría haber sido Dante el que se desangraba en la calle porque yo no dije lo que pensaba.

Alrededor de ellos, la gente se movía incómoda en las viejas sillas de plástico, bajo la luz fluorescente. El sistema de megafonía emitía avisos ininteligibles. Las urgencias de Nueva York no eran lo que se dice alegres.

Dante se encogió de hombros.

—Tommy siempre se mete en líos, ¿eh? Esta vez le han pillado. —Trataba de hablarle a Griff de forma paternalista. Los chicos se metían en peleas todo el tiempo.

Griff pensó en las heridas y las magulladuras de la follada del callejón. Dante no tenía ni idea de Tommy o de esa vida secreta, y de ninguna manera iba a ser él quien se fuera de la boca.

—Tú no lo entiendes.

—Le han dado una paliza, G —razonó Dante suavemente.

Pero esa no era la verdad. Griff y Tommy, y esa pandilla de cabrones sabían que eso era una puta mentira. Esto era un… yo qué sé… un crimen por odio. Tommy no había sido asaltado ni atacado. Le habían golpeado por ser gay. Nadie le daría ninguna credibilidad. *Ajá. Cuéntame otra.*

—Ni siquiera sabía que le conocías tanto. —Dante tenía la frente fruncida por la confusión.

—No le conocía tanto. No le conozco tanto. Pero estaban tan dispuestos a matarle… —A Griff se le cortó la respiración solo con pensar en Dante hecho un ovillo en la acera en medio de un círculo de patadas.

—Por lo que sabemos, intentaría ligarse a la mujer de algún tío.

Uf. No.

Griff se pasó una mano por el pelo. Necesitaba una ducha.

—Le estaban haciendo papilla, golpeándole con sus botas. Para divertirse. Estaba inconsciente. Lo único que pudo hacer era hacerse un ovillo y ponerse sangrar. Nadie se merece algo así. Podrías haber sido tú, o tu hermana, o yo qué sé.

—¡Eh! ¡Eh! Nadie quiere matarme. Ya no me ligo a mujeres casadas. No es lo mío. Y tendrían que vérselas contigo, ¿eh? —Dante intentaba arrancarle una risa.

—Es la puta verdad. —Griff estuvo a punto de abrazarle, pero se contuvo. Miró hacia abajo, a sí mismo, y se dio cuenta de la pinta que debía tener, lo loco que debía parecer. Pensó en la escena que acababan de rodar para CabezaCaliente. Si alguien viera a Dante chupándole.

Dante puso una mano en su enorme hombro y se lo apretó.

—¿Me dejas que te lleve?

—Puedo conducir.

—No tienes tu camioneta, tío. Viniste con los sanitarios, ¿te acuerdas? —Dante sostenía otra chaqueta en la mano.

—Ah. —El cerebro de Griff estaba atrofiado—. Es verdad. Gracias.

Caminaron hacia la salida. Dante pescó las llaves de su bolsillo.

—He llamado al parque para informar al jefe. Los chicos se pasarán mañana.

Griff volvió a pensar en esos atacantes y se preguntó a cuánta gente se lo contarían. ¿Quién más sabría en estos momentos que Tommy se enrollaba con tíos? ¿Cuántos más lo sabrían mañana? ¿Cuántos admiradores se pasarían con Playboys y chocolate en cuanto se enteraran de que a Tommy le gustaba que le dieran por el

culo? En alguna parte alguien había contado la verdad, y Tommy estaba de mierda hasta las orejas. Todos ellos lo estaban, solo que Dante aún no lo sabía. Y Griff tenía que hacer que siguiera siendo así.

¡Maricón!

—¿Griffin?

Griff se dio cuenta de que se había quedado parado en medio de las puertas automáticas con la chaqueta en la mano. El aire de fuera era helador, pero no parecía ser capaz de sentir nada. Se puso la chaqueta.

Dante asintió y esperó a que su mejor amigo le diera alcance, sacudiendo los hombros y dirigiéndose a la plaza de aparcamiento que había encontrado en una calle lateral.

Griff asintió para sus adentros. Amar a su amigo ya era bastante malo. Perderle sería…

Sería…

Griff se atragantó y siguió caminando.

Si Tommy se muriera, se aseguraría de que Dante jamás descubriera la verdad.

Griff se dirigió a CabezaCaliente la tarde siguiente nada más salir del trabajo, dispuesto a vender su alma. No se lo dijo a Dante. Ni siquiera avisó a Alek.

De camino, llamó al puesto de enfermería de la planta de Tommy. No había cambios; se mantenía estable pero seguía inconsciente.

En el almacén de la Décima Avenida, Alek se mostró muy ocupado desde el momento en que bajó a la puerta de la calle para

reunirse con Griff bajo los nubarrones que surcaban el cielo. Un día gris de Todos los Santos.

No hablaron en el ascensor, y Griff era muy consciente de que no tenía el petate con su uniforme de trabajo. Llevaba el kilt que utilizaba para vigilar la entrada del Bone, confiando en que sería más fácil la necesaria patada en el culo. Tenía que encontrar la manera de romper con este ruski cabrón.

Arriba, Alek abrió el montacargas con un estruendo y volvió al estudio a través de la penumbra. Se dirigió a Griff sin volverse hacia él, mientras pasaba entre las cajas y los cajones de embalaje. Alek miró hacia abajo, a sus piernas.

—Me gusta su kilt.

Griff miró a los pliegues de color verde oliva. Se había olvidado de que lo llevaba puesto.

—Es un kilt de trabajo. Luego tengo que hacer un trabajo de construcción.

—Muy guapo. Pero no ha traído su equipaje de bombero.

—No. —Griff dejó caer la mirada hacia sus manos vacías mientras le seguía—. Se me ha olvidado. No. Es mentira. No pensaba traerlo.

Alek abrió la puerta con llave y entró en el estudio. Las cortinas estaban descorridas y entraba mucha luz.

—Lo siento por el frío. Mi casero es reacio a encender mucho la caldera porque la mayoría de mis vecinos utilizan este lugar como almacén. ¡Rusos! —Comprobó un segundo los ordenadores y se encaminó a la falsa sala de estar—. Entonces, supongo que no habrá venido usted a grabar el vídeo en solitario del que hablamos.

Griff estaba de pie con las manos vacías cerca de la puerta, preparado para la discusión que tenía que tener, intentando armarse de valor para ser desagradable, cuando Alek no había sido otra cosa más que encantador con él. Se sentía como un puto gilipollas.

Los ojos de Alek le sonrieron.

—Parece como si estuviera a punto de hacer una escena. —Se recostó en el sofá para dos de cuero negro, esperando.

—Sí. —Griff avanzó lo suficiente como para quedarse de pie en la alfombra que estaba justo enfrente de él—. Más o menos.

—¿Qué tipo de escena tenía en mente, señor Muir? —Incluso sentado, Alek conseguía parecer un guapo conserje que se dirigía a un cliente alterado de un hotel—. ¿Hay algún problema?

Griff cambió el peso de una pierna a la otra. Se acercó un poco más al plató.

—Bueno, vine aquí dispuesto a ser un cabrón, pero usted siempre ha sido muy amable con nosotros.

—Me alegra que piense así. Me gustan mucho tanto usted como el señor Anastagio. —Alek se alisó los pantalones, y levantó la barbilla, listo para lo que fuera—. Usted hasta me libró de una pelea la noche en que nos conocimos.

Griff lo había olvidado. Parecía que hubieran pasado cien años de eso. Y se sentía extraño hablando con todo ese espacio entre ellos, pero no podía acercarse más, y los únicos muebles que había estaban en ese lado del estudio.

—Mire, tío, esos vídeos son un verdadero problema. Para Dante y para mí. ¿Sabe? El típico problema que podría hacer que nos despidieran o que nos mataran, o cualquier cosa peor.

—Entonces puedo entender su preocupación. Están ustedes en un negocio peligroso. —Alek se inclinó hacia adelante en su asiento. Parecía preocupado o fingía estarlo… lo que fuera.

Griff se encogió de hombros, impotente y desesperado.

—He pensado. Vine aquí para decirle que tengo amigos polis y que podría ser un cabrón y cerrarte el negocio. Pero no quiero que esto se haga público y complique nuestras vidas. Y no quiero interferir en su negocio. —Dio un paso. Después otro. Fue acortando la distancia entre ellos hasta que se encontró en el escenario de CabezaCaliente.com con Alek.

—Me hago cargo, pero ustedes siguen teniendo un problema. ¿Sí? Por el contenido homoerótico que grabamos de usted y de su amigo. —El ruso tamborileó con sus largos dedos en la mesita, como si estuviera pensando en una solución, o como si fingiera estar pensando.

Griff se acercó aún más, nervioso.

—Sí. Usted no comprende… Podrían asesinarle por el asunto del porno y ya me doy cuenta de que no es su problema, pero yo no sé cómo solucionarlo y no quiero que Dante se entere, y no quiero joderle a usted.

—Hable más despacio, por favor. Tranquilo, señor Muir.

—Joder, pero es que esto es horrible. —Griff se sentó en la gran butaca de cuero y se inclinó hacia adelante, desesperado por intentar hacer comprender a Alek lo que estaba diciendo—. Mire, usted es un buen tío, Alek. Un poco raro, la verdad. Pensaba que usted era un pervertido total, un canalla antes de que yo…

—Eyaculara en esta butaca. —La sonrisa de Alek se extendió en toda su cara como si fuera sirope—. Pero sí soy un pervertido.

Usted lo sabe. Todos nosotros somos pervertidos de un modo u otro, ¿no?

—Sí. Sí. —Griff sabía a lo que se refería. Alek sabía que él sabía. Su conocimiento mutuo se deslizó entre ellos en la falsa habitación porno en la que tantas cosas habían cambiado. Le temblaban las piernas bajo el kilt.

—Sin embargo, no soy un maleante. —Levantando una ceja, el ruso exageró el toque eslavo de su acento hasta que sonó como un Rasputín de dibujos animados—. El malvado soviético traficando con carne inocente.

Griff volvió a asentir tratando de imaginarse lo que Alek estaba tratando de decir. Parecía importante que lo entendiera. ¿Por qué se sentía como si estuviese hablando con un amigo?

Alek se recostó en el cuero negro y habló como pensando en alto.

—No quiero que les pase nada a ninguno de ustedes. Todo lo contrario, preferiría poder encontrar una vía para compartir parte de la buena suerte que ustedes han dejado caer en mi inmunda esquina de la Internsex.

Sin la cámara y sin los focos, la pequeña sala de estar parecía la esquina de una oficina. Griff tuvo la extraña sensación de que podrían estar esperando para entrar en el dentista.

Para una endodoncia. O una extracción.

Griff se secó la boca. Se suponía que tenía que amenazar a este tipo, o suplicarle una especie de aplazamiento, o tratar de comprarle. Pero estaba pasando algo totalmente diferente.

—Estoy completamente aterrorizado. —Griff se murió de la vergüenza en cuanto pronunció esas palabras al aire frío.

—¿Les ha amenazado alguien a usted o al señor Anastagio por la página?

—¡No! Quiero decir, aún no. Nadie lo sabe, y tiene que seguir siendo así.

—Entonces, ¿puedo preguntarle la razón de sus temores? —Alek frunció la frente, confundido.

—Han herido a un chico. Una buena paliza.

—No le sigo. ¿Durante un incendio?

—No. A patadas. Una paliza por ser gay. Uno de los hombres del parque. Usted le conoció en el Stone Bone. Ese asistente sanitario que anda siempre enredando por ahí para… eh, acostarse con tíos. Para tener sexo. Dios. Ya sabe. —Griff pensó en esa follada violenta del callejón. En el rostro saciado de Tommy y en la mano del hombre oscuro en la parte baja de la espalda. En Tommy manteniendo tranquilamente a Dante con vida en ese incendio. En Tommy hecho un ovillo en la acera, muriéndose.

—¿Thomas? —Alek se puso serio de repente. Sus hombros se encogieron y cerró los puños. Parecía enfadado, casi tan enfadado como lo estaba Griff.

—Sí, Tommy. Hace el tonto con tíos. Un montón, al parecer. Su esposa lo descubrió, y entonces los hermanos de ella se enteraron, y entonces yo le encontré cuando le estaban apaleando, y ahora está en el puto hospital meando en una bolsita con la cara sujeta con grapas.

—Pero eso es terrible. —Parecía que Alek quisiera matar a alguien, tenía el rostro totalmente rígido—. Era como un alma sin rumbo.

—Y, quiero decir, él sabe pelear, pero no podía luchar contra tantos al mismo tiempo. ¿Sabe? Y claro que la engañaba, pero ¡todos esos putos tíos engañan a sus mujeres todo el tiempo! —Griff se frotó la cara y cerró los ojos irritados, tratando de no perderse—. Pero no con tíos. ¿Ve usted? No con tíos. Así que él es un asqueroso maricón. Casi le matan. Le mearon encima. Su familia. Su familia.

Alek tenía abierta la boca del shock. Se dio cuenta y se la tapó con una mano temblorosa.

—Le vi morirse en la ambulancia. Estaba a punto de morir. Le salía sangre de las orejas.

Por detrás de sus dedos, Alek maldijo en ruso y volvió a maldecir.

Griff sacudió la cabeza y se frotó un ojo.

—Saldrán impunes. Él no presentará cargos. Sesenta y tantos puntos. Tres costillas. Conmoción cerebral. Un hombro dislocado. Su cara era como una puta berenjena.

Alek estaba más blanco que la nieve.

—Pero tú le ayudaste. Fuiste un héroe. Y se pondrá bien.

—¿Usted cree? Me siento de puta pena. Porque yo lo sabía. Le vi una noche, en el Village con un tío. Follando con un tipo grandote, quiero decir. Ni siquiera Dante lo sabe. —Griff se secó la nariz y cerró el puño—. Pero nunca dije nada. Tal vez si lo hubiera hecho, él habría tenido más cuidado.

—O tal vez no. —Alek no posó la mano en su hombro para consolarle, pero Griff se daba cuenta de que estaba tratando de ser amable.

—Quizás Thomas quería que le pillaran. Tal vez quería que su pobre esposa lo descubriera y no sabía cómo decírselo. Quizás esa era la forma que tenía de castigarse a sí mismo. Masoquismo. Las personas se torturan mucho más a sí mismas de lo que cualquier otro pudiera hacerlo. ¿No cree?

Griff asintió.

Alek hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No había olvidado lo que había visto.

De repente ya no estaban hablando de Tommy. Se encendieron las alarmas en la cabeza de Griff, pero se dejó llevar, incapaz de detenerse…

La voz de Griff sonaba baja y hablaba al suelo, incapaz de mirar a nada más.

—La mentira es asquerosa. Esconderse.

—Sí. —Alek se encogió de hombros y frunció el ceño mirando el estudio—. Pero muy común. Mira CabezaCaliente. Muchos de nuestros miembros son hombres encerrados en amargos matrimonios. «Curiosidad», es lo que dicen sentir estos hombres. Sobreviven gracias a la fantasía. Este lugar es como un sueño para ellos. —Miró alrededor al plató de la sala de estar inmersa en esas tres paredes—. El mundo está lleno de gente solitaria.

Griff hizo una mueca.

—¿Cómo puedes decir que sientes ‘curiosidad’ si sabes lo que quieres? No sé cómo lo hacen. Quiero decir… sé que lo hacen, pero no me puedo imaginar que puedas actuar así toda tu puta vida. Es como quemarte vivo, mentir a las personas a las que amas. No me extraña que la gente se emborrache y se esconda y se den de tortas. La verdad… Es más fácil estar muerto por dentro.

—Hay un montón de formas mejores para matarte. —La luz de fuera se reflejaba en el serio rostro de Alek, haciéndole parecer más viejo. Sus ojos estaban muy claros—. Bebes.

—Bebo demasiado. Lo sé. Lo sé. Como mi padre. —Griff miró la cicatriz de sus nudillos—. Solo lo hago cuando trato de no…

—¿Amar a tu amigo? —La voz de Alek era amable, y su acento como un murmullo suave, comprensivo.

Griff sintió de repente que la habitación estaba quieta, como si hasta el polvo hubiera dejado de danzar en las motas de luz fría y el viento se hubiera detenido fuera. Se le paró el corazón. La sangre dejó de correr por sus venas. El mundo contenía la respiración, contenía la respiración.

Hasta que levantó la mirada con sus ojos grises brillantes y húmedos, y se sintió aliviado cuando la palabra se escapó de su boca.

—Sí.

Su corazón empezó a latir de nuevo.

—Señor Muir, que usted quiera a su Dante no es malo. Desde luego que él también le quiere… aunque no sé si puede amarle del modo que usted desea. O yo deseo, de hecho. Solo él lo sabe. ¿Comprende usted? La vida pocas veces es romántica. —Alek se secó las manos en los pantalones—. Pero si usted no va a ser honesto con él, por lo menos tiene que ser honesto con usted mismo.

Griff asintió y después negó con la cabeza. ¿Qué pasa, idiota?

—Solo me emborracho de vez en cuando para no tener que sentir nada. Prefiero estar entumecido a sentirlo todo el tiempo. A

sentir nostalgia de él. —Jugueteó con los pliegues de su kilt ahogándose en su cobardía.

—Un hábito peligroso para alguien que está a menudo en contacto con el peligro. ¿Qué pone en las pastillas? ¿No conducir maquinaria pesada? La vida es maquinaria pesada. —Alek estaba mirando algo en sus pantalones sin querer levantar los ojos, como si supiera que estaba yendo demasiado lejos con un desconocido pero sin poder detenerse—. Créame: bebiendo hasta que consigues evadirte del mundo solo se desperdician momentos de la vida. Todo ese tiempo se pierde. Y el tiempo y el amor son increíblemente preciosos. ¿No cree? No los desperdicie.

—Lo sé. Loselosélosélosé… —Griff asintió. Sintió que le ardían las orejas antes de darse cuenta de que estaba llorando.

Una lágrima golpeó su mano.

—Usted no vio a Tommy avergonzado en el puto suelo, como yo. Personas que le querían le hicieron eso. Su familia. La verdad lo hizo, y no un puñetero romance. Tengo que hacer algo. Lo que sea. Y tengo que ocuparme de esos vídeos o alguien va a hacer daño a Dante y entonces me apagaré como una puta vela. Me extinguiré. Si nuestra familia le hiciera algo así a Dante o a mí, yo me… no sé, no sé si…

Se contuvo quedándose en silencio en medio de un estudio porno con un extraño, un tipo ruso que le miraba con incómodo y preocupado.

¿Cómo había llegado hasta allí? Griff trató de recordar, inútilmente, todos los pasos que le habían llevado allí, hasta ese sofá de pega en el que estaba llorando con lágrimas reales, sentado junto a un amable pervertido que quería sacarle de los escombros.

Nivel Cero.

Alek no dijo nada durante un buen rato. Se dedicó a dar golpecitos en su antebrazo con el pesimismo paciente de una enfermera de la unidad de quemados. De hecho, su respiración tranquila contribuyó a que Griff se calmara. Tras unos pocos minutos, asintió con su cabeza pelada para sí mismo y se estiró para abrir un maletín que había sobre la mesita de café.

—Señor Muir… ¿Puedo hacerle una oferta?

Sacó un sobre grande.

—¿Me está tomando el pelo? ¿No me ha oído? —Griff miró los papeles y después a Alek—. Jesús, María y José. ¡No he traído el puto uniforme de trabajo! No quiero más mierdas de porno falso online para que nos maten. No gracias. —Tomó aire—. No se lo tome a mal.

—No. No era eso lo que le iba a proponer. Un momento. —Alek se movió en el sofá para dos y se inclinó hacia adelante con los codos en las rodillas—. Usted me ayudó una vez, antes incluso de que me conociera. Ahora me gustaría ayudarle.

—Sí. Claro. Pero primero tengo que encontrar el modo de mantenernos a salvo, de ayudar a Dante, de proteger las cosas que le importan, de llevarnos a un lugar en el que podamos ser honestos, aunque sea solo un puñetero minuto, nosotros dos.

Alek le miraba. Algo pasaba en su cabeza, como si estuviera haciendo cálculos.

—Creo que deberíamos retirar el extraordinario material de «Monte» y «Duff» de la web. Sacarlo a la luz fue un error que podría tener repercusiones desafortunadas para ustedes y para mí.

Griff asintió alucinado.

—Sin embargo, el contenido de ese vídeo se ha hecho muy popular entre los miembros. Ustedes son los favoritos de los aficionados. Es por ese calor brillante que existe entre ustedes, ya ve. No es solo carne, sino que también hay sentimiento. El resto de nosotros nos vemos atraídos a él como polillas lastimeras. He constatado un enorme incremento en los registros gracias a sus clips de masturbación, y soy un hombre de negocios. —Alek estiró los dedos, dio unos golpecitos en su gran nariz y miró directamente a los ojos de Griff—. Así que haré un trato con usted, si así lo desea.

—¡Sí! —Griff se puso de pie tan rápido que Alek se pegó un susto—. Podría pagarle. Se los compraré. ¡Dinero! Puedo pedir un préstamo…

Vendería la camioneta. Robaría un banco. Se tragaría su orgullo y le suplicaría a su padre.

—No. No creo que usted pueda pagar lo que cuesta ahora ese material. Especialmente la maravillosa escena de la felación, que no ha sido vista por nadie más que por mí. —Las manos vacías de Alek se abrieron como si estuviera ofreciendo algo—. Y no tendría por qué cambiar.

Cualquier cosa. Sí.

Griff asintió. Después sacudió la cabeza. Se sentía como un idiota. Agarró uno de los pliegues de su kilt.

—Pero las primeras escenas han cumplido su objetivo, y el apetito de los miembros por productos frescos es insaciable. Ahora ustedes representan algo para ellos. Una fantasía. Si retiro esos vídeos podría, por supuesto, sugerir que se ha producido algún tipo de escándalo homoerótico en el Departamento de Bomberos de Nueva York, lo que solo aumentaría la fama del sitio. Eso es casi

una estrategia. —Los ojos azules de Alek escudriñaron el techo y se pasó la mano por su cabeza rapada—. A cambio, me gustaría obtener algo de usted.

Volvió su mirada hacia Griff y sonrió.

Griff se quedó helado, con el pecho frío. Su cara rosa salmón le ardía de la vergüenza.

—No creo que pueda, con usted. Sé que a usted le… le gusto. Bueno, eso. Quiero decir que… si me está pidiendo… Usted es guapo y todo, pero no creo que pudiera tener sexo con…

Alek se rio y sacudió la cabeza.

—¡No, no! Me ha malinterpretado. Me gusta muchísimo, señor Muir. Pero aunque sea tan guapo, creo que usted ha encontrado algo lo bastante raro y precioso con su amigo italiano que merece que lo proteja de los pervertidos. Hasta de mí. No, solo quiero que pose para unas fotografías.

—Pero yo pensaba…

—Nada explícito. Nada que revele su identidad. Me gustaría que usted fuera el hombre de CabezaCaliente. Mi chico de la portada, por así decirlo. Mi imagen de marca. No mostraré su cara. Ni siquiera tendrá que vestirse de bombero. Podemos encontrarle fácilmente otros uniformes si así lo prefiere.

—Pero usted quiere sacar fotos de desnudos. A mí. Desnudo. —Griff sabía que se le escapaba algo. Estudió la alfombra color arena tratando de unir las piezas. Se secó las pestañas.

—Bueno, sí. Obviamente. Con algunos elementos de algún uniforme, por supuesto. Y a cambio de esas fotos, me comprometo a retirar todo el contenido de Monte y Duff: los vídeos, las fotos, la info. La página web se ha vuelto bastante conocida durante los

últimos meses, en gran parte gracias a usted y al señor Anastagio. Pero quiero darle una nueva imagen de marca para que sea algo un poco más exclusivo, y quiero que alguien… —Alek estudió detenidamente el cuerpo de Griff— excepcional represente a CabezaCaliente en su nueva etapa.

Griff sacudió las manos ante la idea.

—¿Y cómo, desnudándome para su web, se va a arreglar mi problema?

—No sacaremos su cara ni ninguna marca identificable, tatuajes, etcétera. Pero, claro, usted no tiene tatuajes en esa piel impecable. Elegante. —Alek sonrió y asintió con la cabeza, flirteando un poco de un modo amistoso que hacía que su acento pareciera un poco más fuerte por alguna razón.

—Gilipolleces. —Griff estaba sacudiendo la cabeza con firmeza—. No soy tan caliente. No soy tan fuerte. Y no tengo la polla tan grande. He visto algunos de los monstruos que tiene colgados en la página. —Se puso rojo, pero había decidido ser sincero. En estos momentos, ¿qué le importaba que Alek supiera que entraba en el sitio de incógnito?

—Podría rebatirle eso. —Los ojos azules de Alek se entrecerraron y resplandecieron suavemente—. Y los miembros están fascinados con esa química entre usted y su amigo. Pero esa no es la razón.

—¿Y cuál es? ¿Que soy pelirrojo?

—Que usted es auténtico, señor Muir. Cien por cien genuino. No parece un stripper, ni un chapero, ni un criminal. Usted no es lindo, ni se arregla, ni toma esteroides. Usted parece exactamente lo que es: un guapo héroe americano que no es consciente de su

propio atractivo. Y usted es sumamente atractivo. En cualquier caso, esa es la razón principal.

Alek ladeó la cabeza y echó una ojeada a los brazos y a la entrepierna de Griff.

—Además, me encanta tu pigmentación tan especial, y me parece que pega. No puedo imaginarme una cabeza más caliente. —Alek le guió el ojo y se rio como si no estuvieran regateando sobre sus respectivos futuros.

Cerca de la puerta, uno de los ordenadores emitió un pitido, y se reinicializó, como si quisiera meterse en su conversación. Griff y Alek se volvieron hacia el sonido, pero el ordenador no tenía nada más que decir. En la hilera de los monitores, el provocativo logo de CabezaCaliente rebotaba de pantalla en pantalla contra la pared en sombra. Estaba oscureciendo fuera.

¿Cuándo se había hecho tan tarde?

Alek se dio unos golpecitos en la cabeza rapada y volvió a mirar a Griff esperando una respuesta.

Griff arrugó la frente y frunció el ceño tan fuerte que sabía que se parecía a su padre cuando hacía el papel de poli malo.

—Así pues. ¿Qué? ¿Usted toma unas fotos de mi piel y los vídeos porno desaparecen?

—Umm. Yo no. Tengo una fotógrafa que trabajaría con usted durante tres días. Beth. Es encantadora y tiene mucho talento; y es muy profesional. —Se puso las manos en la nuca y se relajó contra los cojines, soñando despierto con un CabezaCaliente más grande, mejor.

—¿Una chica? ¡Vaya!

—Una muñeca. Beth se dedica principalmente a la fotografía editorial y a la moda. Pero también trabaja a veces haciendo calendarios con tíos guapos, y tiene muy buen ojo para los desnudos artísticos. Seguro que se desmaya en cuanto te vea en todo tu esplendor. Le dejaremos claro que ni tu cara, ni tu nombre, ni ningún rasgo por el que se te pueda identificar, se asociarán jamás con CabezaCalientes.com ni con las propias imágenes.

—Dante me mataría si pensara que lo hago por caridad. —Griff daba vueltas a la idea una y otra vez en su cabeza—. Peor aún, le cabreará que no se lo pidas a él. Es tan vanidoso, y él es el que necesita el puto dinero.

—Entonces, deberías hablarlo primero con él. Junto con… otras cosas. ¿Sí? Habla con él. —Alek abrió unos folios con mierdas legales bajo el membrete de CabezaCaliente y esperó a Griff. Sus cejas marrones se fruncieron sobre sus ojos amables como si fueran dos viejos amigos charlando. Él entendía a Griff y viceversa, así que en cierta forma lo eran.

Qué locura.

Griff no sabía por dónde empezar. Su boca trató de emitir alguna palabra, pero sin conseguirlo. *¿Era verdad todo esto?*

—Y no se crea que le estoy absolviendo de forma gratuita. Una sesión de fotos de tres días puede resultar agotadora. Usted se ganará hasta el último céntimo de lo que me cueste retirar esos vídeos.

—¿Por qué? —Al final Griff fue capaz de formular un pensamiento inteligente mientras se frotaba las manos en los muslos y se ponía de pie para poder andar de un lado a otro como un oso enjaulado. *Nada es así de fácil.*

—Una vez más, señor Muir, me hace usted la pregunta adecuada. —Alek parecía satisfecho, como si se tratara de un examen. Miró a Griff dando vueltas por la alfombra, y tal y como había hecho el día que se reunieron por primera vez en esta habitación, el ruso hizo un recuento de sus razones con los dedos —. Porque usted es capaz de cumplir una fantasía loca que tengo sobre hombres calientes con uniforme. Porque vi esa cosa poco común que arde entre usted y su Dante. Porque una vez yo sentí algo similar y lo dejé morir. Porque no se debería castigar a las personas por amar y por mantener sus corazones abiertos.

Griff se dio cuenta de que estaba sonriendo y asintió con la cabeza, como un idiota agradecido. *Gracias, gracias, gracias.* Se secó la mejilla con una mano áspera. En esta habitación en la que todo había cambiado entre ellos casi podía sentir la pierna de Dante presionando contra la suya, como si estuvieran juntos en el sofá para dos.

—¿Qué hay de divertido en esto? —Alek parecía perplejo ante su reacción, pero seguía como contento.

Entonces Griff soltó una carcajada. Su cara estaba caliente y su alivio era tan grande que parecía que tuviera whisky en las venas.

—Abrir el corazón. Otra persona me dijo algo parecido hace tiempo. Una mujer que me conoce desde hace mucho. Uf.

—Bueno… los dos tenemos razón. —Alek extendió la mano esperando una respuesta.

De repente Griff deseó que Tommy estuviera bien en la habitación del hospital. Que hubiera alguien con él. Alguien que le

visitara por la mañana antes del turno. Se preguntó si Dante iría. Se preguntó si alguno de ellos sería lo suficientemente valiente.

Inspiró sopesando la oferta. *¿Qué debía hacer?*

Afuera, la luz de noviembre se había convertido en una noche azul clara. Dentro del estudio estaba casi oscuro, excepto un halo de luz cálida que procedía de una falsa lámpara de techo, que había junto al falso sofá para dos, sobre la falsa alfombra de la falsa salita de estar. Una pequeña isla en medio del frío cielo azul de noviembre. La falsa habitación, los cuadros falsos, el falso mundo del porno, y Alek sujetándole la puerta de salida, a él y a Dante… y el mundo esperando.

Griff suspiró con los ojos cerrados, feliz. Podía sentir los ojos de Alek fijos en él con una paciencia que no merecía. Por un instante, la pequeña fantasía trémula del plató casi le pareció acogedora. Un lugar en el que esconderse, y un lugar en el que encontrar respuestas para todas las personas curiosas del mundo que no tenían otro sitio para soñar o para preguntarse cosas.

—De acuerdo. —Griff estrechó la mano de Alek con firmeza, como haciendo una promesa—. Hablaré con él.

Griff condujo desde CabezaCaliente hasta la destartalada casa de su mejor amigo, dispuesto a hablarlo todo, dispuesto a ponerlo todo sobre la mesa. Ni siquiera ensayó lo que tenía que decir. Ya lo sabía.

Te quiero; sí, eso.

Su corazón daba golpes contra sus costillas como si fuera un chimpancé metido en una jaula.

Cuando llegó, el sol ya se había puesto. La puerta principal estaba abierta de par en par al aire invernal, y se oía música que

llegaba hasta la calle iluminada con farolas: los Carpenters.

El señor Anastagio tenía que estar en casa. Le encantaban todos esos cantantes como de música de fondo empalagosa de los setenta. Le gustaban tanto que después de unos quince minutos escuchándole a él tarareando y sintiendo esas letras tan malas, empezaban a encantarte a ti también.

Probablemente sería mejor que Griff se marchara y volviera cuando pudiera hablar a solas con Dante sobre Alek y sobre la oferta y, ah sí, sobre sus sentimientos. Esto ya iba a ser lo suficientemente complicado sin tener al señor A. por medio. Saludaría y se dirigiría al parque un poco antes de su hora de entrada.

Griff entró en el vestíbulo y se quitó la chaqueta para colgarla en un perchero.

—¿Hola?

No hubo respuesta. No era de extrañar. Con Karen Carpenter canturreando «Top of the World» a ese volumen, ya podía caer una bomba allí mismo, que los Anastagio no se enterarían.

Dentro, todas las ventanas estaban abiertas y la casa estaba fría. Griff entró en la sala y escuchó la voz rasposa de barítono de Dante cantando junto a la de su padre, baja, basta y poco melodiosa. Sonrió. ¿Estaban fuera en la parte de atrás?

La voz de Dante sonó como si viniera de la cocina o del comedor, pero como desde arriba.

¡Empapelando! Griff se acordó justo en ese momento.

Padre e hijo estaban empapelando la habitación de Dante con unos rollos que la señora A. se había encontrado en el desván, un diseño con rayas de bronce en diagonal que daba la impresión de

ser caro y sexy. Ella había sacado un rollo de papel antiguo en la cena del domingo y Dante se lo pidió para él al instante. Flip se puso furioso, pero su casa era de alquiler, así que realmente poco tenía que discutir.

Todos sabían cuánto había invertido Dante en ese tugurio que tenía por casa. Además, Dante había esperado y esperado para pintar la habitación principal, trabajando sin parar en el resto de las reparaciones hasta que solo quedaron por acabar las paredes. Las rayas de bronce de la señora Anastagio serían el colofón final en la primera habitación completa de la casa de Dante.

Que su madre hubiera encontrado el papel, que sus abuelos lo hubieran comprado y traído desde Italia, era genial. Su padre se había ofrecido para ayudarle a colocarlo, y eso también era perfecto.

Griff entró sonriendo en el oscuro comedor. Sus cánticos procedían de un hueco oscuro en el techo del tamaño de una puerta. Debía estar debajo de la habitación principal en la que ellos estaban trabajando. Estaba de pie bajo el despacho inacabado que daba al jardín de atrás. Todas las puertas estaban abiertas para que la cola se secara.

En el piso de arriba el CD dejó de sonar y Griff abrió la boca para gritarles hola, haciendo un chiste sobre instalar una pared protectora contra salpicaduras detrás de la cama. Tomó aire para hablar.

Y en el breve silencio que Dante aprovechó para cruzar la habitación, Griff escuchó algo que le hizo cerrar la boca. Sonó a través del agujero oscuro sobre su cabeza.

—¿Se lo has planteado a Griffin? —La voz del señor A. sonaba disgustada—. ¿Se lo has preguntado?

A Griff se le heló la sonrisa en la cara. Se acercó, mirando hacia arriba al agujero. Sus voces rebotaban en las paredes desnudas de yeso en la habitación de Dante. Griff se sintió como un fantasma que se cernía allí abajo en las sombras.

—No, papá. —Dante habló como un adolescente asustado— ¿Cómo se supone que le voy a preguntar algo así?

Griff trató de acercarse a las voces que se alejaban del hueco. Se oían como apagadas. Volvió al hueco del comedor. Ellos seguían hablando.

—... sabes que tu madre se lo tomará a mal. Quiere a Griffin como si fuera su hijo. ¿Estás dispuesto a exponerle a esa clase de basura?

¿Qué cojones había pasado?

Dante sonó ofendido.

—Ya lo sé, coño.

—Griff es muy vulnerable. Un corazón abierto. Se da cuenta. Decir algo podría…

—¡Ya lo sé! Lo sé, papá. —Parecía que Dante estaba a punto de echarse a llorar.

¡Joder! joderjoderjoder. Griff podía sentir cómo ardía su vida y como se desmoronaba todo a su alrededor. Los escombros le aplastaban cortando su respiración.

—Podrías dejarlo como está. ¿Te importa tanto? Quiero decir, que si él dice que tienes razón, ¿vas a hacer algo que no harías normalmente?

—Fui tan estúpido. Quiero decir… he sido tan idiota. Él estaba tratando de ayudarme porque…

...porque te quiero te quiero te quiero…

—Le obligué. No fue él. Fui yo.

Griff sintió que un suspiro se escapaba de su boca. «No». Tenía que subir y detenerlo. Si había alguna culpa que asumir, la asumiría él.

La voz del señor A. era casi inaudible.

—Chaval, sois los dos.

Griff hurgó frenéticamente en su mente tratando de imaginar lo que podía haber pasado. Lo único que le venía a la cabeza era…

¡La puta página web!

Era demasiado tarde. Les habían pillado. Todo el mundo lo sabía. Todo estaba perdido. La solución que Alek había ofrecido ya no servía para nada. Perderían su trabajo. Acabarían siendo apaleados hasta la muerte en una cantarilla indecente. Sus amigos les mearían encima.

Griff dejó salir su respiración como si alguien hubiera dejado caer un bloque de cemento sobre sus costillas. Se desplazó hasta debajo del agujero.

—Tal vez deberíais tomaros un descanso. Tal vez él necesite estar en algún sitio lejos de ti.

Griff abrazó sus rodillas. Estaba tan contento cuando entró por la puerta, y ahora estaban hablando de él como si fuera un puto maniaco sexual. *¿Lo soy?* No sabía qué era peor; que su otra familia tratara de pensar cómo tratarle o el hecho de que era culpable de todo y más. Tenía que salir de allí.

El señor A. no dijo nada durante un buen rato. Griff casi podía imaginárselo machacando un cigarro sin encender, sudando la camiseta interior mientras aplicaba con la brocha la pasta en la pared. Pero no podía pensar en qué cara tendría el hombre.

Cuando habló de nuevo el padre de Dante sonó como resignado y algo más. ¿Paseaba nervioso? ¿Estaba cabreado? ¿Avergonzado?

—Dante, cometerás el mismo error. Toda la vida, ¿eh? Todos lo hacemos. Cada cosa que hacemos es un error para toda la vida. Lo que tienes que hacer es buscar tu solución.

Dante asimiló esas palabras antes de volver a hablar. Sus palabras resonaron en toda la casa.

—¿Y qué pasa si me equivoco?

Tú no te equivocas.

—Entonces lo sabrás. Él lo sabrá. Y la verdad es el único camino en el que empieza y termina todo, chaval. —La vos del señor Anastagio se extinguió mientras caminaba de regreso hacia la entrada de la casa.

A través del techo de la sala se oyó un chirrido: los Anastagio estarían cambiando de sitio algo pesado en el dormitorio de Dante.

Griff se apresuró hacia la puerta principal. Ojala no le hubieran visto, pero de ser así, eso no cambiaría nada.

CAPÍTULO XV

Lunes, noche de fútbol. Como siempre, solo que ya no era como siempre.

Había pasado casi una semana desde que había escuchado a Dante y a su padre hablando de él como si fuera un leproso.

Griff se había enterrado en gilipolleces para esconderse, evitando a todo el mudo. *Territorio Avestruz, chico* . Había hecho

turnos dobles en el parque y también otra noche en el Bone que había acabado con alguien al que habían tirado por una ventana de doble cristal. Los incendios y los universitarios le habían mantenido de un humor asqueroso. Además, para mantenerse alejado de Dante, se había tomado un par de días de baja por enfermedad. Nadie había dicho nada sobre la página web, y no había forma de descubrir quién se había ido de la lengua.

Tommy estaba mejor. Su mujer le había echado de casa y había presentado una demanda de divorcio antes incluso de que hubiera recuperado el conocimiento. El vecindario sabía lo que era y actuó como si se hubiera muerto. Pero se había curado; podía hablar y andar un poco. Griff iba y pasaba allí casi todas las noches sentado en una silla. Así no tendría que estar solo. Y porque el hospital era un lugar seguro en el que esconderse. Nadie le encontraría allí.

Dante también estaba desaparecido, evitando a Griff probablemente por la misma razón, aunque no lo supiese. Seguía de baja por su conmoción cerebral. Con tiempo para él y con el montón de billetes del último vídeo de CabezaCaliente, habría enlucido la tercera planta de su casa.

Griff sabía que tenían que hablar, pero los dos tenían miedo de hacerlo. ¿Cómo poner fin a una amistad de toda la vida? Al final se había venido abajo y había empezado a buscar apartamentos en Staten Island, y comenzó a considerar pedir el traslado a otro parque de bomberos. Tenía que estar preparado. Esta noche con los chicos parecería que las cosas volvían a la normalidad.

Sí, eso es.

Desde el momento en el que atravesó la puerta de la casa de Dante, los dos eran muy conscientes el uno del otro. No sabía cómo actuar ni cómo reaccionaría su mejor amigo. Aparentemente iban a estar un buen rato con el alma en vilo, hasta que uno de ellos se decidiera a hablar. Ninguno de ellos tenía prisa por entrar en un territorio delicado.

La casa estaba como siempre: piezas de motocicleta en la entrada, la puerta del váter de abajo estaba fuera de las bisagras, el enorme cuadro de «SportsCenter» local, que los chicos habían estado mirando desde el 11-S. Pero Dante estaba totalmente diferente desde el momento que respondió a la llamada a la puerta de Griff.

De hecho, la llamada en sí ya era rara. Normalmente la puerta de la casa de Dante estaba abierta y había un par de chicos fumando en los peldaños y alguien haciendo pis en el baño según atravesabas el vestíbulo. Griff estaba acostumbrado a oír a los chicos reírse y gritar delante de la televisión, con Dean Martin cantando desde el radiocasete de la cocina, y a escuchar a Dante contando chistes guarros mientras él vertía un poco de salsa en un bol para toda la tropa.

Esta noche no. Esta noche era como venir al patíbulo bajo la lluvia.

La puerta estaba cerrada; la casa estaba callada; las ventanas estaban oscuras. Por primera vez en toda su vida, Griff tocó a la puerta de la destartalada casa de Dante. La acción en sí le pareció ajena, como si su mano estuviera hecha de madera. Con una aldaba de latón en la que nunca se había fijado porque ni siquiera

podía recordar haber visto la puerta cerrada una noche de partido. *¿Igual no es lunes? He debido equivocarme de…*

Pero Dante abrió la puerta y estaba vestido como siempre: camiseta de hockey y chándal y pies descalzos. Eso era normal. Sonrió, y eso también era normal.

—Hola.

—Hola. —Griff sostenía las cajas de cerveza que traía siempre, y Dante hizo un gesto afirmativo con la cabeza, masticando un trozo de pan antes de volver a entrar en la casa. *Por el momento, todo va bien.* Excepto que esta noche, podía sentir el calor que desprendía Dante. Hasta tenía los pies bonitos, el cabrón. Mientras atravesaba la entrada, Griff podía imaginarse los músculos de Dante moviéndose bajo la vieja ropa y podía oler su suave aroma de almizcle bajo el tufillo a salsa de tomate y harina.

—Tengo que meter unos ziti al horno. Son dos segundos.

En cuanto Griff entró, se dio cuenta de que no estaban el resto de los chicos. *¿Qué cojones…?* Los presentadores de ESPN cotorreaban tranquilamente desde la pantalla plana de la sala de estar y eran las únicas voces que se oían en la enorme casa.

—Iba a llamarte. Ernie celebra su despedida de soltero y se me había olvidado. —Dante se secó las manos en los pantalones y levantó una de las cajas, volviendo a la cocina y al aroma de tomates secos—. Estamos solo nosotros.

Dante había dejado de andar y miró a Griff directamente a los ojos, tan de repente que Griff se paró en seco. Griff se quedó como pensativo.

—¿Te parece bien? —le preguntó Dante, como si pensara que Griff podría salir disparado hacia la salida.

Griff se sentía nervioso. *Mierda. Por supuesto que estaba nervioso.*

—Sí, D. Es genial. Está bien, disfrutar de una noche tranquila después de las últimas dos semanas.

Quiere enfrentarse conmigo. Me tiene a solas.

Dante se metió en la cocina, le lanzó una cerveza e inclinó la cabeza buscando su aprobación, como si estuviesen regateando sobre algo y al final llegaran a un acuerdo.

Griff sentía como si los dos estuvieran esperando que pasara algo.

—¿Tu cabeza? ¿Mejor?

—Sí, de cojones, de cojones. Tan mal como siempre. —Dante se dio unos golpecitos en la cabeza y sonrió.

Griffin miró alrededor a las encimeras abarrotadas de cosas y abrió sus fuertes manos delante de él para llevar algo, lo que fuera, a la otra habitación.

—¿Puedo hacer algo?

Dante negó con la cabeza, haciéndole un gesto para que pasara a la sala.

—No. Solo comer lo que te sirva y no darme la lata. Siéntate. La comida estará en cinco minutos.

Sus ojos oscuros se arrugaron, sonriendo tristemente a Griff, que quería largarse de allí antes de que nadie dijera nada. Se dirigió al viejo y enorme sofá de Dante, de 3 metros por 1,20, y se sentó. Se quitó los zapatos y se frotó la cara con las manos tratando de calcular qué planes tendría Dante para la noche.

Quería llamar al 911, pero, claro, ya había en la casa personal de emergencias.

—Griff, ¿quieres más? —Dante estaba de pie en la puerta con la cazuela de ziti a medio comer y un cucharón. Griff estaba todo tirado en el sofá. Negó con la cabeza y se dio unos golpecitos en el estómago: tenía todo un muro de pasta y ricotta bajo sus abdominales.

—Vomitaría. Estaba buenísimo.

—¿Cómo van? —Dante habló por encima de su hombro mientras llevaba la bandeja a la cocina.

Ni puta idea. Polla uno, cerebro cero. Griff entrecerró los ojos para mirar el marcador hasta que la voz de Dante sonó desde la cocina.

—¿Quieres otra Guinness?

Sí. No. Tal vez.

Dante no debería beber, por su cabeza, aunque una parte de Griff quería verle cocido para poder seducirle hasta que se rindiera por completo. *No lo hagas.* Movió su pene medio erecto hacia su cadera para que no resultase tan obvio.

Pensándolo bien, estando limpio y sobrio también le parecía una buena idea, con la polla de Dante balanceándose en el chándal, dentro de esos calzoncillos flojos.

Cuando Dante se recostó, Griff pudo ver su paquete, bastante abultado, por debajo del algodón y sus enormes huevos amontonados contra el muslo. Sabía cómo eran y cómo olían, y lo que sentían.

Se sintió el peor tipo de pervertido posible, mirando a su mejor amigo, pero después de lo que habían hecho era normal que él… se fijara, ¿no? No era un monstruo, pero seguía pensando cosas desde

ese día frente a las cámaras. Incluso aunque supiera lo que Dante le había dicho a su padre. ¿Dante pensaría lo mismo?

¿A qué esperamos?

—No te he oído, pero me he imaginado que habrías dicho que sí. —Dante pasó por encima de sus piernas extendidas y plantó una botella en la mesa enfrente de él, esperando a que la cogiera. Griff se rio y se dio por vencido, brindando con su amigo. Dante se le quedó mirando intensamente, pero no a la cara; de hecho, no había mirado la cara de Griff más que lo mínimo durante la última media hora.

Al principio, Griff había pensado que estaba paranoico, pero Dante siguió mirando sus manos mientras abría la cerveza, mientras bebía, mientras cortaba el pan, mientras pescaba la pasta con el tenedor…

Cuando terminaron de comer, pensó que Dante no le estaba prestando atención, sino que toda su atención estaba en sus manazas. Dante no siquiera parecía ser consciente de ello, pero se le veía como hipnotizado por las manos marcadas de Griff, los anchos nudillos, el vello cobrizo, apenas perceptible, en su muñeca.

Toma nota por si acaso. Solo para comprobarlo, Griff alargó el brazo para coger el mando y Dante, de verdad, se puso rojo y miró para otra parte e hizo como que se rascaba los huevos.

Está todo empalmado. ¿Por mis manos? Entonces Griff tuvo que mirar hacia otro lado. Se escondió detrás de sus ziti. La señora Anastagio había enseñado a su hijo mediano a cocinar como los ángeles.

Por alguna razón, la principal debilidad de Griff esa noche era la cintura y la parte baja de la espalda de Dante, no su entrepierna

ni su culo, sino esa larga línea de músculo que se extendía desde sus costillas hasta por debajo de sus pantalones. No se había fijado en esa zona especialmente hasta entonces, pero no podía apartar la vista de ese estómago flaco. Dante torciéndose para coger algo de detrás del sofá y la camiseta subida. Dante agachándose frente a la nevera para sacar los ziti y meterlos en el horno. Dante inclinándose hacia adelante para coger su cerveza de la mesita. Dante estirándose antes de levantarse para ir a hacer pis y mostrando esa delgada línea perfecta de pelo crujiente que conducía a…

¿Qué coño estoy haciendo?

Dante parecía no darse cuenta. Griff tenía que tragar sin parar porque estaba salivando con solo pensarlo. Pensaba en poner sus manos en la cintura de Dante, en bajarle los pantalones. En subirse encima de sus rodillas en medio de esos pies descalzos y en suplicarle, y peor aún.

Toda la noche habían estado fingiendo que no pasaba nada raro, que no se habían tocado nunca, que solo eran dos bomberos que se juntaban para comer sobras, hacer chistes de tías y ver un partido. Poco probable. Los recuerdos de esa tarde frente a la cámara flotaban en el aire entre ellos tan claramente que a veces Griff sabía exactamente qué recuerdo estaban tratando de no compartir. Hasta allí, en casa de Dante, las horas que habían pasado en CabezaCaliente.com continuaban aleteando a su alrededor.

Dante estaba rígido. Lo que fuera que el señor Anastagio le hubiera dicho, no estaba funcionando.

Estar sentados en el sofá fingiendo ver el partido era un tremendo recordatorio de ellos, sentados con sus muslos peludos

juntos, frotándose las pollas como si fueran en un tándem. O de Dante haciendo bromas según se estiraba para limpiarse. Dante se giró para hacerle una pregunta, y Griff le vio a su lado tirando hacia atrás su prepucio rosado con un guiño. A lo mejor los dos estaban recordando cómo Dante se dejaba caer de rodillas sobre la alfombra, mirando a Griff como si le estuviera pidiendo permiso. *Por favor, señor, ¿podría ahogarme con su polla?* Ahora todo se repetía entre ellos y hacía que el porno volviera a estar en el centro de todo.

Habían olvidado cómo podían ser normales. Cada movimiento parecía ser como la última vez que habían estado juntos en una habitación. Griff se sentía como si los dos estuvieran masturbándose y corriéndose.

Griff había mirado a hurtadillas a Dante antes de esa noche, pero después de que grabaran esa locura de escena con las mamadas, sabía exactamente lo que estaba viendo y lo que estaba oculto. Los dos lo sabían. Podía oler la piel de Dante. Podía escuchar aquellos sonidos. Conocía las respuestas de otro modo.

Por primera vez en su vida entendía por qué la Biblia llamaba al sexo Todo era diferente. Ahora él conocía a Dante. Había conocido a Dante. Y, oh, maravilla, Dante también le había conocido a él. No podían olvidarlo, solo que no sabían cómo gestionar ahora ese conocimiento. Todavía.

De alguna manera, era peor estar sentado en este sofá porque no podía ni contar el número de noches que había pasado allí, o cuántas veces se había reído ahí encima, o cuántas había dado un golpe a Dante en toda su cabeza, o cuántas veces había confesado alguna historia sobre una cita embarazosa. Le parecía como tener una erección en la iglesia, algo indudablemente sucio; pero sucio de

cachondo, no sucio de ducha. Se movió la polla, que cada vez estaba más dura, y se estiró la camisa hacia abajo para taparse.

En algunos momentos durante el partido, casi sentía que Dante estuviera ligando con él, pero parecía tener tanto pánico que Griff se dio cuenta de que Dante se estaba preparando para la confrontación que le había sugerido su padre.

Para el descanso, tras una serie de cambios invisibles, cada vez mayores, habían acabado con sus piernas presionadas la una contra la otra en el sofá mientras veían el partido. Griff no veía nada en la televisión. Acunaba su cerveza e intentaba mantener el tipo para que Dante pudiera decir lo que fuera que tuviera previsto.

Dante puso en silencio las tonterías del descanso.

—Mira. Uf. Quiero hablarte de algo.

Ya está.

Griff se encogió de hombros y mantuvo la mirada al frente, intentando parecer despreocupado.

—Ahora no tienes problemas con las facturas, ¿verdad?

—No es eso. Tengo que pedirte algo. —Dante se rascó fuertemente la cabeza, y su pelo se levantó como en una loca cresta ondulada.

Griff frenó las ganas de alargar el brazo para ponerle bien el pelo. Hace un mes lo habría hecho. *Esto era una mierda.*

—No significó nada. Ya he hecho mamadas otras veces, D. Estamos bien.

—No del porno. —Dante estaba tratando de sacar a la luz la conversación que había tenido con su padre.

—Dante, eres como mi hermano. Pero por eso lo hicimos. Problema resuelto. —Griff siguió empujando—. Nada ha cambiado.

No soy diferente a antes.

—No sé. Venga, Griff. Me enrollé contigo. Te comí la polla. Fue muy peculiar. Estoy un poco alterado. ¿Tú no?

—Para. No quiero hablar de esto.

—Pues yo sí. —Dante arrancó la etiqueta de su botella; tenía la cara arrugada como si estuviese intentando traducir algo del chino. Ladeó la cabeza y dio un trago, encontrándose con los ojos de Griff solo un instante—. Piénsalo. He estado pensando en ello toda la semana. ¿Tú no?

—¡No! Quiero decir, sí, pero no tenemos que pensar en ello. Estoy bien. —Griffin podía sentir el rubor que hacía que le ardieran las mejillas y las orejas.

—No parecía que tuvieras mucho problema en correrte. —Dante frunció el ceño. Parecía ofendido.

Griff se giró para apoyarse en el brazo del sofá, poniendo espacio de por medio.

—¿De qué va esto?

¿Cómo lo había descubierto su padre?

—Somos muy buenos amigos. Los mejores. No me odies. —La preocupación de Dante se veía en sus ojos y en sus manos, y en sus músculos agarrotados.

—¡No! No. No podría, D. Si tú estás bien, yo estoy bien. Yo simplemente no quería que te vieras mezclado en… todo eso. —Griff trató de torcerse para poder ver los ojos de Dante—. Quiero decir que tú eres más que lo que pareces. Un cuerpo. Si nos echan del departamento, tienes opciones. Quiero decir, si la gente descubriera que nosotros…

—No lo harán. No se han enterado. Escucha…

Espera. ¿Qué?

Griff sintió como si le hubieran golpeado la cabeza con una pala de cartón.

—Pensaba que alguien nos había visto. En Internet.

—Qué va. ¡No! Lo que estoy diciendo no es eso, tonto. ¿Me puedes mirar?

—Te oí hablar con tu padre. —Dante arrugó la cara e intentó recordar cuándo podría…

—Cuando estabais empapelando la pared. Estabais hablando de mí.

—Ah.

—Y antes de nada, tengo que decirte… —La voz de Griff se quedó atrapada en su garganta y miró hacia abajo.

La mano morena de Dante estaba sobre su pierna, apretándole cerca de los huevos y del evidente bulto que presionaba junto a la costura. Se sentía tan bien que se le escapó un gemido antes de intentar retirar la mano.

Griff se alejó todo lo que pudo de él en el sofá.

—No tengas miedo. —Con un movimiento fluido, Dante se giró sobre sus rodillas en el sofá y se puso encima de Griff, sentándose a horcajadas encima de él.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Las mariposas del estómago de Griff se habían convertido en pterodáctilos, pero no podía quitarse a Dante de encima, aunque lo intentara. Tenía miedo de levantar el brazo por temor a empujar hacia abajo a su mejor amigo, y comérselo a besos.

—Estoy todo el tiempo pensando en ello, G. Es gracioso. He intentado no pensar en ello mientras estábamos allí. Pero ahora es

como que te veo de un modo diferente. O te veo, punto, como no te veía antes. Te siento allí. He estado sintiendo todas estas cosas y nunca habría pensado que tú… jamás había hecho algo así, y nunca había pensado que fuera posible, pero ahora es distinto. Yo soy distinto. Estoy pensando en esto todo el rato. —Dante se puso a juguetear con un agujero de quemadura de cigarro que había en el brazo del sofá—. No es que sea gay, pero es que me sentí mejor que nunca.

—Es una mala idea.

—Yo no tengo ideas malas. —Dante sacudió la cabeza, acariciando a Griff firmemente por debajo de su camisa.

Todo esto no es más que una puta broma.

—Quiero hablar contigo de algo importante. De verdad, es importante. Tengo que explicarte…

Dante presionó su duro culo perfecto justo encima del pene tieso de Griff. Griff soltó un grito sofocado, inmovilizado bajo el cuerpo de su mejor amigo, pegado al suyo.

—Ya hemos hecho esto antes.

—Eso eran gilipolleces para la web. Ahora estamos solo los dos. Quiero conocerte de verdad. —Los labios de Dante rozaban su cuello suavemente, como si fueran plumas.

Griff tenía los pelos de punta. Se estremeció. ¿Qué era esto? ¿Una prueba? ¿Una especie de follada por pena de un hetero? ¿Como si Dante supiera cómo se sentía su amigo maricón y estuviese dispuesto a darle un extraño «gracias»?

—No hagas esto. ¡Te oí hablando de mí!

—Y tú eres un puto asqu… —Dante le pellizcó los pezones a través de la camisa. La electricidad saltó entre ellos y su polla.

—Asqueroso.

—¿... te doy asco? —Dante negó con la cabeza y miró hacia atrás—. Espera, ¿qué?

—Soy asqueroso.

—No eres asqueroso, Griffin. Pero…

—No tienes ni idea.

—Así que estás asqueado. Me escuchaste hablar con mi padre.

Griff agarró las manos de Dante antes de que estas pusieran más en peligro a su autocontrol. Última oportunidad. Las empujó detrás de la espalda de Dante, sujetándolas allí con su puño poderoso. La voz le retumbó en el pecho, esa voz de poli malo.

—Deja de hacer el tonto. Tú no me quieres.

Dante arqueó el pecho, tenía las muñecas atrapadas, como si estuviera realmente inmovilizado. Sus redondas nalgas estaban contra el regazo de Griff.

—¿Qué es lo que yo quiero, eh? Dímelo.

¡No lo sé!

—Otra persona. Otra cosa. —Griff intentó no sentir su paquete alojado entre sus nalgas.

—¿Te acuerdas de la noche que fui al parque y te besé? Yo sí me acuerdo. —La voz de Dante sonaba ronca y le brillaban los ojos como dos cañones.

—Te habías dado un golpe y no pensabas como era debido. —Griff trató de levantarse, pero Dante le sujetaba fuertemente con sus muslos.

—Está claro que no pienso como es debido, tío. —Dante se rio y dejó sus manos a su espalda, sacando pecho.

Parpadeo. Griff tragó saliva.

Dante se acercó aún más, casi susurrando, como si no pudiera confesar mientras miraba a los ojos a su mejor amigo. Habló al oído de Griff.

—Después de besarte y de que tú me besaras, y de que tuviéramos nuestra cita de comida asiática, me fui a casa y me hice dos pajas, y me la comí… Soñé con eso. Me he masturbado pensando en ese puto beso más veces de las que puedo contar. Me la cascaba pensando en cómo sabías y cómo te sentía, y pensando qué ruidos hacías y cómo olías. Y…

Griff apartó a Dante de su lado violentamente.

—¡Para! Deja de decir mierdas porno.

—¡Dios, qué testarudo eres! —Finalmente Dante se puso en pie y se quedó mirando fijamente a Griff, con las manos en sus delgadas caderas—. Nunca he estado con un chico. No en la realidad. ¡Joder! Nunca quise.

—Yo tampoco. —Griff no se había dado cuenta de lo rápido que respiraba. Tenía una evidente erección que no hizo nada por tapar.

—¿No tienes curiosidad? —Dante empleó la palabra de Alek. La palabra de Tommy. Una palabra que destruía familias y llevaba a la gente al hospital con una bolsita para el pis.

En la televisión, un grupo de jugadores retirados, con tupés y trajes de la talla cincuenta ponían poses afectadas y discutían sobre trivialidades en una sala de prensa. Dante dio un paso adelante y miró hacia abajo a Griff, que estaba medio tumbado en el sofá con las ropas mal puestas y su enorme polla tiesa tensándole los pantalones.

—Una noche. Un experimento. Ya hemos hecho cosas. Si es muy raro, será solo una vez, entonces si no hay delito no habrá pena. Tú y yo, solo vamos a ver qué pasa. Te reto a que aceptes, Griffin.

—Yo ya lo sé. No necesito ver nada.

—No soy tan feo, cabrón. —Dante hizo como si fuera a pegarle una patada a Griff.

Griff esquivó la patada, subiendo las piernas al sofá y tirándose hacia atrás para escaparse. Una extraña sensación de déjà vu le frenó en seco. ¿Página web? ¿Academia de prácticas? ¿Sala de descanso del parque de bomberos? ¿Qué estaba recordando?

Dante se pasó una mano por el pelo, apartando las ondas negras.

—Solo como un experimento. Confías en mí. Y yo confío en ti. Entonces podemos hablar de lo que quieras. Pero amigo, no puedo hablar en este momento. —Presionó sus labios contra los de Griff.

¡Ay!

Griff estaba temblando y su corazón iba a salírsele por las orejas. Asintió sin interrumpir el beso.

Dante se separó e hizo que todo sonara normal.

—No tengas miedo. Date la vuelta para que pueda frotar tu espalda.

Ah-uff.

Griff casi se asfixia y entonces respiró por la boca, tratando de no hiperventilar. Podía sentir cómo su cerebro iba cayendo hacia el suelo. Dejó que Dante le subiera las piernas en unos cojines mullidos y que le pusiera boca abajo, quitándole el chándal. Tenía

que decirle todas esas cosas, pero no tenía ningún sentido con Dante así de cerca, tan cariñoso e inexplicablemente cachondo.

Dante se puso encima de él, sentándose en el culo redondo de Griff para masajear sus hombros.

—Solo quiero probar. Será genial. No pasa nada. ¿Tal vez un masaje primero? Dos tíos. Estará guay, ¿vale?

¿Qué estaba preguntando?

—Y entonces, quiero —Dante se inclinó hacia adelante, presionando su pecho contra la espalda musculada de Griff. Sus labios rozaban su oreja—, que te relajes para mí.

En quince años de cariño, Griff jamás había conocido a este Dante: indeciso y
pensativo y paciente.

¿De dónde sales?

Dante se escabulló hacia adelante, de forma que se quedó sentado justo en la cima de la parte baja de la espalda de Griff. Se frotó las manos para calentárselas y entonces presionó su peso entre los omóplatos de Griff.

Griff gimió.

—¿Demasiado fuerte?

—No... no, uf. —El gruñido de cromañón de Griff le hizo reír a los dos—. Uff. Bien.

Griff presionó su cara roja en los cojines del sofá. ¿Por qué ningún otro masaje le hacía sentir así? No se empalmaba cuando los profesores le hacían masajes después de las prácticas, y en esos tiempos se le ponía dura hasta cuando se metía la mano en el bolsillo para buscar las llaves. Había algo en la dureza de las manos

de Dante. Éste se esforzaba en ablandar la rigidez de los pesados hombros de Griff.

No conocía en absoluto a esta persona tranquila, amable. Tal vez así era como Dante era en su habitación, en privado. Tras las puertas cerradas, la chulería se transformaba en una especie de deseo bobalicón y juvenil de agradar.

Por eso siempre se sale con la suya con todo el mundo, hasta conmigo.

Griff suspiró.

Dante movió su peso al inclinarse en el borde del sofá, estirándose para coger algo.

—¡Ya lo tengo!

Griff giró la cabeza justo a tiempo para verle incorporado con una botella. Dante sonrió tímidamente.

Parece… ¿que tiene miedo?

Griff trató de no pensarlo demasiado mientras escuchaba el ruido del tapón al abrirse, después el deslizar de Dante lubricando sus manos, y ufff, las manos de Dante empezaron a excavar en su espalda. Entonces ya no fue capaz de pensar. Dante empezó por los hombros y estrujó tratando de sacar el estrés fuera de su cuerpo, bajando por toda la espalda hasta sus prominentes nalgas. Dante se retiró un poco hacia atrás para tener un ángulo mejor, utilizando sus puños para amasar las pálidas esferas.

Griff sintió cómo una gota de sudor de Dante caía sobre una de sus nalgas para meterse a continuación en su raja del culo.

Aparentemente Dante lo había visto porque se inclinó más, y su aliento refrescó la piel de Griff. Más abajo. Más abajo. Dante estaba recorriendo el camino de vuelta hasta que su cara estaba

cada vez más cerca y entonces su boca se detuvo frente al culo de Griff, le chupó la gota de sudor y le mordió el músculo. Las ásperas manos separaron sus nalgas. Metió la lengua entre ellas y fue bajando, arponeando el diminuto iris rosáceo de músculo enterrado en la grieta.

A Griff se le escapó un gruñido callado por la sorpresa. ¡Qué gusto! De nuevo esa sensación, y le gustaba.

Esta vez Dante sabía exactamente lo que quería, no dejó descansar a Griff ni un segundo. Dante chupaba y mordisqueaba en su agujero rojizo, pastando con su barbita en la piel de entre los glúteos de Griff. De nalga a nalga y vuelta a empezar. Griff se reía y jadeaba mientras la lengua empujaba para meterse dentro de él y su pequeño músculo se cerraba alrededor de ella.

Sí, por favor.

Dante emitía ruidos extraños desde allí, resoplando y gimiendo mientras intentaba meter más su cara dentro de la gruta profunda. *Esto es lo que consigues si te agachas demasiado en el parque de bomberos.*

Riéndose, Dante levanto y deslizó su pecho a lo largo de la parte posterior de las piernas de Griff hasta que se quedó totalmente tumbado encima de él, con el corazón latiendo entre sus omóplatos, y la polla apretujada en el surco de su culo. Se había puesto un condón.

¿Dónde están sus calzoncillos?

Dante se había quitado la ropa. *Maldito cabrón.*

Su desenfrenada erección se deslizó por el trasero de Griff, frotándose sobre el prieto nudo que se escondía allí abajo. Una capa de sudor cayó desde su rostro al hombro de Griff. Sus labios

de color de vino besaron la oreja de Griff, haciéndole desear cosas espantosas.

—¿Estás bien? Tu culo es tan duro. Joder, tío. Lo siento increíble debajo de mí. —Una vez más, esa dulce timidez diciendo guarradas, y la polla con condón de Dante se mostraba insistente, frotándose contra su agujero, y deteniéndose de vez en cuando para golpear justo ahí. Hacia atrás y hacia adelante y golpe, atrás y golpe y adelante.

Griff sentía que la piel de los dos estaba caliente por la fricción y que su ano se iba relajando un poco mientras Dante frotaba, frotaba, frotaba para someterlo. No tenía miedo. No era idea suya. Sin pensarlo, arqueó ligeramente la espalda, y en el siguiente golpe sintió el capullo de Dante presionar un poco dentro de él. Un silbido de Dante en su oído. Griff casi se corre en ese mismo instante.

—Espera.

Dante esperó, su polla curvada apenas había penetrado en ese pequeño agujero de músculo.

Griff estaba paralizado solo con eso; podía sentir toda la longitud ardiente del pene presionando contra la zanja, y podía sentir el extraño espacio dentro de él donde tenía que estar.

Ahora.

Dante metió la boca en su oreja, le mordió el lóbulo, le lamió y le mordisqueo.

—Llevo chubasquero.

—Ya lo sé… eso no es lo que yo… —Griff no sabía cómo pedirle lo que quería. Todo estaba tan tranquilo.

—Solo nosotros. Ahora. —Dante respiraba fuertemente, pero Griff contenía su aliento.

—Dios, ya lo sé. —Durante un instante de locura, Griff escuchó una vieja canción en su cabeza: should I stay or should I go? (¿debería irme o debería quedarme?). Podía sentir la lenta respiración según su amigo se esforzaba por no presionar demasiado.

Griff se decidió porque realmente no tenía otra elección. Se arqueó fuertemente y presionó hacia Dante. El capullo le penetró. Dante dio un grito ahogado al mismo tiempo que él.

Ay. Guau.

No se lo esperaba. La polla de Griff se hinchó hasta dolerle.

Con una paciencia infinita y absoluta, Dante fue taladrando con su perfecto pene curvado, tan grueso y jugoso cada vez más dentro de Griff hasta que el placer le hizo ver estrellas y tuvo que respirar por la boca para no desmayarse. Lanzó un gruñido desde la tripa y sintió un ruido sordo que le respondía desde su ancha espalda.

—Ay. Dios. Joder. —Dante presionaba hacia arriba con las manos sobre los anchos hombros. Empujaba con sus delgadas caderas cada vez más dentro, más profundo. Griff podía oír cómo apretaba los dientes. Esa polla italiana ardía como si le estuviera derritiendo desde dentro—. Griff. Tu culo.

Bombeando lentamente, pero sin parar, Dante deslizó sus manos desde los hombros de Griff a lo largo de sus brazos, hasta llegar a su pecho. Lo presionó bien fuerte. Los dedos de los dos se entrelazaron, clavándose en la carne resbaladiza.

—¡Eres, eres, ay!

El pene curvado hizo algo divertido dentro de Griff. El capullo golpeó contra ese pequeño lugar hambriento que le hizo temblar y se le pusieron los ojos en blanco.

Dante apretó sus brazos tan fuerte como para hacerle un moratón y le besó el hombro con la boca entreabierta.

—¡Ahhhh! Vuelve a hacer eso.

—Sí, señor. —Griff se rio sobre su hombro y Dante también soltó una risita. Era todo tan loco y tan maravilloso. Griff cerró los ojos mientras apretaba a lo largo de su amigo y volvía a empujar hacia atrás.

—¡Sí! Sí, sí. Dios… Me estás volviendo loco. Ahhhh. Deja que te folle, ¡Dios!

Griff lo hizo. No podía pararse. Ese pene curvado perfecto le agujereaba hasta su centro secreto, penetrando en algo que estaba haciendo que su polla babeara. Cada vez que empujaba se unía en un abrazo resbaladizo a Griff guiándole hacia el orgasmo.

Demasiado pronto.

Tan dentro que sus tripas no se soltarían jamás. A cada golpe sentía ese lugar hambriento dentro de él, avivando la llama, empujándole hacia la cima hasta que estaba a punto de…

—Dante, espera. No te muevas. ¡No te muevas! —Griff se paró en seco tratando de tensar todos los músculos de su cuerpo para aguantar. Se iba a correr demasiado pronto. Acababan de empezar, y era imposible que durara lo suficiente como para que le satisficiera. Debajo, en la alfombra, una tira de condones envueltos en papel de aluminio brillaba como si fueran el santo grial.

Dante hizo exactamente lo que le dijo Griff, jadeando y descansando la frente entre los omóplatos de este. Sus labios rozaron su piel y la besó una vez.

—¿Te he hecho daño, tío?

—No, casi me… un segundo. —Griff extendió la mano hacia atrás y agarró fuerte las caderas de Dante. Sus piernas estaban rígidas y temblaban entre las de Dante. Su culo sujetaba la polla dura y curvada de Dante, manteniéndole dentro de él, contra ese lugar. El sudor corría entre ellos mientras iban recobrando el aliento, con sus costillas subiendo y bajando al mismo tiempo—. Estoy intentando.

Entonces Griff sintió un roce muy sutil: la lengua de Dante serpenteaba sin control lamiendo su columna vertebral. Sintió un suave cosquilleo.

Y ya no pudo más.

Griff se encabritó, levantando a Dante con un rugido. El pene curvo de Dante salió de su cuerpo, pero antes de que notara totalmente su ausencia dio la vuelta al italiano poniéndole boca arriba.

Sorprendido, Dante se sostuvo a medio camino, y entonces cayó contra el otro reposabrazos de espaldas, con su brillante erección doblada contra la línea de vello que se sumergía en su perfecto ombligo.

—Espera, espera por mí. —Girándose, Griff agarró sus piernas y tiró de él en el sofá para envolverlas alrededor de su espalda.

Griff se inclinó para besar el rostro confuso de Dante, lamió su cuello, y se puso a tientas un condón en su pene.

Sus pollas se batieron en duelo unos instantes mientras se inclinaba hasta que sus caras volvieron a juntarse. Retiró un cojín para tener más espacio. Tiró algo de la mesita de café, pero le importaba un bledo lo que fuera.

Metió los dedos en la boca de Dante y este los chupó.

El placer estrechó a Griff, le aprisionó la garganta hasta que no pudo respirar a menos que sus bocas estuviesen abiertas la una contra la otra.

Todo era Dante, debajo de él, mirándole desde abajo, empujando hacia él como una llama. Dante trataba de incorporarse en el sofá, pero el cuero sudado, húmedo estaba demasiado resbaladizo.

Griff se chupó la salida de Dante de sus dedos y alargó el brazo para hurgar en la diminuta apertura de Dante, masajeándole firmemente como había visto a Dante hacer hacía toda una vida.

Sé lo que te gusta. Tú me enseñaste.

Con los ojos brillantes, Dante inclinó sus caderas y abrió sus rodillas, dejando acceso total para que Griff pudiera arrastrarse hacia él, para que pudiera pegarse más a su cuerpo y atornillar su dedo húmedo, dentro de él. Uno, luego dos, deslizándose suavemente en el pequeño orificio.

La ancha corona de su pene erecto golpeó en los huevos de Dante, después por debajo.

—No te resistas. Va a entrar. Deseo hacerlo —le gruñó Griff.

—Bien.

—No voy a poder controlarme.

—No lo hagas. —Dante sacudió la cabeza. De nuevo esa timidez—. Dios. Por favor, no lo hagas.

Dante levantó una mano para tocar la cara de Griff. Griff asintió y le besó la palma toscamente.

Griff alargó la mano para coger el lubricante, pero no quería dejar de mirar a su hombre, y finalmente fue Dante quien lo puso en sus manos y retiró la tapa y vertió un chorrito entre ellas, untando su

polla resbaladiza con sus propios dedos. Gimiendo, deslizó un dedo dentro junto a los dos de Griff, y juntos, con sus labios pegados, mirándose a los ojos, se abrieron.

Griff no podía resistirlo más; sacó sus dedos y el de Dante.

—Última oportunidad. —Griff colocó la brillante punta de su polla justo en la perfecta entrada codiciosa de Dante.

Dante asintió.

Griff empujó un poco hacia adelante, sin apenas respirar, pero se detuvo cuando vio los ojos de Dante enormes y asustados.

—¡Ahh! Vale. vale. —Dante volvió a asentir— ¡Tranquilo! Solo tienes que ir despacito. ¿Vale? Jesús, ¡eres enorme, Griffin!

Griff se tomó su tiempo, solo presionando firmemente hacia adelante mientras el agujero de Dante se iba abriendo milímetro a milímetro alrededor su alrededor.

De repente, el músculo se relajó y Griff penetró en su interior. Los dos aullaron. Dante jadeaba entre sus dientes como si estuviera corriendo un maratón. Tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

Griff se quedó como paralizado, preocupado, y empezó a retirarse.

—No. Me gusta. Es tan… —Los ojos de Dante estaban como salvajes y su voz sonaba ahogada. Su ano se flexionó alrededor del prepucio. Se le agitó el pulso en su cuello—. Dios, como si no supiese lo que quiero. —Jadeaba, y su culo se hundió un poco más en la erección de Griff, apretándolo como si fuese un puño. Dante se estremeció.

—¿Tienes cosquillas? —Griff tenía la boca abierta sobre su hombro, y dio un mordisco en el músculo salado.

Dante se estremeció y asintió. Respiraba de forma entrecortada.

—Así… así. ¡Ah! Mmmm. —Dante movía sus caderas en pequeños círculos tratando de conseguir que la polla tiesa de Griff penetrara aún más en él.

Griff estaba mareado; veía chispas parpadeando en sus ojos.

—¿Es demasiado? Puedo…

—No. Métemela.

De repente Dante se empaló en su corpulento invasor; simplemente pasó las piernas por detrás de la espalda de Griff y se la hincó del todo por la fuerza. Los dos estaban conmocionados. Dejó caer hacia atrás su cabeza oscura, alargando su largo cuello, y su respiración era un jadeo constante.

—Jooooder. —Dante gimió y se chupó los labios. Los ojos eran dos rendijas febriles. Su boca dibujaba una O de sorpresa— ¡Me has dejado sin respiración! ¡Hostia!

Griff besó suavemente su clavícula, se retiró un poco, muy poco, y volvió a entrar una vez más, empujando firmemente hasta que se hundió en él.

—Así. Ríndete. Dame tu culo.

Dante gruñó y su polla dio una sacudida involuntaria entre los dos. Levantó la cabeza para que pudieran mirarse el uno al otro.

—Sé de alguien que le gustaba esto. —Griff sonrió mirándole y apartó suavemente los húmedos rizos negros de su hermoso rostro.

Dante asintió sonriendo. Tenía los ojos llorosos y se esforzaba por respirar con normalidad.

Desde arriba, muy cerca de él, a dos centímetros de su cara, Griff se dio cuenta por primera vez que los ojos de Dante parecían

de terciopelo negro, pero tenían un ligero destello verde, como escarabajos… una iridiscencia esmeralda que solo era visible a la distancia de un beso.

Nunca me había dado cuenta.

Dante los cerró y movió la cabeza como atontado. Sus labios de color rojo oscuro y su sonrisa de vaquero.

Griff se movía con una lentitud enloquecedora. Sus brazos temblaban por la tensión de contenerse.

—¿Lo sientes?

Así es como te quiero.

—Es como. —Dante arrastraba las palabras como en sueños —. Es como si te masturbaran desde dentro porque eres tan uffff, Dios, tan enorme… guau… —Dante sacó la lengua para pasársela por sus labios hinchados. *Qué tentador.*

Griff se inclinó hacia él para robarle un beso. Miró directamente a esos ojos oscuros de escarabajo. Sus bocas estaban pegadas. Contra su ombligo, sentía como la polla erecta de Dante iba soltando un continuo hilillo de líquido pre-eyaculatorio, formando una telaraña entre ellos. Telaraña de polla, una pollaraña. Griff sonrió y Dante le devolvió la sonrisa sin saber por qué.

Díselo: Te quiero.

Griff levantó sus torpes dedos hasta ponerlos en la boca de Dante, y él los mordisqueó dulcemente, chupándolos. Griff siguió perforando en un ángulo diferente y…

Algo brilló y salpicó su abdomen.

—¡Mierda puta! —De repente, el pene de Dante empezó a rociar el aire entre ellos con un líquido abrasador—. No me estoy corriendo. No me puedo estar corriendo. Dios santo, no te muevas.

—¿Qué estás…? —Griff sacudió la cabeza confundido.

—No sé. Has tocado algo y ella…ay... espera... ¡Uff! Sigo. Dios mío, es increíble. Vete despacio o vas a conseguir que me vuelva a pasar.

Griff se rio y flexionó su polla dura dentro de su amante.

—¿Y eso es malo?

—No puedo… no podía controlarme… —Dante giró la cabeza a un lado y se pasó un brazo por la cara—. Qué puto flojo. Como un maldito adolescente. Dios. No puedo creer que me haya ido… lo siento.

—Eh. ¡Eh! No te escondas de mí. —Griff le retiró el brazo y le acarició el pelo sudoroso retirándoselo de la cara, inclinándose para besarle. Gruñó—. No he acabado contigo.

Dante gimió y tiró de las caderas de Griff hacia él con sus piernas hasta que su artillería volvió a estar enterrada dentro del cuerpo de su amigo, estirándose todo lo que podía.

—Eres tan grande, tío. Estoy tratando de manejar todo esto.

Sus manos doradas se deslizaron por la piel húmeda de Griff, buscando la manera de agarrarse. Estaban demasiado resbaladizos. Al final, Dante deslizó sus brazos alrededor de las costillas de Griff y le apretó en una especie de abrazo de osos follando. Entre sus nalgas, el prieto nudo de músculo ordeñaba toda la enorme polla erecta de Griff; el cuerpo entero de Dante se apretaba contra ella. Los ojos negros y verdes de Dante encontraron los suyos.

—¿Bien?

—Uff. Ah, sí. Así. ¿Qué tal…? —Griff gimió y jadeó en señal de aprobación—. Sigue… sigue así…

Las piernas morenas de Dante apretaban su espalda deslizándose por encima de sus flexibles caderas. El suave vello negro estaba cubierto del sudor de los dos. El círculo de los poderosos brazos de Dante apretaba sus pechos, juntándolos, y Griff lamió su cuello una y otra vez.

La polla de Dante estaba atrapada en la jaula que habían construido entre los dos, y se deslizaba entre sus abdómenes soltando algo parecido a la miel. La boca de Dante contra la suya balbuceaba incongruencias en italiano. Cada golpe de las caderas de Griff le dejaba sin aire, y empujaba las suyas hacia arriba para recibir bien las acometidas.

—Fuerte… más fuerte. —La voz de Dante sonaba ronca y desesperada. Estaba totalmente en tensión, como si estuviera subiendo una pared vertical de roca, tirando hacia arriba de él hacia algo imposible. Como si estuviese intentando escapar, pero quisiese llevarse a Griff con él allá donde fuera.

—¿Sientes esto? ¿Sientes lo mismo que yo? Te estoy follando, Dante.

Dante resoplaba cada vez que tocaba fondo, soltando bocanadas de aire. Su culo presionaba para aceptar el pene de su amigo. Tenía los ojos llorosos de la tensión. Cuánta tensión. Por primera vez en toda su vida, Griff estaba orgulloso de su polla en lugar de preocupado. Ella estaba haciéndole algo irrevocable a Dante.

Con una mano, Griff llegó al punto en el que estaban unidos y pasó un dedo alrededor de ese agujero estirado tan perfecto, dibujando el punto exacto en el que su polla estaba incrustada, dilatando completamente a Dante.

Dios, no permitas que le haga más daño del que él desea sentir.

El ano de Dante estaba tan firmemente sujeto a Griff que la piel de su pene no podía moverse contra el condón; su tajante erección se deslizó dentro del prepucio y mantuvo la fricción frotando la maravillosa apertura. Estaban tan fusionados que casi no podía decir dónde terminaba él y dónde comenzaba Dante. Una sola bestia.

Griff gimió y cubrió la boca abierta de Dante con la suya, metiéndole la lengua para robar las estrellas de sus ojos y el fuego de su mente.

—Dante, abre los ojos. Estoy aquí. Mírame.

Dante gruñó, retorciéndose, todavía más cerca. Griff se incorporó un poco y le habló justo a la boca.

—Siempre deberíamos estar a esta distancia.

Dante jadeó e hizo un gesto afirmativo. Sus ojos húmedos miraban a los de Griff y una lágrima se escapó de uno de ellos yendo a parar al hermoso rostro romano. El culo caliente de Dante, y el placer violento del amasar y ordeñar… increíble.

Sus caderas estaban pegadas y Griff aulló por el calor. Sentía como si su piel se hubiera encogido y su alma estuviera a punto de liberarse. Griff chupó la estela salada de aquella lágrima y le besó los dos ojos, sus pestañas negras contra sus labios.

Díselo: Te quiero.

Sus dedos recorrieron el cuerpo de Dante, marcando su piel con sus huellas, como queriendo memorizarlo.

—Esto me pertenece. Solo a mí. Nadie más puede tenerlo. Ni siquiera tú. Es mío. Tú eres mío.

Dante gimoteó y asintió con la cabeza, suplicante.

—Tu saliva es mía. Tu piel. Tu aroma. —Griffin siguió follando a Dante como un animal, machacándole salvajemente. Podía sentir los pezones de Dante frotándose contra su pecho húmedo y peludo.

Esto es lo que necesito. Este soy yo.

Dante levantó el brazo, metiendo sus manos en el espeso pelo rojo de Griffin. Su largo cuerpo temblaba y gruñía a cada golpe. Dante lloraba y le besaba tan fuerte que uno de sus labios empezó a sangrar. Sintieron el sabor del cobre en sus bocas.

Griff frotó su cara sin afeitar contra la oscura mandíbula de Dante. La chupó y la mordió como si fuera un tigre.

—Esos sonidos son míos. Tu semen. No puedes dárselo a nadie más.

—¡Por favor, Griffin. Por favor! —Los ojos de Dante abrasaban, tenía las pupilas dilatadas de las ganas de volver a correrse; su boca estaba abierta como si le estuviera suplicando con todo su cuerpo.

—Dilo. Mírame a los ojos y dímelo. ¿De quién es? Nunca más, Dante. ¿Me oyes? Escúchame. —Griff pudo sentir una chispa en su parte baja de la espalda mientras martilleaba a Dante.

Griff se arqueó hacia atrás, apuntalando una mano fornida en el centro del pecho de Dante sobre su corazón acelerado. Así podía ver todo mientras lo sentía, para memorizar la manera en la que los músculos de Dante se agitaban cada vez que empujaba y cómo su pelo oscuro se retorcía en los cojines, y todo el sofá del fútbol crujía mientras él intentaba hacer de ellos una sola cosa, una cosa, una cosa…

¿Y si solo pasa esta vez?

—Está pasando algo. No puedo parar. —Dante abrió sus ojos de par en par y extendió sus brazos como si se acabara de arrojar desde un avión, como si se estuviese precipitando hacia el suelo. No tocó su pene erecto— ¡Ayy! ¿Qué me estás haciendo? ¿Qué coño me estás haciendo?

Te estoy amando. Díselo.

Griff sintió que sus huevos se preparaban, un duro nudo en la base de su polla, preparando la carga que necesitaba meter dentro de Dante.

—No voy a dejar que vuelvas a hacerte daño nunca más. No voy a dejarte solo, ni que sufras o tengas miedo. Uff. Mmm. Cada parte de ti es mía, D. Lo feo y lo hermoso.

Se resbalaron chocando el uno contra el otro. El sofá estaba empapado de sudor. Griff se abrazó una pierna para agarrarse y poder empujar un poco más, para penetrar un poco más dentro. El pene tieso de Dante, con todas las venas marcadas, se agitaba sin que nadie lo tocara entre ellos, oscurecido por la urgencia.

—Dentro de mí. Algo… —Dante jadeó en señal de asentimiento. Su boca era una O de sorpresa y sus ojos estaban ciegos— ¡Ay, Dios, Griffin! Dentro. No puedo parar… ¡Ay, Jesús! Ni siquiera me estoy tocando… me siento… No voy a…

Griff se sumergió en el calor satinado y permaneció incrustado, tan dentro que estaba seguro de que su polla estaba tocando el corazón de Dante. Sentía cómo el hábil músculo iba reptando por todo su cuerpo, ordeñándole y tirando de él cada vez más dentro. Dobló los brazos y dejó descansar todo su peso sobre Dante, penetrándole más y más.

Dante rugió; echó su cabeza hacia atrás, codicioso, gimiendo y suplicante, mientras cálidas espirales de semen saltaban entre ellos hasta su boca. Hundió sus manos en la espalda flexionada de Griff. El olor estaba por todas partes: sal, almizcle, y el aroma de su semen. Todo era Dante. Su sabor ácido llenaba sus bocas y podían saborearlo mientras se besaban. Sus torsos se resbalaban en él, embadurnándose juntos de la sustancia caliente mientras Dante tragaba bocanadas de aire, dejándose llevar por lo que sentía al máximo. Y entonces solo hubo un cielo lleno de estrellas.

Griff llegó al orgasmo con todo lo que tenía. Empujó hacia dentro una vez más y se quedó así, sin moverse, rígido, tratando de detener lo inevitable, el placer imposible, mientras el cuerpo de Dante sufría espasmos por todas partes, pero lo sabía: se iba a correr. Aunque no empujara, se iba a correr en el flexible culo de Dante. Jesús, María y José, estaba dentro de su mejor amigo. Él se lo había pedido y los dos estaban completamente sobrios y totalmente despiertos. Podía sentir esa bola de luz en la base de su columna vertebral y sus caderas se movieron de forma incontrolable, un centímetro más dentro.

Entonces los ojos de escarabajo de Dante, *oscuros vidrios de color verde… y no me había dado cuenta* , se abrieron y miraron directamente a sus ojos grises, le miraron, y no hizo falta más.

Griff se retiró y volvió a entrar con su polla una última vez en ese anillo prieto y dulce, gimiendo y clavando a Dante en el sofá y girándose un poco para tratar de penetrar lo suficiente: solo para vaciarse, vaciarse, vaciar todo lo que tenía dentro de Dante, que es a quien pertenecía. Desde la lejanía, sintió que Dante se estaba corriendo de nuevo, lleno de él.

La habitación se quedó callada de repente. Dante jadeaba y gimoteaba, sin mirarle, escondiendo los ojos. Entre ellos nadaban calientes el sudor y el semen.

Griff sintió que la habitación se oscurecía a su alrededor a medida que se suavizaba su atención hacia Dante; de repente el mundo entero era como fosforescente. Era imposible que hubiera un sexo mejor que ese. Es demasiado bueno para ser normal. ¿Cómo voy a ser normal con él? Respiraba dando grandes bocanadas mientras trataba de tranquilizar los latidos de su galopante corazón tras sus costillas.

Tanto que experimentar. Tanto por curiosear.

Un perro ladró en la calle.

Griff se estremeció y se dio cuenta de que la había cagado más de lo que ninguno de ellos podía haber imaginado. Era imposible deshacer lo que había ocurrido. Nada de lo que pudieran decir podría borrarlo. Nada podría hacerle tan feliz como lo que acababa de pasar, pero Dante estaba tratando de esquivar su mirada. Ay, mierda. ¿Por qué no levanta la mirada? Su piel se iba enfriando; y sentía un nudo en el estómago. Y Dante no le miraba. De hecho, intentaba evitar mirarle.

La cara de Dante estaba aplastada contra los cojines sudados del sofá; tenía el pelo revuelto y los ojos entrecerrados.

Le he hecho daño.

Griff podía sentir como el pánico crecía en su interior. ¿Le había forzado? ¿Se le había ido el chiste de las manos?

Lo siento tanto. Lo siento tanto, D.

Griffin sintió que su erección se suavizaba y se deslizó hacia afuera. El condón estaba lleno. Lo sujetó en las manos torpemente.

Dante se estremeció. Enroscó sus piernas hacia arriba para ponerse de lado, y a Griff se le heló el corazón dentro de su pecho.

Griff se agachó sobre el espacio que Dante había ocupado antes, recordando cómo acababan de estar unidos. No podía pensar, no sabía dónde ponerse en el sofá. ¿Debería marcharse? ¿Debería disculparse? Idiota. ¿Cómo podía haberla cagado tanto?

No esperaba el susurro cuando lo escuchó. Dante ni siquiera se dio la vuelta para preguntarle:

—¿Estás enfadado conmigo?

Griff no sabía qué decir, atontado por el pánico.

¿Enfadado contigo? ¿Por qué iba a estar enfadado contigo?

No era capaz de conectar las palabras necesarias para expresar lo que sentía. No sabía qué decir, así que se quedó callado, a la espera, como un gato sobre una cuerda. Se chupó los labios secos con su lengua, también seca, y habló con voz rasposa.

—Lo siento muchísimo, Dante.

La espalda de Dante se endureció; su respiración se detuvo. Continuaba sin volverse.

—Ah.

Se hizo una grieta en el bloque de hielo del interior del pecho de Griff, y la esperanza se escapó por ella.

Griff no sabía adónde mirar, pero sabía que necesitaba poner una distancia de seguridad entre ellos. No quería empeorar las cosas. Se movió un poco y se recostó hacia atrás, doblando las rodillas. Los huevos descansaban sobre la tapicería húmeda.

—Te deseaba tanto y sentía toda esta locura por ti… y no quería hacerte nada que tú no… Lo siento muchísimo, D. Me moriría antes de hacerte… Jamás te haría daño. Sería capaz de matar a

cualquiera que te hiciera daño. Con estas manos. Lo sabes. Por favor, mírame.

Dante se giró poniéndose boca arriba. Su cara seguía buscando algo en el techo.

No pretendía… Por favor. Por favor, no digas nada.

Griff contuvo la respiración, esperando, sabiendo que el hacha estaba a punto de caer y que comenzaría a morir en cuanto atravesara la puta puerta. Y Dante se limitaría a sonreír y hacer chistes y trataría de olvidar lo que acababan de hacer los dos juntos en esa habitación.

Entonces los brillantes ojos de escarabajo de Dante miraron a los suyos.

Un movimiento casi imperceptible debajo de esas pestañas de cuervo negro y la comisura de esa boca jugosa se convirtió en una sonrisa perversa. Griff no podía ni hablar. Tenía el corazón abierto de par en par y dejó que saliera de su pecho al aire reluciente. Y Griff ya no lo sentía, no se arrepentía de nada en absoluto. Se tumbó todo lo largo que era sobre el hombre al que amaba y le pegó y le dio las gracias, haciéndole promesas que sabía que cumpliría.

CAPÍTULO XVI

Amanecer.

En todos los sentidos de la palabra. Todo parecía que acababa de nacer.

Griff no giró la cabeza para mirar el reloj. Solo podía ver la funda de almohada granate que olía al aroma de almizcle y cuero de

Dante. Se acercó poco a poco para colocar su cara contra la parte posterior del cuello de Dante y respiró profundamente. Uff. Su polla se flexionó y empezó a hincharse.

Dante masculló algo y se giró, poniendo sus perfectas nalgas duras contra el regazo de Griff. Como si Griff fuese una sólida silla a su lado. Griff se quedó quieto, sin querer marcharse de su lado, con miedo a despertarle, deseando atreverse a chupar la parte de atrás de ese cuello fuerte. En tan solo unos minutos tendré que irme y podemos hacer como que esto no ha significado nada, si es eso lo que quieres.

¿Es eso lo que quieres?

Fuera, el cielo aún no se había puesto de color plata rosáceo; ni siquiera el señor Sol había levantado el culo aún. Un par de casas más abajo, uno de los vecinos de Dante arrastraba un cubo de basura hasta el bordillo. Brooklyn contenía la respiración como siempre lo hacía antes de que el día se liberara y se hiciera con el control. Dos hombres, dos amigos, yacían enroscados en la cama. Los siguientes minutos decidirían todo.

Griff rezó un poco sintiéndose un hipócrita. Por favor, no digas nada malo. Por favor, no hagas como que no ha pasado nada. Por favor, regálame una sonrisa antes de que digas o hagas algo.

Dante giró la cabeza en la almohada y al ver los nervios de Griff, la sonrisa de pirata llenó su cara, y el sol brilló en el interior de la casa. Parpadeó lentamente.

—Hola.

—Eh. —Griff dejó salir la respiración que había estado conteniendo. Se sintió estúpido por haberse preocupado tanto.

—¿Has dormido bien? —Dante miró con los ojos entrecerrados al reloj digital y estiró el cuello.

—Dios, sí. —La voz de Griff le sonó áspera en sus propios oídos. Se aclaró la garganta—. Como un tronco.

—Bien. —Dante se arqueó y estiró la espalda, dejándose caer contra el nido de almohadas de color burdeos con vagancia, satisfecho. Gruño alegremente y pasó un brazo por encima de Griff, prácticamente sepultando su rostro en la axila de Griff—. Hueles tan a limpio.

¡Buenos días!

Griff emitió un pequeño sonido de placer y apretó a Dante contra su cuerpo.

—Pensaba que me ibas a pegar una patada en mi culo gordo para echarme de la cama por corromperte.

—Casi. —Dante besó sus costillas y giró su cara para poder mirar a Griff sin dejar de estar a su lado—. Tú eres el chico guapo. Yo te he corrompido a ti y quiero que me lo reconozcas plenamente, Griffin Muir.

—Sí. No. Perdona. Definitivamente, recuerdo que me había propuesto seducirte y echarte a perder y que lo logré, superando mis expectativas más salvajes. —Griff pasó la mano por la espalda de Dante y la enterró en la maraña negra como el carbón de su cabeza—. Está claro que funcionó porque se nota… —miró hacia abajo a la polla de Dante que golpeaba su pierna— ...que estás corrompido a conciencia y sin lugar a dudas.

—Te propongo un trato. —Dante se giró poniéndose encima de Griff, poniendo las manos a ambos lados de su cabeza, y presionando sus ingles pegadas. Tembló y abrió bien los ojos—.

Seguiré corrompiéndote si te comportas como antes. —Su espeso pelo caía sobre sus caras. Se inclinó y unió sus labios, suavemente, hacia atrás y hacia delante, atrás y adelante.

A Griff le encantaba tener así a Dante encima de él, pudiendo sentir todo su cuerpo, sintiendo cómo encajaban perfectamente.

—¿Cómo es posible que no tengas mal aliento por la mañana, Anastagio?

—Porque soy perfecto. —Un beso en un ojo, después en el otro. Griff sonrió por el cosquilleo de los labios de Dante en sus pestañas rubias—. No, gilipollas, me he levantado antes para ir al váter y he aprovechado para cepillarme los dientes.

—¡Tramposo! —Griff bramó y volcó a Dante poniéndole boca arriba, haciéndole reír y gritar protestando.

—Eh, estabas durmiendo como un tronco, pero yo estaba durmiendo con un tronco. —Dante empujó sus caderas hacia arriba bajo la polla gorda de Griff y dejó que sus piernas se abrieran para que el capullo rosado le golpeara en ese punto tan familiar. Sacó la lengua para humedecerse los labios. Se agarró a la parte posterior de la pierna de Griff justo por debajo de la curva de una nalga carnosa.

Griff gruñó y tiró sus caderas hacia delante, lo suficiente como para hacer sonreír a Dante.

¿Así sería?

—Es que yo quería volver a donde se suponía que tenía que estar. —Dante se retorció un poco debajo de Griff, disfrutando de su peso.

—Buena idea.

—En toda mi vida nunca he querido volver a la cama, G. —Dante tocó la mandíbula de Griff, y la barba incipiente le raspó los dedos—. ¿Por qué no has estado aquí toda la vida? En mi cama, quiero decir. No puedo recordar por qué me costó tanto tiempo llegar a ti.

—Sin embargo, aquí estamos. No voy a quejarme. —Giró su cara hacia la mano de Dante y besó su palma.

—No. —Dante se movió un poco debajo de él para volver a encajar juntos y dibujó con sus dedos los cabellos rojos y dorados del brazo que tenía sobre su pecho.—. Yo tampoco. Dios.

Pegados, sus corazones latían al mismo ritmo.

Griff sonrió mirando a su hombre, hermoso, loco y sensible.

—Qué raro.

—Sí. Supongo. Extraño, pero maravilloso. —Dante relajó su rostro y suspiró. Griff asintió con la cabeza. Entrecerró los ojos mirando a las cortinas de la ventana y volvió a asentir. Sentía como si perteneciese a ese lugar. Una noche y ya no podía imaginar cómo podrían dormir separados. Se enrolló al costado de Dante, de frente a él.

—¿Te estaba aplastando?

—Dios, no. Me encanta. Me encanta lo fuerte que eres. Lo sólido que eres. Pensaba que… Yo nunca… —La mano de Dante golpeó su pierna distraídamente—. Llevaba tiempo pensando en eso. En esto, quiero decir. Te sorprenderías…

Griff cubrió la mano con la suya y asintió.

—Sí. Yo también. Probablemente más tiempo que…

—No lo creo. Solo que pensaba que nosotros no pudiéramos… ya sabes…

—Yo tampoco. Pero después de lo de CabezaCaliente.

—Exacto. La última noche fue… no sé… La cosa más cachonda, más dulce, más loca. De hecho, me duelen los huevos de correrme tanto. ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Y tú? —Dante deslizó su mano para apretar suavemente los testículos de Griff.

A Griff se le puso dura al instante contra su pelo rojo. Tragó saliva, avergonzado.

—Lo siento.

—¿Por qué? Dios, me encanta. Sí, tío. Mira todo eso. —La mano de Dante se cerró posesivamente sobre su erecto pene rosáceo—. Eres tan receptivo… Como un caballo grande.

Griff le sonrió, y por una vez no se puso rojo. Aunque fuera ridículo, estaba encantado consigo mismo sin que hubiera ninguna razón especial para ello.

—Y me encanta cuando sonríes así. Solo para mí. Mi hermoso caballo. —Dante se rio entre dientes y se inclinó para plantar un beso cerca de la oreja de Griff. Se dio la vuelta hacia el borde de la cama para coger una botella de agua de la mesilla. Los músculos de su espalda se movieron y se flexionaron bajo los ojos de Griff. Dante dio un trago.

—Vuelve aquí. —Griff se chupó los labios y suspiró, contento por primera vez desde… bueno, feliz por primera vez en su vida.

Gracias, gracias por cada centímetro de él. Por cada minuto.

Dante parecía avergonzado.

—Gracias a Dios por Alek y esa mierda de página web. Suponía que la única forma de descubrir la verdad era hacerlo, así que tuve que encontrar la manera de hacer algo sin que me saltaras los dientes de una patada.

—Además del tema del dinero. —Griff pasó el puño por encima de la boca color vino de su amante.

—No te lo pedí por eso. Necesitaba ayuda, G. Quería… —Dante tragó saliva—. Quería tocarte, tío. ¿Cómo iba a…?

—D, no me digas gilipolleces.

—No lo hago. No quería que fuera un error ni un chiste. Y sí, necesitaba la pasta, pero quería esto. A ti enterito. —Dante se rio y escondió su rostro en la almohada—. Gorila de vainilla. Mi maravilloso gorila.

—¿De verdad te estás poniendo colorado, Anastagio? —La polla rosa de Griff ocupaba completamente la mano de Dante, es más, no podía cerrar los dedos. No estaba demasiado larga, pero siempre era gruesa. Como un colmillo. Dante tragó saliva y se rio. Tenía rojas las mejillas.

—Ay, Dios mío, sí, estás colorado. Toda una primicia. —Griff sonreía—. Me encanta. —Le besó en un hombro.

Dante se apoyó en Griff.

—Me metía los dedos dentro de mí pensando en tu puta polla gorda.

—¿En serio? —Griff le acarició con la boca por detrás de la oreja, presionando sus labios por debajo de los rizos húmedos—. ¿De verdad?

—Me haces cosquillas. Sí. A ver, mi culo siempre ha sido… no sé… sensible. Incluso con… antes, ya sabes. Me encantaba que jugaran con él. —Dante parecía casi tímido al confesar esas cosas —. Pero esto. La Virgen. Lo que tienes entre las piernas es un lechón. Con un hocico húmedo. He estado pensando durante meses en que esa cosa se metía dentro de mí. Era como una picazón,

unas ganas de las que no podía librar. ¡Dios! Tú lo hiciste. —Dante movió sus caderas.

—Tu picazón manda sobre mí, Anastagio. ¿De qué te ríes? —Griff se incorporó sobre sus codos al hacerle la pregunta.

El puño bronceado de Dante seguía agarrando su polla esponjosa.

—Es tan rosa…

—¿Sí? —Griff le sonrió confundido.

—Es como de camuflaje. Como las serpientes o las avispas, o algo así. Tienes ese enorme monstruo escondido en tu ropa interior y luego resulta que es algo suave y rosa pálido, de lo que nadie se asustaría. Te atrae y te hipnotiza. Y Señor mío Jesucristo, los huevos… te cuelgan como a un buey, G. Es un piropo. Yo me siento como una miseria a tu lado.

—No digas chorradas. ¿Qué quieres decir, que mi polla da miedo?

—No. Sí. Eres tan fuerte. Y lo mismo pasa con tus labios. Y con tu agujero del culo. Ese color dulce, perfecto, y no sé. Mejor me callo ahora mismo.

—Venga…

—Lo que quiero decir es que no te lo esperas. Y es cachondo porque es como una sorpresa divertida. Nunca había pensado en ello, pero aquí estaba, esperando. Es como en Navidad y en mi cumpleaños… cada vez que te bajes los pantalones es como recibir un regalo, eso es todo. Para mí. Y es lo único que deseo ya. Y por eso sonrío.

Griff tiró de él hacia arriba y le apretó contra su costado, poniendo la mandíbula sobre la cabeza de Dante. Dante seguía

ordeñando su gruesa manivela.

—Si no paras ahora mismo de hacer eso, vas a volver a ver fuegos artificiales. Por encima de nosotros y por encima de tus cejas.

—¿Y?

—No me tomes el pelo, Anastagio.

—¿Quién te está tomando el pelo? —Dante se pasó la lengua por su sonrisa jugosa.

Griff echó una mirada a la habitación. Le encantaban las líneas limpias y las grandes fotografías que había colgadas en la pared. Las rayas de color bronce de la señora Anastagio hacían que pareciera el dormitorio de un príncipe; como Dante. Quería despertarse allí toda la vida.

¿Cómo va a ir la cosa?

Dante se estiró. Su rostro parecía dibujar una pregunta.

Griff asintió y le besó una mejilla.

—Solo estaba pensando lo normal que me parece esto. No puedo entender por qué no me siento extraño, pero no existe ningún otro sitio mejor en el que pudiera estar en estos momentos que no sea aquí, rascándome las bolas en tu cama. Resulta raro que no resulte raro.

—Sí. —Dante se pasó los dedos por el mentón y se dio unos golpecitos en el pecho como si estuviera tocando a la puerta. Las marchas en su cabeza se pusieron a funcionar—. ¿Y ahora que vamos a hacer? Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir.

—Llevo tanto tiempo tratando de traerte aquí, y ahora que te tengo, no sé qué es lo que viene después.

Griff giró su cabeza sobre la almohada.

—O sea, que nosotros somos…

—¿Gays? No sé.

—Creo que si la mayoría de la gente que conocemos nos viera así, diría que somos bastante gays.

—Bueno, no voy a desfilar en un puto desfile embutido en una braga náutica. —Deslizó una mano por la fresca espalda de Griff hasta llegar a sus luminosos glúteos—. Pero si quieres, seguro que iré a verlo. Desde la primera fila. Lo que quiero decir es que podría enrollarme con mujeres, pero no quiero.

—Lo que nos convierte en gays, Dante.

—No. Sí. No lo sé. —Dante se pasó una mano por los rizos, como exasperado—. Lo que significa que estamos juntos, y el resto del mundo se puede ir a tomar por el culo.

—El resto del mundo es un montón de gente, D. —Griff trató de leer su cara.

Los ojos de Dante estaban fijos en las sábanas y las estiró mientras pensaba en lo que podía decir. No hubo respuesta.

Fuera, en la calle, se oyó el portazo de un coche. Brooklyn empezaba a despertarse. La luz de las ventanas caía en trapecios en el suelo, cada vez más amarillos. El papel bronce de los Anastagios resplandecía.

—Bien… —Griffin se sentía como desprotegido y deseó tener puestos unos pantalones. Se alegraba de que la sábana le cubriera un poco—. ¿Entonces es un secreto?

—¿Quieres que lo sea?

Mierda.

—No lo sé. —La voz de Griff sonaba áspera—. No quiero ser solo alguien más con el que te metes en la cama.

Dante levantó la mirada, sus ojos… ¿Mostraban dolor? ¿Confusión? Sacudió la cabeza bruscamente.

—No eres alguien más, G. Lo sabes. Venga. No quiero a nadie más. ¿Y tú? Porque no podría soportarlo.

—Mira, sé que no puedes mantenerla guardada dentro de tus malditos pantalones, pero trátame bien, ¿vale? Me salen moratones con mucha facilidad. —Griff sabía que sonaba patético, pero tenía que decirlo ahora antes de que avanzaran más—. Lo que quiero decir es que no quiero verte ligando con tías en los bares.

—¡No! —Dante trató de parecer indignado.

—No es exactamente algo que no hayas…

—Esto no… —Dante le señaló, hacia las sábanas rojas desordenadas y hacia la ventana donde el día despuntaba—. Esto no ha sido solo cosa de una noche para mí. Ya estoy celoso de cómo te mira la gente. Después de esto, estoy segurísimo de que no quiero compartirte con nadie. —Su tono posesivo era feroz y alarmante.

—Lo mismo digo.

—No. De verdad. Crees que después de… cuando supe lo que nosotros. —Dante enterró la mano en la maraña negra de su cabeza —. Te deseo. No quiero más gilipolleces. Pienso en ello constantemente. Dios, he tratado de no hacerlo. No, Griff. Sé lo que quiero.

—¿Por qué?

—¡Porque te quiero! —Dante le dio un manotazo y frunció el ceño.

Ahí estaba eso. Flotando en el aire. Griff abrió los ojos como platos. Las palabras habían sonado enfadadas, pero Dante las sentía de verdad. No podía abrir su boca perfecta y volver a tragárselas. Su rostro se suavizó y miró directamente a Griff para que no hubiera lugar a equívocos.

—Lo que quiero decir es que estoy enamorado. De ti. Desde hace un montón de tiempo.

Griff sonrió y no podía dejar de hacerlo, aunque tuvo que mirar hacia abajo para susurrar:

—Yo también. Yo también te amo. Tanto que pensaba que me iba a morir de tanto amor.

—Bueno, pues gracias por quererme. —Dante sonrió y le robó un beso.

Durante unos pocos minutos, ninguno de ellos sabía qué hacer con las tenebrosas y maravillosas posibilidades que zumbaban a su alrededor. Se sentaron el uno junto al otro recostados en el cabecero, con la piel caliente del contacto entre ellos.

—Griffin.

—Dime. —Griff trató de pensar por qué se seguía sintiendo tan nervioso. Pensaba que lo había dicho todo, pero las mariposas de su estómago se habían convertido en gatos asilvestrados.

Dante frotó los pelos de su pierna contra la de Griff de manera agradable.

—¿Me oyes, eh? La mitad de las veces que tonteo con chicas es para quitártelas de encima. Me vuelves completamente loco.

—¿Quitármelas a mí? —Griff trató de procesar lo que acababa de escuchar.

—No te enteras, tío. —Dante puso los ojos en blanco y gruñó —. Las tías se pelean por ti, y a veces pillarías con alguna y eso me mataría.

—¡Mira quién habla! —Griff frunció el ceño y se movió para salir de la cama—. Tienes a las tías colgadas de tu chepa las 24 horas de los 7 días de la semana. Eso sí que es una locura.

Dante le detuvo poniéndole una mano en la pierna.

—No como tú piensas. Hace mucho que no estoy con una chica, Griff. De verdad. No te fijabas.

—¡Sí me fijaba! —Griff puso sus ojos en blanco y resopló—. La mitad del puto Brooklyn se fijaba.

—Tengo mala fama, pero ese no soy yo, G. En serio. Hace mucho tiempo de todo eso. —Dante tenía los brazos cruzados sobre su pecho, como a la defensiva. Parecía muy joven—. Esto ha sido real. Te quiero para mí. Me he pasado seis meses tratando de armarme de valor. Si no puedes…

—Yo nunca le puse los cuernos a Leslie, pero tú se los ponías a… a todas, Dante. —Prosiguió Griff con cuidado.

Los ojos de Dante le quemaban.

—Tonteaba por ahí porque esa gente no me importaba. No como tú. Nunca te he engañado.

—Anastagio, no estamos casados. No espero que cambies de la noche a la mañana; solo quiero que le des a esto, a nosotros, una oportunidad.

—¡No! —Dante le miró, le miró de verdad, horrorizado—. Yo jamás te… ¡Joder!

—Sí, lo harías. Mira, soy un hombre. Lo entiendo, ¿vale? Lo único que estoy diciendo es que sigas igual y que tontees, pero que

no me tomes el pelo como lo hacías con todas las chicas que te has tirado en esta cama. —Griff tomó aliento y se rascó su cabeza, casi al rape.

—¡Lo que quiere decir que, ¿me estás pidiendo permiso para ponerme los cuernos?! —Dante se sentó y cruzó las piernas a lo indio frente a Griff, de manera que quedaban cara a cara.

—¡No! —Dios, esto estaba siendo muy complicado—. No lo haría. Nunca.

—Deja que te demuestre que he cambiado. Eh, eh, mírame. Griffin. ¡Eh! —Dante le taladró con sus ojos de escarabajo—. No he metido a nadie en toda mi vida en esta cama. No podía.

Vaya. Griff miró hacia abajo, a su puño cerrado, y aflojó deliberadamente los dedos. Volvió a levantar la mirada. Los ojos negros y verdes de Dante intentaban leer los suyos.

—Así que supongo que el nuevo adulto que acaba de nacer en mí necesita descubrir qué cojones quieres.

Griff posó en la cama su mano abierta entre ellos.

Ahí va eso.

Dante asintió con la cabeza esperando lo que viniera a continuación.

—Quiero… —Griff golpeó sus piernas contra las de su amante — …estar contigo, Dante Iñigo Anastagio. Que estemos juntos, supongo. Dios.

—Ah. Vale. —La sonrisa de Dante hizo que la habitación brillara.

—¿Vale?

—¿Como juntos, juntos? Solo nosotros. —Dante entrelazó sus dedos callosos, rosas y dorados, y apretó la mano una vez—. Y

jamás fingiré que esto no…

—Los chicos van a flipar. —Griff trató de imaginar las caras de sus amigos. ¿Qué coño estamos haciendo?

Dante se tragó una carcajada.

—En serio. Sin prisas. Pero mi familia tiene que… —Se giró de lado y volvió a tumbarse, apoyando la cabeza en su mano.

Griff se recostó. Todo él era un enorme nudo de nervios helados. Intentó alisar la sábana entre ellos.

—Griff, se lo conté a mi padre. —Dante hablaba en voz baja—. Cómo me sentía, quiero decir.

—¿Que tú, qué?

—El día que estábamos empapelando la habitación. Le conté que…

—Y yo te oí, pero pensé… —Griff frunció el ceño—. No importa. Obviamente, fui un gilipollas. ¿Qué dijo?

—Que no te hiciera daño. Dijo que tenía que ser sincero. Y me avisó de que no me hiciera ilusiones por si… Le importó un bledo que fuéramos dos tíos. No, estaba contento. Te quieren. Eres mucho mejor hijo que yo. Y no es porque no tengan nietos suficientes. Creo que mi madre ya lo sabía.

—¿Qué? —La cara de Griff estaba como congelada, pálida y dura. Miraba al techo.

—Me ha dicho un par de cosas alguna vez. A ver, yo nunca le he contado lo que sentía por ti, pero creo que ella se lo imaginaba. Nos ha visto juntos. Es mi madre, así que es lo más probable.

—¿Se lo has dicho a alguien más? —Griff pensó en Tommy, todo cosido y miserable en alguna parte—. No sé, en el parque, tal vez. Jesús.

—Dame un poco de crédito.

—Te daré todo lo que quieras.

—Bueno, no quiero que bebas hasta matarte. Ni que trabajes las 24 horas de los 7 días de la semana. —Dante fruncía el ceño, pero su mano estaba suavemente posada en la pierna de Griff—. Me preocupa que te hagas daño.

—Solo bebía para controlarme y no cometer ninguna locura. Como esto.

—¿O como follarme en el suelo? Sí. Desde ahora, si no lo haces de manera regular, va a arder Troya. Soy peor que una esposa porque me conozco todos los trucos y todos tus faroles.

—Lo mismo digo, Anastagio. Tú y tus turnos triples y sin dormir. Podrías haberte matado, idiota. —Griff le dio una nalgada a Dante.

—¡Au! —Dante aulló y se tapó con la sábana, pero sus piernas seguían presionadas juntas, calientes a través del suave algodón.

—Así que si tú te estabas matando por traerme aquí, aquí estoy. Ya vale con la gilipollez del suicidio heroico, ¿de acuerdo?

Dante parecía enojado y se acercó un poco.

—Señor, sí, señor. ¿Alguna otra orden?

—No más porno. Si necesitas algo, ven adonde mí y yo te lo conseguiré. —Griff sabía que sonaba como si fuera su padre. *Horripilante.*

—No soy una tía. No tienes que pagarme.

—¡Cállate! No es eso lo que estoy diciendo. No quiero que te…

—Vale. Hecho. —Dante ya había desechado el pensamiento —. Pero Alek tiene más vídeos nuestros. Ya sabes, el tuyo y mío. El de, uff, ya sabes…

—No. —Griff sostuvo su mirada firmemente—. Ya hablé con él. Me encargué de eso.

—¿Cuándo?

—Es una larga historia… Hice un trato con Alek.

—¿Qué coño…? Griffin…

—Más tarde. —Griff le dio un golpecito a Dante en la cara y absorbió una bocanada del aroma dulce de almizcle de su nuca.

—¿Quieres algo para desayunar, mendrugo? —Dante mordisqueó el pecho de Griff.

—Después. —Griff se dio cuenta de que por alguna razón estaba sonriendo. Era una conversación seria, pero le daba la impresión de se trataba de promesas. Era como si estuvieran diseñando un camino a través de todos los escombros.

—Genial. —Los ojos de Dante escudriñaron el techo—. Así que tal vez podamos… No sé… Salir juntos. Ir a cenar.

—Como una cita… —Griff se puso rojo ante el simple placer de chocar las rodillas por debajo de una mesa, ante la visión de Dante guiándole a través de la gente con una mano en su cintura. Juntos—. Una segunda cita.

Entonces Dante sopló para retirarse el pelo de la cara y miró como enfadado.

—Dios. No quiero dejarte salir de esta casa. Me imagino que voy a tener que superarlo.

—Vamos, siempre he sido tuyo, D. —Griff le mordió el hombro.

Sus cabezas estaban en la misma almohada. Pelo negro y pelo rojo. Por el humo se sabe…

Dante giró la cabeza para encontrar su mirada y se derritió. Griff sonrió y Dante le plantó un beso debajo de la mandíbula,

susurrando frente a su piel:

—Dios. Me haces tan feliz que me voy a romper.

Griff se apartó un poco.

—Mira, no es que tengamos que ir al ballet o algo así, pero me gustaría que saliéramos juntos de verdad. Aunque sea para ir a ver un partido de hockey y comer una pizza.

—Pero, ¿cómo puede ser tan diferente de lo que hacemos ahora? Excepto por… ya sabes... —Dante señaló la polla semidura de Griff.

—Porque vamos a decir la verdad. Porque tengo voz en esto. Y tú tienes voz. Porque vale la pena y porque vamos a hacer que valga la pena, juntos. ¿De acuerdo? —Griff asintió, como si hubiesen dado la mano. En cierta forma lo habían hecho. Tal vez esto no fuese tan difícil.

Dante arrugó el ceño.

—Y no quiero que te confundas. De ahora en adelante te lo voy a decir cada vez que piense algo, así que no empieces a tratar de adivinar lo que podría estar pensando. —Dante movió los dedos gordos del pie bajo la sábana roja—. ¿Mola?

—Mola. —Griff inclinó la cabeza. ¿De verdad podía ser tan fácil? Piensa un deseo. Griff seguía esperando que pasara algo que arruinara lo que estaba sucediendo.

—Porque a menos que pienses que «a Dante le encanta cuando hago eso» y «Dante se masturba pensando en cuando yo hago esto» estás totalmente equivocado.

—Vale... Quiero decir, sí señor. —Griff se rio.

—¿Me acabas de… —Dante se incorporó— ...llamar señor? —Una sonrisa traviesa atravesó su cara. Estaba radiante.

Griff dijo algo a medias, queriendo protestar, para luego echarse atrás.

—Creo que sí.

—Vas a provocarme un ataque al corazón. —La erección de Dante se movió entre los dos.

—Eres un pervertido hijo de puta, Anastagio.

—Tú… —beso— …no… —beso— …tienes… —beso— …ni idea… —Dante le dio un manotazo en la cadera, lo suficientemente fuerte como para dejarle una marca en su hermosa piel. Antes de que Griff pudiera agarrarle, él ya estaba en el baño riéndose con la puerta cerrada a sus espaldas.

Griff se giró de lado y se quedó mirando por la ventana, su ventana, la de los dos.

Entonces regresó Dante, que se arrastró a su lado, metiéndose en la cama de los dos

Al final, se levantaron y Dante preparó el desayuno, con un delantal sobre su piel desnuda para proteger su parte delantera. Griff terminó pegado contra su espalda durante casi todo el tiempo que le llevó freír seis huevos y beicon. Su corazón estaba lleno de helio.

Así todos los días.

Dante puso los huevos en un plato y Griff cogió dos tenedores. Volvieron al gran sofá de la sala de estar y se sentaron con las piernas cruzadas, compartiendo en desayuno entre ellos.

Cuando terminaron de comer, Griff se recostó, se tragó un pequeño eructo de satisfacción, y sonrió.

—¿Siesta de domingo? Eh. ¿Qué te pasa?

—Gracias, G. Sé que todo esto ha sido una estupidez, y que tú tienes paciencia aunque sea así.

—¿Eh?

—No sé cómo explicarme. —Dante estaba intentando sacar algo afuera.

—Soy tu mejor amigo, tonto. Inténtalo.

Dante se dio la vuelta y dobló las rodillas poniéndolas a la altura de su pecho. Se sentó a su lado y empezó a ordenar sus pensamientos.

Griff asintió antes de que empezara, pero guardó silencio.

—Quería construir algo. Estoy cansado de solo tratar de hacer que no se desmoronen las cosas y de correr para hacer frente a mi hipoteca. Quiero hacer algo que realmente sea mío. —Dante le miró —. Que sea nuestro.

—Eso tiene toda la pinta de ser un pensamiento maduro, Anastagio.

Dante sostenía su tenedor hacia arriba, pensativo.

—Sabes… si tuviera un compañero de piso aquí que me ayudara con la hipoteca, no tendría que romperme el culo para poder pagar cada una de las facturas y cada pequeña reparación.

—Un compañero de piso, ¿eh? —Griff se volvió y cruzó los brazos por encima de su enorme pecho. El cuero estaba frío bajo su culo, y sus huevos reposaban en el cojín.

—Sí. Y si esa persona estuviera dispuesta a ayudar en la casa, a cambio le cobraría un alquiler razonable. —Dante puso el plato y los tenedores en la mesita de café.

—Manos extra e ingresos extra. —Griff se deslizó un poco de forma que sus piernas se tocaron.

—No podrían ser un desconocido. Tendría que poder confiar en él para todo.

—A los chicos les horrorizaría si alguien te cortase las alas. Pensarían todo tipo de locuras si dejaras que alguien se acercara tanto. La gente podría pensar mal.

—Tal vez. Pero podrían pensar bien, y eso también estaría bien. Sería nuestra casa… si pudiera encontrar la persona adecuada. —Dante parecía ahora muy seguro de sí mismo, y se giró para arrastrarse sobre Griff como un gato salvaje. Cabrón.

El sofá crujió bajo su peso.

—¿Vas a poner un anuncio?

—Supongo que tendré que hacerlo. En la Craigslist. Un anuncio. Divulgación completa además, porque no quiero problemas más adelante.

—¿Fotos?

—¿De la casa o mías? —Dante sonrió.

—No. —Griff le dio una nalgada.

—¡Eh! Bueno, he pensado que las fotos podrían ser demasiado, Mejor conseguir alguien de por aquí que conozca el barrio y conozca la casa.

Dante pasó las manos por su cintura, frotando su polla contra la de Griff en una deliciosa fricción temblorosa que hizo que Griff dejara de respirar.

—¿Sí? —Griff trató de dejar de sonreír y no pudo—. Buen plan. —Levantó un poco las rodillas para que Dante se quedara sostenido entre ellas.

—Sí. Quiero decir que necesito alguien que no entre en la cocina, pero que sepa fregar. —Dante dio unos golpecitos en su

pecho, pensativo.

—Además tendrán que ser capaces de adaptarse a un horario de trabajo de locos. Turnos de bombero.

Dante se rascó la cabeza y jugueteó con los dedos por la maraña negra de sus rizos hasta que le salieron como tirabuzones.

—Y que sepa de herramientas eléctricas para que pueda echar una mano en las reparaciones.

—Bueno… —Griff iba enumerando los criterios con los dedos —. Alguien a quien le guste el fútbol. Y el hockey.

—Alguien que no se ponga como loco si hago ruido en la cama. Porque hago ruido en la cama.

Griff resopló.

—Ajá. Ya me he dado cuenta. Y en la cocina.

—Lo que quiero decir es que es horrible vivir conmigo. —Dante se encogió de hombros con falso pudor.

—Puff... ¡Sí! —Griff se rio—. Eres un dejado. Un bocazas. Un mujeriego.

—Ya no. Bueno, ya no soy mujeriego. Creo que podemos quitar esa.

—Un enano.

—¡Vete a tomar por culo!

Griff le dio una palmadita tranquilizadora.

—¡Ah! Y tendrá que ser alto, para cuando no llegues a coger las cosas.

—Puedo ser muy impulsivo si no tengo cuidado. —Dante le agarro a Griff de los huevos y apretó.

Griff le mordisqueó suavemente la oreja y le separó los dedos.

—Yo también. Pero eso es agua pasada. Todo eso pertenece al pasado.

—Totalmente. Ah, y que no tengan animalitos domésticos. —Le dio un golpecito en el pecho.

—Yo te tengo a ti; y ya es mucho. —Griff resopló.

—¡Eh!

Griff tiró de Dante hacia él hasta quedar pegados.

—Bien, señor Anastagio, creo que usted tiene un problema.

—Sí. —La boca de Dante estaba tan cerca que cuando habló sus labios se rozaron.

—¿Te das cuenta de cómo se reduce tu grupo de posibles candidatos? —Griff le dio un besito en la comisura de su boca.

—Sí.

Los ojos grises de Griff brillaron sonrientes.

—Creo que solo existe una persona que reúne todas las condiciones. ¿De verdad estás dispuesto a arriesgarte?

—Sí. —Entonces Dante inclinó la cabeza y pasó su lengua por los labios de Griff para entrar, saboreando su boca y retirándose para que sus cabezas se juntaran.

—Vale, D. —Griff pasó un brazo por debajo de sus hombros y le dio la vuelta para sujetar a Dante contra su pecho—. Pero vamos a construirlo juntos. ¿De acuerdo?

—No soy estúpido. —Dante forcejeó contra él dispuesto a discutir—. Y no soy un inválido.

—No me digas. Gracias. Sí. Pero déjame estar aquí contigo, ¿eh? Como un favor. —Griff pasó sus dedazos por la negra maraña del pelo de Dante—. Tal vez podamos empezar a construirlo juntos

desde ahora. ¿Sí? Dante se quedó quieto contra él; jugueteó con el pelo del pecho de Griff. Su voz era apenas un murmullo.

—Vale, G. Tú y yo.

Griff apretó fuertemente a su hombre durante un segundo y presionó sus labios en la parte de arriba de la cabeza de Dante. Sus ojos se cerraron, y si de ellos se escapó una lágrima de felicidad, ninguno de los dos se dio cuenta.

CAPÍTULO XVII

Ocho días más tarde, el rodaje de la foto de Griff para CabezaCaliente casi les separa.

Doscientas horas despertándose juntos, haciendo pequeñas reparaciones y trasladando las cosas de Griff, cancelando la deuda y doscientas horas de follar como conejos. Y entonces Griff tuvo que cumplir su acuerdo con Alek.

Dante se enfureció.

Si antes era celoso, ahora se mostraba completamente irracional. No importaba que hubieran estado juntos en una página web haciendo porno. Daba igual que la foto les mantendría a salvo. No importaba que nadie se enterara de que era Griff el que salía en las fotos. Ahora que eran una pareja, Dante no podía aceptar la idea de dejar que Griff posara en un estudio durante tres días mientras una «puta» le manoseaba y sacaba fotos de su polla.

Dante hasta había ido adonde Alek y había intentado ocupar su lugar. Le había suplicado y amenazado, de hecho, pero Alek se mostró inflexible; quería que Griff saliese en las fotos. Punto. Lo que

por supuesto solo agravó la situación. Afortunadamente, Dante no llegó a atacar físicamente a Alek, pero únicamente porque Griff se disculpó rápidamente y le consiguió meter en la camioneta a tiempo.

Al final, Griff accedió a dejarle ir con él, y Dante estaba decidido a hacer de los siguientes tres días un infierno viviente para todos los implicados, Griff incluido.

Cuando subían, Dante echaba chispas en el ascensor. Su hostilidad se sentía como el calor en el desierto. Griff estaba seguro de que trataba de doblar el aire, formando espejismos a su alrededor con su furia.

Sálvanos, Señor, de los italianos posesivos.

Habían tomado el metro hasta Broadway-Lafayette y habían caminado hasta un viejo y destartalado apartamento abuhardillado en Bowery, junto a un albergue de vagabundos y a una clínica de metadona. La maltrecha puerta roja daba paso a un vestíbulo sucio. Estaba claro que este lugar habría sido una fábrica hacía tiempo, y el ascensor era de cara abierta, con una puerta de metal que les permitía observar el suelo desnudo del hueco mientras avanzaban lentamente hacia el apartamento de la fotógrafa en un silencio tenso.

Por fin, cuando el ascensor pasaba por unos graffitis pintados en el cemento entre el cuarto y el quinto piso.

—Vaya mierda de sitio —dijo Dante entre dientes.

—Venga. Ella necesita espacio. Alek dijo que tenía mucho talento y que era muy tranquila. —Griff echó una mirada a los hombros rígidos de Dante; ¿Por qué seguía actuando así de loco? Este debía ser el ascensor más lento de todo el universo.

Dante sonrió, pero la sonrisa no alcanzó a sus fríos ojos.

—Alek te desea tanto que se dejaría hasta cortar el cuello para que le pusieras las manos encima.

—Tranquilo, tigre. —Griff juntó los labios.

Salieron del ascensor y miraron a la derecha, después a la izquierda en un vestíbulo con suelo de parqué que crujía bajo sus pies. Desde un extremo se escuchaba una música tenue; instintivamente los dos se encaminaron en esa dirección.

Dante caminaba un poco por delante de él, asegurándose que llegaría primero para poder saludarla como se merecía.

—No voy a soportar que una tía cachonda se ponga a babear mirándote y te sobe entero.

—D, no se puede estar en misa y repicando.

—Sí, si estoy ligando con alguien, soy el responsable. Pero cómo puedo estar seguro de lo que ella hace contigo. —Dante se dio cuenta de que estaba hablando con el aire y de que caminaba solo—. ¿Adónde vas?

Griff se había dado la vuelta y estaba retrocediendo por el suelo crujiente hacia los ascensores.

—Me voy a casa. Vamos a tener que hacer esto juntos. Me he pasado toda la vida tratando de conseguirte. No voy a perderlo por una tía a la que no conocemos, que solo quiere sacarme unas fotos. Alek está siendo generoso con nosotros. Esto es ser generoso, gilipollas. —Griff pulsó el botón.

Dante le alcanzó y levantó una mano para tocarle, pero no llegó a hacerlo.

—Venga, G. Lo siento. Sé que… mira, si estuvieras en mi pellejo.

—Entonces cumpliría el puto trato. Ah, espera, ¡Ya lo hice! —Griff explotó en el vestíbulo vacío, sin importarle una mierda que le pudieran oír—. Estoy arreglando un entuerto tuyo. Tú crees que no te vi en esa página, flirteando con Alek. Pero lo hice, ¿Cien veces? ¿Mil? ¿Crees que no conozco cada palabra que dijiste, que no quería morirme cada vez que le guiñabas el ojo o que te lamías la maldita boca como si fueras a dejarle que te hiciera una mamada? ¿Crees que no me sentí como si tuviese un hacha sobre mi cabeza?

La cara de Dante estaba como petrificada. Sus ojos eran como de cristal de medianoche. Todo rastro de verde se había enterrado muy dentro de ellos.

—Qué… yo…

—¿Sabes una cosa? Que te den por el culo. Que te jodan. La idea de ir allí a desnudarme para desconocidos… y quiero vomitar. Pero lo voy a hacer. —Griff se apuntaló contra la pared y se agachó con las manos en las rodillas, mirando al suelo. Finalmente murmuró —: Hago esto por nosotros. ¡Por ti! Ya es bastante horrible sin que estés retorciendo el puto cuchillo. —Por el rabillo del ojo podía ver a Dante de pie, pero ninguno se movía.

Dante emitió un sonido que hizo que Griff se girara. Estaba llorando, de pie como un soldado roto. El rostro de Dante era un rictus de agonía, una máscara trágica ungida de dolor.

Cuando Griff se puso recto para mirarle, los dos parecían pequeños en el enorme vestíbulo.

—No puedo perderte, tío. —Dante asintió mirando al suelo.

—Entonces habla conmigo. Solo habla conmigo y entre los dos lo solucionaremos. —Griff extendió su mano y esta parecía

demasiado grande, como si fuera a abrir un agujero en las paredes de yeso si no tenía cuidado.

Dante se revolvía enfrente de él. Su frustración goteaba hasta la primera planta, gota a gota. No quería tomar esa mano pálida.

—Venga, D. Ya vale de gilipolleces. Sé un poco sensato. —Griff se puso derecho y atrajo a Dante hacia su pecho, sin importarle una mierda que alguien viera a dos bomberos raritos—. Tienes que ser valiente por mí y yo haré lo mismo. —Le besó la enmarañada cabeza.

Dante asintió y dejó que le sostuviera un instante.

—Gilipollas.

—Cabrón. —Griff se retiró hacia atrás de forma que pudieran mirarse a los ojos—. Ahora tú decides. ¿Vas a quedarte aquí, en el puto vestíbulo, cantando ópera como Loretta, o vas a entrar conmigo y solucionar el entuerto para que podamos vivir nuestra vida tranquilamente? Tú verás.

Finalmente Dante se calmó y se secó la nariz. Elevó sus ojos buscando los de Griff, como examinándolos. El cabrito esbozó una pequeña sonrisa.

—¿De verdad me viste tantas veces en la web? —Guiño. Guiño. Todo ingenua vanidad.

Griff gruñó y le dio un manotazo en la cabeza, pero cuando llegaron a la puerta de la fotógrafa, los dos estaban muy juntos.

—Arrendamiento protegido. —Beth abrió la puerta antes de que pudieran tocar al timbre—. No tengo tanto éxito como podéis suponer viendo este sitio. Tuve suerte cuando rompí con mi última novia. Llegáis puntuales.

Ella parecía sorprendida. Mediría un metro cuarenta y tantos, desde luego no llegaba al metro y medio, y pesaría cuarenta y cinco kilos como mucho. Llevaba el pelo recogido en un moño rubio brillante en la nuca. Tenía puesto un peto por encima de una camiseta de manga larga, y botas de deporte. Su estudio ocupaba toda la planta y las ventanas daban a la Bowery.

—¿Tú eres Griffin?

—O Griff. Hola. —Griff se movió en la puerta, sintiéndose torpe y atontado.

Ella le tendió la mano y Griff la estrechó. Entonces dirigió su mirada a Dante y entrecerró un poco los ojos.

—¿Tu novio?

Uf. No lo habían hablado; Griff no estaba seguro de lo que se suponía que tenía que decir.

Dante sí lo estaba.

—Sí. ¿Es un problema? —Brooklyn total. Entrecerró los ojos y deambuló por la habitación, sacando a relucir el semental italiano.

Ella ni siquiera le miró.

—No, a menos que vayas a entrometerte en mi trabajo. ¿Eras tú el que la estaba montando ahí afuera?

Ay.

—Estábamos charlando.

—Sonaba a bronca. Estoy acostumbrada. Trabajo con un montón de modelos, así que tengo el culo pelado de tratar con histéricos en este antro.

Griff la miró a los ojos y sacudió la cabeza para transmitirle que todo estaba en orden. Ella no estaba de acuerdo.

Beth se volvió para retar a Dante.

—¿Así que tú eres un dálmata rabioso y él una boca de incendio? Esa gilipollez del macho marcando su territorio. Nada nuevo para mí, tonto. ¿Por qué no le meas encima? Tal vez así te sientas mejor. —Beth puso los ojos en blanco mientras ponía los objetivos en filas sobre el mostrador—. Y para tu información, no estoy a la caza de tu hombre, genio. Tiene las partes incorrectas. ¿Hola? —Se señaló a sí misma y se puso bizca—. Soy una bollera, ¿sabes?

—Eh… desde aquí… —Griff trató de hablar para calmar la cosa.

Dante le ignoró y levantó su mentón de aristócrata.

—Solo quiero asegurarme de que nadie le moleste ni le haga nada.

—Sí, sí. Ya, ya. Siéntate. —Beth conocía su papel a la perfección y no tenía miedo de nada—. Y no toques nada.

La pared que daba al este estaba ocupada por unos ventanales, y la del oeste tenía un enorme rollo de papel blanco sobre la moldura, que caía hasta el suelo perfectamente enrollado. Se iluminaba por grandes focos que en ese momento estaban apagados. Cuando se encendieran sería cegador.

—¿Griffin? —Beth estaba sonriendo justo enfrente de él con sus ojos azules. Le dio unas palmaditas con sus nudosas y diminutas manos. Su enfado se había evaporado. Era como hablar con un duendecillo avasallador— ¿Has trabajado antes como modelo?

—No, señora. —Tenía que mirar hacia abajo para verla. Aunque estuvieran en este espacio cavernoso se sentía como un cíclope.

—Dios. No soy tu abuela. Solo tengo treinta y seis. Bueno, Alek me dijo que tú habías…

Dante resopló desde la cocina.

—Sí, se hizo una paja por Rusia.

Genial. Gracias, D.

Beth ni siquiera pestañeó, simplemente se quedó esperando la respuesta de Griff.

—Ajá. Pero nada como ante la cámara y… —Griff señaló al espacio de papel blanco— …todas esas cosas.

—Bueno, empezaremos despacito. Si necesitas descansar, me lo dices. Si te sientes incómodo, dímelo.

—¿Y qué pasa si yo me siento incómodo… señora? —Dante se acercó paseando desde la cocina comiendo una madalena. Masticaba con la boca abierta.

Beth ni se inmutó.

—Entonces sabré que estoy haciendo bien mi trabajo, espagueti. —Le arrancó la madalena de la mano y le dio un mordisco para devolvérsela después—. Venga. Entonces les enseñó todo el local y las instalaciones: el baño, la nevera, el equipo básico… Era un apartamento enorme, y entraba tanta luz por las ventanas que te daba hasta dolor de cabeza.

—¡Dios! ¿Sacas mucha pasta haciendo este tipo de fotos? —Dante cogió un objetivo macizo de una mesa llena de cámaras, haciendo el gilipollas aposta.

—¡Dante! —Griff bufó y le miró fijamente—. Para.

Pero Beth se limitó a quitar el que tenía su cámara y a reemplazarlo.

—Si tienes talento y tienes sed de sangre… yo también, o sea que vale. —Empezó a dirigirse a la cocina, pero se detuvo y sonrió. Su voz era como una nana—. Y si vuelves a tocar mis cosas, te doy una paliza que te dejo del revés.

Dante asintió y dejó el objetivo con cuidado. Griff sonrió. Una chica fuerte.

Se quedó mirando a Griff a un par de metros de distancia, estudiando su tamaño y sus medidas como si fuera una leona estudiando a su víctima.

—Tenemos tres días. Esto es un favor que le hago a Alek. —Miró hacia arriba a la luz del techo y sujetó un pequeño cuadrado negro frente a su cara—. Medidor de luz. Estás bien.

Dante daba vueltas a su alrededor como una luna irritada, pero no se entrometió más que para preguntar:

—¿Qué tipo de favor? Quiero decir… ¿Por qué ayudas a CabezaCaliente?

—Alek me encuentra modelos a veces. Tiene… —Evaluó a Griff e hizo un gesto de aprobación— ...bastante buen ojo.

—En eso estamos de acuerdo. —Dante puso una mano en la ancha espalda de su novio.

—Alek no puede permitirse pagar a mi equipo de trabajo, así que para estas cosas estoy yo sola. Tengo mierdas para comer, así que no tenemos que salir de aquí en todo el día.

—¿O sea que solo estamos nosotros? —Griff se mostró aliviado.

—Es mucho mejor así. No me gusta tener un equipo enorme con alguien que nunca haya… —Beth sonrió.

—¿Enseñado su culo, o se haya desnudado como un perro delante de tu cámara? —Dante mostró una sonrisa angelical. Estaba de pie muy cerca.

—Vete a la mierda, D. —Griff se volvió hacia Beth como disculpándose, pero ella habló primero.

—Ah, sí. Gracias, mamón. —Beth le miró a Griff pidiéndole permiso y entonces se acercó para analizarle minuciosamente desde unos sesenta centímetros—. No sale la cara en estas fotos, así que no necesitamos ese tipo de maquillaje. Tal vez necesite recortar el vello púbico o las axilas o lo que sea. Tu piel es muy bella; igual algún matiz, pero no mucho. ¿Un poco de aceite, tal vez?

Le dijo eso a un ayudante invisible, y entonces se dio cuenta de que no había ninguno. Cerró los ojos e hizo una mueca.

—Lo siento. Es un vicio. Parece que estás bastante arreglado.

—Soy bombero. Y suelo correr, ya sabes. —Griff se sentía raro mirando su cuerpo como si fuera un traje que le perteneciera.

—No veo a muchos tíos tan fuertes como tú que no estén carbonizados. Ya sean gays o heteros, los tíos cachas suelen meterse en la sandwichera bastante a menudo. Y todos ellos están llenos de tatuajes por todas partes.

Dante pasó una mano posesiva por los hombros y el cuello de Griff, y sus callos le rozaron exactamente de la manera correcta.

Griff se dio cuenta de que se había arqueado hacia el abrazo como si fuera un gato enorme. Le gustó ser acariciado delante de un testigo agradable.

—Eres muy natural para hacer de modelo de cuerpo. En serio. Podrías forrarte. —Beth condujo a Griff detrás de una pantalla para

que se desvistiera, y le pasó una gruesa bata azul marino que podría usar en las pausas—. Toma. Para que no te congeles.

Ella dejó que se fuera desvistiendo y él lo hizo, sintiendo frío y sintiéndose extraño en esa habitación desprotegida, muy consciente de esas ventanas contra el crudo papel blanco. Cuando salió con la bata puesta, ella caminó a su alrededor como si fuera un toro en una subasta de ganado. La bata solo le llegaba a las rodillas y las mangas le quedaban a mitad del brazo. Beth sonrió.

—Eres enorme, ¿eh? ¿Cuánto pesas, como ciento cinco? ¿Ciento diez kilos?

—Lo siento. —Griff asintió.

Ella se mordió el labio y se tiró de una oreja, meditando sobre las opciones.

—No digas que lo sientes. Es genial. Creo que sé lo que quiere Alek. Ven aquí un momento.

Griff la siguió por el suelo de parqué hasta la cocina de chapa de metal y hacia la mirada oscura e irritada de Dante.

Beth simplemente ignoró a Dante, y pasó a su lado para coger una botella de aceite de oliva. Vertió un poco en sus manos y se las frotó como si se las estuviera lavando. Fue hacia Griff.

—¿Te sueltas la bata un segundito?

—¿Qué haces? —Dante dio un paso y se puso enfrente de Griff de manera protectora, exactamente como si fuese a derribar al suelo a la pequeña lesbiana.

—No voy a abusar de tu novio. ¡Vete para atrás, genio! —Mostró sus palmas resbaladizas—. El músculo se verá más bonito con aceite. Rompe la luz. Y él es tan blanco que necesitamos todo el contraste que podamos conseguir.

—A la mierda. Ya lo hago yo. —Dante cogió la botella de aceite de oliva y se frotó las manos con él, enfadado. Se acercó a Griff y le habló casi en un susurro—. ¿Así bien?

—Sí. —Griff asintió—. No me voy a romper, Dante. Es por nosotros. Son solo unas fotos.

Dante hizo una mueca y suspiró:

—Ya lo sé. Perdona, G. Odio todo esto.

Beth se rio y se alejó, secándose las manos en la toalla que tenía en el hombro.

—Mejor. Te lo hará más a conciencia que yo. Asegúrate de que encuentras todos los recovecos y las ranuras. Tal vez así os calmaréis un poco.

Dante posó sus manos calientes en la clavícula de Griff y le aplicó una capa de aceite de oliva por los hombros, por la parte superior de su espalda y bajando por sus fuertes brazos hasta llegar a sus manos.

La polla de Griff tomó nota inmediatamente, y sobresalió de su mata de pelo abrasador, pegándole un golpecito a Dante.

—Lo siento.

Dante lanzó una mirada posesiva a Beth. Dijo algo entre dientes mientras trabajaba.

En su trípode, Beth le hizo un gesto con la mano.

—No me pidas disculpas, Pelirrojo. Necesito que se te ponga dura y que la mantengas así. Un equipo de uno, ¿te acuerdas? Si a ese burro de ahí le hace feliz darte aceite y tocarte, estos días nos resultarán más sencillos.

Ella les miró como midiendo algo.

—Pero ahora lo comprendo… Chicos, es alucinante veros juntos. —Era un cumplido sincero.

Dante sonrió antes de poder parar y gruñó un gracias. Volviendo a la botella cada vez que lo necesitaba, fue embadurnando con paciencia el cuerpo entero de Griff como si fuera una estatua, adorándolo con aceite, mientras su rostro estaba quieto, orgulloso y posesivo.

Dante trabajó su cuerpo por todas partes, arrodillándose para acercarse a su parte inferior de modo que su respiración le hacía cosquillas a Griff en los pelos de sus muslos.

Empezó a murmurar de nuevo, y Griff solo pudo entender las palabras «mío, mío, mío, eres mío, mío». Dante se inclinó hacia adelante y frotó sus labios contra la rodilla de Griff.

Griff sonrió y suspiró. Cuando terminó todo el proceso, su piel brillaba bajo las cálidas luces y su erección era hierro candente.

—¡No seas tímido! —Beth estaba encantada con el resultado; se quedó de pie con una cadera levantada, y sujetando la pesada cámara digital con el hombro—. Eres espectacular, ¿eh? Ya entiendo lo que quería decir Alek. ¡Jesús!

Dante se puso de pie echando chispas y ella le lanzó una toalla para que se secara las manos.

—Odio que los demás te miren —dijo Dante entre dientes, sin poder apartar los ojos de Griff.

—Vamos, D. No pasa nada. Esto es por nosotros. Nadie más lo sabrá. Solo nosotros —susurró Griff.

Dante asintió con los ojos fijos en el suelo mientras retrocedía hacia la oscuridad detrás de los focos y de la cámara.

Beth sostenía ese medidor de luz bajo la cara de Griff y entrecerró los ojos al mirar a uno de los puntos a su derecha. Se subió a una escalera de tijera y colocó una fina tela que hizo que el fuerte haz de luz se convirtiera en un brillo difuso.

Griff podía sentir los celos y la ansiedad y los remordimientos italianos que emanaban de su hombre en oleadas. *Su hombre.*

—Eh. Eh, Anastagio. Mírame.

Dante le miró, volviéndose hacia el borde de la luz. Su cara estaba precavida y sombría.

—¿De quién soy yo?

Dante asintió y sonrió un poco. *Algo mejor.*

Dante y Beth estuvieron tres días enfrascados en una especie de rencilla y burla, echándose en cara continuamente cualquier pequeñez.

Ella pensaba que era un gilipollas celoso y arrogante, y él pensaba que ella era una mona araña mandona.

Secretamente, Griff pensaba que los dos tenían razón. Y descubrió en su cuerpo que hacer de modelo era bastante menos glamuroso y bastante más duro de lo que pensaba.

Sacar músculos y flexionar la polla manteniendo una posición hasta una hora completa cada vez, hacía que al final se sintiese como un trapo mojado. Tenía calambres del frío.

Ser bombero era bastante menos sufrido y bastante más interesante. ¡Dios! Hasta trabajando de portero tenía que hablar con la gente y respiraba con normalidad y llevaba pantalones.

Sin embargo, tres días para sobornar a CabezaCaliente no era nada.

Y entonces el mundo entero sería suyo.

Los dos primeros días se habían ocupado con lo que Beth llamaba el «perejil», porque esas fotos eran como un aderezo erótico que Alek podía rociar en las páginas web según lo estimase necesario.

Ella tenía un listado de partes del cuerpo e iba atacando cada una con lúgubre eficiencia, comprobándolas mientras trabajaba en cada centímetro de la piel de Griff. Tras la tercera hora, él ya ni mostraba su timidez por tener a Beth trepando sobre él como si fuera un columpio del parque. Ella le admiraba, pero como si fuera un árbol o una roca.

Durante dos jornadas completas de nueve horas, Beth sacó fotos a los pezones de Griff, a su espalda, sus pies, sus bíceps, sus glúteos, sus pantorrillas.

A su polla blanda y a su polla dura, y a la silueta de sus marcados abdominales, a sus hombros, sus tríceps, sus bíceps.

Ella sacó fotos más amplias de sus piernas dobladas, de sus brazos enteros poniéndose rígidos, de la parte baja de su espalda y de la raja del culo, de sus huevos y del prepucio arrugado contra sus muslos.

Hasta fotografió sus axilas, y le dio a Dante un cepillo de dientes para que le peinara los brillantes tirabuzones de esa zona hasta que Griff tuvo tantas cosquillas que pensaba que se iba a convertir en una bola.

El cuello, los dedos gordos de los pies, el pecho velludo, las nalgas, las caderas, la garganta, las manos extendidas y las manos cerradas en puños.

A Griff le parecía como Beth si fuera un carnicero seccionando una pieza de ganado.

Muu.

Beth bromeaba todo el tiempo y hacía que casi se sintiera cómodo. Era increíble.

Dante refunfuñaba continuamente y fue imposible convencerle para que se fuera. Se le había terminado la baja, pero se tomó unos días por enfermedad en el parque y desafiaba constantemente a Beth.

—Soy su… no sé, su cuidador, su esclavo, lo que sea. Dame algo para hacer.

Fiel a su palabra, Dante registraba diligentemente sus avances a través de la tabla de carnicero de Beth, preparaba café y hacía bocadillos y servía agua con gas, embadurnaba de aceite a Griff y le frotaba los hombros en los descansos como si fuera un asistente. Le quitaba las pelusas y el polvo a Griff como si fuera un chimpancé.

Si Beth trabajaba de seguido demasiado tiempo, Dante le plantaba cara hasta que ella le concedía a Griff un respiro. Para el segundo día, ella ya le enseñó a Dante las fotos en su cámara digital comentándolas. Al parecer, él tenía buen ojo, y después del primer día ya quería sacar fotos suyas. De repente eran amigos, pero seguían peleando con buen humor todo el rato.

Aunque no lo admitiera, Griff estaba contento, tanto por la ayuda que le brindaba Dante, como por sus celos feroces y protectores. Formaban de verdad un equipo perfecto, humo y fuego. Y de vez en cuando, le cazaba a Dante mirándole tan intensamente, con esos ojos hambrientos de escarabajo negro, que sentía un escalofrío bajo los focos abrasadores.

A medida que pasaban las horas, Dante le miraba de forma diferente. Tal vez porque Beth le estaba enseñando algo que no

estaba acostumbrado a ver.

Para el segundo día, Griff hasta hacía el tonto desnudo. Seguía poniéndose la bata un montón, pero era por el frío. Su pudor se había esfumado como las cenizas.

La segunda tarde, Beth dejó de sacar primeros planos de la parte inferior de su espalda y se puso en pie y murmuró:

—Ni una peca.

—¿Perdona? —preguntó Griff, intentando no moverse.

—Sigo buscando una peca o un lunar. No encuentro ni una. —Beth miraba su piel desde unos dos centímetros como si fuera una arqueóloga.

—Eh… —Dante le dio un golpecito para recordarle que Griff era una persona.

Ella sonrió a modo de disculpa e hizo crujir su cuello antes de volver a empezar con la espalda de Griff.

—Tu piel es increíble. No me puedo creer que no hayas salido nunca en esa mierda de calendario de los Bomberos de Nueva York.

—Que va. No me va. —Griff había sido siempre demasiado tímido y demasiado blanco para presentarse.

—Yo he salido en el calendario un par de veces. —Dante sostenía una botella de agua para que Griff diera un trago.

—Por supuesto, espagueti. —Ella puso los ojos en blanco—. Bronceado y cubierto de grasa. Apostaría a que salías con el pelo engominado. Eso era cuando te dedicabas a enrollarte con tías en los baños de los bares, ¿verdad?

Dante abrió la boca para mostrar su indignación, pero Beth levantó una mano. Griff se rio para sí. *Cazado.*

—Sí, sí. Estás muy bueno… El problema es, que a diferencia de tu novio, tú lo sabes. —Pinchó con sus dedos a Dante, que solo consiguió parecer ofendido—. Dios, os pagaría a cualquiera de los dos para que volvierais a posar para mí. En cualquier momento —dijo bruscamente—, ¡sois la leche!

Dante tenías sus manos en las caderas y parecía enojado porque ella había tardado tanto en hacerles la oferta.

—Ya te gustaría. No eres una organización benéfica, y yo soy demasiado caro.

—Todos los granos en el culo son costosos. Va en ello. No me asustas. —Se inclinó sobre Griff desde la escalera para lo que se imaginó que sería un ángulo cerrado de su pectoral y su clavícula y para hacer un barrido de su amplio torso desde arriba—. Recuéstate un poco más para que pueda cogerlo bien. Quieto. Quédate así. Dante, pezón.

La mano de Dante le buscó y le pellizcó, y la rosita sobresalió. Griff se puso rojo. Allá vamos.

—Genial. Flexióname las intercostales, Griffin. Vamos. EmpujaEmpujaEmpuja. Tuércete un pelo. A ver esas costillas. ¡Quieto! Mantente un segundo. Ya lo tengo.

Cada noche Griff abandonaba aquel estudio sintiéndose dolorido y magullado, como si acabara de salir de un duro entrenamiento de fútbol. Cada noche en cuanto traspasaba el umbral de la casa de Dante, y ya caía dormido, sonriente, pegado al cuerpo de Dante que le protegía.

Por las mañanas, Dante le alimentaba y le daba un masaje como si fuera un pura sangre. Le despertaba con el desayuno y una deliciosa mamada llena de babas. «Solo para aliviar tensiones».

Griff no se quejaba, y además le ayudaba a no pasar tanta vergüenza delante de Beth mientras las manos aceitosas de Dante recorrían su cuerpo.

El tercer día, los tres empezaron nada más amanecer, y ya no quedaba más perejil por sacar. Estas eran las piezas clave, las fotos del dinero.

Ese último día, Beth comenzó colocándole como si fuera un muñeco y Dante empezó a trabajar de verdad. Y, tal y como Alek les había adelantado, ella se mantuvo alejada de su cara y se mostró extremadamente profesional.

Para empezar, Beth le sacó desde el lateral, de cintura para abajo.

—¿Puedes estirarle de los huevos desde detrás? —Se dirigió a Dante.

Dante le agarró y estiró.

Griff aulló. Sus muslos ya estaban tensos cuando se agachó, con una mano plantada en el suelo de madera, y su pesada polla y los huevos en cuestión alojados casi en el doblez de su codo. El otro brazo estaba apartado, detrás de su espalda. Se sintió como una figura de papiroflexia humana.

—Joder, Beth. —El suspiro exasperado de Dante rozó los pelos de su corva—. ¿A las 8 de la mañana? —Justo en ese momento, Dante estaba apretujado entre su pierna y la pared para quedar fuera de la foto.

Beth contempló a Dante de espaldas, sujetando la cámara sobre la cadera.

—No hace falta que le castres, genio. Solo voy a utilizar la pierna y el brazo derechos y su polla. Lo único que quiero es que

sus huevos cuelguen más, de forma que queden en el doblez del brazo. Que queden como altos y apretados.

—Lo siento. —Griff se dio cuenta de que acababa de pedir perdón por cómo colgaban sus testículos y se sintió ridículo.

Las manos de Dante entonces trabajaron con más suavidad al tirar hacia abajo del escroto untado de aceite sin pellizcarle ni soltarle.

¡Esto sí que es trabajo en equipo!

Por detrás de él, Dante le dio un mordisco en el culo con su boca sonriente, y el bulto de Griff se hinchó dentro de su piel.

Beth estaba como loca.

—¡Perfecto. —Clic, clic, clic, clic—. Aguanta, Griffin. Ya casi estamos. ¡Bíceps! Aprieta. Aprieta. Una más y una más y una… ya está. Maravilloso. —Clic, clic, clic—. Este es mi chico guapo.

—Oye. Este es mi chico guapo. —Dante asomó la cabeza haciendo como que le lanzaba a Beth un gruñido.

—Entonces será mejor que empieces a merecértelo, chulito. —Mientras daba vueltas, ella le dio una palmadita a Dante en el hombro, y él no dijo nada, tan solo se quedó mirando al suelo con el ceño fruncido, pensativo.

Y así fue todo. Beth se pasó el último día como si fuera una araña feliz, subida a la escalera, tumbada de espaldas debajo de él, hecha un ovillo alrededor de los soportes de los focos. Era como si llevara dos días aprendiendo cuáles eran los ingredientes y ahora pudiera cocinar con el cuerpo entero de Griff, enorme y cremoso.

Fuera como fuese lo que ella estaba consiguiendo, los ojos de Dante se abrían cada vez más y a medida que avanzaba el día se iba poniendo más serio; parecía que sus manos deseaban tener una

cámara para ellas. Beth le hacía la vida imposible todo el rato, pero parecía que a él le gustaba el abuso bondadoso y le provocaba todo lo que podía. Y las miradas posesivas que dedicaba a Griff fueron las causantes de numerosos rubores de cuerpo entero, que Beth documentaba con placer. Ya ni siquiera se sentía tímido delante de ella, pero estaba muy excitado, y sabía que Dante también lo sentía.

Sobre las dos, llegó Alek para ver cómo trabajaban y para echar un vistazo a los resultados, pero se marchó cuando quedó claro que los tres le habían pillado el ritmo a la cosa.

Él y Beth asintieron al unísono cuando miraron las pruebas.

—Excepcional —fue todo lo que dijo el ruso.

Y hasta Griff pudo decir que era algo especial. Le dolía todo y estaba helado hasta los huesos, pero cuando Beth le dejó ver lo que habían estado construyendo, se quedó impactado por la fuerza y la belleza de su propio cuerpo. No está mal para un cúrrela. Se preguntó si sería así como le veía Dante, si por eso Dante se ponía tan cachondo al mirar los resultados con sus ojos de escarabajo. Esperaba que así fuera.

Casi al término del último día, Dante se rindió. Beth había estado trabajando en una imagen. Para entonces, Griff ya comprendía cómo funcionaba la cabeza de la fotógrafa y podía sentir cómo iba estrechando su objetivo sobre la parte en cuestión de su anatomía para conseguir la imagen que quería captar hasta que los músculos de la zona le hormigueaban.

En ese momento tenía la parte baja de la espalda arqueada y casi le escocía bajo la mirada atenta de Beth. Tenía la sensación de que esta toma iba a ser lenta. Tan solo su cara quedaba fuera del

marco; se le veía desde las rótulas, justo hasta el borde de su mandíbula, con una barba incipiente del color del hierro.

Dante estaba de pie un poco detrás de ella, aparentemente hipnotizado. Se estaba tocando de forma inconsciente los labios con una mano bronceada mientras observaba a Griff. Entrecerró los ojos para tratar de ver lo que estaba viendo Beth.

Mírale cómo me mira.

Griff sonrió para sí.

Ella se arrodilló, disparando a las nalgas de Griff y echó un vistazo a sus gruesos muslos. Los enormes huevos oscilaban bajo su pene sin circuncidar. Su espalda se enroscaba hacia ella como aliviada, alta y flexionada, y se intuía un pezón rosita en la montaña de su pectoral. Una de las manos de Griff sujetaba una nalga carnosa, separándola ligeramente para dejar entrever los finos pelos de color canela y una insinuación del rosado agujero del culo. Sujetando el músculo untado de aceite, introdujo dentro de su cuerpo el primer nudillo del dedo índice.

¡Eh!

—¡Quédate ahí quieto! Ni se te ocurra moverte. ¡Quieto! —ordenó Beth y avanzó un poco hacia delante—. Casi… un segundito....

Griff se quedó petrificado. Dante también estaba como congelado en el tiempo. Tenía el nudillo dentro de su cuerpo: un accidente sexy.

Como si fuera una mona excitada, Beth bajó un poco más, deslizándose sobre sus hombros para poder captar todo su cuerpo desde la cadera hasta el hombro—. Vale. Gírate un poco más. Arriba ese pecho. Casi. ¡Así! Eso es, tío. ¡Sí! Pon bien duro el glúteo

izquierdo. PreciosoPreciosoPrecioso. Mírate… Márcalo, Griffin. Flexiona. ¡Flexiona! Y…

Dante respiró fuertemente desde algún sitio detrás de los focos, como si le acabara de pinchar un bicho.

—¡Perfecto! —Clic, clic—. Lo tenemos. Eres muy bueno. Ya está.

—¿Estás segura? —Pero ya había abandonado la pose. Estaba dolorido por haber mantenido esa postura durante tanto tiempo. Afuera estaba oscureciendo, y se moría por terminar. Mierda. No era de extrañar que los modelos siempre tuvieran aspecto de cascarrabias.

Miró a Dante, que parecía ciego e hipnotizado, como si se le hubiera quemado la retina por los focos brillantes. Tenía la boca abierta. Sus brazos le estrechaban fuertemente, como si se estuviese abrazando a sí mismo para controlar sus nervios.

—¿Qué pasa? —Griff fue hacia él sacudiendo la cabeza, confuso.

Dante le habló directamente a Beth en voz baja.

—Esa es para mí. Alek no puede tener esa foto.

—Porque tú lo digas. —Beth ya estaba subida en la escalera, cambiando el filtro enfrente de uno de los soportes de los focos—. ¡Esto sí que es arte! Creo que podría ser un logo cojonudo para cualquier cosa.

Dante fue adonde ella y se quedó de pie junto a sus rodillas, mirando hacia arriba. Su jugosa boca no era más que una línea apretada.

—Lo digo en serio. Esa foto es mía. —Le enseñó a Beth un dedo enfadado, pero ella ni se inmutó, subida en un peldaño.

Le retiró la mano, mostrándole su pequeña y afilada barbilla como si fuera una boxeadora. Duendecilla malvada.

—Ya lo sé. Sabía que te gustaría esa.

Dante gruñó. Literalmente. Le gruñó como un dóberman.

Griff hizo girar sus hombros doloridos. Parecía totalmente confundido, y miraba hacia abajo a su músculo desnudo.

—Dante, ¿qué vas a hacer con una foto mía así?

—Guardarla. —Dante se giró para mirarle, completamente serio. Tenía el ceño fruncido y una mirada posesiva de tal forma que Griff se sintió blando por dentro. Le hizo sonreír—. No te rías de mí.

Griff sacudió la cabeza y levantó las manos como en señal de rendición.

—No me estoy riendo. Solo era una pregunta.

Desde su posición privilegiada, Beth contemplaba al hosco italiano con la cabeza ladeada y una sonrisa traviesa. Estaba tramando algo, jugaba con él. Comenzaba la negociación.

Dante se giró hacia ella con los brazos cruzados. Su cara era una máscara insensible.

—Te voy a decir una cosa… —Beth dejó que las palabras le envolvieran como una boa constrictora, que le apretaran—. Tengo que hacer un calendario con macizos dentro de poco: Espumas y sementales. Si traes tu escuálida carcasa aquí y posas para mí, una tarde, desnudo en una bañera, haremos un trato. Si vienes dos tardes, hasta te pagaré.

—¡Eh! —Griff se puso derecho, sin importarle su bata. No estaba seguro de quién de ellos había embaucado al otro.

—¡Sin gomina! —Ella le amenazó con un dedo.

—Hecho. —Dante guiñó el ojo y le ofreció su mano.

Se estrecharon la mano. Amigos al instante, como si hubieran encendido una lámpara. Dante y Beth se giraron los dos juntos y le sonrieron.

Cuando Griff fue a limpiarse el aceite y a vestirse en el baño, Dante y Beth estaban charlando felizmente sobre aberturas y filtros. Beth tenía que acabar una línea de tarjetas de visita antes de que empezase el año, y tal vez les gustaría sacarse algo de dinero extra haciendo de modelos.

Griff vio su cara de felicidad que se reflejaba en el espejo. Se puso la camiseta interior. Qué gusto da estar vestido.

—Nene, vamos a pedir comida tailandesa. —Dante asomó la cabeza por la puerta. Sonriendo, Griff le dio un pico que duro un poco más de lo estrictamente necesario.

—Me gusta que me llames así.

—La comida. ¿Te parece bien?

—¡Claro! Me parece genial, comida tailandesa. Me muero de hambre. —Griff sacudió su cabeza hacia Beth y el resto del estudio —. Pero. ¿estás bien con…?

—¿Estás de coña? ¡Es un genio! ¡Esa última foto! —Dante se inclinó hacia adelante y le dio un mordisco en el cuello—. Esa lesbi loca ideó un plan para que me enamorara aún más de ti. Y eso que yo pensaba que… —Dante besó el borde de su sonrisa— ...era imposible.

—Para. —Pero Griff sonreía. Se quedó así un momento, con sus caras pegadas, recostado contra su hombre—. Yo también.

La voz de Beth les detuvo.

—¡Tú, espagueti, si te lo follas en mi cuarto de baño, te voy a cortar esa cosita para donarla a una fábrica de consoladores!

Dante sonrió y dejó que Griff se pusiera el resto de la ropa.

—Vale, vale —respondió a Beth, refunfuñando mientras salía.

La puerta no estaba cerrada del todo. Cuando Griff se secó el pelo brillante y dio un trago de agua para aclararse la boca, la puerta crujió al abrirse lentamente en el loft.

Al otro lado de la habitación, Dante miraba a través de una cámara por la ventana que daba al sur, y Beth sonreía mirándole con paciencia.

Los dos se reían de algo, piratas felices cruzando espadas. El amplio cielo azul negruzco parecía no terminar nunca detrás de ellos, un horizonte en el que se echaba de menos el World Trade Center pero no mucho más.

Griff se sintió como si pudiera verlo todo, todo, todo.

Pum, pum, le dijo su corazón al oído.

Justo entonces, tan cierto como un déjà vu a la inversa, Griff supo que volverían, él y Dante. Acabarían haciendo de modelos para la loca de Beth y ganarían dinero para hacer de su casa un hogar. Los cachitos del jarrón roto ya estaban juntos otra vez. Sus familias lo aceptarían. El marido de Loretta volvería a casa sano y salvo. Alek tendría su nueva página web. Hasta Tommy solucionaría sus problemas y viviría y tendría esperanza. Y Griff sabía que Dante estaría a su lado.

Griff se miró una última vez en el espejo, secándose las manos en los pantalones, y salió por la puerta hacia un futuro que casi podía imaginar.

CAPÍTULO XVIII

El segundo intento en el bar gay, había comenzado a con un comentario agrio, y todo el trayecto en metro había sido un incesante gruñir y quejarse de un italiano celoso.

—Tenías que llevar el puto kilt. —Dante tenía las manos en los bolsillos de su abrigo verde. Parecía un marinero pecador que hubiera salido pisando fuerte por el East Village una fría noche de viernes. Dante miraba enfurecido a todo el mundo que osaba dirigir una mirada a Griff, ya fuera hombre o mujer. Lo mismo daba.

—Pensaba que te gustaba mi kilt. —Griff le dio un golpecito con los hombros.

—¿Bromeas? Me encanta. Sueño con ese kilt. ¡Dios! —Dante se quedó mirando fijamente sus piernas musculadas—. Pero también les encanta a todos los demás, y no estoy dispuesto a compartirte. Jesús. Ese tío te estaba haciendo toda una inspección. Voy a matar a… —Dante se volvió para retar a uno que se había permitido echar un vistazo a Griff. Era como ir con un guardaespaldas maníaco.

Griff se giró, pero su supuesto admirador ya se había marchado, o ya había sido espantado. Tiró de Dante para hacer que volviese hacia el Pipe Room.

—Vamos a ayudar a Tommy. Él es un desastre y tenemos que echarle una mano. Le invitaremos a un par de cervezas. Hablaremos tranquilamente, y a casa. Follaremos como perros. Haz conmigo lo que quieras. Soy tuyo.

—De acuerdo. —Las cejas de cuervo de Dante eran una línea recta sobre un ceño fruncido.

—D, estoy aquí contigo. Y me voy a ir contigo.

Estaban a media manzana del Pipe Room cuando Dante le dio un codazo.

—Mira.

Griff miró y vio a Tommy al otro lado de la calle, sentado en los escalones que llevaban a una casa adosada. Estaba hecho un ovillo contra el frío y no parecía tener exactamente calor.

Cruzaron la calle desierta hacia él. Aquí va eso.

Dante se pasó una mano por el pelo mientras se dirigían hacia el hombrecito.

—Eh, amigo.

—Chicos. —Tommy levantó la vista para volver a mirar acto seguido al suelo. Tenía la gorra de lana hacia abajo y el cuello subido. Le habían quitado algunos puntos, y casi todos los moratones de su cara habían desaparecido. Todavía tenía la nariz un poco torcida. Y seguía teniendo un anillo de color burdeos, el resto rebelde de lo que había sido un ojo morado.

—Vamos, Dobsky —Griff se acercó un poco más, pisoteando con sus pies como si hiciera más frío del que realmente hacía—. Vamos a tomar una cerveza.

Dante miró a Griff como haciéndole una pregunta, y después se sentó junto al pequeño paramédico.

—Sí, Tommy. Tengo sed y yo invito.

—Sí, no. Mala idea —La voz de Tommy seguía sonando ahogada por su nueva nariz—. Hace tanto calor ahí…

Griff cambió el peso de una pierna a la otra. Tal vez no había sido buena idea. Había pensado que estaría bien: tres amigos tomando una cerveza, y que Tommy viera que por ser gay no tenías por qué acabar en la UCI.

—¿Te duele, chaval?

—No. Pero la única forma de conocer a alguien allí es si eres guapo, y, eh, yo no lo soy. —Tommy tenía un aspecto de lo más deprimido.

Joder.

—Los chicos que hay allí dentro van a ser majos, ¿eh? Van a ser amables. Dios, son amables. —Peliagudo. Griff le había contado a Dante lo de su primera visita al local, pero los celos ya se estaban cociendo.

A Dante no le gustó y sacudió la cabeza mirando a Griff.

—Ninguno de nosotros va a intentar pillar, ¿eh? Solo nos vamos a tomar una cervecita en un entorno seguro.

—No puedo entrar ahí. Jesús, mírame. —Tommy negó con la cabeza.

—Te dieron una paliza. Todavía está fresco. —Miró a Griff por encima de la cabeza de Tommy como diciendo: «Ayúdame con esto».

—Soy un monstruo. Un puto cobarde —Entonces se puso a llorar—. Mis puñeteros niños…

Ay. Griff no se había dado cuenta de que el asistente sanitario era tan frágil.

—Está bien. ¡Eh! Podemos volver a Brooklyn.

—A la mierda. ¡Eh! Eh… —Dante chasqueó los dedos delante de los ojos de Tommy—. Deja de regodearte en la autocompasión, ¿eh? Deja eso para Oprah. Olvídate de todo eso.

—Como si a ellos les importase algo. Ninguno de esos tipos ni siquiera sabe mi nombre. Yo era solo carne fácil. —Tommy sonó como hundido.

Griff volvió a pasar el peso a la otra pierna.

—Dante, no le presiones. Es…

—…un chico grande y puede enfrentarse a las consecuencias de lo que hace —Dante estaba de pie y le señalaba con el dedo. Tommy seguía en las escaleras—. Mira, Dobsky. Si quieres sentarte aquí en la oscuridad y hacerte una paja mirando cómo otros tipos viven tu vida, pues nada, tú mismo. ¡Pero no estás muerto!

—Vamos… —Griff sabía lo que Dante estaba tratando de hacer, pero el paramédico parecía estar a un paso del suicidio—. Vamos a…

—Vete a tomar por el culo, Anastagio —Tommy no levantó los ojos del suelo—. Para ti es fácil.

—¿Sí? ¿Fácil, verdad? ¡Que te jodan! No voy a hacer esa mierda nunca más. Corrí el riesgo. No soy curioso. Soy un héroe de mierda, porque lo quiero ser. O sales corriendo de edificios en llamas o entras corriendo en ellos —Dante estaba de pie y se dio la vuelta y empezó a alejarse. Gritó por encima de su hombro—: ¡Gilipollas! Tú eliges.

—Tommy… —Griff alargó la mano para darle un golpecito en el hombro, pero no llegó a hacerlo.

—Vete a la mierda. ¿Vale? —Tommy estaba sentado en el escalón plegado sobre sí mismo, como si fuese un osito de peluche abandonado con la cara cosida y los ojos de botón enfadados.

Griff dudó, observando la miseria de Tommy durante un momento, y entonces siguió a su amigo que se dirigía al tumultuoso pub.

Dante estaba al final de las escaleras cuando Griff le alcanzó. Entraron. El local estaba tal y como lo recordaba. Sticky hasta se

acordaba de él, más o menos, y le llamó desde la otra punta de la sala.

—¡Granjero!

—¿Qué cojones? —Dante murmuró a su lado, mirando fijamente al camarero. Echó un vistazo al local, midiendo a los demás hombres, justo como Griff había hecho la primera vez. Ahora todo era diferente.

Griff tomó la mano de Dante y la apretó, ignorando la expresión de sorpresa de Dante. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Aquí estamos a salvo.

Se acercaron tímidamente a través de la clientela vestida con ropa de invierno hacia la barra. Dante parecía nervioso, como si estuviese esperando que alguien se dirigiera a Griff. Sentía los ojos de todo el mundo atentos a la carne fresca. Se dirigieron al camarero, que estaba secándose las manos en la toalla que llevaba sobre su hombro tatuado.

—¡Ayy, llevas un kilt! Me vas a matar, hombre.

Los ojos de Dante eran témpanos negros mientras ojeaba los abdominales esculpidos de Sticky y la manga tatuada y los vaqueros de cintura baja y el pelo rubio platino.

Griff sintió cómo se tensaba y dijo:

—Este es mi novio —Pasó un brazo musculoso alrededor de Dante y tiró de él hacia delante—. Dante, este es... Sticky.

—Stuart. Pero puedes llamarme Sticky si quieres —Sticky le guiñó un ojo a Griff y alargó la mano para estrechársela. Griff lo hizo. Dante no—. ¿Me has traído alguna manzana, hijo mío?

—Solo a él —Griff apretó la parte posterior del tenso cuello de Dante—. ¿Dos Guinness?

Sticky asintió mientras les miraba.

—¿Quién es? —Dante estaba a punto de erupción—. No creo que pueda aguantar esto. Ese chaval te estaba follando con la mirada.

—¡Pero cómo puedes ser tan celoso! Como si yo tuviera ojos para alguien que no fueses tú —Griff puso los ojos en blanco y respiró el cabello de Dante, llenándose los pulmones con su aroma —. Solo un momento, vamos. Por si Tommy cambia de…

Se acercó un tío mayor que le dio un repaso a Griff. Tenía los ojos pegados a las pantorrillas carnosas de Griff por debajo de los pliegues de la falda. Levantó la cabeza mirando a Griff, que sacudió la cabeza. El hombre se encogió de hombros y asintió.

—Puto kilt. Lo sabía. Tus piernas. —Dante cerró los ojos y tomó aliento, soplándose el pelo de la cara. Era como un malo de dibujos animados, un malvado lleno de ira.

—Gilipollas, te están mirando a ti, no a mí.

Dante se inclinó intentando tapar el cuerpo de Griff a los otros clientes, utilizándose a sí mismo como escudo.

—Eso es porque estoy contigo. Soy la competencia. Van a empezar a lanzarme dardos envenenados. Están esperando que me vaya al baño para darte un golpe en la cabeza y llevarte a sus cuevas gays.

A Griff le parecía raro tener más experiencia que él por una vez.

—Solo es un bar. Son solo tíos. Ya entenderás lo que quiero decir. Te lo prometo. Solo nos vamos a tomar un par de cervezas.

Dante echaba chispas, impotente delante de él.

Griff tocó con los pliegues del kilt los vaqueros de Dante.

—Me voy a poner esta cosa todo el rato si te pone así de excitado —dijo besando la cara sorprendida de Dante.

Al parecer, estaban causando bastante revuelo, pero también solía pasar en el Stone Bone. Los habituales siempre se daban cuenta cuando había peces nuevos. Solo querían saber de qué iba la historia para poder cotillear.

Cien ojos registraban el pelo de estrella del rock de Dante y el kilt de Griff y sus viejos zapatos, tratando de encajar las piezas. Sus pensamientos eran casi audibles: Es imposible que estos dos sean de Manhattan. ¿Habrán venido de casualidad? ¿Tendrán algún problema? Y Dios, un par de ellos tenían que haberles reconocido por la web.

Griff tomó una decisión. Se giró y habló para todo el local.

—¡Soy suyo! ¿Lo oye todo el mundo? Totalmente suyo. Y viceversa, ¿vale?

Alguien se rio desde la otra punta de la barra. Un par de estudiantes levantaron su pulgar, decepcionados, mirando a Dante y volvieron a su conversación. Unos pocos chicos brindaron por ellos.

—Me alegro de que hayamos contestado a esa pregunta candente, ¿eh? —Sticky se rio y posó dos cervezas a su lado—. Claro, con un tatuaje habría sido más sencillo.

Dante sonrió y empezó a decir algo.

Pero Griff le lanzó una mirada.

—Ni lo pienses. No necesito una marca para recordarme lo que los dos ya sabemos. —Apretó la mano de Dante y le pasó un vaso.

Sticky miró sus cervezas.

—Amigos, ¿queréis que os abra una cuenta?

—¿Me podrías poner una de estas? —Una voz baja sonó a sus espaldas.

Allí estaba Tommy, con pinta de hecho polvo. Se había quitado el abrigo y la gorra. Tenía los ojos hinchados, pero parecía que se había lavado la cara y se había serenado un poco.

—Lo siento, chicos.

—¡Claro! Claro, amigo. Un segundo. —Sticky le guiñó un ojo.

A su lado, otros hombres que estaban en la barra le miraban las magulladuras, las marcas que Tommy tenía en la cara y en los brazos. No le miraban con asco, sino con simpatía, con respeto. Ellos sabían lo que estaban mirando, lo que era haber sufrido una paliza por ser gay. Tommy intentó no prestar atención al revuelo que causaban sus marcas.

Dante le dio un abrazo rápido, le besó en la cabeza; típico de Anastagio.

—Gracias, Dios mío. —Le dijo a Tommy al oído.

—¿Estás bien, colega? —Sticky estaba de vuelta con la cerveza.

Tommy asintió y Griff le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Puto valiente, eso es lo que es.

Un tipo bajito con una hermosa cara de bulldog se acercó a la barra y dejó caer dos billetes de veinte.

—Estas las pago yo, y las siguientes.

—No. Corre a cuenta de la casa. —Sticky cerró sus finos labios y sacudió su cabeza rubio platino.

Los dos hombres tuvieron una discusión rápida y silenciosa mientras Dante, Griff y Tommy observaban. Griff le reconoció. Era el

pequeño jugador de rugby de la otra noche… el marine del cumpleaños.

—Eh, no. Creo que voy a pagar estas cervezas. Si a él le parece bien —insistió el marine. Se volvió hacia Tommy. Los dos eran prácticamente de la misma altura—. Si te parece bien, ¿eh? —Sonrió tímidamente.

Tommy asintió y sonrió.

—Gracias. ¿Eh…?

—Walsh —Alargó una mano regordeta a Tommy—. Me llamo Walsh.

—Tommy. Estos son mis amigos.

—Hola —Asintió distraído a los otros, pero sus ojos estaban fijos en el pequeño asistente sanitario—. Estoy con unos amigos, pero quería…

Los tres se quedaron esperando una explicación que él no dio. De repente parecía que se le iban a salir los ojos y se puso rojo.

—…invitarte a una cerveza, supongo. —Walsh frunció el ceño, inclinó la cabeza y dejó de hablar. Les hizo un gesto y se marchó para reunirse con su grupo.

—¿Qué cojones ha sido eso? —susurró Dante justo al oído de Griff. Griff sacudió la cabeza.

—Un tipo agradable mostrándose amable.

Un momento después, Sticky empezó a hablar.

—Su novio murió. Fue asesinado. Un grupo de chavales con bates —Miraba a Walsh volviendo al bullicio de la sala—. Llevaban juntos ocho años.

—Jesús. —Tommy también le miró.

Dante elevó su cerveza y frunció sus labios un momento mirando a Walsh con sus amigos.

—Morir con valor. Vivir también con valor.

Brindaron.

Tommy vio a un musculoso afroamericano junto a la máquina de discos y levantó su vaso. Brindaron desde la distancia. Entonces Griff vio que otros hombres le hacían gestos afirmativos, saludando en silencio al paramédico y elevando sus copas. Tommy tenía amigos aunque no se hubiese percatado de ello, incluso aunque ninguno de ellos supiera su nombre.

Sticky golpeó la barra con los nudillos y miró a Dante y a Griff.

—Guardad las carteras. A las siguientes invito yo. Me alegro de verte sano y salvo, amigo. —Le extendió la mano.

—Tommy. —El asistente sanitario le ofreció una mano llena de cicatrices al camarero.

—Stuart o Sticky —Guiñó un ojo—. Me alegro de conocerte por fin, hombre. —Pasó un trapo por el mostrador y volvió a su trabajo.

Griff miró a su novio.

—¿Por qué sonríes?

—No son seres tan despreciables —Dante señaló a la sala y se pasó la lengua por su labio superior con su lengua perfecta. Pasó un brazo por el cuello de Tommy—. Además, como este imbécil les ha distraído, por fin han dejado de tratar de pensar en cómo meterse debajo de tu kilt. Todos ganan. —Agarró una de las nalgas de Griff con la otra mano y le dio un apretón.

Griff suspiró, pero no estaba enfadado. Ya se podía ir acostumbrando a Dante el posesivo. Flexionó su duro glúteo bajo la

mano de Dante y deseó estar en casa, en su cama.

—Chicos, estáis. uff. —Tommy parecía avergonzado.

—Perdona.

—Muy sexys. Nada más —El paramédico puso su abrigo enfrente de él—. Lo siento. Hace mucho tiempo desde que…

—Bueno, tienes que superarlo. Desde ahora vas a tener que salir con nosotros. —Dante se encogió de hombros.

Griff asintió y besó a Dante en la frente.

Dante dio un trago y se le pasó por la cabeza otro pensamiento.

—Porque ya no podrás llamarme «enano» estando con Frodo.

—¡Eh! —A Tommy se le escapó la cerveza por la nariz y le dio un manotazo.

Pero se rio, y Dante también y entonces Griff se rindió y también se echó a reír.

La cena de Acción de Gracias con su familia política. *Jesús.*

Griff sabía que tenía que pasar, y sabía que nadie iba a morir, pero se ponía a sudar solo con pensarlo, y los pterodáctilos ya volvían a alojarse en sus tripas otra vez. *Tranquilo, gilipollas.*

Al meterse en la cama la noche anterior, Dante había dicho que tenía que ir a la nueva lonja de pescado de Fulton a primera hora para conseguir los ingredientes del cioppino: a las 4 de la mañana o algo igual de horrible. También habían comprado un pavo pequeño, pero en realidad a nadie le gustaba el pavo aparte de para los sándwiches, así que el guiso de pescado sería el plato central.

Dante había querido celebrar esta fiesta desde que había comprado la casa, y después de dos semanas (fundamentalmente) viviendo juntos y trabajando como demonios, el comedor por fin

estaba terminado y amueblado. Solo iban a venir sus padres. El resto de sus hermanos se había excusado.

Parecía importante que fueran a hacer las compras juntos; eso era lo que hacían las familias. Así que cuando Dante se inclinó para besar su cremosa cadera y decirle que se quedara en la cama, Griff se levantó y se metió en la ducha junto a su adormilado italiano.

—Buenos días —dijo besando el rostro feliz y sorprendido de Dante.

—Mmm. —Dante asintió y rodeó con sus brazos los hombros de Griff agarrándose a él.

La ducha les llevó mucho más tiempo y fue mucho mejor de lo que esperaban.

Se pusieron sus pesados abrigos en el hall de entrada.

—No hace falta que vengas, de verdad. —Dante le miró con esos ojos dulces de escarabajo, dándole permiso para que se quedara tirado en casa—. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Griff no cambió de opinión y le empujó para salir de casa y meterse en su camioneta.

—Lo justo es justo.

El viaje duró casi cuarenta y cinco minutos, aunque fuera antes de la salida del sol del día de Acción de Gracias. Una vez más, Griff tuvo la extraña sensación de que era importante hacer esto juntos.

En cuanto llegaron al Bronx aparcaron y caminaron en medio del aire de escarcha plateada hacia los puestos. Las mesas estaban pegadas las unas a las otras: filas y más filas de pescado brillante, rojo y azul, y marisco en barriles. Cientos de personas regateando y

charlando como si no fuese un día de fiesta o como si no estuviesen prácticamente en mitad de la noche.

Griff no podía ayudar demasiado con la compra, pero podía cargar; se quedaba ahí de pie, mirando mientras Dante bromeaba y regateaba, flirteando con las vendedoras como si fuese el presentador de un programa de juegos. Pero por alguna razón, a Dante le encantaba presentarle a la gente como su «hombre» y ver cómo las chicas tartamudeaban y cómo los hombres se quedaban mirando el tamaño de Griff. En todos los puestos pagaban juntos, y esa sensación también era muy agradable. *Es mío; y yo soy suyo.*

Acción de gracias.

Griff se abrazaba a sí mismo por el frío, pero no se ponía rojo ni se sentía incómodo por todos los ojos que le miraban estar allí de pie perteneciéndole solo a Dante. Desde la sesión de fotos con Beth, había empezado a darse cuenta de que la gente le miraba desde el rabillo del ojo. De la misma forma que les había visto antes observar a Dante. Por alguna razón, estaba más tranquilo, como si se sintiera más a gusto dentro de su propia piel.

Puesto a puesto, Dante fue organizando el cioppino, su plato favorito. Griff podía ver con cuánto cariño y con cuánto cuidado iba seleccionando todos los ingredientes. Tal vez fuese eso lo más importante, lo que Dante quería que él presenciara, ese amor, ese cuidado amable. Con razón era su plato preferido; todo ese cariño y toda esa paciencia hacían un buen cóctel.

Cuando ya estaban acabando, la anciana señora china que les había vendido unos cangrejos azules gigantescos dijo:

—Qué chicos tan guapos.

Dante le guiñó un ojo y le dio las gracias; entonces se inclinó y le besó a Griff la mano como si fuera un príncipe de cuento de hadas.

—Feliz Día de Acción de Gracias.

Griff pensó que eso también estaba en el guion: Dante quería que les vieran juntos, en un lugar seguro. También es importante para él.

Abandonaron el mercado asegurándose de que tenían todos los ingredientes mientras regresaban al camión con la caja y con las bolsas.

Dante se rio por lo bajo.

—¡Menudos cangrejos que te ha dado esa viejilla!

—¡Jajaja! —Griff hizo una mueca y bromeó un poco—: ¿Sabes, Anastagio? Si yo flirteara así para conseguir marisco fresco, le habrías pegado a esa pobre mujer.

—Calla. —Dante gruñó, pero encogió los hombros en plan culpable y sonrió para sí. Abrió el portón del camión para meter las compras y dio la vuelta para subir al asiento de copiloto.

Griff se montó y arrancó la camioneta.

—Es divertido. No sé por qué, pero a mí me da igual. Porque ellos no te van a tener nunca, ¿verdad? Es maravilloso. —Posó su mano en el muslo de Dante y le apretó—. Te quiero.

Dante empezó a tener de nuevo una erección. Cabrón. Movió un poco las caderas.

—Uf, uf. No quiero tonterías en mi camioneta hoy. Usted tiene mucho trabajo que hacer hoy, señor. —Griff sonrió y Dante se cruzó de brazos y refunfuñó. Cerró los ojos y fingió dormir en señal de protesta, pero junto a los nudillos de Griff, notaba cómo latía su

polla, tratando de sentir un poco la fricción para mantenerse como acero candente durante todo el camino de vuelta a casa.

El viaje de ida y vuelta terminó durando más que las compras en sí; a Griff no le importó en absoluto. Llegaron a casa cuando el sol brillaba de verdad. Parecía otro día.

Dante se pasó toda la mañana con los preparativos y cocinando.

Griff se pasó por la casa de su padre para llevarse otro montón de ropa y un par de cosas que echaba de menos: unas cuantas novelas de misterio que quería leerse, el resto de su ropa interior, su palo de hockey. Le alucinó ver qué pocas cosas tenía en esa fría casa que quería llevarse consigo. Unos pocos días después de las sesiones de fotos, por fin se había visto con su padre y le había dicho que se mudaba; su padre solo asintió con la cabeza como si lo llevase esperando desde hacía diez años.

—Ya es hora, Griffin. Tal vez ahora puedas encontrar otra mujer.

Uff. No exactamente.

Ya llegaría el momento de esa batalla, pero Griff ya tenía bastante por qué preocuparse. Como sobrevivir a la cena de Acción de Gracias.

Muy pronto, él y Dante tendrían que hablar con su jefe en el parque de bomberos. Era peligroso que siguieran trabajando en el mismo turno, e incluso en el mismo parque. Tenía que cambiar algo, y ya habían tomado la decisión de hacer lo que tuvieran que hacer.

Por supuesto, su padre se enteraría, y tenían que estar preparados. Eran conversaciones que le daban pavor, pero solo eran parte de un precio que estaba encantado de pagar.

Los bomberos de Nueva York eran como un bote de gusanos que debían abrir entre los dos con mucho cuidado.

En el peor de los escenarios, su padre le desheredaría y se jubilaría anticipadamente; pero el cuerpo, su padre, y todos los demás podían irse a tomar por culo.

Pero antes estaba la cena con su verdadera familia, las personas que le habían criado. En cierta forma, era lo único que realmente les importaba a los dos.

—¡Ya estoy de vuelta! —Gritó Griff cuando volvió a casa y abrió la puerta. Levantó las cajas y se colgó la bolsa del hombro.

No hubo respuesta. Dante estaría oyendo música o en el sótano buscando algo.

—¿Nene? —Subió a zancadas las escaleras que llevaban a su dormitorio y dejó el petate y las cajas contra la pared empapelada; antes de que se incorporara, escuchó la voz de la señora A. a su espalda.

—Queda perfecto en la pared, el bronce —Estaba de pie en la oscuridad de la salita de estar que daba al jardín de atrás. Señaló con una mano diminuta las paredes. Llevaba puesto uno de sus trajes de punto, concretamente uno amarillo oscuro. Su sombra llena de curvas se reflejaba en la ventana. Tenía el pelo recogido—. Precioso. Y la diagonal también queda muy bien. Como si fuese una sorpresa. Una pequeña onda inesperada. Extravagante.

¿Extravagante?

Griff no estaba seguro de que ella siguiera hablando del papel y no podía distinguir la expresión de su cara. Podía sentir cómo ella iba desenredando el pequeño y crudo grano de la verdad según

hablaba del papel, comprobándolo con delicadeza. Griff dio un paso hacia ella.

—Hola, señora A.

Ella se dio la vuelta, observando las nuevas paredes de las bonitas habitaciones, y según Griff se iba acercando a ella se dio cuenta de que estaba sonriendo, entrecerrando los ojos mirando las rayas color bronce en diagonal a su alrededor. Ella se giró hacia la ventana, mirando algo que había en el jardín.

—En cuanto lo vi en el camión supe que ese papel pertenecía a esta habitación. No…

Griff se puso a su lado junto a la ventana y miró su delicado perfil, su cabello negro que se teñía casi todas las semanas. La vanidad y la belleza de su hijo no habían salido de la nada. Contuvo su respiración.

—No sabía que también iba a ser para ti, Griffin. Y creo que debería haberlo sabido. —Parecía que estaba como pidiendo disculpas y avergonzada, incómoda, y como si no quisiese mirarle a los ojos.

Ella lo sabe.

Griff dejó salir el aire y volvió a inspirar. Sintió ganas de mentir, de explicarse, de disculparse, de tranquilizarla, de escapar. Sin embargo, mantuvo la boca cerrada y se limitó a dejar que la semilla de la verdad se fuese instalando entre ellos, como un retoño rebelde luchando por llegar hasta la luz.

Le quiero.

Asintió con la cabeza observando su preocupación, y haciéndole saber que todo estaba en orden, que todo saldría bien.

Por favor, no me obligues a decirlo. Mantuvo sus ojos grises en la ventana, deseando que ella levantara los suyos.

No parecía estar en desacuerdo, pero se quedó mirando fijamente a lo que fuera que hubiera ahí abajo. Estaba tan pegada a la ventana que su aliento estaba empañando el frío cristal.

—Y sabe Dios que hay habitaciones de sobra para querer a alguien como es debido, aunque no todas tengan suelo o techo —Echó un vistazo al hueco que conducía al comedor, el hueco por el que Griff había escuchado a escondidas la conversación entre padre e hijo que casi acaba con todo—. Va a ser una casa preciosa. Bueno, mejor dicho, ya lo es.

Griff asintió.

—Todos los chicos del parque han echado una mano.

—Tú el que más, supongo. Tú siempre el que más —Ella le hizo un gesto de aprobación. Seguía observando el jardín—. Creo que no me había dado cuenta de lo vieja que soy. Pero lo entiendo. ¿Sí?

Griff también miró abajo, pasándose una mano por su pelo rojo. Una sonrisa se apoderó de su rostro.

Debajo de ellos, en el jardín, Dante estaba hablando con su padre de algo con expresión seria. El señor Anastagio estaba gesticulando mientras señalaba a las paredes de ladrillo que cerraban el jardín. Dante asintió y dijo algo que hizo que los dos hombres sonrieran.

—Va a ser muy duro —La voz de la señora Anastagio sonó muy baja, casi ronca. Por fin, mirándole, tomó una de sus anchas manos en la suya, delicada, y se la apretó—. El mundo ha cambiado, pero la gente sigue siendo la misma, ¿eh?

Griff se limitó a asentir y la miró, sintiéndose como el gigante estúpido de un cuento. *Por favor. Por favor, no me obligues a decirlo.*

Tenía prácticamente la misma sonrisa que Dante. Le picaban los ojos y las lágrimas estaban a punto de escapar de ellos. También ella parecía a punto de echarse a llorar, mientras todas esas cosas pasaban entre ellos. Mientras la verdad iba echando raíces y soltando ramas hasta que llenó la silenciosa habitación de flores increíbles.

Le amo.

—Así que tenéis que quereros mucho el uno al otro. Un amor fuerte —Apretó los labios y ladeó la cabeza mirando a su guapo hijo y a su marido. Le miró de reojo con sus dulces ojos para confesarle un secreto—. Los hombres Anastagio jamás te abandonan. Leales como perros rabiosos. Así son ellos. Eso es tanto una bendición como, a veces, una maldición. Así que lo único que tienes que hacer es mantener abierto el corazón.

Griff asintió. Casi lo entendía. Lo intentaba, pero sentía su cabeza como hinchada y sentimental.

—Gracias por darle esto a mi hijo, Griffin —Él levantó una mano y se secó la cara. Ella le dio un apretón, sacudió la cabeza, y se levantó para besarle la mejilla—. Estoy tan orgullosa de ti. De los dos. —Volvió a mirar abajo, al jardín—. Estamos muy orgullosos.

Todo es posible. Todo es posible.

A Griff le pitaban los oídos y su cara le ardía. Tenía lágrimas en los ojos. Las palabras salieron flotando de su boca y se quedaron allí, brillando en el aire…

—Le quiero. Tanto…

—Ya lo sé —Su voz sonaba tan serena y tan feliz. Se aseguró de que le oyera—. Y él a ti.

En ese momento exacto, Dante levantó sus ojos hacia ellos desde el jardín y sonrió a Griff. Saludó con la mano, y su hermosa cara era tan suave y tan fuerte que el corazón de Griff se hinchó hasta llegar a ser del tamaño de la habitación, de la casa, tan enorme que casi no podía contener esa gran verdad que crecía sin parar. Debajo de ellos, el señor Anastagio también miró hacia arriba, saludó con la mano mientras asentía con la cabeza.

Griff levantó una mano como respuesta y después se giró para hacerle una promesa a ella, a esta mujer que le había salvado la vida muchos años atrás.

—Haré cualquier cosa. Cualquier cosa.

Ella se quedó pensando en eso con la frente fruncida, pero no dijo nada. Griff se quedó esperando para ver si ella tenía alguna objeción que hacer a ese plan.

—¿Le parece bien?

—Si no me lo pareciera, sería que estoy todavía más loca que mi hijo. —Se rio y secó sus ojos con cuidado para que no se le corriera el maquillaje.

Griff quería decirle que todo saldría bien, que nadie sufriría, que vivirían a salvo y felices; pero la verdad era que por el modo en el que se movía por el dormitorio admirando el papel de su padre y los bonitos muebles que su hijo había rescatado, parecía que ella estaba aún más segura de lo que lo estaba él.

La verdad seguía creciendo entre ellos, sólida y exuberante, llenando su habitación y la casa entera de promesas.

Griff se quedó quieto y le explicó todo el trabajo que habían hecho mientras ella le daba golpecitos en el brazo. Le enseñó los suelos, el enyesado, las nuevas molduras, el cielorraso de paneles metálicos que habían dejado como nuevo. Una vez más, Griff volvió a alegrarse de esas locas sesiones de fotos; ya no se sentía torpe ni avergonzado por estar allí de pie junto a la cama, su cama. Pero ella tampoco. Finalmente su estómago traidor retumbó.

—¿Hambre? Yo también. Sabe Dios qué Dante te alimentará como es debido —La señora Anastagio entrelazó su codo con el de Griff. Le arrastró hacia las escaleras—. Vamos a ver si quiere que le echemos una mano.

—Un segundo —dijo Griff al pasar junto al comedor—. Creo que debería ayudar a poner la mesa —Inclinó la cabeza hacia el estrépito de cubertería de plata y vajilla. Volvió sobre sus pasos y entró.

—Griffin. —El señor A. estaba justo detrás de él con un montón de boles en la mano. A su espalda, la maciza mesa estaba puesta con cubiertos brillantes de acero inoxidable y platos desparejados.

—He pensado que podría ayudar.

—Gracias. —El hombre mayor le pasó la mitad de los platos y asintió sonriendo. Entre los dos trabajaron rápidamente, colocando un bol delante de cada silla. El señor Anastagio odiaba el silencio, pero ahora no contaba chistes ni cotilleaba, y ni siquiera se quejaba de sus vecinos como solía hacer. Nada.

Quiere asesinarme.

Griff se mordió el labio e intentó empezar con un tema seguro. Sabía que tenían que sacarlo fuera. A todos los efectos este hombre

le había criado, y no quería decepcionarle.

La mesa ya estaba puesta y se quedaron de pie junto a ella, mirándola. Pasó un instante sin que ninguno de ellos supiera qué decir al otro. Algo sin precedente.

Finalmente, el padre de Dante extendió una mano, mirándole directamente a los ojos como si Griff hubiera venido a pedir la mano de Dante, o viceversa.

Lo juro.

Con una sonrisa, Griff se la estrechó y se dieron un fuerte abrazo. Se sintió aliviado y abierto.

El señor A. hizo un gesto señalando la cocina.

—¿Mi hijo va a servir el cioppino aquí o en la cocina?

—Espera y le pregunto. —Griff le apretó el hombro y corrió hasta el vestíbulo siguiendo el aroma delicioso del guiso.

—¡Dante! Tu padre quiere saber… —Mientras entraba en la cocina, Griff vio que la señora Anastagio empezaba a destapar la comida y, ¡Ay Dios!, que Loretta estaba limpiando la encimera. La sonrisa se le heló en la cara. *¿Qué estaba haciendo ella allí?*

—Yo, —Se pavoneó ella con aire triunfal— ¡lo sabía! Yo lo sabía, yo lo sabía. —Le pegó un golpecito con el trapo y llevó las manos a las caderas, relamiéndose descaradamente.

—Calla. —La señora Anastagio frunció el ceño mirando a su exagerada hija mientras sacaba cosas de la nevera.

—¿El qué…? —El primer instinto de Griff fue hacerse el loco.

Solo somos amigos. Voy a ser su compañero de piso. Un par de chicos solteros. Mujeriegos. Un picadero.

Se mordió el labio para no mentir: solo verdades en esta casa.

—Se lo saqué a mi hermano. No seas tonto. No voy a decir nada —Loretta puso los ojos en blanco, a un paso de comenzar un aria santurrona de gloria chismosa—. Puto tontorrón. Sabía que estabas loco por alguien. Y personalmente me parece de puta madre. —Extendió una mano e hizo como que limpiaba un polvo imaginario de los hombros de Griff.

Griff abrió la boca, pero no dijo nada. Entonces habló.

—¿De verdad?

—Bueno, ya que no puedo tenerte yo, al menos que lo haga uno de los nuestros. —Ella sacudió la cabeza. Sonrió y le dio un abrazo.

—¡Por favor! —La señora Anastagio abrió el horno para sacar una bandeja cubierta con papel de aluminio—. Mi propia hija y no trae nada —La señora Anastagio frunció los labios enfadada. Resopló—. ¡Ni siquiera pan!

—¡Mamá! Ya hay demasiadas cosas. A ellos no les importa. ¿A que no, Griff? —Loretta retiró unos platos para hacer hueco en la encimera.

En ese momento unas piernecitas resonaron en la entrada.

—¡Monstruo! —Con la alocada lealtad típica de los niños, Nicole había decidido mostrarse entusiasmada por ver a Griff. Se metió bajo sus piernas.

—¡Eh, bicho! —Él la cogió en brazos y le dio un beso.

—¿Podemos comer? —Nicole dio unos golpecitos en su pelo rojo con su mano regordeta—. Suave.

Loretta gruñó y retiró con delicadeza los rizos de la cara de su hija.

—¡En la casa de Dante, le da por comer! Uf. Y encima con un novio maravilloso. Le odio.

—Loretta… —La señora Anastagio levantó los ojos al techo e hizo como que rezaba en bajito mientras sacudía la cabeza.

Se oyeron pasos que se acercaban desde el jardín y subían los escalones. La puerta de atrás se abrió y los ojos de Dante estaban llenos de excusas, moviéndose de su hermana a Griff.

Griff movió la cabeza y sonrió. *No pasa nada* , D. Loretta resopló.

—¡Puf! ¡Por favor! Que no soy un gusano…

Dante también sonrió, aliviado. Se acercó y dijo en voz baja:

—¿Estás segura? Ella acaba de…

Loretta le amenazo con la mano.

—Me siento estúpida por no haberme dado cuenta antes y no haberle animado a…

Griff sorprendió a todos soltando una carcajada profunda que rompió toda la tensión.

—Me habría encantado que lo hubieras hecho.

La tensión se esfumó del cuerpo de Dante. La señora Anastagio sonrió ligeramente. Griff le pasó a Nicole a su encantada madre.

—Nos habría ahorrado un montón de estupideces. —Dante le dio un empujoncito en broma a su hermana.

—O no —La señora A. se lavó las manos en el fregadero, retirándose las mangas—. A veces primero tiene que haber estupidez. —Ella les miró a los dos mientras se secaba con un trapo de cocina.

Desde la parte delantera de la casa se oyó el estruendo de la televisión. Una multitud bramaba por debajo de la voz de un presentador que daba estadísticas. El fútbol y un estómago lleno sonaban más o menos como el cielo.

Dante estaba de pie a su lado junto a la encimera.

—¿Todo en orden? —Dante le preguntó en voz baja, echando una mirada a su madre.

Griff asintió con la cabeza.

—Muerto de hambre es lo que está este. ¿Quieres que se desmaye? Anda bajo de azúcar, y eso no es nada bueno —Anunció la Señora A. Giró la cabeza y gritó—: Agosto, ¿está puesta la mesa? ¡No sé qué haces enfrente de la televisión!

Desde allí, el señor A. lanzó un gruñido afirmativo.

Su mujer sacudió la cabeza, pero sonrió.

En la cocina, Dante comprobó el cioppino, metiendo la nariz en el vapor.

—Eh, ¿por qué no comemos viendo el partido…? ¡Que es broma!

Loretta se echó las manos a la cabeza.

—Qué pasa con los hombres el día de Acción de Gracias. Si vais a ser gays, por lo menos os podrían empezar a gustar los musicales o la ópera. Dios.

Había dicho la palabra. Y no se había producido ninguna explosión. El techo no se había derrumbado. El mundo continuaba girando.

Griff se rio y después sacudió la cabeza mirándola.

—Uf. No. Ya lo siento. Solo me gustan esas cosas cuando cantas y saltas tú.

Loretta le dio un manotazo y después otro. Los dos se reían. Sonó el timbre de la puerta. La señora Anastagio se giró en cuanto escuchó el sonido.

—¿Viene alguien más?

—Un amigo. Él no tenía… eh… no sabe que está abierto. —Dante fue corriendo al vestíbulo principal.

—Necesitaba un lugar para pasar las vacaciones. Él está al tanto de… eh… lo nuestro. Y además… está atravesando unos problemas familiares. —Griff terminó la frase de Dante, y empezó a ir él también hacia la puerta de entrada.

—Bueno, no pasa nada. Pondré un plato más. Da buena suerte tener un extraño en la cena —anunció el señor Anastagio, saliendo de la sala de estar, como si eso fuera un hecho de conocimiento público. Tal vez lo fuera. Besó a su mujer, según ella salió de la cocina para saludar al recién llegado.

Dante abrió la puerta con una sonrisa enorme. Griff también le sonreía desde la retaguardia; una casa llena de gente. Así es como son felices los italianos.

Tommy entró y se desabrochó la gabardina. Casi un mes más tarde, las marcas y los moretones que le quedaban se veían más fuertes por el frío. Los puntos del ojo parecían irritados y estaban negros en contraste con su piel grisácea.

Griff rezó porque todo fuera bien, por el bien de todos.

—Eh, amigo.

—Hola. —Cuando el paramédico vio las caras desconocidas, la sonrisa de su rostro se debilitó un poco.

Dante empezó a presentarle a la familia, pero Nicole se puso delante y se presentó a sí misma.

—Hola.

—Bueno, hola —Le hizo un gesto con la cabeza y miró al resto de la familia que estaba aparte—. No sabía que era…

—No lo es —La señora Anastagio avanzó, tomo su mano y se la estrechó—. Somos los padres de Dante. Y esta es mi nieta, Nicole. Queríamos estar aquí para celebrar el primer día de Acción de Gracias de los chicos juntos.

Como si fueran una piedra caída del cielo, las palabras de la señora Anastagio le dieron permiso a Tommy para que se relajara y al novio de su hijo, un lugar en el mundo.

Dante se iluminó y dio un paso para coger la mano de Griff. Se la apretó.

—Sí. Y entonces Loretta también se apuntó porque es demasiado fastidiosa como para que alguien le invite a algún sitio más civilizado.

El alivio que se reflejaba en la cara de Tommy no tenía precio. Griff podía ver cómo iban cambiando las marchas en su cabeza mientras procesaba la escena: los dos hombres con las manos entrelazadas, la familia sonriente, los aromas que venían de la cocina, la enorme casa cálida y destartalada que les mantenía a salvo y juntos.

Tommy se terminó de quitar el abrigo y la bufanda y los colgó en el perchero como lo había hecho tantas noches cuando venían a ver el fútbol. Estaba entre amigos.

El señor A. abrió los brazos y arreó a toda la familia hacia el comedor.

—Vamos dentro. Se me está congelando el culo aquí fuera, y la comida no va a comerse sola.

La señora Anastagio tomó a Tommy del brazo y guiaron el camino de vuelta al comedor. La mesa crujía bajo el peso de la comida. El cioppino estaba en la mesita auxiliar esperándoles. Griff se contuvo. Se sirvieron los platos y, uno a uno se colocaron en la mesa. Dante se sentó en la presidencia, y Griff, muy consciente de ello, escogió justo el sitio de enfrente. Nuestra casa, nuestra familia.

Abajo, en la calle, sonó una bocina y pasó un coche con las ventanas abiertas en el que alguien escuchaba música de Dean Martin.

«…some-body loooovesyou....»

Fuera, se oían risas de niños; probablemente los sobrinos de la señora Alonzo, que jugaban en un jardín mientras los adultos veían el partido en el que el señor A. trataba de no pensar.

«So find yourself somebody....»

Dante le guiñó el ojo a Griff, que estaba sentado en la otra punta de la mesa. En cuanto toda la familia estuvo servida y sentada, miró a su hermana.

Loretta jugaba con sus dedos. Inclinó la cabeza.

—Por los alimentos que estamos a punto de recibir, Señor, haz que dispongamos de antiácidos. —Se agachó antes de que su hermano pudiera darle una colleja.

La señora A. se rio tontamente, pero tuvo la elegancia de tratar de esconderlo tosiendo detrás de una servilleta.

—¿Qué es antiácido? —Nicole preguntó a Griff— ¿Monstruo?

—Es una medicina, bicho —susurró Griff.

Desde el otro extremo de la mesa, Dante también susurró.

—Porque tu madre es un dolor de cabeza.

Loretta le dio un golpe con su servilleta, y entonces sus padres dieron rienda suelta a sus risas.

Griff le lanzó una sonrisa a Dante a través de la mesa.

Dante se la devolvió y le guiñó el ojo entre la comida y su familia. Yo también te quiero.

—¿Por qué le llama Monstruo? —Tommy se inclinó para preguntarle a Loretta.

—Es una larga historia. —Griff sacudió la cabeza. Loretta asintió.

—Una larga historia de terror. Por lo menos ahora él forma parte de la familia.

—¡Loretta! Ya era de la familia. —Su padre se mostró indignado mientras tomaba una cucharada de caldo.

Griff sonrió a Loretta.

—Sé lo que quiere decir.

—Yo también. —Dante asintió y esbozó una palabra amable para su hermana: Gracias.

Tommy se puso en pie y metió una cucharada de cioppino en el bol de Nicole con la paciencia de un padre experimentado.

—Con una condición —Añadió Loretta. La señora Anastagio se giró para discutir y Griff levantó las cejas en señal de protesta—. Tengo que estar presente cuando le contéis a Flip que sois una pareja gay verdadera y con todas las de la ley. —Apretó el brazo del asistente sanitario—. Tommy puede encargarse de la reanimación cardiopulmonar.

—¿De acuerdo…? —Tommy se puso rojo y asintió mientras se sentaba de nuevo.

Ella saludó a su hermano con el tenedor.

—¡Ese día será la… —echó una ojeada a su hija— ...leche! ¡Flipará! —Se metió un bocado de pasta en la boca con aire triunfal. Puso tal cara, al masticar, como de caricatura engreída, que todos se echaron a reír.

El señor A. se sirvió un montón de judías verdes crujientes y jugosas. Se tambalearon en el tenedor mientras observaba.

—Niños, sois terribles.

—Pero… —Puso sus ojos en la sonrisa de pirata de Dante, y Griff dijo en alto lo que los dos estaban pensando— ...muy, muy agradecidos.

Sobre Brooklyn, por encima de Manhattan, incluso por encima del Nivel Cero, el cielo iba oscureciéndose y el sol ardía dorado. Humo y fuego. Como diez años después de que se hubiera acabado el mundo, toda la loca ciudad estaba sentada cenando con supervivientes agradecidos. Al igual que Nueva York, que también se mostraba agradecida.

Después, cuando terminó la cena y el partido acabó con una victoria, los miembros de su pequeña familia se fueron a sus propias casas para dormir con las barrigas bien llenas.

La familia ya había limpiado la cocina y habían metido las sobras en la nevera. Dante y Griff se sentaron juntos un ratito en el sofá, medio dormidos, con Dante recostado en el círculo que formaban los brazos de Griff. Los dos se quedaron fritos, demasiado felices para moverse.

Cuando oscureció totalmente fuera de las ventanas, Griff se despertó y zarandeó a su novio…

¡Novio!

...suavemente.

—¿Nene?

La cara de Dante, en la que empezaba a asomar una barbita negra azulada, estaba recostada contra la cima de su pecho. Parecía un zalamero bandido de cuento. La curva dulce y feliz de su boca hacía que pareciera que estaba haciéndose el dormido, pero su respiración era profunda y constante. Acercó un milímetro su boca pero siguió soñando.

—Nene. —Griff le rozó la mandíbula.

Dante giró la cabeza recibiendo la caricia, pero no abrió los ojos. Su sonrisa se hizo más amplia y emitió un gruñido.

—Mmm. Estaba teniendo un sueño maravilloso.

—¿Sí, eh?

—Sí. —Dante se pasó la lengua por los labios y frunció un poco la frente como si estuviera intentando recordar algo detrás de sus párpados.

—Vamos a la cama.

—Vale. Bien. —Dante enterró su cara entre los pectorales de Griff y volvió a quedarse dormido.

Griff se rio y deslizó una mano por el torso de Dante, siguiendo esa senda crujiente del tesoro que conducía a sus pantalones. Apretó el pene esponjoso que se alojaba allí dentro.

Dante se arqueó y se movió al contacto con su mano. Su polla empezó a despertar, pero seguía teniendo los ojos cerrados.

—Esto también salía en mi sueño.

—¿Sí? —Griff le estrujó el pene hasta que sintió la erección y le dio un beso en la parte de arriba de su despeinada cabeza.

—Uffff. —Dante tiró de sus caderas para escapar de la mano gigante. Se dio la vuelta completamente hasta acabar tumbado

entre las gruesas piernas de Griff y se incorporó hasta que quedaron cara a cara. Tenía los párpados apretados como si intentara ver algo dentro de ellos.

—¿Qué más pasaba? —Griff levantó la cabeza y mordió suavemente su labio inferior hasta que Dante se estremeció y le besó. Griff retiró con dulzura el pelo de la hermosa cara de su amante—. En el sueño. Decías que…

Dante sacudió ligeramente la cabeza como si intentara recolocar algo que estuviera suelto.

—No sé… no lo… recuerdo exactamente. Es divertido.

Griff le besó en un ojo.

Dante le dejaba hacer. Sentía las pestañas suaves contra los labios de Griff. Entonces levantó las cejas.

—Ah, sí. Estaba a punto de destrozar mi vida. Estaba enamorado de mi mejor amigo. Loco, cachondo, imposible.

Griff le besó el otro ojo. Pestañas, labios.

—Pero descubría que él también estaba enamorado. De mí. Y él me salvaba, salvaba cada milímetro de mí. Como si me sacara de un edificio en llamas.

—¿Estás seguro de que te acuerdas de todo eso? —Griff frotó su mentón con el de su amigo, lentamente. Picaba. Lamió el cuello de Dante y le dio un mordisco suave.

—¡Ah! Y él estaba de acuerdo en venirse a vivir conmigo. Y me regalaba una fotografía sexy, solo para mí. Y construíamos esta casa rara que era nuestra.

—¿Y una familia? —La voz de Griff sonó áspera mientras respiraba el aroma de Dante, llenando sus pulmones y suspirando con satisfacción—. Me gusta ese sueño.

Dante sonreía totalmente despierto. Fingía estar recordando, entrecerrando los ojos.

—Eso es. Entonces llegaba nuestra familia y cenábamos. —Abrió sus ojos negros y verdes, sonriendo en el mínimo espacio que separaba sus narices.

Griff agarró esas nalgas redondas y pegó sus caderas a las de Dante; le dio un mordisco en el lóbulo y le metió la lengua dentro.

—Mm-hmm. No creo que haya sido un sueño, señor.

—¡Gracias a Dios! Entonces no tenemos que levantarnos. —Volvió a hundir su cara en el pecho de Griff y le apretó fuerte en las costillas, acurrucándose cada vez más.

Los dos se reían, tranquilamente, juntos en el sofá dónde habían… por primera vez.

Sin mediar aviso, Griff soltó un rugido y se levantó. Sus ojos grises brillaban.

—¡Eh! —Dante se resbaló de él, protestando—. ¿Dónde está el fuego?

—Justo aquí. —Griff dobló las rodillas y pasó sus brazos por debajo de Dante.

Dante se retorció de las cosquillas.

—¡Dios! Uf… ¿Señor Muir? ¿Va a llevarme usted arriba para atacarme?

—Me temo que sí, señor Anastagio. —Levantó a Dante y se lo echó sobre el hombro como si fuera un peso muerto encaminándose hacia las escaleras.

—¡Vamos! Bájame. ¡Venga, G! ¡Estoy despierto, puedo andar!

—No quiero que te pongas a andar en mitad de un sueño. —Griff se echó a reír y le pegó una nalgada, subiendo los peldaños

rápidamente pero con cuidado.

—¡Esto sí que es romántico! ¡Ayuda! —Le dio un mordisco en el culo a Griff y gritó riéndose a carcajadas. Las escaleras crujieron bajo el peso de los dos.

Entonces llegaron a su dormitorio color bronce. Fuera la ciudad estaba tranquila; una luna azucarada dominaba las calles de Brooklyn.

—Señor, soy un rescatador profesional cualificado. —Griff se inclinó para bajar a Dante de su hombro posándolo en su cama enorme.

Dante cayó de espaldas y se sopló el pelo de su cara sonriente. Empezó a sentarse contra las almohadas.

—Parecía que estaba inconsciente y que tenía dificultades para mantenerse en pie. —Griff luchó con él hasta tumbarle.

—Me gustaría comprobar sus constantes vitales… —Le quitó los pantalones bruscamente y levantó su camiseta, chupándole desde la cadera hasta el ombligo y después el pezón, el cuello y la boca. Sujetó a Dante debajo de él, sonrisa con sonrisa—. Porque tal vez tenga que hacerte un RCP.

Sus bocas estaban muy juntas, y Griff se quitó los zapatos y la ropa de fiesta en un tiempo récord, para que sus pieles se quedaran pegadas, como tenía que ser.

¡Ay!

En cuanto se deslizaron juntos, los dos gimieron por su calor, el deseo que lamía sus huesos, el encaje perfecto de sus cuerpos según forcejeaban juguetones.

—No debe intentar resistirse, señor Anastagio.

Pero Dante seguía retorciéndose y riendo y resistiéndose debajo de él en vano. Era como estar en el cielo.

Griff le besó, chupando sus dientes. Intentó parecer serio.

—Podría estar en estado de shock.

Y así, Dante se quedó quieto con los ojos muy abiertos y cálidos, oscuros como escarabajos.

—Creo que sí… —Levantó una mano para acariciar el amplio pecho de Griff, sus labios suaves, su pelo rojo… después tomó un mechón y tiró de él hacia debajo de forma que sus bocas se quedaron a dos centímetros la una de la otra—. Creo que debería estar en estado de shock. ¿Eh, G? Pero no lo estoy.

Griff se dio la vuelta lentamente hasta ponerse de espaldas llevando consigo a Dante para que se tumbara encima. Los rizos negros caían sobre sus caras, casi dejando fuera las paredes bronce de forma que solo existían ellos juntos, respirando el mismo aire, y sus labios se rozaban… se rozaban… se rozaban.

—Bueno, —susurró Griff— tal vez yo pueda causártelo…

NOTAS

[1] Skinhead se refiere a un movimiento subcultural que surgió en el Reino Unido a fines de la década de 1960. Originalmente, los skinheads eran jóvenes de clase trabajadora que adoptaron un estilo de vestir distintivo, que incluía cabezas rapadas, botas Dr. Martens, pantalones ajustados y camisas de cuello.

---

[1] En inglés, «Jeez» (joder), suena igual que «G».

OceanofPDF.com